FLAVIO ARRIANO

ANÁBASIS DE ALEJANDRO MAGNO

LIBROS I - III

EDITORIAL GREDOS

ARRIANO

ANÁBASIS DE ALEJANDRO MAGNO

LIBROS I - III

INTRODUCCIÓN DE

ANTONIO BRAVO GARCÍA

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

ANTONIO GUZMÁN GUERRA



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 49

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por AURELIO PÉREZ JIMÉNEZ.



Sánchez Pacheco, 81. Madrid, España, 1982.

Depósito Legal: M. 12938-1982.

ISBN 84-249-0266-1.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1982.—5430.

INTRODUCCIÓN

1. *Breve ojeada a la literatura histórica de la época*

Un lazo externo que una la tríada de grandes historiadores de la antigua Grecia, Heródoto, Tucídides y Jenofonte, podría ser el del exilio, fecunda tierra en que se han incubado, tanto resentimientos, como descargos de conciencia, amén de auténticas visiones objetivas de la realidad dejada atrás; pero, prescindiendo de lo anecdótico e, incluso, de las peculiaridades de sus concepciones y métodos historiográficos [1], no cabe la menor duda de que estos historiadores se oponen en cerrado bloque [2] a los nuevos derroteros que la

---

[1] Remitimos al lector a la introducción, debida a F. RODRÍGUEZ ADRADOS, de C. SCHRADER, *Heródoto. Historias. Libros I-II*, Madrid, 1977, págs. 7-67, y a O. GUNTIÑAS TUÑÓN, *Jenofonte. Helénicas*, Madrid, 1977, págs. 7-26. Para el método histórico de Tucídides, el lector encontrará una buena introducción en J. DE ROMILLY, *Histoire et raison chez Thucydide*, París, 1967, y una visión general —la mejor—, con excelente bibliografía, en el art. de la *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, volumen suplementario 12 (1971), cols. 1086-1354 (=«Thukydides der Historiker», Stuttgart, 1971), debido a O. LUSCHNAT.

[2] Detalles interesantes en L. CANFORA, «Il ciclo storico», *Belfagor* 26 (1971), 653-670, y *Totalità e selezione nella storiografia classica*, Bari, 1972.

historia helenística eligió. Cuando Polibio [3], otro de los grandes, criticó a Filarco su deseo de impresionar al lector a cualquier precio: apelando a la sensiblería y borrando la línea entre la tragedia y la historiografía, parece lícito suponer que su crítica englobaba, al mismo tiempo, a otros historiadores por el estilo, que, como Duris de Samos y su precursor más alejado en el tiempo, Ctesias, seguían a rajatabla los principios de la historiografía de corte novelesco. F. Wehrli [4] se opuso a la idea de que esta forma de componer historia proviniese de la literatura peripatética [5].

De todas formas, pese a los pocos fragmentos que poseemos de la historia de esta época, las diferentes tendencias pueden ser reconocidas con sólo analizar, sin ir más lejos, el *corpus* de los historiadores de Alejandro. A Tolomeo, «que narraba objetivamente a base de sus numerosas experiencias personales, hay que contraponerle un grupo de autores que se dejaban arrastrar voluntariamente por la tentación de tratar

---

[3] El pasaje en cuestión está en II 56. Una excelente aproximación a Polibio la encontrará el lector en la introducción de A. Díaz Tejera, *Polibio. Historias I*, Barcelona, 1972, páginas XI-CLXXVII; mientras que la obra básica sobre la historiografía practicada por este autor y sus métodos es la de P. Pédech, *La Méthode historique de Polybe*, París, 1964.

[4] «Die Geschichtsschreibung im Lichte der antiken Theorie», en *Eumusia. Festgaben für E. Howald*, Zurich, 1947, págs. 61 y sigs.; la puesta al día de los argumentos, en O. Brink, «Tragic History and Aristotle's School», *Proceed. of the Cambridge Philol. Soc.* 186 (1960), 14-19.

[5] El tema y las diversas etapas de este debate erudito están resumidos por A. Lesky, *Geschichte der griechischen Literatur*, 2.ª ed. = *Historia de la literatura griega* [trad. J. M.ª Díaz Regañón, B. Romero], Madrid, 1968, págs. 795-796, y una visión general de la historiografía helenística, en págs. 794-814. De interés resulta A. Díaz Tejera, «Tendencias de la historiografía helenística», en la obra colectiva *Estudios sobre el mundo helenístico*, Sevilla, 1971, págs. 35-55.

como si fuera una novela aquella materia excepcional»[6], y el imperio de la «historia trágica»[7] tendrá vigencia muchos años —con notables excepciones, claro está— hasta encontrar un ataque furibundo, como el que Luciano, en su *De historia conscribenda*[8], descargó contra ella. De la tríada «canónica» a que nos hemos referido, la labor historiográfica ha ido degenerando hasta olvidar, dice Luciano, *Historia* 7, los límites entre historia y encomio; ha confundido poesía con historia (*ibidem* 8), y ha olvidado que, si bien lo deleitoso puede ser un elemento básico, tiene que ser, a la vez, verídico para ser admitido en una obra histórica (*ibidem* 13). Las críticas son variadas y los capítulos que dedica al prólogo, a la autopsia o conocimiento directo y de primera mano, a la composición, a los discursos, etc., ejemplificaron bien las características del blanco al que se dirigían sus dardos.

Arriano, cierto es, no escribió en esta época sino en la imperial y, en el terreno de la literatura[9], la *mímēsis* o imitación fue el nuevo orden en cierto sentido; no obstante, sus modelos no fueron los inmediatos —y esto ya dice bastante en su favor—, ni su estilo

---

6 A. Lesky, *Hist. de la lit. gr.*, pág. 797.

7 Véase F. W. Walbank, «History and Tragedy», *Historia* 9 (1960), 216-234.

8 Véase, sobre este importante tratado, G. Avenarius, *Lukians Schrift zur Geschichtsschreibung*, Meisenheim am Glan, 1956; H. Homeyer, *Lukian, «Wie man Geschichte schreiben soll». Herausgegeben, übersetz und erläutert*, Munich, 1965, y L. Canfora, *Teorie e tecnica della storiografia classica. Luciano, Plutarco, Dionigi, Anonimo su Tucidide*, Bari, 1974. Una introducción al tema encontrará el lector en J. M. Candáu Morón, «Πῶς δεῖ ἱστορίαν συγγράφειν. Luciano y la función de la historia», *Habis* 7 (1976), 57-73.

9 Básico sobre la literatura de su tiempo es B. P. Reardon, *Courants littéraires grecs des IIe et IIIe siècles après J. C.*, París, 1971.

y métodos los de aquéllos, sino que volvió su vista más lejos, a Jenofonte en especial, para trazar su retrato de Alejandro, la mejor historia que se ha escrito sobre el rey según dejó dicho en su *Biblioteca* LVIII 17a, 24-25, el patriarca Focio. Al igual que la obra de Elio Arístides, Máximo de Tiro, los Filóstratos y otros muchos compañeros de pluma coetáneos, la de Arriano nace de un espíritu de hombre culto y educado, de erudición, de anticuario y, como algunos han dicho, de romanticismo, de un espíritu, en suma, consustancial con la época, señala Reardon[10], sin que debamos ver en ella un producto nacido de un verdadero interés por lo político ni de una actividad directa en estas materias. Sus escritos no son tampoco los de un historiador profesional, sino los de un escritor cuyo tema de trabajo es a menudo de índole histórica y, del mismo modo que Máximo de Tiro es un filósofo a medias, Arriano viene a ser, como se ha afirmado, un historiador a medias entre Plutarco y Apiano, siendo su obra una gran *melétē* o ejercicio literario. Pese a sus buenas intenciones, en definitiva, y a su deseo de no caer en los excesos de la historia retórica, la valoración más reciente, aun reconociendo sus méritos, sigue sin concederle el título de historiador[11].

2. *Arriano: vida y obra*

Lucio, o bien Aulo, Flavio Arriano Jenofonte[12], se-

---

10 *Courants littéraires grecs...*, pág. 210.

11 Véase, como botón de muestra, P. Brunt, *Arrian. «History of Alexander», and «Indica»*, I, Londres-Cambridge, Mass., 1976, página XXXIV: Arriano «fue un espíritu simple y honrado, pero no un historiador».

12 Los «testimonia de vita Arriani» están editados por A. G. Roos, G. Wirth, *Flavii Arriani quae exstant omnia*, II: *Scripta*

gún algunos identifican su nombre completo [13], fue un auténtico hombre de su época [14]. Era adulto cuando Plutarco había muerto y Elio Aristides ya había nacido

---

minora et fragmenta, Leipzig, 1968, págs. LVIII-LXV (se trata del segundo tomo de la *editio maior* de ROOS, que fue publicado en Leipzig, 1928, nuevamente reimpreso con «addenda et corrigenda» a cargo de WIRTH), y el tratamiento más amplio, aunque acusa el paso de los años, es el de J. A. FABRICIUS, G. C. HARLES, *Bibliotheca graeca*, V, Hamburgo, 1796 (hay reimpresión), págs. 89-104. En fechas más recientes, el trabajo fundamental sobre Arriano es el de E. SCHWARTZ, en la *Realencyclopädie*, II (1896), cols. 1232-1236 (= «Griechische Geschichtsschreiber», Leipzig, 1957, págs. 130-140). Más noticias de índole general pueden hallarse en W. VON CHRIST, O. STAEHLIN, W. SCHMID, *Geschichte der griechischen Literatur*. Zweiter Teil: *Die nachklassische Periode der griechischen Literatur*, 6.ª ed., Munich, 1961, págs. 746-751, y en A. LESKY, *Hist. de la lit. gr.*, páginas 879-881, así como en REARDON, *Courants...*, págs. 209-216. Estudios recientes de interés son los de G. WIRTH, «'Αρριανός ὁ φιλόσοφος», *Klio* 41 (1963), 221-233, y «Ammerkungen zur Arrianbiographie. Appian-Arrian-Lukian», *Historia* 13 (1964), 209-245; P. A. STADTER, «Flavius Arrianus: the new Xenophon», *Gr., Rom. and Byz. St.* 8 (1967), 155-161; G. W. BOWERSOCK, «A new inscription of Arrian», *ibidem*, 279-280; A. B. BOSWORTH, «Arrian's literary development», *Class. Quarterly* 22 (1972), 163-185; D. PEPPAS DELMOUSOU, «Βάσις ἀνδριάντος τοῦ 'Αρριανοῦ», 'Αρχαιολ. 'Ανάλ, ἐξ 'Αθην. 3 (1970), 377-380; E. N. BORZA, «Some notes on Arrian's Name», *ibid.* 5 (1972), 99-102; E. KAPETANOPOULOS, «Arrian's Praenomen again», *ibid.* 6 (1973), 301-304, y G. WIRTH, «Arrian und Traian. Versuch einer Gegenwartsdeutung», *Stud. Clas.* 16 (1974), 169-209. Un nuevo art. en la *Realencyclopädie*, a cargo de W. ECK, puede verse en el vol. suplementario 14 (1974), col. 120, *s. v.* «Flavius», núm. 44.

13 Estos cinco nombres son dados por Borza, quien se basa en el trabajo de Peppas Delmousou; estudió este último el basamento de una estatua, fechable en la época imperial, que se conserva en el museo Epigráfico de Atenas y que se halla partida en cinco trozos. La fecha podría ser 145-146.

14 Sobre un doble Hermes del Museo Nacional de Atenas que, datable en la época de Antonino Pio, ofrece los retratos de Jenofonte y Arriano, véase J. H. OLIVER, «Herm at Athens with

—como señala Reardon[15]—, de forma que puede decirse que hay algo de los dos en él. Casio Dión[16], el *Léxico* de Suidas y Focio, en su famosa *Biblioteca,* se refieren a su cultura (*paideía*) y fama de filósofo. Por los testimonios epigráficos, conocemos los éxitos de su carrera militar y política. Una vida, pues, de servidor del Estado y literato, que no desentona entre los muchos ejemplos que la Antigüedad nos ofrece y de acuerdo, en todo, con las directrices generales que Reardon ha sabido hallar en el panorama literario de esta época.

Su nacimiento se sitúa entre los años 80-95 en Nicomedia, Bitinia, donde se crió, fue educado y desempeñó el sacerdocio de las diosas Deméter y Core[17]. En torno al 108, para Bosworth, o bien entre el año 112 y 116, en opinión de otros, debió de acudir a Nicópolis, en el Epiro, a escuchar las explicaciones del filósofo Epicteto, y por los años 117 a 120 el emperador Adriano le concedió la entrada en el Senado. Fue *consul suffectus* entre los años 120 y 130, aproximadamente, y del 131-137 le encontramos como *legatus Augusti pro praetore* en Capadocia, provincia en la que tuvo que proteger a la población de los ataques de los alanos[18]. Nada sabemos de su subsiguiente carrera militar, si es que la hubo, ya que la siguiente fecha que respecto a él conocemos, ésta segura, es el año 145/6, en el que le

Portraits of Xenophon and Arrian», *Am. Journ. of Arch.* 76 (1972), 327-328.

15 *Courants*..., pág. 213.

16 SUIDAS le atribuye una biografía de Arriano, pero algunos autores, entre ellos F. MILLAR, *Cassius Dio,* Oxford, 1964, pág. 70, dudan de su existencia.

17 Véase FOCIO, XCIII 73b, 1; según se ha sugerido, fue posteriormente iniciado en los misterios de Eleusis, como testimonia el conocimiento de ciertos detalles en *Anábasis* III 16, 8.

18 CASIO DIÓN, LXIX 15, 1, testimonia algunos de estos ataques.

vemos como ciudadano honorario en Atenas. G. W. Bowersock[19] ha argumentado en torno a la posibilidad de que nuestro escritor fuese una víctima más, entre los muchos personajes conocidos caídos en desgracia en los últimos años del reinado de Adriano, pero nada podemos saber con certeza. Por *India* IV 15, sabemos de su conocimiento de la zona alpina, aunque se ha argüido que hay en sus descripciones demasiadas inexactitudes como para suponer una temporada de servicio en alguna legión de Panonia, cosa, por otra parte, jamás sugerida en fuente alguna. Tras el abandono de su carrera oficial y marcha a Atenas, le volvemos a encontrar, tal vez en 166/7 y 169/70, como ciudadano del demo de Peania y prítano, pero, en esta ocasión, la autorizada opinión de Bosworth considera un homónimo al personaje del que hablan las inscripciones. De su muerte nada sabemos tampoco, si no es la opinión extendida entre los investigadores de que, cuando Luciano escribió su *Alejandro* (en torno al año 180), ya debía de estar muerto, como hace suponer el caluroso elogio que le dedica: «un hombre importante entre los romanos y entregado a la cultura a lo largo de toda su vida».

Pocos datos más tenemos sobre Arriano que puedan resistir un análisis detenido; su relación con L. Gellio Justo de Corinto, a quien dedica las *Diatribas* de Epicteto, es clara[20], y la inscripción hallada en Corinto, si se refiere a él como sostiene Bowersock[21], habla de su fama por esas tierras. Pero, tal vez, la etapa más debatida de su vida, en la actualidad, sea

---

[19] *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford, 1969, página 52.

[20] Véase J. H. Oliver, «Arrian and the Gellii of Corinth», *Gr., Rom. and Byz. St.* 11 (1970), 335-338.

[21] «A new inscription...», pág. 279; véase comentario en Bosworth, «Arrian's... development», 168-169.

la que pasó, o pudo pasar, en nuestra patria. Efectivamente, un epigrama encontrado en Córdoba hace pocos años ha saltado a la palestra científica con notoria vitalidad ofreciendo la posibilidad de que Arriano estuviese en España[22].

Los versos en cuestión, dos dísticos elegíacos, recogen una simpática plegaria a Ártemis en la que, a falta de la carne o los cuernos de los animales cazados, se le ofrecen «los dones inmortales de las musas», es decir, los propios versos[23]. El poema está puesto en la piedra bajo la autoría de un Arriano *anthýpatos*, un procónsul en la terminología romana, y, si como quieren algunos, se trata del autor de la *Anábasis*, es claro que bajo el reinado de Adriano, en torno al año 120, su carrera militar le llevó a la Bética. Desde el punto de vista literario, el contenido del epigrama, bien estudiado ya, no es un testigo demasiado explícito que nos conduzca en derechura a otras obras de Arriano, pero tanto Koenen como otros autores han señalado

---

22 La cuestión es muy interesante y aquí sólo podemos dar una breve indicación bibliográfica. El epigrama fue publicado por A. Tovar, «Un nuevo epigrama de Córdoba», en la obra colectiva *Estudios sobre la obra de Américo Castro,* Madrid, 1971, págs. 403-412, a la que siguió el trabajo de M. Fernández-Galiano, «Sobre la nueva inscripción griega de Córdoba», *Emerita* 40 (1972), 47-50. Otros estudios son los de M. Marcovich, «The Epigram of Proconsul Arrian from Cordoba», *Zeit f. Papyr. und Epigr.* 12 (1973), 207-209; W. Burkert, «Nochmals das Arrian-Epigramm von Cordoba», *Zeit f. Papyr. und Epigr.* 17 (1975), 167-169; G. Giangrande, «El epigrama de Arriano a Ártemis», *Emerita* 44 (1976), 349-355; M. Marcovich, «Nochmals Cordoba, wiederum Arrian», *Zeit. f. Papyr. und Epigr.* 20 (1976), 41-43; W. Speek, «Zum Arrian-Epigramm von Cordoba», *Zeit. f. Papyr. und Epigr.* 22 (1976), 87-88; A. B. Bosworth, «Arrian in Baetica», *Gr., Rom. and Byz. St.* 17 (1976), 55-64, y L. Koenen, «Cordoba and no end», *Zeit. f. Papyr. und Epigr.* 24 (1977), 35-40.

23 La reconstrucción del texto por Giangrande es, a nuestro juicio, la más completa y verosímil de las ofrecidas hasta ahora.

puntos de contacto con el *Cinegético,* con su modelo jenofonteo y con los ideales de vida que parece compartió Arriano. Sin embargo, no todos opinan igual, y hay quien, como Marcovich, niega la identificación de los dos Arrianos. La verdad sea dicha, tan sólo en la *Anábasis* II 16, 1, parecen los críticos encontrar algo que pudiese reflejar conocimientos adquiridos por el autor durante su estancia en tierras españolas, mientras que, por el contrario, otros muchos pasajes en su obra parecen indicar una falta de tales conocimientos [24]. De todos modos, la ignorancia de la geografía de la Bética que Arriano muestra es paralela a la que notamos en él con respecto a Capadocia, una provincia en la que sabemos con seguridad que pasó, por lo menos, seis años, o bien a la que ya vimos en relación con ciertas regiones centroeuropeas, de forma que la presencia en Córdoba del de Nicomedia, aunque posible, no deja de ser un tema sujeto a discusión.

Si los hitos que jalonan su vida son escasos y fragmentarios, no mucho más abundantes son los testimonios que se refieren a su carrera literaria o, incluso, a la conservación de sus obras frente al continuo ataque del tiempo. Bajo el peso de la autoridad de Schwartz ha dominado muchos años la idea de que Arriano comenzó a escribir ya en edad madura y después de su carrera militar; las obras primeras, el *Periplo,* la *Táctica* y otras, serían su preparación hasta llegar a la *Anábasis,* que fue escrita, según esta concepción, entre los años 160 y 165, y a la que habían de seguir otras obras históricas de mayor aliento.

La hipótesis de que nuestro autor, casi octogenario, emprendiese la realización de los 42 libros de obras históricas que, más o menos, debió de escribir no ha

---

24 Véase BOSWORTH, «Arrian in Baetica», 62-63.

satisfecho a todos, y ya F. Reuss[25] emitió la opinión de que la *Anábasis* debía ser considerada obra de juventud escrita en torno al año 130. Ha sido modernamente Bosworth el paladín de esta idea, y sus trabajos sobre Arriano —que han de culminar en un comentario, según parece— han traído a la luz algunos detalles nuevos que pueden servir para apoyar la hipótesis mencionada. Si queremos adelantar la fecha de composición de sus obras[26], no hay otra solución que estar en desacuerdo con la idea de Schwartz y suponer que Arriano escribió durante su carrera militar: efectivamente, ciertos indicios pueden ser hallados que apoyan esto. En *Cinegético* I 4, el propio autor afirma que, desde joven, se dedicó a la caza, a la guerra y a la sabiduría (*kynēgésia kaì stratēgían kaì sophían*)[27], y,

---

25 «Arrian und Appian», *Rhein. Mus.* 45 (1899), 455-461.

26 Pensemos que, para Wirth, tanto la *Anábasis* como la *India* y *Bitiníacas* están escritas antes del año 165, fecha en que Luciano escribió su *Historia;* las fechas oscilan, para la *Anábasis*, entre 147, como muy temprano, y 165, como más tarde: en la teoría de Bosworth la *Anábasis* apareció poco después del año 115.

27 La actividad de cazador unida a la de militar es algo frecuente en el mundo antiguo (véase alguna reflexión sobre el tema en A. Bravo García, «El pensamiento de Plutarco acerca de la paz y la guerra», *Cuad. de Filol. Clás.* 5 [1973], 148 y sigs.; y, más modernamente, sobre el pasaje que allí comentamos, en H. Martin, Jr., «Plutarch's *De sollertia animalium* 959 B-C: the Discussion of the Encomium of Hunting», *Am. Journ. of Philol.* 100 [1979], 99-106), y en la bibliografía de Arriano encontramos sobradas referencias a ambos temas, incluso si el epigrama de Córdoba no es realmente suyo. Por lo que toca a la *sophía*, además del artículo del *Léxico* de Suidas, los testimonios epigráficos comentados por Bowersock, Peppas Delmouzou y Kapetanopoulos le presentan como *philósophos*, y a ellos debe añadirse el juicio, ya citado, de Luciano en *Alejandro* 3, así como la afirmación de Focio, LVIII 17b, 15-16, de que se le confiaron cargos importantes en su vida a causa de su notable cultura. Algunos autores piensan que Adriano le apoyó, preci-

aparte del paralelo que estas actividades tienen con el género de vida que su venerado modelo llevó —y que, además, se traduce en la propia producción de ambos autores[28]—, es interesante destacar, como lo ha hecho Bosworth, que ya los intereses fundamentales de su producción literaria estaban presentes en él desde su juventud, de modo que no parece del todo oportuno suponer que la actividad de este escritor comenzó, por lo menos a cierta escala, después de su retiro; y aún más, el orador Temistio, XXXIV 451-2 (ed. Dindorf), le presenta como una mezcla de filósofo y soldado en el relato que hace de la expulsión de los alanos de Armenia, lo que puede ser otra prueba de lo temprano de su vocación. Por otro lado, al declararse, con cierto orgullo, competente para escribir las hazañas de un héroe tan famoso como Alejandro, confiesa que no necesita explicar su origen ni su nombre ni su patria (*Anáb.* I 12), lo que debe interpretarse como clara señal de que había alcanzado ya una cierta notoriedad. Finalmente, Focio, XCIII 73a, 32 y ss., afirma que la *Anábasis* fue una preparación, una especie de entrenamiento antes de enfrentarse con las dificultades que

---

samente, en virtud de su destacada producción literaria (lo que sería un testimonio a favor de su temprana carrera como escritor), pero otros dudan de esto; recordemos, no obstante, que en *Periplo* II se sugiere esta posibilidad y que hay muchos casos paralelos en la historia romana.

28 El empeño en compararse con Jenofonte es verdaderamente notorio; en *Cinegético* I 4; *Periplo* I 1, X 5 y XXV 1, y *Táctica* XXIX 8, aparece como un «nuevo Jenofonte», y una comparación de las obras de ambos autores nos señala su paralelismo. Frente a los escritos socráticos, Arriano escribió las *Diatribas* de Epicteto; el *Cinegético* fue imitado; llevó a cabo biografías históricas paralelas al *Agesilao*, una *Anábasis*, es decir, una obra monográfica sobre un tema particular, y, correspondiendo a las *Helénicas*, narró *Los sucesos después de Alejandro*, obra de la que sólo conservamos fragmentos.

suponía su libro sobre la historia de Bitinia; pero, al considerar el énfasis que en esta última obra pone Arriano al hablar de su patria, Bosworth cree ver indicios de que el escritor no se sentía todavía como un senador romano, lo que le sirve, igualmente, de prueba para adelantar el período de producción de sus obras.

Debatida es, pues, la cronología de sus escritos; poco seguras, las fechas de su vida, y, en último lugar, fragmentaria, la conservación de sus obras. Focio, en su *Biblioteca,* nos ha legado resúmenes de lo que leyó de Arriano, pero ya otros títulos de entre su producción eran inencontrables en tiempos del patriarca, pérdidas no raras en lo que se ha dado en llamar el naufragio de la literatura antigua [29]. Pasemos a describir brevísimamente estas obras.

De los años 130 a 132 parece ser el *Periplo del Ponto Euxino,* que está dedicado al emperador Adriano y narra un viaje oficial de Trapezunte a Dioscurias, aunque luego se completa con otras fuentes, de modo que describe una mayor extensión de la costa del Mar Negro; todo parece indicar que su origen fue un informe en latín, de índole técnica, que fue rehecho y enriquecido con otros elementos [30].

---

29 Sobre Focio es fundamental, para todo lo referido a la supervivencia de la literatura antigua, P. Lemerle, *Le premier humanisme byzantin. Notes et remarques sur enseignement et culture à Byzance des origines au Xe siècle,* París, 1971, páginas 177-204; en lo que se refiere a los avatares de la transmisión de los textos griegos, un breve resumen con bibliografía selecta tiene el lector en A. Bravo García, «Las fuentes escritas de la cultura griega y su transmisión hasta nosotros», *Est. Clás.* 22 (1978), 11-40 (= L. Gil [ed.], *Temas de COU. Latín y griego,* Madrid, 1978, págs. 13-42), y «Las fuentes escritas de la cultura griega... *addenda et corrigenda*», *Est. Clás.* 25 (1979), 139-142.

30 Véanse, en general, Roos, Wirth, *Flavii Arriani quae exstant omnia,* II, págs. XIV-XX, y la edición con traducción

Un poco más tarde, en torno al año 134, se sitúa tal vez la *Formación militar contra los alanos,* un fragmento de táctica que se conserva en el manuscrito *Laurentianus* LV 4 y que, como Bosworth señala[31], recuerda en ciertos aspectos la *Anábasis,* lo que sería una prueba más de una temprana datación de ésta.

De tema parecido es la *Táctica,* compuesta igualmente durante su estancia en Capadocia (sobre el año 136 ó 137); la primera parte consiste en un tratadito de táctica griega y macedonia tomado de Eliano que, a su vez, se remonta a Asclepiódoto, y todo ello está completado, en una segunda parte, por un informe sobre la caballería romana y las reformas que Adriano introdujo. Como en el caso del *Periplo,* puede tratarse de un «informe profesional», en latín, que ha servido como núcleo de una obra más pulida y trabajada, aunque hay quienes siguen pensando en dos obras separadas, una del propio Arriano y otra de Eliano el táctico[32].

El *Cinegético* parece ser de época ateniense y su dependencia de la obra de Jenofonte, a la que imita y completa, ha sido bien señalada por P. A. Stadter[33];

---

y notas de G. Marenghi, *Arriano. Periplo del Ponto Eusino,* Nápoles, 1958, así como K. E. Mueller, *Geschichte der antiken Ethnographie und ethnologischen Theoriebildung von der Anfängen bis auf die byzantinischen Historiographen,* II, Wiesbaden, 1980, págs. 154-157. Para V. Chapot, «Arrien et le *Périple du Pont-Euxin*», *Rev. des Étud. Grec.,* 132 (1921), 129-154, la obra en cuestión no es de Arriano.

31 «Arrian and the Alani», *Harv. St. Philol.* 81 (1977), 217-255; detalles acerca de la constitución del ejército romano estudia A. Dent, «Arrian's array», *Hist. To-day* 26 (1974), 570-574.

32 Véase Roos, Wirth, *Flavii Arriani quae exstant omnia,* II, páginas XX-XXVII, donde también se habla de la *Formación militar contra los Alanos;* F. Kiechle, «Die *Taktik* des Flavius Arrianus» *Bericht der Röm.-Germ. Komm.* 45 (1964), 87-129, ofrece una nueva edición con traducción y comentarios.

33 «Xenophon in Arrian's *Cynegeticum*», *Gr., Rom. and Byz.*

resultan interesantes en él las notas sobre la caza entre los celtas, tal vez tomadas de Favorino, como creen Von Christ, Stählin, Schmid[34].

Finalmente, las otras obras completas que sobreviven son la *Anábasis*[35], de su primera época en Atenas o, como hemos visto, de fecha mucho más temprana, si aceptamos los puntos de vista de Bosworth, y la *India*[36], que está concebida, parece, prácticamente, como el libro octavo de la anterior.

Fragmentos de una obra en ocho libros, *Bitiníacas*[37], se conservan en los escritos de Esteban de Bizancio, Eustacio, Suidas y otros; Focio la leyó entera y da un resumen de su contenido que debió de narrar la historia del país, su propia tierra, Bitinia, hasta el 74 a. de C., año en que murió Nicomedes Filopátor, quien, sin heredero masculino legítimo, dejó su reino a sus protectores romanos[38].

Las guerras bajo Trajano fueron narradas en 17 libros de *Párticas*[39], que Focio pudo leer también, y en 10 libros trató la historia de los Diádocos o *Los*

St. 18 (1976), 157-167; véase, en general, ROOS, WIRTH, *Flavii Arriani quae exstant omnia,* II, págs. XI-XIV. Hay una traducción española de esta obra: B. SERAL Y CASAS, *Arriano. Tratado de la caza,* Madrid, 1965.

[34] *Geschichte der griech. Lit.*, pág. 748.

[35] Véase A. G. ROOS, G. WIRTH, *Flavii Arriani quae exstant omnia,* I: *Alexandri «Anabasis»*, Leipzig, 1967, págs. V-LXIV.

[36] Véase ROOS, WIRTH, *Flavii Arriani quae exstant omnia,* II, págs. V-XI.

[37] Véase ROOS, WIRTH, *op. cit.*, II, págs. XXIX-XXX.

[38] Véase E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique (323-30 av. J. C.)*, II: *Des avènements d'Antiochos III et de Philippe V à la fin des Lagides,* Nancy, 1967, pág. 411.

[39] Véanse ROOS, WIRTH, *Flavii Arriani quae exstant omnia,* II, págs. XXXI-XXXII, y J. WOLSKI, «Untersuchungen zur frühen parthischen Geschichte», *Klio* 58 (1976), 439-457, que también considera la narración que a Estrabón debemos sobre el mismo tema.

sucesos después de Alejandro[40] que el patriarca leyó igualmente y que historiaba el período comprendido entre los años 323 y 321 siguiendo como fuente principal a Jerónimo de Cardia.

Las tres obras históricas citadas en último lugar fueron escritas, desde luego, después de la *Anábasis* y, tal vez, en el mismo orden; de creer a Bosworth, la historia de Bitinia siguió muy de cerca a la *Anábasis* que, como hemos dicho, podría ser de los alrededores del año 115, en la cronología fijada por este investigador.

Diferentes por su temática son las *Diatribas* de Epicteto, que representan una buena parte de su producción literaria y que, con el *Encheirídion* o *Manual*, constituyen un testimonio muy valioso de las enseñanzas de este filósofo[41]; Th. Wirth[42] ha afirmado que se trata de auténticas memorias, paralelas a las de Jenofonte, y no de simples notas, tomadas fragmentariamente, de los encuentros con el maestro, como es la idea de Schwartz; siguiendo a Bosworth, serían obras de juventud anteriores a la *Anábasis*.

De tema interesante y cercano también a la filosofía, pero de atribución dudosa, es el tratado *Sobre las razas de la India y los Brahmanes*[43] que ya Eneas de

---

40 Véase Roos, Wirth, *Flavii Arriani quae exstant omnia*, II, páginas XXXII-XXXIV.

41 La bibliografía sobre Epicteto es muy abundante; remitimos aquí al lector a la edición con traducción española y notas de P. Jordán de Urríes y Azara en la Colección Hispánica de autores griegos y latinos, 4 vols. (introducción en vol. I, Barcelona, 1957, págs. XI-CVIII).

42 «Arrians *Erinnerungen* an Epiktet», *Mus. Helv.* 24 (1967), 149-189.

43 Véase J. Duncan-M. Derret, «The History of 'Palladius' *On the Races of India and the Brahmans*», *Class. and Mediaev.* 21 (1960), 64-135, y W. Berghoff, *Palladius. De Gentibus Indiae et Bragmanibus*, Meisenheim am Glan, 1962.

Gaza atribuyó a Arriano, aunque la mitad corre bajo la autoría de Paladio. La segunda parte, la atribuida al autor de la *Anábasis*, está testimoniada también por un papiro del siglo II d. C. y, a los ojos de B. Berg[44], contiene numerosos elementos gnósticos y otros afines a la secta de los encratitas, lo que resulta interesante para estudiar el ascetismo de estas filosofías[45], aunque presta poco apoyo a la idea de que fuese escrita por Arriano.

Para terminar, existen algunos fragmentos de índole física (características de los cometas, etc.)[46] conservados en Estobeo y atribuidos al de Nicomedia; así como el testimonio que Focio nos transmite sobre las biografías de Dión de Siracusa, de Timoleón de Corinto y de un cierto bandido, de nombre Tilíboro o Tilóboro, que no sabemos en qué tono debía de estar escrita, ya que la ética del robo es un tema de la filosofía popular helenística (como se ha señalado) y la novela griega, por otro lado, presenta la figura del ladrón noble y generoso. Estas obritas[47] serían ejercicios previos en su carrera, para Bosworth, o bien debieron de seguir a la *Anábasis*, según cree Schwartz y los que comparten su cronología.

En definitiva, pues, una carrera fructífera en éxitos literarios como parece, y abundante en logros de carácter social y político, según nos testimonian las fuentes que hemos analizado: la *paideía* de Lucio, o bien

[44] «Dandamis. An early Christian portrait of Indian ascetism», *Class. and Mediaev.* 31 (1970), 269-305.

[45] Para el gnosticismo véase, en general, F. GARCÍA BAZÁN, *Gnosis. La esencia del dualismo gnóstico*, 2.ª ed., Buenos Aires, 1978, y en el *Reallexikon der Antike und Christentum*, V (1962), cols. 343-365, el lector podrá encontrar un detallado artículo sobre el movimiento encratita debido a H. CHADWICK.

[46] Véase ROOS, WIRTH, *Flavii Arriani quae exstant omnia*, II, páginas XXVII-XXVIII.

[47] Véase ROOS, WIRTH, *op. cit.*, II, págs. XXIX y XXXIV.

Aulo, Flavio Arriano Jenofonte de Nicomedia, le hace destacar y ser un escritor no desdeñable en el panorama de la literatura griega en la época imperial, «l'une des personnalités littéraires les plus intéressantes de toute son époque», que dice Reardon[48].

3. *La «Anábasis» y sus precursores*

a) Los historiadores de Alejandro. — Se inserta la obra de Arriano en una larga serie de precedentes[49] que, prolongándose tras él, perpetúan las hazañas de Alejandro Magno, de quien Droysen, gran historiador del Helenismo, afirmó un día, con rotunda frase, que su nombre significaba el fin de una época y comienzo de otra. Las precisiones cronológicas en torno a los historiadores que han precedido a Arriano son, en general, difíciles de formular pero muy en especial, se discute sobre todo el orden en que escribieron Clitarco, Tolomeo y Aristobulo; esta secuencia es la que propugnan investigadores como Droysen, Schwartz, Jacoby, Berve, Schachermeyr y Brunt por citar algunos, pero, para Tarn, el orden debe ser Aristobulo,

---

48 *Courants...*, págs. 209-210.

49 Descontando las monografías antiguas, por supuesto aún útiles, y las exposiciones meramente introductorias —entre las que destaca por su concisión la de Lesky, *Hist. de la lit. gr.*, páginas 797-800—, las dos obras de conjunto más importantes son las de L. Pearson, *The lost Histories of Alexander the Great*, Oxford, 1960, y M. A. Levi, *Introduzione ad Alessandro Magno*, Milán, 1977; una visión general aconsejable es la de P. Pédech, «Les historiens d'Alexandre», en la obra colectiva *Historiographica Antiqua. Commentationes Lovainienses in honorem W. Peremans septuagenarii editae*, Lovaina, 1977, páginas 119-138, y abundante bibliografía, críticamente expuesta, se encuentra en J. Seibert, *Alexander der Grosse*, Darmstadt, 1972, páginas 1-42.

Tolomeo y Clitarco es decir, justamente a la inversa. Levi, por su parte, propone Tolomeo, Aristobulo y Clitarco, mientras que Pearson entiende que el orden correcto es el preferido por Tarn, ya que, en *Anáb.* V 14, 4-6, Arriano parece decir que Tolomeo critica a Aristobulo, lo que indicaría que éste escribió primero; además, como en Arriano no hay prácticamente nada de Clitarco, difícilmente puede creerse que Aristobulo escribiese después de Clitarco sin ser influido. Como el lector podrá imaginar las razones aducidas son muy variadas[50] y no nos es posible entrar en ellas a fondo; de todas maneras, aunque valiosas para comprender las influencias que han tenido lugar entre los diversos escritores, sin embargo no nos estorba su carácter de tema debatido todavía hoy día a la hora de dar un breve resumen de la obra de cada uno de los historiadores que preceden a Arriano.

El primero de ellos, Calístenes de Olinto[51], nos es conocido, básicamente, por informaciones suministradas por autores anteriores al año 200 a. C. Pupilo de Aristóteles y, según Plutarco, hijo de una sobrina del filósofo, acompañó a Alejandro en su expedición, para acabar conspirando contra él, de acuerdo con algunas de las fuentes, y morir condenado por su negativa a la

---

[50] Véase un breve resumen en PEARSON, *The lost Histories...*, pág. 234.

[51] Los fragmentos, en F. JACOBY, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, II B, Berlín, 1927, núm. 124, y una traducción inglesa, según el texto anterior, ofrece CH. A. ROBINSON, Jr., *The History of Alexander the Great*, I, Providence, 1953, páginas 45-77. Véanse PEARSON, *The lost Histories...*, págs. 22-49; LEVI, *Introd. ad Alex. Magno*, págs. 19-28, y SEIBERT, *Alexander der Grosse*, págs. 11-12. H. MONTGOMERY, *Gedanke und Tat. Zur Erzählungstechnik bei Herodot, Thukydides, Xenophon und Arrian*, tesis doctoral, Lund, 1965, lista en su bibliografía una «Dissertation» de A. FURUMARK, «*The Alexander history*» *of Callisthenes* (inédita), no incluida en el resumen de Seibert.

proskýnesis[52]. Los autores antiguos lo ven como un sofista, un filósofo o, incluso, como maestro de Alejandro, a la vez que de las fuentes puede extraerse la idea de que, en virtud de su ilustración sofística y de su condición de griego, nunca cayó demasiado bien entre el elemento macedonio que primaba en el estado mayor de Alejandro. Todo hace pensar, pues, en una formación peripatética, a la vez que en ciertas simpatías para con la forma retórica de componer historia a que ya aludíamos antes. De sus obras habla Pearson largo y tendido siendo la que nos interesa fundamentalmente *Los hechos de Alejandro* (*Alexándrou práxeis*), que críticas posteriores, como las de Estrabón y Josefo entre otros, consideraron más una biografía encomiástica[53] que una verdadera obra histórica. Lo poco que de ella se sabe no impide que, al comentar algunos de sus fragmentos, como por ejemplo el relativo al episodio famoso del oasis y la consulta al sacerdote de Ammón (fr. 14a = Estrabón, XVII 1, 43), el lector saque conclusiones parecidas a las de muchos estudiosos que ven en este historiador muy poco rigor crítico: «no

---

52 En CASIO DIÓN, XLIV 8, y otros autores de la época, el término significa «enviar un beso con los dedos», es decir, lo que se solía hacer como muestra de respeto y devoción con las estatuas de los dioses, de modo que pasó a tomar el sentido de «adorar» y «honrar», «mostrar respeto», etc. En el caso de Alejandro supone el colocarse de rodillas, cosa que los griegos hacían a veces ante los dioses, pero nunca con la exageración familiar a los persas en sus relaciones con las altas dignidades de su país. La conducta de Calístenes, al negarse a tributar este homenaje tan especial a Alejandro, no significa sino una oposición a las ideas que Alejandro fue concibiendo sobre su divinidad y a su imitación de las costumbres orientales. Véase SEIBERT, *Alexander der Grosse*, págs. 202-204, con bibliografía sobre la cuestión.

53 La mejor exposición sobre todos los problemas de la biografía como género, en A. MOMIGLIANO, *The Development of Greek Biography*, Harvard, 1971.

es de extrañar, dado el carácter fantástico de su historiografía —dice Lesky[54]—, que se le atribuya la famosa novela de Alejandro», sobre la que hablaremos. De todos modos, si se compara la referencia a un punto concreto del fr. citado que Plutarco, *Alex.* 27, hace y el tratamiento del mismo tema por Arriano, *Anáb.* III 4, 5, queda claro que tampoco las fuentes de este último, Tolomeo y Aristobulo según veremos, dijeron la última palabra sobre esta historia como parece suceder en relación con otros conflictivos momentos de la vida del Macedonio. Muchos otros episodios son puestos bajo su autoría, y entre ellos destaca, a juicio de los críticos, la digresión de carácter anticuario que sirve de introducción a lo sucedido con el nudo de Gordio; pero lo que más nos interesa destacar es la opinión que Levi sustenta, con otros estudiosos, de que es muy improbable que las fuentes más tardías hiciesen un uso directo de sus escritos; Arriano, en concreto, no lo utiliza y los otros, Plutarco entre ellos, pueden haber tenido, cierto es, una influencia lejana, pero de segunda mano con toda seguridad.

De Cares de Mitilene[55], chambelán, mariscal de corte o maestro de ceremonias de Alejandro, según traducen algunos el término griego *eisangeleús*, sabemos poco y la mayor parte de ello a través de Ateneo. Nada raro tiene que este autor, bien conocido depósito de chismes e historietas de la Antigüedad, gozase con la lectura de la *Historia de Alejandro* de Cares; lo que de él recoge tan sólo son descripciones de banquetes y ceremonias que contrastan con la sobria exposición de temas afines compartida por otros historiadores; así,

---

54 *Hist. de la lit. gr.*, pág. 657.

55 Véanse JACOBY, *Die Fragmente...*, núm. 125; ROBINSON, *The History of Alexander...*, págs. 77-86; PEARSON, *The lost Histories...*, págs. 50-61; LEVY, *Introd. ad Aless. Magno*, págs. 28-33, y SEIBERT, *Alexander der Grosse*, págs. 12-14.

al hablar de las bodas en Susa, tanto Arriano, *Anáb.* VII 4, 4, como Plutarco, *Alex.* 70, y Diodoro, XVII 107, 6, se contentan con detalles mucho menos pintorescos que los que enriquecen los cinco días de festejos en el fr. 4 (= Ateneo, XII 538B-539A) comentado por Pearson. Ateneo lo cita cinco veces y, después de él, es Plutarco quien más lo utiliza, pero siempre en relación con temas paralelos, como pueden ser, entre otros, la descripción de la tienda de Darío y su baño portátil (*Alex.* 20); la presencia de detalles de este tipo en los restantes historiadores hace pensar que incluso autores más serios, como Tolomeo y Aristobulo, y otros menos de fiar, como tradicionalmente parece ser Clitarco, han podido beber en este venero del que todo detalle político, militar, moralizante o, incluso, retórico parece estar ausente. Se ha destacado que, aunque el tema podría sugerirlo, no existe, bajo el nombre de este historiador, ninguna referencia a los hábitos de gran bebedor de Alejandro, y a la condena de Tarn como autor que sólo piensa en frivolidades, Levi[56] apostilla aquello bien conocido de que «n'y a pas d'héros pour son valet»: su importancia es, pues, reducida, aunque no cabe duda de que debió de tener a su alcance abundante información de primera mano.

Poco interés, igualmente, tiene Efipo de Olinto[57], que escribió una obra titulada *Sobre el funeral de Alejandro y Hefestión* en la que, según lo conservado, se hacían múltiples referencias, todas ellas en tono reprobatorio, al lujo, los banquetes y las costumbres licenciosas de Alejandro. Las razones de este primer testi-

---

56 *Introd. ad Aless. Magno,* pág. 30.

57 Véanse JACOBY, *Die Fragmente...,* núm. 126; ROBINSON, *The History of Alexander...,* págs. 86-88; PEARSON, *The lost Histories...,* págs. 61-68, y LEVI, *Introd. ad Aless. Magno,* págs. 33-37. ARRIANO, *Anáb.* III 5, 3, menciona un Efipo de Calcis que, tal vez, debe de ser identificado con el historiador.

monio claro de ataque contra el rey, toda una tradición que no decaerá ya en muchas fuentes, han sido explicadas en virtud de que su patria, Olinto, fue destruida en el año 348 por el propio Alejandro y de que un compatriota suyo, Calístenes, fue ejecutado por orden del rey, como vimos, amén de por otros motivos de odio.

Trierarca de la flota de Alejandro, Medio de Larisa [58], el cuarto nombre conocido de entre los historiadores del soberano macedonio, es también casi un desconocido que escribió una *archaeologia* de Armenia en colaboración, en la que, muy posiblemente, debía de narrarse la conquista de este país y, como es lógico, algún aspecto de la vida del rey. Compañero de sus últimos días de vida, según cuentan los «diarios» que Arriano menciona en *Anábasis* VII 24, 4-25, 1, el testimonio de Medio sobre el monarca no parece en modo alguno reprobatorio, aunque esta vez es la propia historia la que le ha criticado a él arrojándole las sospechas de que, como responsable en aquellas fechas de las comidas y bebidas de Alejandro, fue quien le envenenó. Arriano, cierto es, rechaza estas acusaciones, así como otras especulaciones del mismo tenor en torno a la muerte de Alejandro, pero este hecho —se ha sugerido— explica la obra de Medio como un intento de poner a salvo su buen nombre, si es que las sospechas ya habían surgido en su propia época.

Tampoco demasiado interés tiene lo que conocemos de la *Historia* de Policlito de Larisa [59], del que Ateneo

---

[58] Véanse JACOBY, *Die Fragmente...*, núm. 129; ROBINSON, *The History of Alexander...*, págs, 92-95, y PEARSON, *The lost Histories...*, págs. 68-70.

[59] Véanse JACOBY, *Die Fragmente...*, núm. 128; ROBINSON, *The History of Alexander...*, págs. 89-92; PEARSON, *The lost Histories...*, págs.70-77, y LEVI, *Introd. ad Aless. Magno*, págs. 37-38.

cita un pasaje del libro octavo. Los fragmentos que nos han llegado como suyos contienen referencias al lujo de la corte, a la visita a las amazonas, a las maravillas de la India y alguna que otra cosa más, que no permiten saber demasiado de su obra. El conocimiento bastante exacto que demuestra acerca de ciertos detalles, por ejemplo, los tesoros de Susa o la geografía de Asia, han llevado a Pearson a creer que acompañó a Alejandro en su larga expedición, y, desde luego, Estrabón lo utiliza como testigo de fiar por su información geográfica; de todos modos, más que un historiador serio, su obra nos sugiere al escritor interesado en detalles de poca monta, entre los que no faltan, por supuesto, chismorreos de corte y cierta cantidad de adulación.

Mucha mayor seriedad e importancia tiene, en cambio, Onesícrito de Astipalea[60], del que Arriano, *India* XVIII 9, habla como timonel del barco que llevó a Alejandro por el Indo. Diógenes Laercio afirma que fue discípulo del cínico Diógenes y, como este filósofo murió en el año 321, debemos colegir que participó en la expedición estando ya formado en los estudios filosóficos; aunque, como más adelante veremos, no quiere esto decir que fuese un filósofo profesional: de hecho, su afición a todo lo maravilloso y a las narraciones increíbles —compartida por otros como ya sabemos— lo pone fuera del lugar que debería ocupar un historiador serio que, además, fuese filósofo. Y no debemos

---

PLUTARCO, *Alex.* 46, lo pospone a Clitarco, pero ya hemos aludido a las dificultades que presenta la cronología.

[60] Véanse JACOBY, *Die Fragmente...*, núm. 134; ROBINSON, *The History of Alexander...*, págs. 149-166; PEARSON, *The lost Histories...*, págs. 83-111; LEVI, *Introd. ad Aless. Magno*, págs. 38-40; SEIBERT, *Alexander der Grosse*, págs. 15-16, y K. E. MUELLER, *Geschichte der antiken Ethnographie und etnologischen Historiographen...*, I, Wiesbaden, 1972, págs. 240-242.

olvidar que Estrabón, XV, lo critica por sus fantasías, al tiempo que Luciano, *Historia* XL, habla de él como adulador. Si esto último es verdad, mal discípulo de Diógenes debió de ser, pues, como se sabe, son famosos los desaires del viejo filósofo al joven rey. La obra de Onesícrito, que puede traducirse como *Sobre la educación de Alejandro* (*Pōs Aléxandros ēchthē*), fue comparada ya por el propio Diógenes Laercio con la *Ciropedia* de Jenofonte; en principio, nada raro tiene esto, habida cuenta de la influencia que este escritor tuvo en el Helenismo, pero los fragmentos conservados no permiten entrever nada filosófico ni relacionado con cuestiones educativas (*paideía*, en general); de manera que se ha lanzado la hipótesis de que Diógenes Laercio quiso referirse a la *Anábasis* de Jenofonte, en vez de a la *Ciropedia*, y, la verdad sea dicha, hay testimonios en Plutarco que invitan a pensar esto. Básicamente, lo que hoy podemos leer de Onesícrito se refiere, en su mayor parte, a la India, destacando el fr. 1 (=Plutarco, *Alex.* 26), con el encuentro de Alejandro y las amazonas; por otro lado, aparece en su obra un gran número de datos peregrinos que van desde una mención de gentes que viven cerca de los ciento treinta años, hasta la descripción de ciertos monstruos marinos, y hay también un pasaje referente a los filósofos indios que ha conseguido sitio de honor en la novela tejida en torno a Alejandro[61]. Ciertamente, muchos son los detalles cínicos con que estos sabios indios aparecen retratados; de modo que cabe pensar, como se ha hecho[62], en una distorsión por parte del historiador, con el fin de aportar precedentes indios de la

61 Véase, más adelante, lo referente a esta tradición novelesca y blibliografía pertinente en n. 95.

62 T. S. Brown, *Onesicritus. A Study in Hellenistic Historiography*, Berkeley-Los Angeles, 1949, págs. 39-52.

filosofía de Diógenes; igualmente, las descripciones de ciertas regiones de la India, en las que es perceptible un aire decididamente utópico (piénsese en el país de los musicanos, por ejemplo [fr. 24 = Estrabón, XV 1, 34]), hacen pensar en algunos de los elementos del mito del «buen salvaje», feliz, a cubierto de los peligros y tensiones de una vida más civilizada y disfrutando de un estado jurídico envidiable y paradisíaco (*eunomía*). El estado ideal cínico puede ser, ciertamente, el modelo de estas descripciones; pero la capacidad como historiador de Onesícrito quedará resentida de tal modo al seguir estos métodos historiográficos, que Pearson afirma la imposibilidad de separar, en sus escritos, lo observado de lo imaginado, la misma objeción que preocupaba ya a Estrabón. En resumen, la obra parece no tratar de la educación de Alejandro y, por lo poco que sabemos, es difícil probar cuáles debían de ser sus partes y si, de acuerdo con algunos de los dos modelos jenofonteos que se barajan, había en ella algún veredicto sobre el carácter del rey u otros elementos composicionales aislables en aquéllos.

Nearco de Creta [63], el séptimo en la serie de escritores que narraron la vida y milagros de Alejandro, es la fuente básica de la segunda parte de la *India* de Arriano, donde se recoge su narración del viaje del Indo al Eufrates. Amigo del rey desde los primeros momentos, gozó de su confianza y fue elegido especial-

---

63 Véanse JACOBY, *Die Fragmente...*, núm. 133; ROBINSON, *The History of Alexander...*, págs. 100-149; PEARSON, *The lost Histories...*, págs. 112-149; SEIBERT, *Alexander der Grosse*, págs. 14-15 y 163-165, y MUELLER, *Geschichte der antiken Etnographie...*, I, páginas 236-240. Igualmente, E. M. BUNBURY, *A History of Ancient Geography*, I, Londres, 1959 (= 1883), págs. 525-551. resulta interesante y, desde el punto de vista histórico, debe verse A. BADIAN, «Nearchus the Cretan», en D. KAGAN (ed.), *Studies in the Greek Historians*, Cambridge, 1975, págs. 147-170.

mente para capitanear el peligroso viaje, en cuya descripción aflora, en primera instancia, un inconfundible aroma herodoteo. Cierto es que la comparación entre el Indo y el Nilo es normal en todos los historiadores de Alejandro, pero, por ejemplo, la opinión de que la India viene a ser, más o menos con otras palabras, un don del Indo (fr. 17 = Estrabón, XV 1, 26) nos lleva directamente a la descripción de Egipto por Heródoto. Hay en él la misma combinación de observación (*ópsis*) e investigación (*historíē*) que podemos ver en el peculiar método histórico[64] utilizado por el Padre de la Historia al combinar conocimientos adquiridos con relatos oídos en el lugar, y, como señala agudamente Pearson, las descripciones de animales están hechas calcando el patrón de Heródoto. Del tigre, por ejemplo, Nearco cuenta[65] que nunca ha visto ninguno, pero añade que en cierta ocasión pudo contemplar la piel de uno y que los indígenas le dijeron que los había del tamaño de un caballo grande y de gran fiereza; si comparamos esta descripción con la del fénix dada por Heródoto, II 73, 1, es fácil notar las semejanzas. Del mismo modo, al referirse a la salud de los indios, bastante buena de ordinario, Nearco la atribuye a los escasos cambios de temperatura que se dan en el país, lo que es un eco de la afirmación hecha por Heródoto en II 77. Por supuesto, estas influencias deben tomarse, por lo que sabemos de Nearco, como algo natural, ya que el modelo lógico, el más famoso, el idóneo, en suma, para narrar un viaje como el suyo debía ser el historiador jonio; ésta es la opinión de quienes ven una dependencia de Heródoto únicamente literaria;

---

64 Remitimos a la nota 1; una excelente introducción a la historiografía herodotea es J. Sánchez Lasso de la Vega, «La objetividad del historiador en Heródoto», en *De Safo a Platón*, Barcelona, 1976, págs. 171-242.

65 Fr. 7 = *India* XV 1-3.

otros autores, Jacoby entre ellos, creen notar, en cambio, una relación con los métodos científicos jónicos en los fragmentos conservados.

De todas formas, sea cual sea el grado de influencia rastreable, no es ésta la única que ha sido encontrada, ya que Pearson ha puesto al descubierto el gran influjo que la *Odisea* tuvo sobre su narración [66]; nada tiene de raro que un relato lleno de aventuras y, en el fondo, la historia de un accidentado regreso, haya sido otro modelo que conjugar, aunque la combinación de los dos, Heródoto con Homero, supone para muchos críticos ciertos reparos a la hora de enjuiciar la originalidad y crédito que a Nearco hay que otorgar. Estas influencias, por otro lado, no deben dar al lector la impresión de que este historiador era un aventurero ilustrado en demasía [67]; el conocimiento de Homero resultaba obligado para cualquier griego medianamente educado y, además, fue en esta época cuando revivió el viejo género del *periplo* escrito en jónico antiguo; como muestra el del Pseudo Escýlax, que debió de ser compuesto sólo unos años antes de la expedición de Alejandro, y también la obra del ateniense Fileas. De ellos pudo tomar Nearco su estilo conciso para las

---

66 Véase PEARSON, *The lost Histories...*, págs. 131-135; la reunión con Alejandro en Carmania es un pasaje que muestra claramente estas influencias.

67 El episodio narrado en *Anáb.* VI 13, 4-5, al contrario, muestra a este autor como no muy versado en literatura: fue capaz de transmitir el sentido de un verso de Esquilo que alguien recitó a Alejandro, pero ni logró recordarlo exactamente ni lo identificó. Arriano, por el contrario, aunque no cita nada de Sófocles, cita a Eurípides y cuatro versos del *Prometeo liberado* esquileo que sólo conservamos gracias a él (METTE, fr. 322a, pág. 116 = NAUCK, fr. 190 y 191, pág. 63. Véase A. WARTELLE, *Histoire du texte d'Eschyle dans l'Antiquité*, París, 1971, páginas 255-256): su formación literaria, por éste y otros muchos detalles, es bien conocida.

descripciones topográficas y combinarlas con los métodos de historiador que Heródoto le ofrecía[68]. Seibert pasa revista a los posibles motivos que tuvo para componer su obra, pero, fuese o no un alegato dirigido contra la de Onesícrito, de lo que sí estamos seguros es de que no se propuso escribir una historia completa de Alejandro y sus aventuras; los fragmentos que tratan del Macedonio dejan ver una imagen convincente y agradable del rey, y las razones que el historiador le atribuye para colonizar el Oriente están muy lejos de las ideas del imperio universal y de los ideales de conquista que otros autores mencionan. El retrato del joven Alejandro movido por el deseo de realizar más y más hazañas, su compulsión a la acción, su *póthos*, en una palabra —del que hablaremos—, están trazados con rasgos que los críticos han apreciado con elogios.

Mucho más importante para el autor de la *Anábasis* fue, sin duda, Aristobulo de Casandrea[69], que acompañó, igualmente, a Alejandro y es mencionado varias veces como persona entendida en problemas técnicos más que como experto militar; fue él el encargado de res-

---

68 En el propio HERÓDOTO, IV 44, 1, se habla del periplo de Escílax de Carianda que fue de la India a Egipto; sea o no real este viaje, el conocimiento amplio de Heródoto que Nearco tenía pudo ponerle en contacto con literatura más reciente sobre estos temas. Información general acerca de los viajes y exploraciones en época helenística, en T. RITTI, «Le esplorazioni geografische», en R. BIANCHI BANDINELLI (dir), *Storia e civilità dei Greci*, IX: *La cultura ellenistica. Filosofia, scienze letteratura*, Milán, 1977, págs. 152-168. Una cómoda introducción general al tema de estos periplos puede encontrar el lector español en J. MALUQUER DE MOTES, *Exploraciones y viajes en el mundo antiguo*, Barcelona, 1950.

69 Véanse JACOBY, *Die Fragmente...*, núm. 139; ROBINSON, *The History of Alexander...*, págs. 205-243; PEARSON, *The lost Histories*, págs. 150-187; LEVI, *Introd. ad Aless. Magno*, págs. 65-83; SEIBERT, *Alexander der Grosse*, págs. 21-23, y P. A. BRUNT, «Notes on Aristobulus of Cassandreia», *Class. Quarterly* 24 (1974), 65-69.

taurar la tumba de Ciro en Pasargada (*Anáb.* VI 29, 10) y realizó una misión en la India que, probablemente, tenía algo que ver con las crecidas del río Indo (Estrabón, XV 1, 19). Sin embargo, no deja esto de ser una interpretación posible, en este caso sustentada por Pearson, ya que, según otros autores, no hay nada en los fragmentos que permita ver en él más que en los otros historiadores su condición de «técnico». Arriano, en su proemio, lo acepta como una de sus fuentes principales y todos los autores posteriores parecen tácitamente compartir la creencia en la bondad de sus informaciones, aunque el juicio adverso de Luciano, *Historia* XII, y un aislado testimonio de un anónimo escrito de retórica[70] le presentan como un adulador. Por lo que puede deducirse, su obra debió de describir, incluso, las primerísimas campañas del rey: la toma de Tebas (*Anáb.* I 8, 8), las diferencias políticas suscitadas entre los atenienses (Plutarco, *Alex.* 13), los efectivos iniciales de la campaña en Asia (30.000 soldados de a pie y 4.000 de a caballo)[71], que, por cierto, no coinciden con las informaciones suministradas por Tolomeo, Anaxímenes ni Calístenes, y otros muchos detalles están todos sacados de él, siendo posible desde el principio de la narración detectar un marcado interés por las antigüedades locales, que recuerda el mostrado por Calístenes[72].

---

70 Véase PEARSON, *The lost Histories...*, pág. 150, n. 3.

71 Véase un cuadro de estos efectivos en BRUNT, *Arrian. History of Alexander...*, pág. LXIX: Arriano elige los datos de Tolomeo.

72 ATENEO, II 43 D, que depende de Aristobulo, habla de una fuente en Mileto llamada Aquileion, cuya mención no aparece en *Anáb.* I 18-19, y la misma historia del nudo de Gordio posee variantes, en el historiador que comentamos, que no se encuentran en el resto de la tradición: Alejandro, según Aristobulo (*Anáb.* II 3, 1-8, y PLUTARCO, *Alex.* 18), no lo cortó con la espada, sino que lo desató con un hábil expediente. No es éste el único

Con todo, sigue siendo cierto, como Pearson señala, que Arriano nunca lo cita para batallas como las de Gránico e Iso; lo que parece ser otro indicio de que, para detalles de corte militar, el autor de la *Anábasis* confiaba más en el soldado Tolomeo, el futuro rey, que en el técnico Aristobulo. Tal vez Aristobulo se basó en Calístenes y, por eso, estas partes de su historia no merecían honores de primera fuente a ojos de Arriano; de todas maneras, en lo que respecta a Gaugamela, otra de las batallas importantes, hay detalles que sí parecen remontar a su obra, como el documento que contenía el orden de batalla de los persas (*Anáb.* III 11, 3), mientras que el resto de la descripción del enfrentamiento militar está narrado sin que se noten diferencias con otras fuentes. Aristobulo, al igual que hicieron Cares y Tolomeo, relató el episodio del encuentro con las amazonas y lo ubicó en el Jaxartes (*Anáb.* VII 13, 2-3, y Plutarco, *Alex.* 46); no trató con demasiada claridad ni profundidad puntos como los de la *proskýnesis* ni las conspiraciones contra el rey[73], ni describió nada de especial interés en la primera parte de la marcha hacia la India, ya que Arriano no lo emplea en estos lugares, pero, conforme va avanzando la expedición, este autor hace un uso mayor de la obra de aquél. En definitiva, si hacemos caso de la opinión general, su obra debió de ser de notable extensión e importancia y no unilateral como, probablemente, era el memorial que Tolomeo, el otro punto de apoyo básico de Arriano, dejó escrito. Tolomeo escribió un memorial de corte marcadamente autobiográfico con in-

---

lugar en que Aristobulo prefiere versiones menos dramáticas y más prosaicas.

[73] A propósito de ellas, Arriano, *Anáb.* IV 13, 2, debe de echar mano de la tradición, es decir, del resto de las fuentes (*tà legómena*), que difieren de sus dos básicos pilares, lo que prueba que tampoco Tolomeo debió de tratar el tema.

formaciones técnico-militares muy abundantes, precisas y no exentas de interés desde el punto de vista del que traza un amplio panorama científico, geográfico y ambiental; un memorial llevado a cabo por un hombre que estuvo muy cerca del propio Alejandro desde el principio al final y que tiene interés en subrayar su intimidad con el soberano y los aspectos de su colaboración, de tal modo que el memorial, poco a poco, se transforma en una historia del reinado de Alejandro, aunque siempre —como indica Levi al caracterizar su obra— «desde el ángulo visual de las memorias personales» del propio Tolomeo. Aristobulo, en cambio —y la comparación[74] es importante, ya que se trata de los dos historiadores de Alejandro más dignos de ser consultados a ojos de Arriano—, pensó en escribir una obra de historia sobre Alejandro y su vida política y militar, una obra con detalles sobre otros muchos temas que van desde lo arqueológico a lo social, pero comparable, en muchos aspectos, a la de Heródoto y, en otros, a la de Tucídides, más trabajada en su concepción y, muy probablemente, influida por la escuela historiográfica peripatética[75].

La comparación con Aristobulo nos lleva a hablar ahora de Tolomeo Lago[76], cuyos fragmentos proceden, en su mayor parte, de la *Anábasis* arrianea. Plutarco sólo lo cita para contrastarlo con otras fuentes y dar sus cifras del monto de las fuerzas de Alejandro, co-

---

74 Véase LEVI, *Introd. ad Aless. Magno*, pág. 82, para estas reflexiones.

75 Véase lo dicho en el apartado 1 y, en especial, sobre la historiografía peripatética, K. VON FRITZ, «Die Bedeutung des Aristoteles für die Geschichtsschreibung», en el vol. colectivo *Histoire et Historiens dans l'Antiquité*, Ginebra, 1956, págs. 83-145.

76 Véanse JACOBY, *Die Fragmente...*, núm. 138; ROBINSON, *The History of Alexander...*, págs. 183-205; PEARSON, *The lost Histories...*, págs. 188-211; LEVI, *Introd. ad Aless. Magno*, págs. 43-65, y SEIBERT, *Alexander der Grosse*, págs. 19-21.

mentando, además, que se oponía a las versiones dadas del episodio de las amazonas (*Alex.* 40, 6, y *De Alex. fort.* I 327d-e); Estrabón lo menciona sólo una vez en VII 3, 8, e igual acontece con Quinto Curcio (IX 5, 21) y Plinio, quien habla de él muy de pasada sin citar opinión alguna (*Hist. Nat.* I 12). Parece, pues, que es Arriano quien le estimó más, aunque resulta difícil saber en qué ocasiones lo sigue, ya que, a pesar de que menciona muchas veces su opinión, no siempre lo hace precisando su nombre; este problema, claro es, puede suscitarse con respecto a las otras fuentes también, pero se agudiza en el caso de Arriano, ya que, básicamente, como hemos señalado, sus dos mentores parecen ser Aristobulo y Tolomeo. Arriano, por ejemplo, describe los incidentes de las campañas primeras en el Norte, pero al llegar a la batalla con los tribalos en el Danubio, tras referirse a ella, nos dice el número de bajas de los macedonios (*Anáb.* I 2, 7), añadiendo que se debe a Tolomeo. ¿Pero qué ocurre con lo que precede? ¿Se debe también a él? Para Pearson, la respuesta es afirmativa y los pasajes anteriores a la batalla no son sino una paráfrasis de lo que Tolomeo escribió y con lo que Aristobulo pudo o no estar de acuerdo; pese a esta opinión, quedan planteadas muchas dudas y, aun actualmente, subsiste una gran oscuridad y poco acuerdo en torno al manejo de las fuentes por Arriano y su criticismo de ellas. De todos modos, éste es el tema que tratamos en el apartado siguiente, y lo que nos interesa señalar aquí es que los fragmentos referidos explícitamente a Tolomeo dejan en claro su competencia como historiador militar[77]. Desde un punto de

---

77 En lo que se refiere a su sinceridad, no obstante, se ha hecho notar, por parte de C. B. Welles, «The Reliability of Ptolemy as an Historian», en el vol. colectivo *Miscellanea di studi alessandrini in memoria di A. Rostagni*, Turín, 1963, páginas 101-116, que exagera y glorifica sus propios hechos con

vista personal, su carrera en el ejército macedonio es relativamente conocida, y lo mismo acontece con su vida tras la muerte de Alejandro, pero nada igual sucede con su obra, que, a semejanza de las obras de otros compañeros de pluma en las tareas históricas relativas a su rey, nos es desconocida en muchos aspectos. Existe la creencia entre los investigadores de que utilizó numerosas fuentes escritas de carácter oficial que, sin duda alguna, tuvo al alcance de su mano a lo largo de sus años de militar, pero los argumentos esgrimidos siguen produciendo críticas adversas; de lo que sí estamos seguros, no obstante, es de que en sus escritos se daba un énfasis especial al aspecto militar[78] que, tal vez, tentó a Arriano a preferirlo como compañero de Aristobulo en su *Anábasis.* Sea lo que fuere, cuando el historiador de Nicomedia describe ciertas batallas, las primeras en especial, como Gránico e Iso, se ha notado que la narración es peor que en las últimas y más carente de detalles técnicos; esto ha llevado a los críticos a pensar que, o bien el autor de la *Anábasis* no utilizó a Tolomeo, cosa poco probable, o bien éste trató las últimas batallas mejor que las primeras, lo que indicaría un mayor dominio de su técnica para servirse de sus propios recursos como historiador, mayor acceso a los datos y, en definitiva, un progreso. En resumidas cuentas, la obra de este autor no debió de ser una historia de la expedición ni una biografía

---

evidentes deseos propagandísticos (no olvidemos que luego fue rey); básicamente, como señala Levi, *Introd. ad Aless. Magno,* página 56, Tolomeo no cuenta las *res gestae* de Alejandro, sino las suyas propias, en un libro de recuerdos.

[78] Muy pocos detalles de índole no militar parece encontrar Arriano en él; en *Anáb.* II 12, 3-6, se describe la conducta de Alejandro con las mujeres familiares de Darío y, al narrar el viaje al oasis, los griegos son guiados por dos serpientes, en vez de por los cuervos tradicionales (Anáb. III 3, 5): poco más hay.

de Alejandro ni una historia general de la época, como ya adelantábamos, sino un memorial de marcado aspecto militar que narrase sus propias acciones dejando aparte, en la medida de lo posible, toda información de otro tema; como señala Pearson, no arrojó luz sobre ninguna de las cuestiones debatidas de la vida de Alejandro desde su consulta al oráculo, hasta sus verdaderas intenciones al llevar a cabo las hazañas que jalonan su vida, pasando por las conspiraciones y otros episodios de igual interés.

En lo que toca a Clitarco[79], su obra *Sobre Alejandro* (*Perì Alexándrou*) fue criticada ya por Cicerón, Quintiliano y Estrabón en puntos que van desde el estilo a la veracidad; aunque todos los investigadores, adhiriéndose a estas críticas, coinciden en reconocer la inmensa popularidad de que gozó en la época ciceroniana y en los primeros siglos del Imperio. Este orador y político romano, buen conocedor de la literatura antigua, afirmó, en su *Bruto* XL 3, que Clitarco compuso *rhetorice et tragice* (lo que nos trae a la memoria las exageraciones de la «historia trágica» de las que ya hablamos), y puede ser considerado este modo de componer su obra como una de las razones que expliquen su popularidad, atestiguada por las citas que encontramos en Diodoro, Diógenes Laercio, Ateneo, Estrabón, Plutarco, Eliano, Quinto Curcio, Clemente de Alejandría, Estobeo y otros. Arriano no menciona su nombre, pero es opinión común que debió de conocer sus escritos. En ellos, nada sugiere que acompañara a Alejandro, y éste es otro factor que agrava los problemas cronológicos planteados por su datación; de

---

79 Véanse Jacoby, *Die Fragmente...*, núm. 137; Robinson, *The History of Alexander...* págs. 171-183; Pearson, *The lost Histories...*, págs. 212-242; Levi, *Introd. ad Aless. Magno*, págs. 83-92; Seibert, *Alexander der Grosse*, págs. 16-18, y Mueller, *Geschichte der antiken Ethnographie...*, I, págs. 242-245.

hecho, incluso sus conocimientos sobre Persia podrían ser explicados, dado que su padre, Dinón, escribió una obra histórica acerca de este país, según Plinio, *Hist. Nat.* X 136, señala. El carácter retórico de su historia podría ser, por otro lado, la razón para que Arriano prefiriese otras fuentes más serias y, por ello, su influencia en el autor de la *Anábasis* es mínima. Debió de narrar Clitarco, en un voluminoso relato de, por lo menos, doce libros, según las citas antiguas, la historia de Alejandro desde sus primeras hazañas, ya que el fr. 1 (= Ateneo, IV 30, 148D-F) describe el saqueo de Tebas y, a la vez, debió de tratar, en ella, no solamente lo militar o especialmente técnico, sino también otros muchos detalles que podrían suscitar curiosidad, relatos maravillosos o, simplemente —como señala Levi[80]—, algún que otro chismorreo acerca de las costumbres de Alejandro: la base, en suma, sobre la que se cimentaría toda una tradición posterior poco preocupada por la precisión histórica[81].

Los otros autores que trataron de la vida y hazañas de Alejandro, no estrictamente predecesores todos ellos, nos interesan ya menos en relación con Arriano y son de poca importancia en sí mismos, aunque esto no quita su interés a la hora de reconstruir las líneas de parentesco que unen sus obras, la tela de araña que constituyen las influencias de unos en otros. Hegesias de Magnesia, fundador del *aticismo*, «el ala extrema

---

80 *Introd. ad Aless. Magno*, pág. 91.

81 Para Jacobi, por ejemplo, Clitarco es la fuente directa del libro XVII de DIODORO, pero ya TARN, *Alexander the Great*, II, Cambridge, 1948, págs. 63-90, estudió el tema oponiéndose con firmeza; con él, más recientemente, otros autores han reaccionado en el mismo sentido; en Quinto Curcio, igualmente, hay mucho que parece provenir de Clitarco, aunque la presencia en aquél de otros elementos que no están en éste ha impedido juicios tan categóricos como los emitidos en torno a Diodoro.

de los historiógrafos tocados de retoricismo», como Lesky [82] lo define, Anaxímenes de Lampsaco, también retórico y contemporáneo de Alejandro, Potamón de Mitilene, Menecmo de Sicione, Anticlides de Atenas, Ninfis de Heraclea Póntica, Marsias de Pela y otros más escribieron, en diversas épocas, obras sobre el Macedonio, pero lo que sabemos de ellas no es mucho [83]. Distintas, sin embargo, son las obras de Diodoro de Sicilia [84], en especial su libro XVII, Quinto Curcio Rufo [85], Plutarco [86] y Justino [87], estudiadas por Tarn,

[82] *Hist. de la lit. gr.*, pág. 622, y véase también pág. 657; igualmente, SEIBERT, *Alexander der Grosse*, pág. 23.

[83] PEARSON, *The lost Histories...*, págs. 243-264, les dedica un capítulo con el título de «Rhetoricians, Antiquarians and Others».

[84] Véanse LEVI, *Introd. and Aless. Magno.*, págs. 109-152, y SEIBERT, *Alexander der Grosse*, págs. 25-29; una edición con traducción inglesa, fácil de encontrar, es la de la Loeb Classical Library (en 12 vols.) a cargo de varios autores.

[85] Sobre los problemas de cronología de este autor, la bibibliografía es abundante; véase BRUNT, *Arrian. «History of Alexander»...*, pág. XIX; LEVI, *Introd. ad Aless. Magno*, páginas 153-178, y SEIBERT, *Alexander der Grosse*, pág. 34. Edición con traducción alemana es la de H. SCHOENFELD, Munich, 1954. La obra de este autor, inspirada sin duda en Clitarco, viene a ser algo así «como una mezcla de *Los tres mosqueteros* y *Simbad el marino*, como decía antaño R. Pichon», según señalaba no ha mucho D. ROUSSEL, *Les historiens grecs = Los historiadores griegos* [trad. N. MÍGUEZ], Buenos Aires, 1975, y nada raro puede parecer esto, si recordamos la celebérrima afirmación de CURCIO, LX 1, 34: «plura transcribo quam credo».

[86] La obra básica sobre su *Vida de Alejandro* es J. R. HAMILTON, *Plutarch. Alexander: A commentary*, Oxford, 1969; para el *De Alexandri fortuna aut virtute* y, en general, como exposición de los problemas que PLUTARCO plantea, véanse LEVI, *Introd. ad Aless. Magno*, págs. 179-275, y SEIBERT, *Alexander der Grosse*, págs. 35-40. Edición con traducción inglesa de su obra, en la colección Loeb ya mencionada (15 vols. publicados), a cargo de varios autores.

[87] Se trata del epítome de TROGO POMPEYO hecho por este autor y, en especial, los libros XI y XII; véanse LEVI, *Introd.*

que no deben ser consideradas al nivel de meros ejercicios retóricos, sino ser templadas con la información que Arriano nos transcribe; las muchas referencias que a ellas hemos hecho testimonian su importancia en lo que al problema de las fuentes de la historia de Alejandro se refiere, y la bibliografía que señalamos puede ser un excelente punto de partida para el lector interesado.

Antes de terminar la primera parte de este apartado es preciso pasar revista muy brevemente a tres puntos importantes que la investigación científica sigue discutiendo en la actualidad. El primero de ellos se refiere a lo que Tarn [88] llamó la «fuente de los mercenarios», y los otros dos tienen que ver con los «diarios» y la «correspondencia» de Alejandro [89]. Pensó Tarn que muchos detalles recogidos en Diodoro y Curcio Rufo se derivan de un escritor que sirvió en el ejército mercenario a las órdenes de Darío y que, por supuesto, era griego. Arriano no conoció esta fuente, concluye este investigador, y, analizando los textos [90], encuentra en Curcio cuatro pasajes que, en su opinión, provienen del autor mercenario. El más interesante de ellos es IV 1, 34-35 y 5, 13, donde este historiador romano es el único en afirmar que la línea de comunicación de

---

ad Aless. Magno, págs. 331-342, y SEIBERT, *Alexander der Grosse*, páginas 40-41: hay edición de O. SEEL, en Leipzig, 1935.

[88] Véanse TARN, *Alexander the Great*, II, *passim;* PEARSON, *The lost Histories...*, págs. 78-82, y SEIBERT, *Alexander der Grosse*, páginas 10-11.

[89] Para lo que se refiere a testimonios como los llamados «últimos planes de Alejandro» (DIODORO, XVIII 4), los trabajos topográficos de los *bematistae* o expertos en estas cuestiones que asesoraron a Alejandro en su expedición, el «testamento» del monarca y otros, más o menos sospechosos, remitimos al lector a SEIBERT, *Alexander der Grosse*, págs. 7-10, y PEARSON, *The lost Histories...*, pág. 260.

[90] TARN, *Alexander the Great*, II, págs. 108-111.

Alejandro en Asia Menor fue atacada por los supervivientes del ejército persa después de Iso y que tocó a Antígono el hacerles frente por tres veces; resulta comprensible que Tolomeo no diga nada de esto, ya que Antígono era un rival y mencionarlo en términos laudatorios —venció en las tres ocasiones— hubiera sido hacerle un favor gratuito ante Alejandro; lo mismo puede decirse de Aristobulo, quien, siendo hombre muy afecto a Casandro, otro de los jefes militares, poco o ningún interés tendría en glorificar a Antígono. Si esto es así, la única parte interesada en narrar estos acontecimientos debió de ser quien los llevó a cabo, es decir, los propios mercenarios que lucharon en estos combates y, tras pugna tenaz, fueron vencidos. Otros detalles, o incluso silencios significativos, tienen en Diodoro el mismo valor —argumenta Tarn— y son, en suma, el material sobre el que se apoya esta teoría[91].

Más tangible es la cuestión de los «diarios» o «efemérides» de Alejandro, que Arriano, VII 25, 1-26, 3, utiliza y cita, lo mismo que hace Plutarco. Pearson[92] llamó la atención sobre el hecho de que el autor de la *Anábasis* no menciona si leyó o no estos detalles en

---

91 Las críticas son numerosas; recordemos que PEARSON, *The lost Histories...*, pág. 81, señala, entre otras, que «la omisión de detalles no es prueba de que un escritor los ignore» y, por otra parte, que se duda de la existencia de un libro escrito por mercenarios que lucharon contra Alejandro, es decir, contra quien, en aquellas campañas, se había erigido en vengador de las ofensas inferidas a los griegos en las Guerras Médicas: Qué acogida hubiera tenido? ¿Hubiera circulado? Las objeciones son numerosas y una crítica reciente de las ideas de Tarn puede verse en P. A. BRUNT, «Persian accounts of Alexander's campaigns», *Class. Quarterly* 56 (1962), 141-155, donde se trata también de los métodos historiográficos empleados por Arriano: el problema está lejos de haberse resuelto satisfactoriamente.

92 «The Diary and Correspondence of Alexander the Great», *Historia* 3 (1955), 429-455 (= G. T. GRIFFITH [ed.], *Alexander the Great. The main Problems*, Cambridge, 1966, págs. 1-27).

Aristobulo ni en Tolomeo; de modo que la opinión de que ambos historiadores se sirvieron de los citados «diarios», relativamente extendida, es totalmente infundada. Para Pearson, estos documentos debieron de ser una tardía falsificación sin nada que ver con los documentos oficiales que la corte de Alejandro debió de poseer indudablemente y que se perdieron. Es de notar que los «diarios» en cuestión se refieren solamente a los hábitos personales del rey y siempre a su última época, sin que exista la menor alusión a temas de índole política o militar; todo lo cual parece a los críticos tema poco idóneo para constituir el núcleo central de unos archivos. Brunt afirma que si Tolomeo los utilizó y de ahí los sacó Arriano, resulta difícil entonces saber cómo llegaron a Diodoro y Curcio Rufo, autores ambos que parecen seguir a Clitarco, quien —recordemos las discusiones cronológicas— pudo escribir antes de Tolomeo y no los conoció. En fin, hay hipótesis que piensan en una fuente de origen babilónico como punto de arranque de los datos contenidos en los hipotéticos «diarios», pero la cuestión sigue abierta al debate[93]. Por lo que toca a la «correspondencia», el mismo Pearson recuerda la existencia de

[93] Véase SEIBERT, *Alexander der Grosse*, págs. 5-6, y añádase a la bibliografía allí mencionada A. B. BOSWORTH, «The Death of Alexander the Great: Rumour and Propaganda», *Class. Quarterly* 21 (1971), 112-136 (en especial 117-123), donde se piensa en EUMENES DE CARDIA, secretario de Alejandro, como autor de ellos, opinión ya formulada por Ateneo y Eliano. Este personaje podría haber escrito estos registros casi oficiales antes de las luchas entre Perdicas y Antípatro (322/321 a. C.), y este último podría haberlos utilizado como un arma propagandística modificando a voluntad los detalles que en ellos había sobre el envenenamiento de Alejandro. F. ALTHEIM, *Weltgeschichte Asiens im griechischen Zeitalter*, I, Halle, 1974, págs. 115-117, atribuyó los «diarios» a Eumenes, o bien a otro miembro de la expedición de nombre Diodoro.

muchas cartas, incluso en época tardía, cuyo texto se basa en lo contenido en los historiadores de Alejandro. Para Brunt, todas son sospechosas, sin que podamos fundamentar la autenticidad de ninguna; en concreto, las que Arriano pone en estilo indirecto (*Anáb.* II 14 y VII 23, 8) le parecen muy probablemente composiciones literarias basadas en el material que encontró en las fuentes a semejanza de los discursos, aunque el resumen de otra de ellas (*Anáb.* II 25) tiene trazas de venir de fuentes utilizadas por él [94].

No quedaría completa una exposición de las fuentes de Alejandro sin hacer referencia, aunque sea de pasada, a la cuestión de la «novela» de Alejandro. Los elementos narrativos que los historiadores fueron utilizando llegaron a tener su propia vida y a entrelazarse formando una leyenda que cristaliza en las varias recensiones y múltiples traducciones puestas bajo el nombre de Calístenes. La *Vida de Alejandro* del Pseudo Calístenes —como ha escrito C. García Gual [95]— tuvo un éxito asombroso, a pesar del escaso alcance intelectual de su autor, «de su estilo mediocre y de sus numerosos errores históricos y geográficos» y, gracias en parte a su vulgaridad e ignorancia, «supo acertar con los intereses de un amplio público de esta época final del mundo antiguo, y luego de la Edad Media, que prefirió su Alejandro fabuloso a la figura más histórica de otros autores». Para más información, remitimos al lector a la introducción de la traducción española, obra del mencionado investigador.

b) La figura de Alejandro. — Conocemos ya en qué fuentes bebió Arriano para componer su *Anábasis* y

---

94 Véase, en general, Seibert, *Alexander der Grosse*, páginas 4-5.

95 *Pseudo Calístenes. Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, Madrid, 1977, pág. 10.

sabemos el tema de su obra: la vida y hazañas de Alejandro de Macedonia[96], pero por importante que parezca la cuestión de las fuentes, de la credibilidad histórica que merecen los testimonios o de la propia habilidad y método de que Arriano se sirvió para quitar, poner, cortar y pegar episodios, no debemos dejar en un segundo plano el contenido mismo de toda esta abundante historiografía que hemos descrito en escorzo: la figura de Alejandro. Los problemas planteados no son pocos, ya que el mismo desacuerdo entre las fuentes ha alentado la producción de una masiva bibliografía científica que no puede ser descrita aquí y, por ello (dejando de lado los aspectos puramente biográficos[97], políticos y militares[98] —la materia usual

---

96 Los trabajos más importantes de información bibliográfica sobre Alejandro son los siguientes: V. ANDREOTTI, «Il problema di Alessandro Magno nella storiografia dell'ultimo decennio», *Historia* 1 (1950), 583-600; F. HAMPL, «Alexander der Grosse und die Beurteilung geschichtlicher Persönlichkeiten in der modernen Historiographie», *La nouvelle Clio* 6 (1954), 91-136; G. WALSER, «Zur neueren Forschung über Alexander den Grossen», *Schweizer Beiträge zur allgemeinen Geschichte* 14 (1956), 156-189 (= GRIFFITH, *Alexander the Great...*, págs. 346-376); N. J. BURICH, *Alexander The Great, a bibliography*, The Kent State University, 1970; E. BADIAN, «Alexander the Great 1948-1967», *Class. World* 65 (1971), 37 y sigs. y 77 y sigs., y «Some interpretations of Alexander», en el vol. colectivo *Alexandre le Grand. Image et realité*, Ginebra, 1976, págs. 279-303. De interés es la *Introduction to Alexander Studies*, a cargo de E. BORZA, en la reimpresión de la trad. inglesa de U. WILCKEN, *Alexander the Great*, Nueva York, 1967, y no debemos dejar sin citar el excelente trabajo de J. Seibert al que ya nos hemos referido varias veces. Las más recientes monografías generales sobre Alejandro, una selección de las publicadas en español, se recogen en el último apartado de esta introducción.

97 Alejandro nació en Pela en el año 356 a. C.; hijo de Olimpíade y de Filipo II de Macedonia; discípulo de Aristóteles entre los años 343 y 340 en la corte; toma parte muy poco después en la famosa batalla de Queronea (338), y es desterrado,

en que se suelen apoyar las introducciones de tipo histórico—), vamos a intentar presentar al lector diversas cuestiones que han servido y sirven de discusión a los investigadores de la fulgurante carrera del Macedonio y que, sin duda alguna, resultan de interés a quien se acerca a una obra que tiene por tema su vida y obra, como es la *Anábasis*.

En primer lugar, en lo que se refiere a su persona, como objeto de estudio del historiador, hay que decir que las convenciones del género obligaban al uso de ciertos tópicos cuya lectura sorprende un tanto a primera vista. Bien cierto es que el retrato de Alejandro, que Arriano, *Anáb.* VII 28-30, traza, tiene un colorido personal y resulta convincente [99], hasta natural, pero no podemos decir lo mismo de otros detalles en la narración. Como ha señalado Pearson, en el tratamiento de la figura de Alejandro existían ciertas influencias

---

junto con su madre, tras el segundo matrimonio de Filipo en 337. Una vez asesinado su padre (336), Alejandro ocupa el trono y emprende las campañas del Danubio y de Grecia que concluyeron con la destrucción de Tebas; en la primavera del 334 comienza la invasión de Asia Menor, y su avance ya no parará hasta el 323, año de su muerte en Babilonia.

[98] Una visión excelente de los logros de Alejandro y, en general, de su figura desde el punto de vista histórico, en H. Bengtson, *Griechische Geschichte von den Anfängen bis in die römische Kaiserzeit*, Munich, 1969, págs. 359-364; bibliografía comentada, en Seibert, *Alexander der Grosse*, págs. 70-179.

[99] En estos capítulos, Arriano no parece utilizar fuentes especiales, sino realizar con cierto arte una composición en la que vierte sus propias opiniones imitando a Jenofonte al referirse a Ciro en su *Anábasis*. Detallados estudios de esto pasajes y del proceder de Arriano al describir la manera de actuar del rey, con estudio de las palabras empleadas, los giros para expresar procesos anímicos, la decisión y otras particularidades de interés filológico, en Montgomery, *Gedanke und Tat...*, páginas 217, 219 y 164 y sigs., y A. B. Breebaart, *Einige historiografische Aspecten van Arrianus's «Anabasis Alexandri»*, tesis doctoral, Leiden, 1960, págs. 114-135.

obligadas a las que ningún escritor podía sustraerse. Efectivamente, cada historiador podía tratar las cosas a su manera y adornar los hechos que las fuentes le habían transmitido; pero era imposible, por ejemplo, no comparar al monarca con Jerjes, Temístocles, Milcíades, o bien con Aquiles o Héctor, o incluso con dioses viajeros como él, tal como Dioniso, y seres de naturaleza divina semejantes a Heracles [100]. Al mismo tiempo, Alejandro aparecía siempre en buena armonía con el mundo homérico, la «biblia» de los griegos, lo que queda bien explícito no sólo por su deseo de visitar sitios famosos en la *Ilíada,* sino procediendo de manera paralela a Aquiles en *Anáb.* VII 16, 8; Plutarco, *Alex* 62, o Curcio, IX 4, 14, siempre a ojos de los narradores, claro está. Dioses [101], héroes y tradición, pues, se dan la mano arropando un carácter que, cierto es, puede ser dibujado con los pinceles de la adulación por un Calístenes, pero que, en boca de sus historiadores posteriores, roza ya la ficción, deriva hacia la

---

[100] Véase SEIBERT, *Alexander der Grosse,* págs. 204-206, para las comparaciones con Dioniso y Heracles.

[101] La cuestión de sus pretensiones a ser considerado dios ha sido bien estudiada; para Tarn, las lecturas de Isócrates y Aristóteles, en el *Filipo* y la *Política* respectivamente, fueron la causa del nacimiento en él de esta idea que tuvo, sin duda alguna, implicaciones políticas. Su visita al oasis del dios Amón, en el invierno del año 362/361, no hizo nada más que confirmar el deseo naciente en él —afirman muchos—, y las ceremonias bien conocidas de la *proskýnesis* en la primavera del 327 en Bactria, y sus instrucciones enviadas desde Susa a las ciudades griegas son el colofón que clausura la madurez de edad de estas ideas en el ánimo del monarca. Críticas muy atinadas pueden encontrarse en J. P. V. D. BALSDON, «The *Divinity* of Alexander», *Historia* 1 (1950), 363-388 (= GRIFFITH, *Alexander the Great...,* págs. 179-204). Los factores puramente políticos, religiosos o, simplemente, personales son puestos de relieve en cada una de las interpretaciones que SEIBERT, *Alexander der Grosse...,* págs. 192-204, comenta.

novela y está muy cerca de lo que podríamos denominar romanticismo, como Pearson afirmó. ¿Decidió copiar Alejandro la conducta de Jerjes al celebrar un sacrificio cuando cruzó el Helesponto, o fue un historiador quien se propuso subrayar el parecido trayendo a colación un sacrificio que bien pudo no haber existido? ¿No debía alcanzar Alejandro ciertos límites geográficos en sus conquistas precisamente para no ser menos que los dioses que hasta allí habían llegado? ¿Son detalles como éstos piezas de una biografía o de una hagiografía? En fin, los pasajes de este tenor abundan y hasta podemos encontrar en el mismo monarca la figura convencional y estereotipada del que no sólo imita a Homero, Heródoto o a los dioses, sino también a sí mismo: como Pearson atinadamente destaca, en Quinto Curcio, IV 6, 17-20 y VIII 10, 27-30, le vemos dos veces ignorando una herida que ha recibido hasta que el dolor le vence, y lo mismo sucede en *Anáb.* VI 10, 2. Estas reflexiones ponen en guardia al lector sobre qué grado de credibilidad merece un retrato de este tipo o, al menos, ciertos rasgos de él; pero no debemos olvidar que la historia era para los antiguos un *maxime oratorium opus*, una obra de retórica, donde, en muchas ocasiones —y en época tardía mucho más, como vimos— los detalles no tenían por qué ajustarse a las exigencias de lo que llamaríamos una consideración objetiva de los hechos. De todas maneras, la propia riqueza divergente de las fuentes aporta material para que el historiador moderno entrevea numerosas facetas que, descontados la intención de cada historiador de Alejandro, su deseo en ocasiones de presentarnos un «superhombre» o bien de dibujar una figura odiosa, pudieron muy bien haber estado en el carácter del Macedonio; sabemos ya de la corriente crítica que temprano surgió en contra de sus costumbres de bebedor, y las referencias a sus actos

de crueldad no escasean, pero, a la vez, en las fuentes se nos habla de su magnanimidad y de la altura de ideas que gobernó su conducta: es, precisamente, éste el tema que ahora nos interesa destacar en virtud de su interés.

La opinión de que Alejandro fue, además de un hombre de acción, un auténtico filósofo que persiguió la unión de los pueblos, como consecuencia de su creencia en la unidad de la Humanidad, está claramente expresada en el *De Alex. fort.* de Plutarco, que ya Schwartz, tiempo ha, supuso dependiente de Eratóstenes. Tarn[102] defendió esta visión de Alejandro como un idealista, un soñador que creyó en la hermandad de los hombres y quiso realizarla, y, para ello, exhumó otros testimonios, entre los que cabe destacar una frase de Plutarco, *Alex.* 27, 6, un párrafo de Estrabón, I 4, 9, y la descripción que Arriano nos ofrece del famoso banquete y plegaria que tuvieron lugar en Opis, en el año 324 (*Anáb.* VII 11, 8-9), que parece derivar de Tolomeo. La interpretación básica es la de que el genio de Alejandro —su carismática figura no se difumina nunca en la obra de Tarn— produjo esta idea como algo nuevo y revolucionario; sin embargo, las críticas coinciden en afirmar que la idea de la unidad del género humano fue una «actitud mental» que, en cierto sentido, ya puede detectarse en Homero

---

102 «Alexander the Great and the unity of Mankind», *Proceed. of the British Academy* 19 (1933), 123-166, y su *Alexander the Great*, tantas veces citado, vol. II, apéndice 25. Trabajo básico es el de E. Badian, «Alexander and the unity of Mankind», *Historia* 7 (1958), 425-444 (la primera y la última obras las hallará el lector en Griffith, *Alexander the Great...*, págs. 243-286 y 287-306), y, en especial, el estudio de H. C. Baldry, *The unity of Mankind in Greek Thought*, Cambridge, 1965, que trata el tema desde una perspectiva mucho más amplia (sobre Alejandro en concreto, págs. 113-127). Otras indicaciones bigliográficas, en Seibert, *Alexander der Grosse*, págs. 186-192.

y que, poco a poco, fue tomando cuerpo y cambiando de forma a lo largo de los siglos sin que tengamos evidencia alguna de que Alejandro fuese un campeón de ella ni, por supuesto, de que a él se remonte en su origen. Como ha señalado H. C. Baldry [103], los testimonios aislados de su despego para con ciertas ideas tradicionales de los griegos, como, por ejemplo, el racismo inherente a su cultura, y de sus deseos de acabar con la tan conocida dualidad bárbaros/griegos pueden deberse más a lo que aprendió de su padre, que a las doctrinas filosóficas que conoció; efectivamente, como macedonio que era, Filipo no vio con malos ojos la fusión con otros pueblos, la poligamia dentro de la casa real, los matrimonios con viudas de caudillos de otras estirpes y varios factores más de indudable valor político.

En opinión de T. A. Sinclair [104], no obstante, es posible considerar a Alejandro como un «pensador político», pero es imposible justificar esto; la razón es que no podemos juzgar el pensamiento político de nadie simplemente por los actos de consecuencias políticas que realiza, y las fuentes, con su exageración, vacilaciones y enmascaramiento constante, son difíciles de interpretar a este respecto. Su forma de gobierno fue, claro es, la realeza; fue un *basileús*, no un *týrannos*, rey que no tirano en el sentido griego, y su manera de entender y realizar este poder (*politeía*), no tuvo nada

---

103 *The unity of Mankind...*, pág. 127.

104 *A history of Greek Political Thought* = *Histoire de la pensée politique grecque*, París, 1953, pág. 253. Desde el punto de vista del derecho y la teoría política antigua es muy interesante el capítulo IV, apartado II: «Guerra *santa* corinzia, guerra (parallela) di conquista macedona e *póthos* dell impero universale nell'anabasi di Alessandro Magno», de V. Ilari, *Guerra e diritto nel mondo antico*. I: *Guerra e diritto del mondo greco-ellenistico fino al III secolo*, Milán, 1980, págs. 257-280.

que ver, desde sus comienzos, con los modelos constitucionales de la *pólis* democrática griega ni con Solón, Licurgo, ni con la idea general de libertad o democracia que el mundo antiguo nos ha legado[105]. Si se reconoció a sí mismo en las enseñanzas políticas de Aristóteles, su preceptor, debió de hacerlo como un soberano universal que encarnaba en sí la ley, un *pambasileús,* comparado en la terminología de la época con un dios, y las influencias de Isócrates, de corte panhelenista, debieron de causar en él algún tipo de efecto, aunque no parece clara a la mayoría de los investigadores su concepción de un imperio universal si es que la tuvo. De todas formas, como ya se ha dicho, algo de la idea de la unidad de la Humanidad y del cosmopolitismo está presente en las fuentes como explicación de fondo de su obra; de suerte que cabe, si no a la manera de Tarn, reconocer en sus ideas el colorido general del punto de vista de la época: la abolición de las barreras entre griegos y bárbaros. En general, esta aspiración está tradicionalmente asociada con estoicos y cínicos, pero se conocen sus precedentes[106] en el mundo griego y a nadie escapa la esplén-

---

105 Sobre estos dos conceptos la bibliografía, como fácilmente se puede suponer, es inmensa; recordemos únicamente M. Pohlenz, *Griechische Freiheit* = *La liberté grecque. Nature et évolution d'un idéal de vie* [trad. J. Goffinet], París, 1956, y A. J. Festugière, *Liberté et civilisation chez les Grecs* = *Libertad y civilización entre los griegos* [trad. M. F. Ferreyra], Buenos Aires, 1972, para el primero de ellos; y W. G. Forrest, *The emergence of Greek Democracy* = *La democracia griega. Trayeetoria política del 800 al 400 a. de J. C.* [trad. L. Gil], Madrid, 1966, y J. de Romilly, *Problèmes de la démocratie grecque* = *Los fundamentos de la democracia* [trad. A. M. Aznar], Barcelona, 1977, para el segundo; de interés, para este último, es la exposición de J. K. Davies, *Democracy and Classical Greece,* Sussex-New Jersey, 1978.

106 Véase, por ejemplo, I. Lana, «Tracce di dottrine cosmopolitiche in Grecia prima del Cinismo», *Riv. di Filol. e di Istr.*

dida floración que estas ideas tuvieron en la época helenística.

Todo esto nos lleva a referirnos ahora a otro tema de discusión que podemos enunciar, con toda brevedad, como la presencia de elementos de índole filosófica en la vida de Alejandro y la consideración de sus acciones por las diversas escuelas de filosofía [107]. Por lo que se refiere a los peripatéticos [108], la oposición a Alejandro, de indudable matiz político, pudo estar basada en los defectos que se suelen censurar en el monarca como hombre y como rey, por supuesto, y, además, en el mal sabor de boca que la ejecución de Calístenes, un peripatético como vimos, debió de dejar en el mundo griego; sin embargo, más interés tiene la filosofía cínica, ya que Onesícrito, discípulo de Diógenes, enfocó su trabajo histórico con la indudable intención de narrar algunos de los episodios bajo la óptica de su ideología según es opinión casi general. No obstante, estudiando los autores que han escrito sobre Alejandro, F. Weber [109] notó que faltaban testimonios de ellos entre los años 250 y 30 a. C., lo que ha servido a R. Hoistad [110] para afirmar que el interés

---

Class. 29 (1951), 193,-216, y 317-338 (= *Studi sul pensiero politico classico,* Nápoles, 1973, págs. 231-273).

107 La obra clásica es la de L. Eicke, *Veterum philosophorum qualia fuerint de Alexandro Magno iudicia,* tesis doct., Rostock, 1909, y bibliografía reciente en Seibert, *Alexander der Grosse,* págs. 24-25.

108 Véase E. Mensching, «Peripatetiker über Alexander», *Historia* 12 (1963), 274-282, quien niega la pretendida influencia de Teofrasto en el modo de considerar a Alejandro elegido por Calístenes.

109 *Alexander der Grosse im Urteil des Griechen und Römer bis in die konstantinische Zeit,* tesis doct., Giessen-Borna, Leipzig, 1909, págs. 7 y sigs.

110 *Cynic Hero and cynic King,* Uppsala, 1948, pág. 250. M. H. Fisch, «Alexander and the Stoics», *Am. Jour. of. Philol.* 58 (1937), 179 y sigs., sostiene que Onesícrito es el creador de la

por la figura del Macedonio surgió tras la consolidación del poderío romano bajo Augusto, siendo cosa común más tarde el comparar a Trajano con Alejandro.

Efectivamente, Dión de Prusa, en su segundo discurso *sobre la realeza* (*perì basileías*), toca el tema sin que se hayan rastreado ideas cínicas en esta obra en concreto y, de acuerdo con el *Léxico* de Suidas, escribió un *Sobre las virtudes de Alejandro* (*Perì Alexándrou aretôn*). Sin embargo, en el cuarto discurso que dedica al mismo tema, aparece la contraposición entre Alejandro y Diógenes[111], entre el conquistador insaciable y el filósofo, lo que es indicio evidente de una cierta hostilidad. Hoistad ha estudiado ésta a fondo y llega a la conclusión de que la crítica cínica a la figura de Alejandro Magno ha debido de surgir en el período anterior a los años 323 a 250 y considera un testimonio interesante el pasaje de Cicerón, *Tusculanas* V 32, 91 y ss., aunque tres años más tarde, en el 48 a. C., el filósofo y orador romano parece haber cambiado sus puntos de vista acerca del rey de Macedonia (*epist. ad Att.* XIII 28).

Si es cierto el origen ya antiguo de esta actitud hostil —y Hoistad da, como primer testimonio de la

---

admiración cínico-estoica por Alejandro, aunque pasa por alto la oposición Alejandro/Diógenes de la que hemos hablado y no menciona ninguna fuente cínica de las que parecen hostiles. Exposiciones de interés de la filosofía cínica, en D. Dudley, *A History of Cynicism. From Diogenes to the 6th century A. D.*, Londres, 1937 (hay reimpresión), y J. Roca Ferrer, «*Kynikòs trópos.* Cinismo y subversión literaria en la Antigüedad», *Bol. Inst. Estud. Helén.* 8 (1974), 1-227; los textos, en traducción francesa con notas y bibliografía, en L. Paquet, *Les cyniques grecs. Fragments et témoignages,* Ottawa, 1975.

111 Véase Hoistad, *Cynic Hero...*, págs. 213-220; una explicación al día de los problemas que este discurso presenta puede verse en P. Desideri, *Dione di Prusa. Un intellettuale greco nell' impero romano,* Messina-Florencia, 1978, págs. 287-297.

contraposición entre un Alejandro insaciable frente a un Diógenes lleno de templanza, a Teles (ed. Hense, página 43)—, entonces no parece inteligible el hecho de que un cínico, Onesícrito, pintase a Alejandro con bellos colores sin mostrar la menor animosidad contra él. Una explicación es la ofrecida por W. Hoffmann[112] que Hoistad hace suya: Onesícrito no fue, literalmente hablando, un filósofo cínico ni hizo contribución apreciable al cinismo; su admiración por Alejandro le hizo vestirle con el ropaje del rey cínico, pero fracasó en la campaña de propaganda que montó, por decirlo con palabras de hoy día, ya que pocos de sus correligionarios le creyeron. La hipótesis es interesante y existen pruebas de esta temprana oposición filosófica, por motivos éticos y no políticos concretamente, al rey de los macedonios; hay un papiro[113] que muestra a un Alejandro con rasgos de tirano divirtiéndose en asaetear con preguntas de difícil respuesta a un grupo de filósofos indios y poniendo la salvación de sus vidas justamente en sus respuestas; por otro lado, las dos versiones, el Alejandro bueno y el malo, parecen aflorar en Estrabón, XV 1, 68, y ser reflejadas en Plutarco, *Alex.* 64 y 65, y así como Megástenes, peripatético para unos y para otros cínico, se sirve únicamente de la mala, Arriano, *Anáb.* VII 2, 2, admite que Alejandro no fue del todo ajeno a los rectos pensamientos, aunque reconoce que estuvo, en grado extraordinario, esclavizado por su *dóxa,* palabra que podríamos traducir aquí por «ansia de gloria». Por lo que se refiere al estoicismo[114], se ha visto tradicionalmente en Eratóstenes,

---

112 *Das literarische Porträt Alexanders des Grossen im griechischen und römischen Altertum,* tesis doct., Leipzig, 1907, páginas 9 y sigs.

113 Véase Hoistad, *Cynic Hero...,* pág. 207.

114 Exposición general de las doctrinas estoicas, en M. Pohlenz, *Die Stoa. Geschichte einer geistigen Bewegung* = *La Stoa.*

según el mencionado pasaje de Estrabón, I 4, 9, y en Plutarco, *De Alex. fort.* 1, 6, una defensa del concepto de cosmopolitismo que Alejandro opuso a la tradicional división entre griegos y bárbaros, lo que se suele poner en relación también con los ideales del estoicismo primitivo; sin embargo, Eratóstenes es tan poco significativo por su estoicismo como Onesícrito por su cinismo y, paralelamente, Hoistad encuentra ciertos pasajes, por ejemplo: Séneca, *De ben.* I 13, 3, que parecen indicar una hostilidad sin duda rastreable en la literatura anterior. Los detalles estoicos, o que así lo parecen, en los diferentes tratamientos de Alejandro han sido señalados por Stroux, Weber, Hoffmann y en la vieja tesis de Eicke, pero no todos parecen del todo fuera de discusión; en lo que toca a la *Anábasis*, Brunt no reconoce huella alguna de estoicismo, aunque Breebaart, citando trabajos anteriores, señala unas cuantas [115]. Del escepticismo sólo diremos que tanto el relativismo tocante a las varias corrientes filosóficas como el ascetismo de Pirrón, escéptico famoso, son

---

Storia di un movimento spirituale [trad. V. E. Alfieri], Florencia, 1967, 2 vols., y E. Elorduy, J. Pérez Alonso, *El Estoicismo*, Madrid, 1972, 2 vols.; amplia selección de textos, en traducción francesa con notas y bibliografía, en F. Brehier, P. M. Schuhl, *Les Stoïciens*, París, 1962. Véase sobre el tema, en concreto, W. W. Tarn, «Alexander, Cynics and Stoics», *Am. Jour. of Philol.* 60 (1939), 41-70, y, en especial, J. Stroux, «Die stoische Beurteilung Alexanders des Grossen», *Philologus* 88 (1933), 222-240.

115 *Einige historiogr. Aspecten*..., pág. 6; tanto la mención de la ayuda divina en *Anáb.* VII 30, 4, como en *Cinegético* I, así como el énfasis en la utilidad de estos libros en *Anáb.*, *ibidem*, y en *Cinegético* XXVIII, son vistos por Breebaart como señales de estoicismo, citando este autor el testimonio de otros investigadores. Un estudio cuidadoso del tema descubriría tal vez buen número de influencias, ya que la condición de estoico de Arriano es bien conocida; véase sobre Epicteto, su maestro, Pohlenz, *La Stoa*, II, págs. 104-133, y Elorduy, Pérez Alonso, *El Estoicismo, passim*.

puestos en relación con su viaje acompañando a la expedición de Alejandro y su relación con los filósofos indios[116]; en este caso, la vinculación del rey y esta escuela es totalmente accidental y debe ser considerada bajo una perspectiva distinta a la utilizada al estudiar las otras escuelas filosóficas.

El mundo de las ideas no puede ser separado, como vemos, de tan famosa figura y la serie de interrogantes que la personalidad y actuación de Alejandro plantean, tanto al historiador como al filólogo o al simple lector, es verdaderamente crecida; destacaremos, para terminar este apartado, un curioso aspecto del carácter del monarca, tal como es reflejado en nuestras fuentes, que ha hecho correr ríos de tinta y muestra bien, en sí mismo, lo que los textos pueden decir, o negarse a decir, cuando el ojo inquisidor del filólogo los interroga: se trata de la tan traída y llevada cuestión del *póthos*[117] de Alejandro. Es muy frecuente en las fuentes toparnos con la frase: «se apoderó de él un deseo», para expresar muchas de las decisiones del rey; le tomó el deseo de cruzar el Istro, en *Anáb.* I 3, 5, de subir a la acrópolis de Gordio, en II 3, 1, de fundar Alejandría, en II 1, 5, de someter por las armas el monte Aornos, en IV 28, 4, y de otras muchas cosas que suponen otras tantas hazañas o, simplemente, algo que deseó especialmente. En todos estos pasajes la pa-

---

116 Véase M. DAL PRA, *Lo scetticismo greco*, I, 2.ª ed., Bari, 1975, págs. 56 y sigs.

117 Para la palabra en sí, véase H. FRISK, *Griechische etymologisches Wörterbuch*, II, Heidelberg, 1970, pág. 570; los pasajes están bien estudiados con discusión y análisis en MONTGOMERY, *Gedanke und Tat...*, págs. 191-217; y la bibliografía sobre el tema, comentada en SEIBERT, *Alexander der Grosse*, págs. 183-186. El tratamiento clásico de la cuestión es el capítulo segundo de V. EHRENBERG, *Alexander and the Greeks*, Londres, 1938, cuyas páginas 52-61 están recogidas en GRIFFITH, *Alexander the Great...*, páginas 73-83.

labra utilizada es *póthos*, aunque el esquema de la frase puede variar ligeramente [118], y la traducción oscila, según los intérpretes, entre «anhelo», «ansia», «deseo», «añoranza», «un sentimiento de añoranza y de nostalgia» y otros términos parecidos, mientras que las interpretaciones de tal frase usual difieren mucho más. Para Ehrenberg, el uso del clisé crece en los años últimos de la vida del monarca (a partir del a. 327), precisamente cuando aumentan los conflictos entre sus resoluciones «irracionales» y los consejos más «racionales» de los compañeros que le rodean; el impetuoso deseo de llevar a cabo cosas es, en su opinión, una significación para la que la abundante utilización del término *póthos*, anterior a Alejandro, no ofrece ejemplo alguno adecuado, y concluye que debió de ser el propio rey quien gustó de la palabra en cuestión dándole un sentido peculiar que, a su juicio, reflejaba bien los sentimientos de su poderoso espíritu. Los prece-

---

118 El esquema general es *póthos* (en nominativo) + verbo transitivo (usualmente, *lambánō* o *échō*) + pronombre que representa a Alejandro (*autón*) + infinitivo. Montgomery señala que, cuando el infinitivo es de un verbo de percepción, Arriano explica con el clisé una medida tomada por el rey como fin en sí misma («se apoderó de él un deseo» de saber, de ver, de conocer, etc.); en cambio, si el infinitivo es de un verbo de movimiento, entonces no debe entenderse en éste el fin de la acción y Arriano se limita, simplemente, a constatar que Alejandro tenía solamente *póthos* (caben ejemplos con dos infinitivos, uno de movimiento y otro de percepción, como en *Anáb.* VII 1, 1). La traducción idónea no debe ser, para él, «ansia», «anhelo», siempre que se vean en estos conceptos factores literarios de tipo romántico, «ya que, si no, el poder del lenguaje prevalecerá sobre el de los conceptos», como señala en *Gedanke und Tat*..., pág. 214; aboga, más bien, por utilizar «goce», «placer», «deleite» o simplemente «gana» que son los significados del vocablo alemán *Lust*: Alejandro hizo lo que hizo por puro gusto, por el placer de hacerlo, siguiendo los impulsos de su naturaleza apasionada.

dentes del uso de este término (en la poesía arcaica los hay lo mismo que en Homero y la tragedia) son numerosos y hay que notar que, a veces, la palabra se da junto a *hímeros* o *érōs*, llegando a parafrasearse uno de estos clisés en *India* XX 1, con el término *epithymía*, que también aparece en *Anáb.* V 25, 2. ¿Hay realmente un significado especial en el vocablo? ¿Refleja algún aspecto difícil de aprehender del alma del rey? ¿Es, simplemente, una frase hecha sin valor especial?

Respuestas hay para todos los gustos: Castiglioni [119] afirma que *póthos* es una simple fórmula de los historiadores helenísticos para indicar una decisión inesperada, pero al estudiar en concreto el uso que de la fórmula hace Nearco comenta que este autor no es un típico historiador helenístico, sino un hombre que estuvo en contacto personal con Alejandro, con lo que —concluye— debió de sentir lo impulsivo del carácter del rey y servirse del término para describirlo, siendo imitado luego por otros historiadores. Ehrenberg, por su parte, trae a colación las diferencias que Platón, *Crátilo* 420a, señala entre *hímeros* y *póthos*, recordando que el primero es deseo de algo o alguien presente, mientras que el segundo se utiliza para cosas o personas ausentes, para algo perdido y que, por ello, conlleva un matiz de tristeza. Para Festugière [120], el *póthos*, «ese deseo irresistible de lo desconocido, lo inexplorado, lo misterioso... deseo insaciable de un 'más lejos', que la imaginación se figura siempre y necesariamente como un 'mejor'», que habita en Alejandro, hace del rey un «símbolo conmovedor de esta fuerza creadora del *érōs*»,

---

119 En *Rend. Ist. Lomb.* 83 (1950), 41-45, según cita PEARSON, *The lost Histories...*, pág. 148, n. 121.

120 *Épicure et ses dieux* = *Epicuro y sus dioses* [trad. L. SIGAL], 2.ª ed., Buenos Aires, 1963, pág. 20.

del amor platónico, «del apasionado ímpetu amoroso que arranca el alma de la estrecha prisión terrena para que, sobreponiéndose a sí misma, alcance otras riberas, una patria mejor: el mundo de las ideas o los astros del cielo». Y G. Meautis[121] cree reconocer en él «un rasgo de conquistador, lo que en él había de místico y de apasionado». En definitiva, es difícil decidirse por una interpretación. Muchos autores hablan de «simple locución poética» y remiten a Heródoto, I 165, 3, como prototipo del clisé que será tan usual en Arriano; y otros, como Montgomery, pasan revista al uso de la frase en Dionisio de Halicarnaso, Josefo y Casio Dión, así como en Longo y Alcifrón, para concluir afirmando su carácter de convención literaria con funciones composicionales en la obra de Arriano: como César hablaba de su «suerte» y Napoleón de su «estrella» —recuerda Montgomery—, así Alejandro está unido a una mágica palabra, *póthos*, en el retrato que tantos historiadores han trazado de su vigorosa personalidad[122].

---

121 «Recherches sur l'époque d'Alexandre le Grand, I: Le πόθος d'Alexandre le Grand», *Rev. Ét. Anc.* 44 (1942), 300-304.

122 Para los retratos que las artes plásticas nos han transmitido del monarca macedonio, un tema interesante y paralelo, en cierto modo, a la historiografía, puede verse SEIBERT, *Alexander der Grosse*, págs. 42-61, con copiosa bibliografía no sólo sobre escultura, sino también en torno al famoso mosaico de Pompeya encontrado en la «casa del fauno», el 24 de octubre de 1831, el no menos conocido sarcófago conservado en Estambul y los retratos que aparecen en las monedas; de interés es también E. SCHWARZENBERG, «The portrait of Alexander», en los *Entretiens* 22, ya citados, págs. 223-267, y, sobre todo, el art. debido a C. BERTELLI, en la *Enciclopedia dell'arte antica classica e orientale*, I, Roma, 1958, págs. 236-246.

4. *La «Anábasis» como una obra histórica*

a) ARRIANO, HISTORIADOR. — La *Anábasis*[123], escrita o no en Atenas[124], sea obra de juventud o de madurez, constituye un testimonio de primer orden dentro de la literatura sobre Alejandro pues, como Focio, XC 72b, 40, dijo, «Arriano no es segundo de nadie que haya escrito bien historia». Se trata de una de las más importantes obras históricas sobre el Macedonio —lo repetimos— y su propio autor (*Anáb.* I 12, 4-5) estaba bien seguro de su competencia para afrontar la tarea, como ya vimos[125]. Frente al elemento retórico en la historia, puesto de moda por muchos de sus inmediatos predecesores («*concessum est rhetoribus ementiri in historiis*», que dijo Cicerón, *Bruto* 4), Arriano se yergue como algo distinto y goza de una fama entre los investigadores que sólo en los últimos años ha

---

123 El título varía en las citas que de ella hacen los autores antiguos (véase ROOS, WIRTH, *Flavii Arriani quae exstant omnia,* I, pág. 1, para estas variaciones en los manuscritos). Una bibliografía puede encontrarse sobre la obra, *ibidem,* páginas LVI-LXIV; en BREEBAART, *Einige historiogr. Aspecten...*, páginas 166-169, y en A. DE SELINCOURT (trad.), *Arrien. The campaigns of Alexander revised with a new introduction and notes by* J. R. HAMILTON, Harmondsworth, 1967 (= 1971), por dar solamente alguna indicación general; SEIBERT, *Alexander der Grosse,* págs. 38-40, comenta la literatura científica más reciente.

124 Las referencias a Atenas en la *Anábasis* no prueban que esta obra esté escrita allí (I 16, 7; III 16, 8; VII 13, 5 y 19, 2); por otro lado, parece cierto que APIANO se sirvió de la obra arrianea para su *Historia* romana, pero como ésta apareció entre los años 161 y 163, tampoco puede hallarse aquí ningún argumento decisivo que ayude a elegir entre la cronología temprana u otra tardía.

125 Más información, en BOSWORTH, «Arrian's... development», 167.

comenzado a perder. Ha señalado Levi[126] que en el voluminoso y controvertido segundo volumen de la famosa obra de Tarn no hay ni un párrafo, desde el punto de vista de las fuentes, dedicado a Arriano, como si se diese por supuesto que, en este sentido, el escritor de Nicomedia no presenta problemas y su testimonio está libre de toda discusión; y bien cierto es que ésta ha sido la idea que ha presidido la investigación durante muchos años. La calidad de la información arrianea ha sido tradicionalmente opuesta a la *Vulgata*[127], pero modernamente han surgido voces[128] que se oponen a una consideración del proceder de Arriano, como historiador, que hipervalore su manejo y acceso a las fuentes y llegue a la conclusión de que este autor llevó a cabo algo radicalmente distinto a lo hecho por sus predecesores, contemporáneos o seguidores en el tiempo; a menos que pueda ser probado que la *Vulgata* deriva directamente de Clitarco —arguye Bosworth legitimando su reacción crítica— está por ver la tradicional deficiencia de esta fuente que, de hecho, una vez despojada de toda la hojarasca retórica, se ha revelado valiosa en muchos aspectos.

La alta valoración de Arriano, aparte los méritos de la *Anábasis* en cuanto al estilo, claridad, precisión de detalles militares y huida de todo colorido vecino al que la novela griega y la historiografía retórica utilizan a grandes dosis, se debe, primeramente, al propio

126 *Introd. ad Aless. Magno*, pág. 278.

127 Se llama así la fuente que surtió a Diodoro, Rufo y Justino, según admiten casi todos los investigadores, aunque con la oposición de Tarn; véase SEIBERT, *Alexander der Grosse*, páginas 26-28, y A. B. BOSWORTH, «Arrian and the Alexandre *Vulgate*», en los *Entretiens* 22, págs. 1-33, con una discusión en páginas 34-46.

128 Véase, como un buen ejemplo de trabajo en esta dirección, A. B. BOSWORTH, «Errors in Arrian», *Class. Quarterly* 26 (1976), 117-139.

método historiográfico empleado que el autor describe en el proemio de su obra, pasaje que, al decir de Pearson, podría muy bien haber sido escrito por Heródoto, pero nunca por Tucídides. Cuando Tolomeo y Aristobulo coinciden entre sí —nos dice en primer lugar—, entonces tomó como verdadero lo dicho, mientras que en el caso de que se encontrasen en desacuerdo, seleccionó lo que le parecía más digno de crédito y adecuado para formar parte de su narración. Por otro lado, frente a la multitud de historiadores de Alejandro, estos dos le parecieron los más fidedignos, porque ambos estuvieron con Alejandro en la expedición y, en segundo lugar, porque uno de ellos, Tolomeo, fue rey, y un rey no diría mentiras; además, los dos historiadores llevaron a cabo sus escritos tras la muerte del monarca macedonio, lo que sería una garantía de que la adulación estaba descartada. Añade luego que ha tenido en cuenta también otras narraciones sobre el Macedonio y que las ha utilizado siempre que no le hayan parecido demasiado increíbles y, desde luego, bajo la consideración de «cosas dichas» (*hōs legómena*)[129] acerca del rey, para terminar diciendo que los motivos de su obra quedarán claros cuando alguien la compare con los otros escritos que circulaban sobre Alejandro.

Un comienzo como éste es todo un programa que merece cierto comentario; comencemos por la última idea. Arriano, pese a que había otras historias de Alejandro, escribió la suya; quiso escribirla muy diferente

---

[129] Véanse, por ejemplo, *Anáb.* II 12, 3-5; IV 8-15, y VI 2, 3 y 16, 2; reflexiones sobre el valor de esta «tradición secundaria», que, por supuesto, no debe considerarse como homogénea y opuesta en bloque a las fuentes que Arriano utiliza, en BREEBAART, *Einige historiogr. Aspecten...*, págs. 70-72. Un tratamiento completo del problema de las fuentes es anunciado por BRUNT, para su publicación en el segundo volumen de su edición de la colección Loeb.

y lo consiguió: cualquiera que la compare con las obras de los demás podrá darse cuenta y esto, dejando aparte que su método historiográfico fuese algo relativamente original, tiene mucho que ver con el capítulo de sus motivaciones. ¿Qué movió a nuestro escritor a llevar a cabo su obra? Para Von Christ, Stählin, Schmid [130], la dirección a seguir parece ser subjetiva y política: Arriano debió de sentir placer en oponer las fantásticas aventuras de Alejandro a la prosaica verdad del reino de Trajano, que se veía a sí mismo como un nuevo Alejandro. Indudablemente, las relaciones con el emperador se detectan en otras obras e, incluso, han sido tema de estudio detallado [131], pero no explican la elección del tema a ojos de los críticos.

Reardon [132] afirma que puede parecer romántico su deseo de ser un segundo Jenofonte y su insistencia en el tema o bien, como afirma Schwartz, dar una impresión de «mal gusto» (las dos reacciones son posibles), pero —ocurra lo que ocurra, argumenta— este deseo debe ser siempre considerado como un indicio de que en Arriano, más allá de lo servil del estilo, hay una gran admiración por pasados ideales que le llevó a escribir la *Anábasis*. Otros piensan que esta obra, sea anterior o no a Quinto Curcio, fue sencillamente una protesta contra la popularidad de Clitarco; y Focio afirmó que era una preparación o entrenamiento previo a sus obras mayores, opinión que Schwartz siguió y, modernamente, Bosworth mantiene, aunque con la crítica adversa de Reardon, que señala bibliografía en esa dirección. En fin, otros, como G. Schepens [133], con-

130 *Geschichte der griech. Lit.*, pág. 749.

131 Véase, entre otros, K. Hartmann, *Flavius Arrianus und Kaiser Hadrian*, Augsburg, 1907.

132 *Courants...*, pág. 213.

133 «Arrian's view of his task as Alexander-historian», *AncSoc* 2 (1971), 254-268.

sideran un factor de la elección del héroe pura y simplemente el propio interés por la figura de Alejandro y detectan un cierto colorido estoico en la visión de la vida que parece presidir su proyecto de historiador. Se ha notado —y ya hemos hecho alusión a ello— que en la *Anábasis*, en el último párrafo, la admiración por Alejandro, aparte de sus defectos, es colocada como motor de la obra, en la que las críticas al personaje en sus aspectos menos recomendables deben entenderse como formuladas para que el lector se beneficie con ellas, y todo esto, afirma el autor, se ha conseguido con la «ayuda de Dios» [134]. De todas maneras, sean cuales sean los verdaderos motivos de Arriano, frente a la dimensión ético-biográfica de Plutarco, el enfoque del escritor de Nicomedia, en el que brilla la consideración detenida de los hechos militares, resulta muy diferente [135].

Si tenemos en cuenta el método histórico de la época y los fines que buscaba cada escritor, apunta Levi [136], Quinto Curcio pertenece, entonces, a la historiografía retórica y Plutarco, a la filosófica-moralista, mientras que Arriano, aunque se puedan rastrear diversas ideas de corte personal, es ni más ni menos que

---

134 Una fórmula parecida utiliza en *Periplo* XI 2, y esto nos pone en relación con la cuestión de la religiosidad y lo religioso en la vida y obra del autor. BREEBAART, *Einige historiogr. Aspecten...* págs. 92-111, considera diversos aspectos del tema en relación con la figura de Alejandro y estudia las ocasiones particulares en que la divinidad se manifiesta (*Anáb.* I 26, 1-2; II 3, 8; III 3 y 4; V 7, 3), así como otros pormenores de interés. No hemos podido consultar la tesis doctoral de A. TRUEMPNER, *De Arriani religione*, Bonn, 1950. Por lo que se refiere a Alejandro mismo, véase L. EDMUNDS, «The religiosity of Alexander», *Gr., Rom. and Byz. Stud.* 12 (1971), 363-391.

135 S. MAZZARINO, *Il pensiero storico classico*, II 2, Bari, 1974, pág. 159.

136 *Introd. ad Aless. Magno*, pág. 316.

un autor de tratados técnicos. Por curiosa que pueda parecer esta afirmación, es el núcleo de la tesis de este investigador, para quien las diferencias que Arriano reconoce entre su obra y las de los demás consiste en que la *Anábasis* es un «libro profesional», es decir, dirigido a una categoría de personas pertenecientes a la carrera civil y militar, a funcionarios, y no al gran público inficionado por los gustos de la retórica. Se trata, según él, de una manual de historia militar, con carácter monográfico, en el que todo lo que no se refiere a la actividad militar queda reducido, con el consiguiente perjuicio para muchas de las anécdotas biográficas que están presentes en otras fuentes y que no tienen cabida en una verdadera historia militar de las campañas de Alejandro, digna de ser considerada en la misma dirección que sus obras de táctica[137]. La idea de Levi, sin embargo, se encuentra reñida con la opinión de Bosworth, para quien la experiencia militar de Arriano no era nada digno de especial mención —y aún más en su primera época—, de forma que pasajes, como la construcción de los puentes de barcas (*Anáb.* V 7, 3-5) y otros por el estilo, no deben ser considerados como testimonios de un auténtico conocimiento y experiencia en la materia[138].

Dejando aparte las intenciones de Arriano, su selección y combinación de las fuentes elegidas parece obedecer a un criterio literario-retórico combinado con el uso del argumento de probabilidad, lo que, con otros factores, da a su método una curiosa apariencia de solidez que vale la pena comentar. En primer lugar diremos que Arriano apoya el valor de la «autopsia» en sus fuentes; para él, tanto Tolomeo como Aristobulo

137 Véase LEVI, *op. cit.*, págs. 287, 301-302, 308 y 316.

138 «Arrian's... development», 175.

estuvieron con Alejandro y vieron lo que narraron[139], son dignos de crédito en tanto en cuanto estuvieron allí y, además, uno de ellos fue el testigo ideal, ya que, como rey, no podía mentir. El valor lógico de esta argumentación —«petitio ad principium», que dice Levi— ha sido muy discutido[140]; como ya dijimos, es muy posible que deba verse aquí una influencia de las doctrinas cínico-estoicas en torno al rey ideal, pero lo más importante es notar que, en el *Encomio de la calvicie*, escrito por Sinesio de Cirene muchos años después, se encuentra la misma frase referida a Tolomeo y con relación a un episodio de poca importancia de la vida de Alejandro. Dado que el episodio en cuestión no se halla en Arriano, no parece probable suponer que la *Anábasis* fue la fuente de Sinesio y, si esto es así, entonces hay que pensar que el argumento ya se encontraba en otras fuentes, de donde tanto Arriano como Sinesio lo tomaron. La cuestión es grave, ya que plantea un problema que ha venido discutiéndose a partir de otros muchos pasajes de la *Anábasis*: se trata de saber si Arriano utilizó *directamente* las fuentes que dice que seleccionó y usó, o si, simplemente, se limitó a recoger lo que narra de otros trabajos que ya habían hecho por él la tarea.

Schwartz[141], y antes de él algunos otros, pensaron que Arriano derivaba sus noticias de Tolomeo y Aristobulo, pero integrados y resumidos en una obra que estuvo también a disposición de Plutarco; de forma que la idea de que el de Nicomedia vio directamente a

---

139 Sobre la «autopsia», véase LUCIANO, *Historia* XXXVII, y AVENARIUS, *Lukians Schrift*..., págs. 35-40, entre otros.

140 REARDON, *Courants*..., pág. 214, por ejemplo, menciona bibliografía sobre este tema, y PEARSON, *The lost Histories*..., páginas 189 y 194, lo trata igualmente.

141 «Griechische Geschichtsschreiber», en *Realencyclopädie*..., cols. 1237-1239.

los autores que maneja ha de ponerse en entredicho, y una razón para ello, entre otras muchas, es la dificultad que debió de entrañar leer a Tolomeo, un autor cuya popularidad era escasa comparada con Onesícrito, Calístenes o Clitarco y cuyos libros no debían de ser fáciles de encontrar. Pearson se plantea también esta posibilidad, y Levi toma su defensa con argumentos no exentos de solidez. En definitiva, si admitimos esto, la originalidad metodológica de Arriano no parece ya tan grande, puesto que sus fuentes debieron de ser comunes a otros autores y previamente seleccionadas por aquéllos, aparte de que su oposición tajante a la *Vulgata*, con perjuicio de ésta, ha de ser revisada. Por otro lado, como se ha notado, su admiración por el personaje central le ha llevado hasta el punto de no darse cuenta de que en su propia obra, tan repensada en otros aspectos, introdujo mucho de apologético e, incluso, se cometieron tendenciosas omisiones. Por ejemplo, las reticencias de Arriano a la hora de hablar de la revuelta de Agis en Esparta contra los macedonios, en el año 331 a. de C., se deben a su deseo de minimizar toda traza de descontento en Grecia, frente al tantas veces alabado panhelenismo de Alejandro Magno (*Anáb.* II 13, 4 y ss.)[142], y lo mismo puede decirse de ciertos silencios frente al pretendido «medismo» o adopción de las costumbres persas en el héroe de la *Anábasis*[143]. Si a esto añadimos que no siempre Arriano cita explícitamente la fuente que está utilizando —como ya señalamos—, que el método prometido en el proemio no es respetado algunas veces[144], que

142 Véase Brunt en su edición de la Loeb Classical Library, página 485, y crítica de su opinión en Levi, *Introd. and Aless. Magno*, pág. 306.

143 Véase Brunt, *op. cit.*, págs. 532-544.

144 Por ejemplo, en IV 14, 4, Arriano reconoce que hay opi-

hay partes que parecen venir de Nearco y no de Tolomeo o Aristobulo[145] y otros muchos detalles estudiados en la copiosa bibliografía que analiza su manejo de las fuentes, es fácil entender cómo esa credibilidad absoluta de que gozó en un tiempo ha ido disminuyendo progresivamente.

Con todo, las críticas sólo insisten en el peligro de hipervalorar la *Anábasis*, sin que la mayoría de los argumentos dejen de subrayar, a la vez, las diferencias que, en cuanto a la mayor parte de las fuentes y al método[146] utilizado, separan a Arriano de otros historiadores de Alejandro. La primera fidelidad metodológica se refiere a la «autopsia»[147]; en II 11, 8, las bajas de los persas parecen apoyarse en el testimonio de Tolomeo «que entonces estaba con Alejandro»; en II 11, 3, es el testimonio de Aristobulo, y en otros lugares ocurre lo mismo[148]. Por lo que se refiere al acuerdo o diferencias entre las fuentes, su postura general —no cumplida siempre— es ya conocida, pero

---

niones diferentes a las de sus dos pilares informativos y, sin embargo, nada dice de ellas.

145 Véase VON CHRIST, STAEHLIN, SCHMID, *Geschichte der griech. Lit.*, pág. 749, n. 3, acerca de V 6, 3-8; otros pasajes de los libros VI y VII parecen proceder de la misma fuente.

146 Muchas precisiones en BREEBAART, *Einige historiogr. Aspecten...*, págs. 32-49; otras notas de interés en el viejo artículo de R. STEELE, «The Method of Arrian in the Anabasis», *Class. Philol.* 13 (1919), 147-157, y es útil, al respecto, P. A. BRUNT, «Persian accounts...», ya mencionado.

147 Véanse n. 139, y BREEBAART, *Einige historiogr. Aspecten...*, páginas 32-35.

148 El testimonio de la gente de la región (*epichōrioi*) es aducido en I 26, 4; II 3, 2 y 5, 4; VI 1, 5 y 24, 2; reflexiones generales sobre este tipo de fuente y su utilización en la historiografía griega pueden encontrarse en H. VERDIN, «Notes sur l'attitude des historiens grecs à l'égard de la tradition locale», *AncSoc* 1 (1970), 183-200.

cabe a Breebaart [149] el haber estudiado con detalle todos los pasajes en que implícitamente se utiliza este principio metodológico; por ejemplo, un primer caso se presenta cuando hay diferencias entre las fuentes, pero es mayor el número de los que opinan en un determinado sentido: Arriano entonces, aunque no es necesario que se decida por una u otra versión, se cuida muy mucho de precisar cuál es la opinión de la mayoría [150]. De la misma manera, si hay acuerdo de toda la tradición, como en *Anáb.* VI 11, 7, esto se especifica y, del mismo modo, resulta bastante común en su proceder mencionar cuándo los autores primarios que sigue se ponen de acuerdo para pasar por alto algo citado en las otras fuentes (*legómena*), como *Anáb.* II 12, 5, por ejemplo, o no dicen nada en absoluto, como ocurre en V 7, 1 y VI 28, 2. La comparación entre las fuentes que menciona es, pues, constante; y ora se piense que esto es un método puramente literario y retórico operando sobre textos que ya previamente habían elegido entre las diversas fuentes, ora se vea en la obra la presencia de un auténtico proceder historiográfico con manejo y consulta directa de las fuentes, no hay duda de que el resultado es bien diferente de una historia escrita pensando en el placer de la narración y sin poner coto a la fantasía y a la presencia de lo maravilloso [151]. En muchos lugares, además, el fiel de la balanza se inclina cuando de su parte está el criterio de «lo posible», el argumento de probabilidad [152] (lo

---

149 *Einige historiogr. Aspecten...*, págs. 34-39.

150 Véanse, por ejemplo, III 3, 6; IV 9, 3 y 14, 1, y VI 24, 1.

151 Un caso especialmente interesante es IV 14, 3-15, 1, en donde Aristobulo, que se opone a la opinión general, es rechazado en beneficio de Tolomeo, que se opone a ambos; la elección de las fuentes, por tanto, no parece automática ni dominada por el deseo de impresionar al lector.

152 Para el uso, en Tucídides, de este argumento, véase, entre otros, H. D. Westlake, «Tὸ εἰκός in Thucydides», *Hermes*

que pudo ocurrir en suma, como sucede en V 1, 3 y VII 12, 5), o bien se hace hincapié en la falta de testimonios en contra y se acude al «argumentum ex silentio»[153].

En fin, no vale la pena seguir, ya que el lector, con estas sumarias indicaciones, cuenta con elementos suficientes para hacerse cumplida idea del procedimiento empleado por Arriano para manejar sus fuentes, más allá de la teatralidad y efectismo de la «historia trágica»; Luciano pudo leer la *Anábasis* y no citarla o no haberla conocido siquiera[154], pero, sin duda, no habría criticado estos procedimientos. Desde una perspectiva moderna, todos ellos nos parecen un tanto elementales y apenas sobrepasando el principio mismo de la contradicción, el nivel mínimo de exigencia en un tratado que aspira a ser «científico» —o simplemente coherente—; pero es necesario repetir una vez más que, entre la idea antigua de la historia y su crítica de fuentes y la nuestra, existen diferencias apreciables[155].

Si, dejando aparte el método, pasamos ahora a las fuentes en sí mismas, ya hemos señalado que Arriano

---

83 (1956), 447 y sigs.; en Arriano, es estudiado por BREEBAART, *Einige historiogr. Aspecten...*, págs. 42-46.

153 Por ejemplo, en VII 15, 3-6.

154 Véase CANFORA, *Teoria e tecnica...*, págs. 30 y 50.

155 Reflexiones de interés sobre la concepción griega de la historia comparada con la moderna encontrará el lector en F. CHATELET, *La naissance de l'histoire. La formation de la pensée historienne en Grèce = El nacimiento de la historia*, I [trad. C. SUÁREZ BACHLAR], Madrid, 1978, págs. 18 y sigs., así como en las páginas que a la historiografía griega dedican J. L. CASSANI, A. J. AMUCHASTEGUI, *Del epos a la historia científica*, Buenos Aires, 1961. La literatura sobre esta cuestión es muy abundante y nos limitaremos a citar, además, la antología de pasajes de historiadores griegos traducidos, publicada por A. J. TOYNBEE, con el título de *Greek Historical Thought = El pensamiento histórico griego* [trad. A. B. GÓMEZ, J. B. CROMBERG], Buenos Aires, 1967.

menciona a Aristobulo y a Tolomeo en muchas ocasiones[156], pero es muy posible que haya otros pasajes en que estos autores sean utilizados sin que sus nombres salgan a relucir, y así la filología clásica ha ejercitado desde antiguo sus métodos en detectar cuáles son estos pasajes[157]. Un buen ejemplo lo constituye el estudio de M. Luedecke del que mencionaremos algunos resultados[158]. Partiendo, por ejemplo, de *Anáb.* II 5, 2-4, donde se halla una referencia al monumento de Sardanápalo en el contexto de la descripción de la plaza fuerte de Anquíalo, Luedecke se refiere a Ateneo, XII 530A, pasaje en que es descrito el monumento de modo

[156] Para LEVI, *Introd. ad Aless. Magno,* pág. 44, cada vez que Arriano menciona el nombre de una de sus dos fuentes principales hay *matices especiales* en ello, por motivos que nada tienen que ver con la costumbre de la escuela histórica peripatética de citar autores en apoyo de afirmaciones (casi siempre literarias). En el caso de Tolomeo, por ejemplo, su nombre aparece, ya sea para presentar un dato que proviene de una fuente digna de toda confianza, como es él a ojos de Arriano, ya para dejarle la responsabilidad de informaciones que resultan poco aceptables *a priori,* o bien por cualquier otro motivo de este tenor. Deduce Levi de su análisis que el hecho de ser citada una fuente unas cuantas veces no contradice en modo alguno el que pudiese haber sido utilizada otras muchas sin la menor alusión: cuando hay cita del nombre, siempre es posible detectar algún motivo para ello, algún matiz especial que se quiere añadir.

[157] PEARSON, *The lost histories...,* pág. 187, se refiere de pasada a esta auténtica caza de pasajes y al rastreo a que ha sido sometido el texto arrianeo por Schwartz; el de Aristobulo por Wenger, y los estudios de Kornemann y Strasburger sobre el de Tolomeo citando, además, a otros investigadores.

[158] *De fontibus quibus usus Arrianus «Anabasin» composuit,* contenido en los *Leipziger Studien zur classischen Philologie* XI, 1 (hay reedición); otros trabajos de interés son C. A. MAUERMANN, *Arrianus Nicomedensis et Q. Curtius Rufus scriptores rerum ab Alexandro Magno gestarum comparetur,* Bratislava, 1835, y A. SCHOENE, *Analecta philologica historica de rerum Alexandri Magni scriptoribus, imprimis Arrianis et Plutarchi fontibus,* Leipzig, 1870.

similar mencionando a Aristobulo; lo cual no deja de ser interesante ya que la fuente, en Arriano, aparece como una opinión (*lógos*), y lo mismo ocurre en Estrabón, XIV, donde el pasaje en cuestión es referido, igualmente, a Aristobulo. Con una técnica de comparación de este tenor y barajando observaciones anteriores así como el testimonio del propio Arriano, este erudito llega a sus conclusiones que, sólo como orientación para el lector interesado, sintetizaremos en parte. Considera pasajes tomados de Tolomeo *con toda seguridad* los siguientes:

I 1-6 (expedición contra tracios, tribalos y taulancios); 7-8 y 9, 9-10 (ataque a Tebas); 10 (embajada de los atenienses); 11, 3-6 (comienzo de la expedición a Persia); 16, 4 (los macedonios muertos en Gránico y su número.
II 11, 8 (bajas persas).
III 5 (el gobierno de Egipto); 17 (derrota de los uxios); 23 (expedición a Hircania); 28, 1-4, 8-10; 29, 1, 3-7; 30, 1-5 (fuga de Beso); 6, 10-11.
IV 5, 2-9 (combate en Maracanda); 6, 3-5; 7 [menos los párrafos 4 y 5, que fueron compuestos por Arriano, según explica Luedecke]; 22, 3-30, 7 (marcha hacia la India).
V 8, 4-14, 2; 15, 1-7, 3 (lucha contra Poro); 20, 1-29, 5 (marcha hacia el Hífasis).
VI 6-11, 1 (ataque a la ciulad de los malios).

Del mismo modo, los pasajes que, *con seguridad*, fueron tomados de Aristobulo, en opinión del mencionado autor, son éstos:

II 5, 2-4 (monumento a Sardanápalo).
III 3, 3-5; 4 (oráculo de Amón); 26, 1 (conspiración de Filotas); 28, 5-7 (el Cáucaso); 29, 2 (el río Oxo); 30, 5 (la captura de Beso); 30, 7 (el río Tanais).
IV 6, 1-2 (lucha en Maracanda); 6, 6-7 (el río Politimeto).
V 14, 3 (combate con el hijo de Poro).

VI 1-5 (navegación de Alejandro); 18, 2-24, 1 (recorrido por Gadrosia); 28, 3-30, 3.
VII 4, 4-8 (bodas en Susa); 7 navegación de Alejandro); 16 y 17 (profecía de los caldeos); 18-1-5 (profecías de Pitágoras); 19, 3-22, 1 y 24.

Si a esto añadimos otra larga lista de pasajes *posiblemente* tomados de uno u otro historiador, los comparamos todos ellos con los resultados de las encuestas llevadas a cabo por otros filólogos y con los puntos de vista modernos, el lector tendrá una idea bastante aproximada de la naturaleza del problema: una auténtica «cuestión arrianea», en cierto modo paralela a las viejas discusiones en torno a Homero o a Tucídides; bástenos con lo aquí expuesto[159].

b) ARRIANO, ESCRITOR. — Arriano es un escritor de historia y, por ello, es posible estudiarlo, tanto en «historiador», como considerarlo en su oficio de «escritor», cuestión ésta de la que muy brevemente nos ocuparemos ahora. Los trabajos referidos a la lengua y estilo de la *Anábasis* son numerosos, aunque no demasiado frecuentes en los últimos tiempos[160]. Como ha afirmado

---

159 Un cuadro sinóptico sobre las relaciones entre las diversas fuentes de Alejandro ofrece SCHACHERMEYR en los *Entretiens* 22, pág. 35, aunque, claro está sin descender al detalle de capítulos y párrafos afectados por la tela de araña de las influencias y préstamos.

160 Por ejemplo, H. DOULCET, *Quid Xenophonti debuerit Arrianus*, París, 1882; E. MEYER, *De Arriano Thucydideo*, tesis doctoral, Rostock 1887; C. RENZ, *Arrianus quatenus Xenophontem imitator sit*, tesis doct., Leipzig, 1879; H. R. GRUNDMANN, *Quid in elocutione Arriani Herodoto debeatur*, tesis doct., Leipzig, 1884 (= *Berliner Studien* II, 1885), y A. BOEHMER, *De Arriano dicendi genere*, tesis doct., Erlangen, 1885. Hay un estudio especialmente dedicado a la *Anábasis* que es de F. NEWIE, *Ueber den Sprachgebrauch Arrians, bes. in der* Ἀνάβασις Ἀλεξάνδρου, Programm Stargard, 1882.

Lesky[161], resumiendo bien el tema, Arriano «hablaba un lenguaje que puede adaptarse bien a todo lo que sabemos de él». Efectivamente, imitador de Jenofonte[162], escritor ilustrado de la época imperial y prosista de verbo no demasiado original[163], es lógicamente un «aticista», un imitador del ático que utilizaron las glorias literarias del pasado, pero libre de las exageraciones que otros seguidores de esta corriente literaria profesaron. Como se sabe por las críticas de Luciano, no es nada raro pensar que hubiera quien sólo usase palabras que ya previamente habían sido utilizadas por los escritores clásicos y la rigidez en la imitación (*mímēsis*), por ejemplo en un punto tan característico como la evitación del hiato, estaba a la orden del día[164]. La mejor definición de su estilo está dada por

---

161 *Hist. de la lit. gr.*, pág. 881.

162 Pero no sólo de él, por supuesto; J. E. SANDYS, *A History of classical Scholarship*, I: *From the sixth century B. C. to the end of the Middle Ages*, 2.ª ed., Cambridge, 1920 (hay reimpresión), pág. 311, trae a colación un viejo trabajo de Kaibel donde se atribuye a Arriano un «estilo de camaleón», ya que imita tanto a Jenofonte como a Tucídides, a Heródoto como a Ctesias: la n. 160 da razón de los estudios en esta dirección.

163 Arriano, señala PEARSON, *The lost histories...*, pág. 292, no es un brillante pensador original y, tanto en su obra filosófica como en sus libros de historia, se interesa única y exclusivamente por transcribir o resumir la obra de otros; su estilo, pues, no tiene las originalidades conceptuales —reflejadas en la lengua, claro está— que podemos encontrar, por ejemplo, en un historiador como Tucídides. En concreto, sobre las *Diatribas*, señala LESKY, *Hist. de la lit gr.*, pág. 879, que «conserva el estilo propio de la lengua cotidiana», aunque hay poco de creación personal en Arriano como escritor.

164 Sobre el aticismo de Arriano hay algunos detalles, pocos realmente, en W. SCHMIDT, *Der Attizismus*, Stuttgart, 1887-1897, 5 vols. (hay reimpresión), y algo más en BREEBAART, *Einige historiogr. Aspecten...*, págs. 18-21; la lengua más popular de las *Diatribas* merece una breve mención, con bibliografía, en O. HOFFMANN, A. DEBRUNNER, A. SCHERER, *Geschichte der grie-*

Focio, LVIII 17b, 21, quien lo califica de simple y sin adornos (*ichnós*), extendiéndose, en XCII 73a, 1-30, sobre otras peculiaridades que resulta útil recoger aquí[165]. Arriano, en su opinión, escribe de un modo conciso[166] y sin digresiones ni paréntesis que quiten continuidad a la acción[167]; si innova algo lo hace en la construcción (*synthēkē lógou*) y no en el vocabulario

---

chischen Sprache = Historia de la lengua griega [trad. A. Moralejo Laso], Madrid, 1973, págs. 210-211. En general, sobre la lengua literaria de esta época hay mucho y bueno en A. Meillet, *Aperçu d'une histoire de la langue grecque*, 7.ª ed., París, 1965, y P. S. Costas, *An outline of the history of the Greek language with particular emphasis on the Koine and the subsequent periods*, Chicago, 1936 (hay reimpresión).

165 Se refiere el patriarca a *Los sucesos después de Alejandro*, aunque, como es lógico, podrían ser aplicadas sus reflexiones a otras obras del mismo estilo. Una traducción del pasaje con notas, en R. Henry, *Photius. Bibliotèque II* («*codices*» *84-185*). *Texte établi et traduit*, París, 1960, págs. 32-33. Básico para entender la posición de Focio como crítico literario y con una excelente bibliografía es G. L. Kustas, «The literary criticism of Photius. A Christian definition of style», 'Ελληνικά 17 (1962), 132-169.

166 La narrativa de Arriano —señala Bosworth en *Entretiens* 22, pág. 3— ha sido comparada, por sus características, a un diario con su larga serie de recepciones de embajadores, llegadas de refuerzo, envío de tropas, etc., Para algunos, esto fue señal de que derivaba en muchos pasajes de los datos aportados por un breve diario, pero esta idea no es sostenida por nadie hoy día.

167 Como señala Breebaart, *Einige historiogr. Aspecten...*, páginas 49-51, comentando esta afirmación de Focio, Arriano disocia varias veces algunos episodios de su contexto cronológico, pero sólo cuando considera que son de un valor ilustrativo al caracterizar ciertos aspectos de la vida, carácter o acciones de Alejandro, o bien cuando desarrollan una idea filosófica general. A veces, continúa, para dar unidad al relato, el escritor enlaza íntimamente un grupo de pasajes con finales recurrentes, con lo que consigue una especie de composición en anillo (*Ringkomposition*), estructura bien conocida en los historiadores griegos.

(*léxis*), ya que éste es siempre claro, armonioso y con una cierta densidad que confiere a su estilo una grandeza (*mégethos*) no exenta de simplicidad; las innovaciones en el vocabulario, pues, son muy escasas —lo que va, efectivamente, de acuerdo con su aticismo— y es un autor, continúa Focio, que suele buscar el énfasis o expresividad mediante figuras de palabras y no por el procedimiento que consiste en cambiar el sentido usual de las palabras, es decir: un tipo de *enálage;* todo ello refuerza la sencillez de su lenguaje que se ve acompañada de una claridad en la construcción, ordenación y presentación de la narración. Sus períodos son de gran simplicidad y con poca abundancia de la *elipsis* y, en definitiva, un uso no exagerado de las figuras retóricas ayuda a hacer agradable la lectura de este autor [168].

En otro orden de cosas, la *Anábasis* presenta conversaciones en estilo directo o indirecto, discursos, diálogos, cartas, así como un prólogo de carácter técnico al que sigue, en I 12, una segunda introducción [169] y numerosísimas descripciones de batallas o narraciones de tipo histórico como es natural. Tal vez lo que más interés ofrece al lector moderno es el artificio consistente en utilizar discursos, ya que plantea de nuevo el problema de las fuentes y, en definitiva, el de la credibilidad merecida por este expediente [170]. Se ha observado que, en general, Arriano suele adoptar en sus

---

168 Muchas de estas características podrían ser explicadas en función de la imitación de Jenofonte; véase, en general, BREEBAART, *Einige historiogr. Aspecten...*, págs. 18-21.

169 Este doble proemio parece otro rasgo más de su imitación de Jenofonte en opinión de BREEBAART, *Einige historiogr. Aspecten...*, págs. 26-27.

170 En general, véase TARN, *Alexander the Great*, II, páginas 286-296, y BREEBAART, *Einige historiogr. Aspecten...*, páginas 73-92; los principales discursos están en *Anáb.* II 17; III 9, 3-8; IV 11, 2-12, 1; V 25, 3-27, y VII 9, 11.

discursos una versión de las fuentes[171] que puede ser, tal vez, menos precisa pero que está más de acuerdo con su interpretación de la manera de ser y de las intenciones del que habla. En ello se diferencia de Tucídides[172], y se adapta a los discursos empleados por los historiadores posteriores, y, en especial, los helenísticos, que buscan la caracterización de las personas siguiendo lo que ya Calístenes, en su fr. 44, propugnaba: adecuar las palabras a las acciones y al carácter del que las pronuncia. En definitiva, hasta en este recurso respeta Arriano los modelos del pasado a los que, en ocasiones, no consigue evitar darles un tufillo inconfundible de oratoria romana, como sucede en II 7, 6[173]. Ciudadano del Imperio, hombre griego y romano, enamorado del pasado y viviendo en el presente, como nos testimonia su carrera, fue este Flavio Arriano.

5. *La «India»: una visión general de la obra y sus problemas*

El tratado de Arriano sobre la India (*Indiká*) es, como la *Anábasis*, un escrito sobre un tema que ha fascinado al mundo antiguo[174]. El primer griego que la tradición coloca en aquellos lugares como explorador

---

171 En realidad, como ha señalado PEARSON, *The lost histories...*, pág. 192, Arriano no da nunca ninguna autoridad o fuente para autentificar el contenido de sus discursos.

172 Una introducción con magnífica bibliografía (págs. 124-165) y algunos estudios sobre el tema encontrará el lector en PH. A. STADTER (ed.), *The speeches in Thucydides. A collection of original studies with a bibliography*, Chapel Hill, North Carolina, 1973.

173 Véase PEARSON, *The lost histories...*, pág. 197.

174 Véase, en general, A. DIHLE, «The conception of India in Hellenistic and Roman Literature», *Proceed. of Cambridge Philol. Soc.* 190 (1964), 15-23.

es Escílax de Carianda[175] y, desde éste a la expedición de Alejandro, tanto Hecateo como Heródoto, Ctesias, Helánico, Demócrito, Jenofonte, Éforo, el propio Aristóteles y otros muchos[176] han escrito cosas más o menos de fiar sobre el lejano país. Las conquistas del Macedonio[177] extendieron los límites del conocimiento

---

175 Véase n. 68.

176 Véase, entre otros, J. W. Mc. CRINDLE, *Ancient India as described in Classical Literature*, Westminster, 1901 (hay reimpresión) y la bibliografía recogida en H. BECHERT, G. VON SIMSON (eds.), *Einführung in die Indologie. Stand. Methoden. Aufgaben*, Darmstadt, 1979, págs. 250-252, a la que hay que añadir A. TRELOAR, «Ancient Greece and India», *Prudentia* 9 (1971), 81-96, y W. SCHMITTHENNER, «Rome and India: Aspects of Universal History during the Principate», *Jour. of Rom. St.* 69 (1979), 90-106. Por lo que toca a las relaciones en época bizantina, no muy abundantes, conviene recordar aquí que la famosa *Topografía de* COSMAS no aporta detalle alguno que permita saber con exactitud si este escritor estuvo en la India y Ceilán (*Taprobánē*), ya que su información puede derivar de los cristianos sometidos al imperio sasánida que encontró en las costas del mar Rojo frente a Arabia (véase W. WOLSKA, *La Topographie chrétienne de Cosmas Indicopleustès. Théologie et Science au VIe siècle*, París, 1962, pág. 9).

177 Las obras generales sobre Alejandro Magno recogen una bibliografía abundante en torno a las campañas del rey en estas regiones; destacaremos: A. STEIN, *On Alexander's Track to the Indus*, Londres, 1929 (hay reimpresión); R. BRELOER, *Alexanders Kampf gegen Poros. Ein Beitrag zur indischen Geschichte*, Stuttgart, 1933, y, más recientemente, A. K. NARAIN, «Alexander and India», *Gr. and Rom.* 12 (1965), 155-165. No obstante, como señala F. WILHELM, en A. T. EMBRÉE, F. WILHELM, *Indien. Geschichte des Subkontinents von der Induskultur bis zum Beginn der englischen Herrschaft* = *India. Historia del subcontinente desde las culturas del Indo hasta el comienzo del dominio inglés* [*trad.* A. DIETERICH, M. I. CARRILLO], Madrid, 1974, pág. 48: «la figura y el nombre de Alejandro no ha dejado huella en ninguna fuente antigua india», y la campaña de la India, aparte de algunas alusiones vagas, no aparece por parte alguna. Hacia el año 1300 d. C. un soberano musulmán, Alāʾud-dīn Khaljī, se hizo llamar, en sus monedas, «segundo

que Occidente tenía sobre Oriente; pero el informe más serio que nos ha llegado de esta época es la obra de Megástenes, un griego enviado como embajador a la corte de Chandragupta, el fundador de la dinastía Mauria, en Pataliputra, en torno a los años 302 a 297 y bajo el reinado de Seleuco Nicator[178]; con todo, su narración no debe ser creída a pie juntillas ya que, visto como fue el Oriente con los ojos de un griego de su época, es difícil entender su relato. En la época helenística, Agatárquides, Eratóstenes y Estrabón, entre otros, trataron el tema y, a finales del siglo primero de nuestra era, un comerciante de nombre desconocido compuso un *Periplo del Mar Rojo*[179] que, a mediados del siglo II, fue seguido por la obra magna de

---

Alejandro», y tan sólo hasta la investigación del siglo XIX puede hablarse de una preocupación de la cultura india por la figura del conquistador macedonio que, por otra parte, no es para ellos «el Grande»: se le reconoce, cierto es, el mérito de haber creado relaciones comerciales entre Grecia e India y haber promovido lazos más estrechos entre ambos países, «pero como esto se consiguió a costa de enormes sufrimientos, y tras unas matanzas y saqueos no presenciados hasta entonces, se le considera un precursor de los azotes de la humanidad como a Tamerlán». El lector encontrará más detalles en cualquier buena historia de la India; mencionemos solamente la más reciente que conocemos, la de S. WOLPERT, *A new Story of India*, Oxford, 1979.

178 Véanse, fundamentalmente, N. S. KALOTA, *India as described by Megasthenes*, Delhi, 1978, y muchos datos, en A. DAHLQUIST, *Megasthenes and Indian Religion. A Study in Motives and Types*, Delhi-Varanasi-Patna, 1977 (se trata de la reimpresión de la ed. de Estocolmo-Upsala, 1962); WILHELM, *India. Historia...*, páginas 56-71, y MUELLER, *Geschichte der antiken Ethnographie...*, I, págs. 245-252, así como L. SKURZAK, «En lisant Mégasthène (nouvelles observations sur la civilisation indienne)», *Eos* 67 (1979), 69-74. Los fragmentos de su *India*, en JACOBY, *Die Fragmente...*, núm. 715.

179 Véase H. FRISK, *Le Périple de la mer Erythrée*, Gotemburgo, 1927.

Tolomeo el geógrafo, astrónomo y matemático. La obrita de Arriano, concebida como una digresión o apéndice a su *Anábasis*, trata, en su primera parte (caps. I-XVII), del país desde un punto de vista general y, en el resto, se refiere al viaje de la flota real desde la desembocadura del Indo hasta el golfo pérsico, para lo que se ciñe al *Periplo* de Nearco del que ya hablamos[180].

Las fuentes[181], pues, son relativamente fáciles de identificar y por sus páginas desfilan pasajes de Megástenes y Eratóstenes, así como indicaciones de su conocimiento de Onesícrito, Aristobulo y, sobre todo, Nearco. Paralelamente a su trabajo en la *Anábasis*, Arriano manifiesta en I 1 cuáles serán los principios de su método historiográfico, consistente en comparar las fuentes entre sí y, en caso de diferencias, elegir la más verosímil dejando aparte todo lo maravilloso; las leyendas de Dioniso y Heracles, tema de estudio detenido en la monografía de Dahlquist, le parecen inverosímiles; las descripciones de las costumbres curiosas están muy bien hechas y con espíritu crítico muchas de ellas y, en suma, todo confirma que el tratado es una digna continuación de su historia de Alejandro Magno[182]. Por lo que toca a la lengua y estilo, Arriano ha querido renovar la tradición de los geógrafos jónicos y de Heródoto y, como afirma Chan-

180 Sobre Nearco y la *India*, véase, en general, SEIBERT, *Alexander der Grosse*, págs. 162-165.

181 Véase J. MEUNIER, «Les sources de la monographie d'Arrien sur l'Inde», *MusBelge* 26 (1922), 1-24, y la «notice» que P. CHANTRAINE ofrece en su edición, con traducción francesa, de la obra (París, 1927), así como las páginas que al tema dedican ROOS, WIRTH, ya mencionadas. El artículo de SCHWARTZ en la *Realencyclopädie*, tantas veces citado, estudia el tema con cierto detalle.

182 Véase, en general, F. F. SCHWARTZ, «Arrian's Indike and India. Intention and reality», *East and West* 25 (1975), 181-200.

traine[183], «il a très heureseument réussi son pastiche»; su jonio es una lengua artificial entreverada de formas áticas que, muy probablemente, no deben ser puestas en la cuenta de los cambios causados por la transmisión textual, sino atribuidas al propio original compuesto por el autor[184], y la narración, pese a las constantes repeticiones y digresiones, tiene siempre una viveza notable. Para las ediciones de esta obra, con el *Periplo del Ponto Euxino,* es básico, como señalamos, el estudio de A. Diller sobre el texto de los geógrafos menores griegos, y es interesante destacar que Florián de Ocampo (1499-1558) utiliza pasajes de la *India* en su obra *Los quatro libros primeros de la crónica general de España,* Zamora, 1543, libro III, capítulos 7-8: se trata de un autor que el padre Mariana consultó para el primer volumen de su famosa *Historia de España,* lo mismo que Campomanes[185].

6. *La transmisión del texto*

La historia del texto de la *Anábasis* e *India* no presenta demasiadas complicaciones. El arquetipo[186] de los manuscritos conservados parece ser[187] el *Vindobo-*

---

183 *India,* pág. 12.

184 Véase von Christ, Staehlin, Schmid, *Geschichte der griech. Lit.,* pág. 749, n. 7; Pearson, *The lost Histories...,* página 112, n. 3, y Chantraine, *India,* págs. 11-12; muchos detalles en el viejo estudio de Grundmann ya mencionado.

185 *Antigüedad marítima de la república de Cartago con el periplo de su general Hannon,* Madrid, 1756.

186 Véase G. Pasquali, *Storia della tradizione e critica del testo,* 2.ª ed., Florencia, 1962, pág. 31.

187 Sobre estos manuscritos, que en su mayor parte contienen tanto la *Anábasis* como la *India,* véase Roos, Wirth, *Flavii Arriani quae exstant omnia,* I, págs. V-XLI, y II, págs. V-VII; para las otras obras de Arriano son fundamentales las noticias

nensis hist. gr. 4 (*olim 14*), escrito en papel oriental (*bombycinus*) —lo que para algunos es ya garantía de su excelencia[188]— a finales del siglo XII o principios del XIII, que fue comprado en Constantinopla por Augier-Ghislain de Busbec (1522-1592), un embajador en la corte turca[189]. De él, en una primera familia de gran calidad en su texto, dependen el *Parisinus gr.* 1753 (*olim Colbertinus* 4617) del siglo XV, y el *Constantinopolitanus* 16, conservado en el Serrallo, también del siglo XV, que fueron copiados, sin lugar a dudas, del *Vindobonensis*. Una segunda familia, de clase inferior como se deduce de sus lagunas, está compuesta de tres grupos. El primero de ellos comprende: los *Salmanticenses* M 115 (*olim* 1-2-22) y M 228 (*olim* 1-2-24)[190]; *Vaticanus gr.* 143 (s. XV); *Parisinus gr.* 1754

---

contenidas *ibid.*, II, págs. XI-XXXIV, y para el *Cinegético* y el *Periplo* en especial es básico el estudio de A. DILLER, *The Tradition of the Minor Greeks Geographers,* Lancaster Pa.-Oxford, 1952, *passim.* Otros trabajos sobre el texto son la tesis doctoral del propio ROOS, que elogia Pasquali (*Prolegomena ad Arriani «Anabaseos» et «Indicae» editionem criticam,* tesis doctoral, Groninga, 1904); W. ABICHT, *Der gegenwärtige Stand der Handschriftenfrage bei Arrian und kritische Bearbeitung des 1. Buches von Arrians «Anabasis»*, Brandenburgo a. H., 1906. y H. TONNET, «Les notes marginales et leur transmission dans quelques manuscrits de l'*Anabase* d'Arrien», *Rev. d'Hist. des Textes* 3 (1973), 39-55.

188 Véase PASQUALI, *Storia della trad. e crit. del testo,* página 32, n. 1. En general, sobre esta materia escriptoria, véase J. IRIGOIN, «Les premiers manuscrits grecs écrits sur papier et le probléme du bombycin», *Scriptorium* 4 (1950), 194-204; a menos que señalemos otra cosa, se entiende que todos los manuscritos de que hablamos son *chartacei,* es decir, de papel corriente.

189 Véase una descripción pormenorizada de este importante manuscrito en H. HUNGER, *Katalog der griechischen Handschriften der Oesterreichischen Nationalbibliothek.* I, *Codices historici. Codices philosophici et philologici,* Viena, 1961, pág. 5.

190 El primero, de finales del siglo XV, copiado del segundo,

(s. XV); *Vaticanus Urbinas gr.* 104 (finales del s. XV); *Vaticanus Palatinus gr.* 256 (escrito en 1449 por Nicolás Vestiarita)[191]; *Parisinus gr.* 1683 (s. XV), y *Laurentianus gr.* LXX 24 (s. XVI). El segundo grupo, igualmente de clase inferior, consta —siempre según Roos y Wirth— de los siguientes manuscritos: *Laurentianus gr.* LXX 1 (*bombycinus* del s. XIV); *Laurentianus gr.* LXX 9 (escrito, en 1399, por Andrés Leantino[192] en pergamino [*membranaceus*]); *Vindobonensis hist. gr.* 89 (*olim* 15), *membranaceus* igualmente, y escrito a finales del siglo XIV o principios del XV, que perteneció a Juan Sambuco, famoso erudito y coleccionista que adquirió muchos de sus manuscritos en Venecia[193]; *Laurentianus gr.* LXX 28, *bombycinus* en parte y escrito también por diferentes manos y en diferentes épocas (siglos XV y XVI); *Vaticanus gr.* 325 (s. XV); *Vindobonensis hist. gr.* 111 (*olim* 16), del siglo XV y también de Sambuco; *Parisinus gr.* 1438 (s. XVI), y *Parisinus gr.* 1755 (s. XVI). Un puesto especial dentro de este grupo ocupan dos manuscritos venecianos, que son el *Marcianus gr.* 511, *bombycinus* del siglo XIV y propiedad del famoso cardenal Besarión que lo donó a la República de Venecia, y una copia de éste, *Marcianus gr.* 319, realizada en 1470 por un copista de los que

---

que es un *membranaceus* del siglo XIII-XIV, según indicaron ya CH. GRAUX, A. MARTIN, *Notices sommaires des manuscrits grecs d'Espagne et de Portugal*, París, 1892, pág. 199. Véase A. TOVAR, *Catalogus codicum graecorum Universitatis Salamantinae*. I: *Collectio Universitatis Antiqua*, Salamanca, 1963, págs. 37-38 y 42-43.

191 Véase M. VOGEL, V. GARDTHAUSEN, *Die griechischen Schreiber des Mittelalters und der Renaissance*, Leipzig, 1909 (hay reimpresión), pág. 352.

192 Véase VOGEL, GARDTHAUSEN, *op. cit.*, pág. 27.

193 Véase, en general, H. GERSTINGER, «Johannes Sambucus als Handschriftensammler», en la *Festschrift der Nationalbibliothek in Wien*, Viena, 1926, págs. 251-400.

trabajaron para el cardenal, llamado Jorge Tzangaropulos [194]. Finalmente, el tercer grupo de manuscritos que pertenecen a una clase inferior se compone del *Ambrosianus* E 11 *inf.* 2, *membranaceus* del siglo XIV que fue propiedad de un tal Manuel Sofianos, erudito quiota [195], y *Monacensis gr.* 451 (*olim Augustanus* 87), copiado en Mistra en 1370 por un copista bien conocido, Manuel Tzycandiles [196]. Dejando aparte el caso del *Laurentianus* IX 32 (s. XV), que parece remontarse directamente al arquetipo cuando éste ya había sido corregido y que, por lo tanto, es un testimonio de importancia, Roos y Wirth mencionan algunos testimonios más colacionados, así como otros que no fueron utilizados, entre los que vale la pena destacar el *Matritensis* 4622 (N 73), comprado por Constantino Láscaris, escriba y erudito de cierto renombre, en la ciudad de Nápoles [197] y que, *a priori*, en razón de su contenido, según parece ser, los editores lo consideran un testimonio del segundo grupo de la familia de los manuscritos de clase inferior a la que nos hemos referido. Por supuesto, para la *editio maior* se han utilizado otros auxilios manuscritos, como son una obra anónima de época bizantina (*de obsidione toleranda*) [198], citas de

194 Véase, en general, la información contenida en la obra colectiva *Miscellanea Marciana di studi bessarionei*, Padua, 1976, y, sobre el copista, el trabajo de E. MIONI, «Bessarione scriba e alcuni collaboratori», en dicha obra, pág. 313 (el manuscrito es signado aquí como *Laurentianus* 369).

195 Véase E. BOLLA, «Un ottimo codice inesplorato dell'*Anabasi* d'Arriano», *Riv. di Fil. class.* 19 (1890), 379 y sigs., y PASQUALI, *Storia della trad. e crit. del testo*, pág. 39.

196 Véase VOGEL, GARDTHAUSEN, *Die griech. Schreiber des Mittelalters und Renaissance*, págs. 281-282.

197 Véase J. IRIARTE, *Regiae Bibliothecae Matritensis codices graeci manuscripti*, I, Madrid, 1769, pág. 266, y J. M. FERNÁNDEZ POMAR, «La colección de Uceda y los manuscritos griegos de Constantino Láscaris», *Emerita* 34 (1966), 219.

198 Véase H. HUNGER, *Die hochsprachliche profane Literatur*

diversos gramáticos y lexicógrafos y los *excerpta* conservados en las famosas compilaciones realizadas para Constantino VII [199] con el título de *excerpta de sententiis* y *excerpta de legationibus* [200]. En definitiva, pues, los fondos manuscritos griegos de las bibliotecas españolas guardan algunos testimonios, no del todo despreciables, del texto de estas obras, y hay que añadir a las ya citadas el *Escorialensis* A III 2 (s. XIV-XV) que fue de Antonio Agustín, famoso obispo de Lérida, y que pereció, igualmente, en el desgraciado incendio del Real Monasterio [201].

7. *La fortuna de la «Anábasis»*

Las breves indicaciones que ya hemos dado con referencia a la *India* nos dispensan de tratar el tema en

---

der Byzantiner, II: *Philologie, Profandichtung, Musik, Mathematik und Astronomie, Naturwissenschaften, Medizin, Kriegswissenschaft, Rechtsliteratur* (*mit Beiträgen von Ch. HANNICK und P. E. PIELER*), Munich, 1978, pág. 335.

199 Véase LEMERLE, *Le premier humanisme byzantin...*, ya citado, págs. 280-288.

200 Es de notar que este último libro de *excerpta* o «trozos escogidos» (*eklogaí*), mencionado, deriva en todos sus manuscritos del famosísimo *Escorialensis* que Juan Páez de Castro adquirió, hacia 1550, en un monasterio de Mesina y que se quemó en el incendio de 1671, que diezmó la biblioteca del Real Monasterio. Conservamos en el Escorial dos copias de este códice, R III 13 (47) y R III 14 (48), copiadas la primera de ellas por Andrés Darmario (véase VOGEL, GARDTHAUSEN, *Die griech. Schreiber des Mittelalters und Renaissance*, págs. 16-27) y un colaborador, y la segunda, toda ella, por el citado Darmario, en Madrid, en 1574; ambas fueron de Antonio de Covarrubias y contienen pasajes de la *Anábasis*. Véanse, sobre ellas, A. REVILLA, *Catálogo de los códices griegos de la Biblioteca de El Escorial*, I, Madrid, 1936, págs. LVIII y 175-178, así como G. DE ANDRÉS, *Catálogo de los códices griegos desaparecidos de la Real Biblioteca de El Escorial*, El Escorial, 1968, pág. 43.

201 Véase DE ANDRÉS, *op. cit.*, pág. 20.

este apartado. Por lo que se refiere a la *Anábasis*, es muy importante deslindar, desde el primer momento, los dos campos bien definidos que cabría tratar: una cosa es la influencia de la figura de Alejandro en la literatura antigua, medieval y moderna, y otra, muy diferente, la influencia que cabe a Arriano y su *Anábasis*. Como ha señalado A. D. Deyermond [202], «los relatos medievales en torno a Alejandro Magno descienden del libro de aventuras denominado *Pseudo-Callistenes* y entroncan con una remota tradición más o menos histórica cuyo más destacado representante es Quinto Curcio, ya que un enfoque objetivo de la figura del héroe helénico fue desconocido durante la Edad Media»; la influencia directa de historiadores como Arriano, por tanto, es apenas detectable, al menos en una rápida ojeada como la que hemos llevado a cabo.

De la fortuna del tema de Alejandro en la literatura no podemos hablar aquí, por ser cuestión bien estudiada ya y a la que se han aplicado legiones de filólogos e historiadores [203]. Las huellas del tema en España son numerosas y la consulta a cualquier historia de la literatura española de cierta envergadura

---

202 *A literary History of Spain. The Middle Ages* = *Historia de la literatura española*, I: *La Edad Media* [trad. L. Alonso López], Barcelona, 1973, pág. 124.

203 Baste señalar la obra excelente de G. Cary, *The Medieval Alexander*, Cambridge, 1956 (hay reimpresión), de la que son reseña y ampliaciones de interés los dos trabajos de M. R. Lida de Malkiel contenidos en «La leyenda de Alejandro en la literatura medieval», recogidos ahora en *La tradición clásica en España*, Barcelona, 1975, págs. 165-197; fundamental es D. J. A. Ross, *Alexander historiatus: A guide to medieval illustrated Alexander literature*, Londres, 1963 (con suplemento en *Jour. of the Warburg and Courtauld Inst.* 30 [1967], págs. 383-388), y muy útil la antología de textos, con buena introducción y bibliografía, debida a C. Frugoni, *La fortuna di Alessandro Magno dell'Antichità al Medievo*, Florencia, 1978. Seibert, *Alexander der Grosse*, páginas 217-219, comenta la bibliografía reciente sobre el tema.

pondrá de relieve el interés que reviste; sin embargo, no sucede lo mismo con la *Anábasis* en concreto.

Remontándonos, en primer lugar, a la Antigüedad, Temistio, Procopio, Zonaras, Juan Tzetzes, Eustacio y otros autores citan la obra arrianea, y el testimonio que, en sí mismo, ofrece el *Vindobonensis hist. gr. 4* (*olim 14*) es una prueba de que su lectura continuó en Bizancio, aunque Lemerle, en el estudio básico que ya hemos citado varias veces, no menciona al de Nicomedia, sino en relación con la labor enciclopédica y de selección emprendida por Constantino Porfirogénito. De todas formas, su fama, si no grande, debió de continuar hasta el final del Imperio, ya que, como se ha señalado, Miguel Critobulo de Imbros, el último de los cuatro historiadores de la toma de Constantinopla (1453)[204], tiene algunos ecos de Arriano en su obra[205]. Antes de este funesto año ya habían llegado a Italia algunos manuscritos de este autor[206], encabezando la lista de ellos, en 1421, uno de la *Anábasis* que fue propiedad de Giovanni Aurispa[207], el famoso traficante de códices que tantos tesoros consiguió para Occidente, y, en torno a 1540, Pier Paolo Vergerio, un erudito que estudió griego con Manuel Crisoloras[208] en

---

204 Véase HUNGER, *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner*, I: *Philosophie. Rhetorik, Epistolographie, Geschichtsschreibung, Geographie*, Munich, 1978, págs. 499-503.

205 Son, ciertamente, muy pocos; véase F. ROEDEL, *Zur Sprache des Laonikos Chalkondyles und des Kritobulos aus Imbros*, Ingolstadt, Munich, 1905, pág. 36.

206 Véase R. R. BOLGAR, *The classical Heritage and its beneficiaries*, Cambridge, 1954, pág. 468, basándose en R. SABBADINI, *G. Aurispa. Carteggio*, Roma, 1931, pág. 159.

207 Es fundamental, sobre sus actividades, A. FRACESCHINI, *Giovanni Aurispa e la sua biblioteca. Notizie e documenti*, Padua, 1976.

208 Véase G. CAMMELLI, *Manuele Crisolora*, Florencia, 1941, páginas 52-57.

Florencia, la tradujo al latín, siendo corregida después esta traducción por Bartolomeo Fazio, otro humanista, unos quince años más tarde.

Allá por el 1460 no sólo los grandes historiadores —la tríada de que hablábamos al principio de esta introducción— podían ser leídos en latín en Italia, sino también Plutarco, Arriano, Apiano, Diodoro de Sicilia, Polibio y otros. En Venecia, en 1535, J. F. Trincavelli, como impresor, y J. B. Egnatio, como editor, se ocupan de sacar a la luz la *editio princeps* de la *Anábasis* y las *Diatribas*, acompañadas de la traducción mencionada de Vergerio, y pocos años después, en 1544, P. Lauro traducirá la primera al italiano, siguiendo en 1581 la traducción al francés de C. Vuitart, según señala Bolgar. No vale la pena ocuparse del resto de las ediciones y traducciones [209] antiguas que, con ser bastantes por otra parte, no alcanzan a igualar el número de las de otros autores más famosos de la literatura griega.

La popularidad de Arriano, por las razones ya expuestas, no parece haber sido demasiado grande y, ojeando las obras clásicas sobre el tema, nos saltan a la vista únicamente dos menciones: G. Highet [210] señala que Arriano fue una de las lecturas de Montaigne y, según E. R. Curtius [211], el filólogo David Ruhnken (1723-1788) solía ir de caza con red, arco y flechas apo-

---

209 J. G. T. GRAESSE, *Trésor de livres rares et precieux ou nouveau dictionnaire bibliographique*, I, Berlín, 1922 (hay reimpresión), por ejemplo, da información sobre algunas de ellas.

210 *The classical tradition. Greek and Roman influences on Western Literature* = *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, I [trad. A. ALATORRE], 2.ª ed., México-Buenos Aires, 1954, pág. 299.

211 *Europaische Literatur und lateinisches Mittelalter* = *Literatura europea y Edad Media latina*, I [trad. M. FRENK ALATORRE, A. ALATORRE], 2.ª reimpr., México-Madrid-Buenos Aires, 1976 (= 1955), pág. 85, n. 62.

yándose en el relato de Arriano sobre las costumbres venatorias de los celtas. Como el lector comprenderá, tienen que existir señales de una mayor entidad que testimonien la lectura e influencia de Arriano y, en particular, de su *Anábasis*, pero no parece haber demasiadas pistas en la literatura científica que del tema se ocupa: un trabajo, sin duda interesante, sería estudiar qué rasgos del Alejandro medieval, si es que hay algunos, podrían derivar del relato arrianeo, aunque *a priori* el resultado parece negativo.

Por lo que toca a nuestra patria, los detalles son también escasos; O. di Camillo[212] nada dice de él y el estudio magistral de M. Bataillon[213], que tantos datos aporta sobre nuestra literatura en el siglo XVI, guarda igualmente silencio; J. López Rueda[214] sólo menciona que Pedro Simón Abril, un famoso helenista, propuso como materia de estudio en la Universidad las *Diatribas* y poco más, mientras que la breve ojeada que G. de Andrés[215] echa al helenismo del siglo XVII deja sin mencionar a este autor. Para C. Hernando[216], lo único destacable es el hecho de que el plan de estudios de 1771 de la Universidad de Alcalá indicaba que había de leerse a Arriano en clase, y la obra de D. Rubio[217] ni lo menciona.

Si nos dedicamos a rastrear ahora las primeras traducciones hispanas, la oscuridad deja paso a un

212 *El Humanismo castellano del siglo XV* [trad. M. LLORIS], Valencia, 1976.

213 *Érasme et l'Espagne* = *Erasmo y España* [trad. A. ALATORRE], 2.ª ed. corregida y aumentada, México, 1966.

214 *Helenistas españoles del siglo XVI*, Madrid, 1973, página 248.

215 *El helenismo en España en el siglo XVII*, Madrid, 1976.

216 *Helenismo e Ilustración (el griego en el siglo XVIII español)*, Madrid, 1975, pág. 31.

217 *Classical Scholarship in Spain*, Washington, D. C., 1934.

poco de luz, aunque no demasiada. T. S. Beardsley[218] señala que Gabriel de Castañeda (tr.), *De los hechos del magno Alexandre*, Sevilla, 1534, toma material de los dos primeros libros de la *Anábasis* y rellena las lagunas con Josefo, Plutarco, San Agustín y otros autores; dado que la traducción de Castañeda, «clérigo beneficiado en la yglesia de sant Miguel y rector de sant Andrés de la villa de Villalón endereçada al illustrísimo señor conde de benauente» —como él mismo nos dice— es una versión de Quinto Curcio, no tiene nada de raro que hiciese uso de tales materiales como suplementos que, por otro lado, ya habían sido utilizados en España y en Europa[219]. Mucha más importancia tiene, sin embargo, la traducción castellana, obra de Vicente Mariner[220] en 1633, que permanece inédita en la Biblioteca Nacional (Ms. 9811); el códice, no descrito por Iriarte en el catálogo mencionado, contiene, según

---

218 *Hispano-classical translations printed between 1482 and 1699*, Pittsburg, Penns., 1970, pág. 34.

219 Véase sobre ello A. Bravo García, «Sobre las traducciones de Plutarco y de Quinto Curcio Rufo hechas por Pier Candido Decembrio y su fortuna en España», *Cuad. de Filol. Clás.* 12 (1977), 143-185.

220 Véase, sobre él, G. de Andrés, «El helenismo...», 14-16, y «Cronología de las obras del polígrafo Vicente Mariner», *Cuad. Bibliogr.* 38 (1979), 13. En este último estudio, sin duda por error mecánico, no se consigna que el libro primero de la *Anábasis* aparece junto con los otros en el manuscrito matritense; un pasaje de este libro y su traducción por Mariner es ofrecido en E. de Andrés Castellanos, *Helenistas españoles del siglo XVII*, tesis doctoral, Univ. de Madrid, 1975 (inédita), páginas 364-365. «Pertenece Mariner —dice esta investigadora en página 365— al grupo de helenistas que creen que la traducción no debe ser literal. Por eso considera traducciones las 14 o las 26 formas distintas que nos ofrece para expresar los dos textos que hemos citado. Con ese procedimiento de ir ampliando el número de palabras en cada nueva versión, podríamos ofrecer un número infinito de textos, pero en modo alguno se podrían considerar traducciones.»

M. Menéndez y Pelayo[221], «la única traducción castellana de Arriano completa y hecha directamente del texto griego». De J. de Apraiz, que menciona de pasada esta traducción, ningún otro dato podemos sacar[222] y, hasta llegar a la versión de F. Baráibar y Zumárraga, *Historia de las expediciones de Alejandro...*[223], publicada en Madrid, en 1883, no parece haber otra. Fuera de nuestras fronteras, diremos, para terminar, que R. Ramírez Torres ha traducido la obra completa de Arriano[224].

8. *Breve nota bibliográfica*

La literatura científica en torno a Alejandro Magno y a la obra arrianea, ya mencionada en los epígrafes

221 *Biblioteca de traductores españoles* (ed. E. Sánchez Reyes), III, Santander, 1952, pág. 86.

222 «En varias obras y manuales de Geografía histórica —nos dice este autor en sus *Apuntes para una historia de los estudios helénicos en España*, Madrid, 1874, pág. 127— se inserta el itinerario que escribió el almirante Nearco después de recorrer las costas de Persia, y hace mención también de la obra de Campomanes ya citada, pero nada más conocemos por él de la fortuna de la *Anábasis* en España.

223 La difusión de que ha gozado esta traducción está probada por una segunda edición en 1912 y una tercera de 1917, según podemos leer en A. Paláu y Dulcet, *Manual del librero hispano-americano. Bibliografía general española e hispanoamericana desde la invención de la imprenta hasta nuestros tiempos...*, I, Barcelona, 1948, 2.ª ed., núm. 17.476. No aparece mencionada, sin embargo, en el excelente estudio de A. María García Raffart, *Ediciones y traducciones de textos griegos en el siglo XIX español*, memoria de Licenciatura, Univ. de Madrid, 1976 (inédita), págs. 119-121, en donde se nos dice, por otra parte, que pequeños fragmentos del texto arrianeo fueron editados para uso de los estudiantes por L. Bardon Gómez, *Lectiones graecae*, Madrid, 1859, y C. M. Alonso Ortega, *Curso de análisis y traducción griega*, Valladolid, 1860.

224 *Arriano. Obras Completas*, México, 1964.

precedentes, basta, en nuestra opinión, para sugerir al lector interesado un material adecuado con vistas a ulteriores lecturas; no repetiremos aquí el grueso de esta bibliografía, sino que, en aras de la brevedad, nos limitaremos a consignar únicamente las obras básicas (ediciones y traducciones) y a añadir una serie de libros, de índole general, en lengua española, sobre la figura del Macedonio que pueden resultar de interés a quien busque más bien una visión de conjunto que la consideración pormenorizada y erudita de tal o cual detalle.

La edición básica de la *Anábasis* sigue siendo la de A. G. Roos, O. Wirth, *Flavii Arriani quae exstant omnia*, I, Leipzig, 1967, cuyo segundo volumen (Leipzig, 1968) contiene, entre otras cosas, la *India*. Ambos tratados fueron editados con traducción inglesa por E. I. Robson en la conocida «Loeb Classical Library» (dos volúmenes de 1929 y 1933, respectivamente) y, en la actualidad, P. Brunt, encargado de sustituir en la colección esta vieja edición, ha publicado, en 1976, el primero de los dos volúmenes; de la *India*, una edición excelente con traducción francesa es la de P. Chantraine (París, 1952, 2.ª ed.), en la prestigiosa Editorial Les Belles Lettres. Por lo que se refiere a traducciones sueltas, mencionaremos la inglesa, por A. de Selincourt, de la *Anábasis* (Harmondsworth, 1976, reimpresión) en los Penguin Classics, y la alemana de W. Capelle, *Alexanders des Grossen Siegeszug durch Asien, neu übertragen und erläutert*, Zurich, 1950; en español contamos con la de F. Baraíbar y Zumárraga (Madrid, 1917, 3.ª ed.), en la benemérita colección de la Editorial Hernando, y con la de R. Ramírez Torres (México, 1964) que ofrece también la del resto de las obras y está publicada por la Editorial Jus.

En lo que toca a trabajos generales sobre Alejandro publicados en español, he aquí una lista que, por supuesto, no aspira a ser completa:

M. BERTOLOTTI, *Alejandro Magno,* tr. del italiano, Madrid, 1940; S. J. GREGOR, *Alexander der Grosse. Die Weltherrshaft einer Idee = Alejandro Magno. Dominio mundial de una idea* [trad. J. BOFILL Y FERRO], Barcelona, 1943; S. MONTERO DÍAZ, *Alejandro Magno,* Madrid, 1944; L. V. CUMMINGS, *Alexander the Great = Alejandro el Grande* [trad. S. C. PERALTA], Buenos Aires, 1946; R. BALLESTER ESCALAS, *Alejandro Magno,* Barcelona, 1963; L. HOMO, *Alexander le Grand = Alejandro el Grande* [trad. M.ª ROSA CORTÉS], Barcelona, 1963; P. BANN, *Alexander der Grosse = Alejandro Magno y su tiempo* [trad. J. NAVARRA FARRÉ], Barcelona, 1968; F. HAMPL, *Alejandro Magno* [trad. C. DEL POZO y A. ECHEVARRÍA], Bilbao, 1969, y V. EHRENBERG, art. «Alejandro Magno», en *El mundo grecorromano. Los hombres de la historia,* trad. del italiano, Buenos Aires, 1977, págs. 168-196.

ANTONIO BRAVO GARCÍA

BIBLIOGRAFÍA *

Recogemos aquí los trabajos que hemos utilizado para nuestra traducción y las notas correspondientes. Con absoluta independencia se ha elaborado la bibliografía de la *Introducción*, dado el carácter propio de ésta.

J. ABBOTT, «Gradus ad Aornom», *Jour. of. the As. Soc. of. Gr. Brit. and Ir.* 23 (1854), 309-363.

F. E. ADCOCK, *The Greek and Macedonian Art of War*, Berkeley, Los Angeles, 1957.

F. ALTHEIM, «Proskynesis», *Paideia* 5 (1950), 301-309.

A. R. ANDERSON, «Heracles and his sucessors», *Harv. St. in Class. Philol.* (1928), 12-19.

— «Bucephalas and his legend», *Am. Journ. of Philol.* 51 (1930), 1-21.

J. K. ANDERSON, *Greek Horsemanship*, Berkeley, Los Angeles, 1951.

A. ANDREADES, «Les finances de guerre d'Alexandre le Grand», *Ann. d'Hist. Éconorn. et Soc.* I (1929), 321-334.

P. ARMANDI, *Histoire militaire des éléphants depuis les temps*

* Se nos hace imperioso referirnos al trabajo de A. B. BOSWORTH, *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander*, vol. I, correspondiente a los libros I-III, Oxford, 1980. Este libro apareció bien avanzado 1980 y no pudimos disponer de él hasta diciembre, cuando ya habíamos entregado nuestra traducción unos meses antes. Ha sido una lástima no haber podido contar con él hasta entonces, dado el gran provecho que hubiera aportado a las notas de la presente traducción.

le plus reculés jusqu'à l'introduction des armes à feu, París, 1843.

A. AYMARD, «Sur quelques vers d'Euripides qui pousserent Alexandre au meurtre», *Eng. Hist. Ann.* (1967), 51-72, antes en *Mélanges H. Grégoire*, 1949.

E. BADIAN, «Alexander the Great and the Unity of Mankind», *Historia* 7 (1958), 425-444.

— «The Eunuchus Bagoas: A Study in Method», *Class. Quarterly* 8 (1958), 144-157.

— «The Death of Parmenio», *Trans. and Proc. of th. Am. Philol. Ass.* 91 (1960), 324-378.

— «Harpalus», *Jour. of. Hell. St.* 81 (1961), 21 ss.

— «The Death of Philip II», *Phoenix* (1963), 244-250.

— «Orientals in Alexander's Army», *Jour. of. Hell. St.* 85 (1965), 106 ss.

— «Alexander the Great and the Greek Cities of Asia Minor», en *Ancient Society and Institutions. Stud. presented to V. Ehrenberg*, Oxford, 1966, págs. 37-69.

— «Agis III», *Hermes* 95 (1967), 170-192.

— «A King's Notebook», *Harv. St. in Class. Philol.* 72 (1968), 183-204.

— «The Administration of the Empire», *Gr. and Rom.* 12 (1965), 166-182.

E. BALOGH, *Political Refugees in Ancient Greece from the Period of the Tyrants to Alex. the Great*, Johannesburgo, 1943.

J. P. V. D. BALSDON, «The Divinity of Alexander», *Historia* 1 (1950), 363-380 (también en GRIFFITH, *Alexander the Great. The main Problems.*).

H. I. BELL, *Egypt from Alexander the Great to the Arab Conquest*, Oxford, 1948.

A. R. BELLINGER, «The King's Finances», *Essays on the Coinage of Alexander the Great, Numismatic Studies of the American Numism. Society* 11 (1963), 35-80.

É. BENVENISTE, *Les mages dans l'ancien Iran*, París, 1938.

H. BERGER, *Geschichte der wissenschaftlichen Erdkunde der Griechen*, Leipzig, 1903.

A. BERNAND, *Alexandrie la Grande*, París, 1966.

A. BERTHELOT, «La côte méridionale de l'Iran d'après les géo-

praphes grecs», en *Mélanges à O. Navarre,* Toulouse, 1935, páginas 11-24.

E. BEVAN, *A History of Egypt under the Ptolemaic Dinasty,* Londres, 1927.

E. BICKERMANN, «Alexandre le Grand et les villes d'Asie», *Rev. des Ét. Grec.* 72 (1968), 183-204.

E. J. BICKERMANN, «À propos d'un passage de Chares de Mytilène», *La Par. del Pass.* 8 (1963), 241-255.

A. BOEHNER, *De Arriani dicendi genere,* Erlangen, 1885.

E. N. BORZA, «Alexander and the return from Sivah», *Historia* 16 (1967), 369 ss.

— «Fire from Heaven: Alexander at Persepolis», *Class. Philol.* (1972), 233 ss.

A. B. BOSWORTH, «Errors in Arrian», *Class. Quarterly* (1976), 119-121.

— «Arrian's literary development», *Class. Quarterly* 22 (1972), 167 ss.

— «The Mission of Amphoteros», *Phoenix* 29 (1975), 27-43.

— «Asthetairoi», *Class. Quarterly* 23 (1973), 245-253.

R. DE BOVIS, *Alexandre le Grand sur le Danube,* Reims, 1908.

A. B. BREEBAART, *Einige historiografische Aspecten von Arrianu's «Anabasis Alexandri»,* tesis doct., Leiden, 1960.

B. BRELOER, *Alexanders Kampf gegen Poros,* Stuttgart, 1933, páginas 121-147.

B. BRELOER-F. BOEMER, *Fontes historiae religionum indicarum,* Bonn, 1939.

H. BRETZL, *Botanische Forschungen des Alexanderszuges,* Leipzig, 1903.

T. S. BROWN, «Callisthenes and Alexander», *Am. Jour. of. Philol.* 70 (1949), 225-248.

— «Onesicritus, Nearchus and the Voyage back from India», en *Onesicritus,* Berkeley, 1949, págs. 105-124.

B. C. BRUNDAGE, «Heracles the Levantine: a comprehensive view», *Jour. Near-East. Stud.* 17 (1958), 225 ss.

P. A. BRUNT, «Alexander, Barsine and Heracles», *Riv. di Filol. Class.* (1975), 22-34.

— «The aims of Alexander», *Gr. and Rom.* 12 (1965), 205-215.

— «Alexander's Macedonian Cavalry», *Jour. of. Hell. St.* 83 (1963), 27-46.

E. H. BUNSBURY, *A History of Ancient Geography*, 1883 (hay reimpresión de 1959).

M. BUORA, «L'incontro fra Alessandro e Diogene: traduzione e significato», *Atti Instit. Veneto* 132 (1973/74), 243-264.

A. R. BURN, «Notes on Alexander's Campaigns», *Jour. of. Hell. St.* (1952), 84-91.

— «The Generalship of Alexander the Great», *Gr. and. Rom.* 12 1965), 140-154.

S. M. BURSTEIN, «Alexander, Callisthenes and the sources of the Nile», *Gr., Rom. and Byz. St.* 17 (1976), 135-146.

M. CARY-E. WARMINGTON, *Les explorateurs de l'antiquité*, París, 1933.

L. CASSON, *Ships and Seamanship in the ancient World*, Princeton 1971.

F. CELORIA, «Delta as a geographical concept», *Isis* 57 (1966), 385-388.

P. CLOCHE, *Un fondateur d'empire. Philipp II roi de Macédoine*, Saint Étienne, 1955.

— *Histoire de la Macédoine jusqu'à l'avénement d'Alexandre le Grand*, París, 1960.

A. DAHLQUIST, *Megasthenes and Indian Religion*, Nueva Delhi, 1977 (primera edición, Upsala, 1962).

C. C. DAVIES, *An historical Atlas of the Indian Peninsula*, Londres, 1954[2] (1949).

A. DELATTE, «Le baiser, l'agenouillement et le posternement de l'adoration chez les Grecs», *Académie Royale de Belgique, Bull. Class. Lettres et Scienc. Morales et Politiques* (1951), 423-450.

W. DEONNA, «Le noeud gordien», *Rev. des Ét. Grec.* 31 (1913), 39-82.

E. R. DODDS, *Bacchae*, Oxford, 1970.

— *The Greeks and the Irrational*, 1951 (hay traducción española, Alianza, 1980).

A. G. DRACHMANN, «Remarks on the Ancient Catapults», en *Actes du septième congrès intern. d'histoire des sciences*, Jerusalén, 1953.

— *The mechanical technology of Greek and Roman Antiquity*, Copenhague, 1963.

P. DUCREY, *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique,* París, 1968.
H. ENDRES, *Geographischer Horizont und Politik bei Alexander dem Grossen in der Jahren 330-323,* Würzburgo, 1924.
D. W. ENGELS, *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army,* Berkeley, 1978.
J. R. FEARS, «Pausanias, the assasin of Philip II», *Athenaeum* 53 (1975), 111-135.
FERNÁNDEZ LAGUNA, *Materia Médica de P. Dioscórides Anazarbeo,* Madrid, 1968 (edic. facs.).
A. J. FESTUGIÈRE, «Trois rencontres entre la Grèce et l'Inde», *Rev. de l'Hist. des Relig.* (1943), 32-57.
R. J. FORBES, *Bitumen and Petroleum in Antiquity,* Leiden, 1936.
R. L. FOX, *Alexander the Great,* Londres, 1973.
P. M. FRASER, «Current Problems concerning the early History of the Cult of Sarapis», *Opuscula Atheniensia* 7 (1967), 23-55.
E. A. FREDRICKSMEYER, «Alexander, Midas and the Oracle at Gordium», *Class. Philol.* 56 (1961), 160-168.
P. FREI, «Das Wagen von Gordion», *Mus. Helv.* 29 (1972), 110-123.
J. F. C. FULLER, *The Generalship of Alexander the Great,* Londres, 1958.
J. GAGE, *Basileia, les Césars, les rois d'Orient et les mages,* París, 1968.
H. GALLET DE SANTERRE, «Alexandre le Grand et Kymé d'Éolide», *Bull. Corresp. Hell.* 71/72 (1947-48), 303 ss.
C. GARCÍA GUAL, *Prometeo. Tragedia y Mito,* Madrid, 1979.
— *Pseudo-Calístenes. Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia,* Madrid, 1977.
H. GESCHE, cf. KRAFT.
P. GREEN, *Alexander the Great,* Londres, 1970.
N. GREGORIADIS, *L'art de la guerre d'Homère à Alexandre le Grand,* Atenas, 1955.
G. T. GRIFFITH, *The Mercenaries of the Hellenistic World,* Cambridge, 1935.
— «Alexander's Generalship at Gaugamela», *Jour. of. Hell. St.* (1947, 77-89.
— «A Note on the hipparchies of Alexander», *Jour. of. Hell. St.* (1963), 68-74.

— «Alexander and Antipater in 323 B. C.», *Proceed. of the Afric. Class. Assoc.* 8 (1965), 12-17.
— (ed.), *Alexander the Great. The main Problems*, Cambridge, 1966.
B. A. van Groningen, «À propos de la fondation d'Alexandrie», en *Raccolta di scritti in onore di G. Lumbroso*, 1925, páginas 200-211.
K. Grote, *Das griechische Söldnerwesen der hellenistischen Zeit*, tesis doct., Jena, 1913.
H. R. Grundmann, *Quid in elocutione Arriani Herodoto debeatur*, tesis doct., Berlín, 1844.
M. Hadas, *Hellenistic Culture*, Nueva York, 1959.
J. R. Hamilton, «Alexander and his so-called Father», *Class. Quarterly* (1953), 151-157.
— «Three passages in Arrian», *Class. Quarterly* 5 (1955), 217-221.
— «The Cavalry Battle at the Hydaspes», *Jour. of. Hell. St.* 86 (1956), 26 ss.
— «The Letters in Plutarch's *Alexander*», *Proc. of. the Afr. Class. Ass.* 4 (1941), 12-20.
— «Alexander and the Aral», *Class. Quarterly* 21 (1971), 110 ss.
— «Alexander among the Oreitae», *Historia* 21 (1972), 603-608.
— *Alexander the Great*, Londres, 1973.
N. G. L. Hammond, *History of Greece*, Oxford, 1959.
— «A Note on Pursuit in Arrian», *Class. Quarterly* (1978), 136-140.
G. Ch. Hansen, «Alexander und die Brahmanen», *Klio* (1965), 351-380.
W. Heckel, «The Flight of Harpalos and Tauriscos», *Class. Philol.* 72 (1977), 133-135.
— «The Conspiracy against Philotas», *Phoenix* 31 (1977), 9-21.
— «Leonnatos, Polyperchon and the Introduction of Proskynesis», *Am. Jour. of. Philol.* (1978), 459-461.
— «Alexander at the Persian Gates», *Athenaeum* 58 (1980), 168-174.
F. Heichelheim, *Wirtschafliche Schwankungen der Zeit von Alexander bis Augustus*, Jena, 1930.
B. Heuvelmans, *Sur la piste des bêtes ignorées*, II, París, 1955.
W. E. Higgins, «Aspects of Alexander's imperial Administration: Some modern methods and views reviewed», *Athenaeum* 58 (1980), 129-152.

J. HORST, *Proskynein. Zur Anbetung im Urchristentum nach ihrer religionsgeschichtlichen Eigenart. Neutestamentliche Forschungen*, 3, Gütersloh, 1932.

J. L. HUOT, *Persia*, Londres, 1965.

S. T. HUTZEL, *From Gedrosia to Babylon*, tesis doct., Indiana, 1974 (microfilm).

H. U. INSTINSKY, *Alexander der Grosse am Hellespont*, Godesberg, 1949.

W. O. JACOBS, *Militärische-philologische Untersuchungen zum Feldzug Alexanders des Grossens gegen die Triballer*, tesis doct., Münster, 1920.

J. H. JONGKEES, «A portrait of Alexander the Great», *Bull. van de Vereeniging* 29 (1954), 32 ss.

U. KAHRSTEDT, «Das athenische Kontingent zum Alexanderzuge», *Hermes* (1936), 120-124.

N. S. KALOTA, *India as described by Megasthenes*, Nueva Delhi, 1978.

D. K. KANATSULIS, *Antipatros. Ein Beitrag zur Geschichte Makedoniens in der Zeit Philipps, Alexanders und der Diadochen*, tesis doct., Munich, 1942 (luego en *Hellenika* 16 [1958], 14 ss.).

R. KNAPOWSKI, «Die Finanzen Alexanders des Grossen», en F. ALTHEIM-R. STIEHL, *Geschichte Mittelasiens im Altertum*, Berlín, 1970, págs. 235-247.

E. KORNEMANN, «Die Satrapenpolitik des ersten Lagiden», en *Raccolta di scritti in onore di G. Lumbroso*, Milán, 1925, páginas 235-245.

K. KRAFT, «Der rationale Alexander», en H. GESCHE (ed.), *Frank. Althistor. Stud.*, 5, 1972.

W. LACEY, «Some uses of *primus* in naval contexts», *Class. Quarterly* 51 (1957), 118-122.

M. LAUNEY, *Recherces sur les armées hellénistiques*, París, 1949-50, 2 vols.

TH. LENSCHAU, «Alexander der Grosse und Chios», *Klio* 33 (1940), 201-224.

P. LEVEQUE, «La guerre à l'époque hellénistique», en J. P. VERNANT (ed.), *Problemes de la guerre*, París, 1968, págs. 261-287.

M. A. LEVI, *Introduzione ad Alessandro Magno*, Milán, 1977.

D. M. LEVIS, «The altar of the Eudanemoi», *Class. Rev.* 24 (1974), 186-187.

J. A. López-Férez, *Eurípides, Tragedias,* I, Madrid, 1977.
J. G. MacQueen, *Babylon,* Nueva York, 1964.
R. C. Majumdar (ed.), *An advanced History of India,* Londres, 1965 (primera edición, 1949).
A. Mallwitz, *Das Babylon der Spätzeit,* Berlín, 1957.
J. Maluquer, *Tartessos,* Barcelona, 1975².
A. M. Mansel, *Die Ruinen von Side,* Berlín, 1963.
E. W. Marsden, *The Campaign of Gaugamela,* Liverpool, 1964.
— *Greek and Roman Artillery,* Oxford, 1969.
J. Marshall, *A Guide to Taxila,* Cambridge, 1960.
B. M. Marti, «Proskynesis and adorare», *Language* 12 (1936), 272-282.
G. Maspero, «Comment Alexandre devint dieu en Égypte», *Annu. de l'École. Pratt. des Haut. Étud.* (1897), 5-30.
G. Meautis, «À propos de la proskynese», *Rev. Ét. Anc.* (1942), 304-308.
E. Mederer, *Alexanderlegenden,* Stuttgart, 1936.
E. Meyer, *De Arriano Thucydideo,* tesis doct., Rostock, 1877.
M. A. Meyer, *History of the city of Gaza from the earliest times to the present day,* Nueva York, 1907.
E. I. Mikroiannakis, «Ep'Antalcídoy Eirene», *Athena* 71 (1970), 236-281.
R. D. Milns, *Alexander the Great,* Londres, 1968.
— «Philip II and the Hypaspists», *Historia* 16 (1967), 507 ss.
— «The hypaspists of Alexander III. Some Problems», *Historia* 20 (1971), 186-195.
— «The Army of Alexander the Great», págs. 87-136, *Fondation Hardt: Alexandre,* XXII, 1975.
— «Alexander's Pursuit of Darius through Iran», *Historia* 15 (1966), 256 ss.
A. Momigliano, *Filippo il Macedone. Saggio nella storia greca del IV secolo av. Gr.,* Florencia, 1934.
J. S. Morrison-R. T. Willians, *Greek oared Ships, 900-332 B. C.,* Cambridge, 1968.
D. J. Mosley, *Diplomacy in Anccient Greece,* Londres, 1975.
C. L. Murison, «Darius III and the Battle of Issus», *Historia* 21 (1972), 399-423.
G. Nenci, «L'ambasceria romana ad Alessandro», en *Introdu-*

zione alle guerre persiane e altri saggi di storia antica, Pisa, 1958, págs. 260-281.
C. NEUMANN, «A Note on Alexander's March-Rates», *Historia* 20 (1971), 196 ss.
M. NEUBERT, «Aurel Stein auf den Spuren Alexanders des Grossen an der Nordwestgrenze Indiens», en *Petermanns Geograpische Mitteilungen,* 1929, págs. 84 y sigs.
A. T. OLMSTEAD, *History of the Persian Empire,* Chicago, 1948.
H. W. PARKE, *The oracles of Zeus,* Oxford, 1967.
— *Greek Mercenary Soldiers,* Oxford, 1970 (primera edición, 1933).
L. PEARSON, «The Diary and Letters of Alex. the Great», *Historia* 3 (1953/54), 443-450, luego en G. T. GRIFFITH (ed.), *Alexander the Great. The Main Problems.*
— *The Lost Histories of Alexander the Great.,* Nueva York, 1960.
R. PFEIFFER, *History of Classical Scholarship,* I, Oxford, 1968. (Hay trad. esp.)
J. PFISTER, «Das Nachleben der Ueberliferungen von Alexander und den Brahmanen», *Hermes* 76 (1941), 143-169.
F. PFISTER, «Das Alexander-Archiv und die hellenistich-römische Wissenschaft», *Historia* 10 (1961), 30-67.
CL. PREAUX, «Les Grecs à la découverte de l'Afrique par l'Égypte», *Chron. d'Égypte* 32 (1952), 284-312.
— «Alexandrie et la Chlamyde», *Chron. d'Égypte* 43 (1968), 176-187.
G. RADET, «Le pélerinage au sanctuaire d'Ammon», *Rev. Ét. Anc.* 28 (1926), 213-240.
— «Aornos», *Journal des Savants* (1929), 69-73.
— «Alexander et Porus, le passage d'Hydaspe», *Rev. Ét. Anc.* 37 (1935), 349-356.
RE (PAULY-WISSOWA, *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*), *sub vocibus,* «Proxenos, Telmessos, Triballi».
M. RENARD-J. SERVAIS, «À propos du mariage d'Alexandre et de Roxane», *Ant. Class.* 24 (1955), 29 ss.
G. R. RICHARDS, «Proskynesis», *Class. Rev.* (1934), 168-170.
H. W. RITTER, *Diadem und Königsherschaft. Untersuchungen zu Zeremonien und Rechgrundlagen des Herrschaftsantritts bei*

den Persen, bei Alexan. und im Hellenismus, Vestigia, 7 Munich, 1965, págs. 62-70.

C. A. ROBINSON, Jr., «The arrest and death of Callisthenes», *Tran. and Proc. of the Am. Philol.* 62 (1931).

J. ROUX, *Les Bacchantes,* I, París, 1970.

T. T. B. RYDER, *Koine Eirene,* Oxford, 1965.

A. E. SAMUEL, «Alexander's Royal Journal», *Historia* (1965), 1-12.

F. SCHACHERMEYER, *Alexander in Babylon und die Reichsordnung nach seinen Tode, S. B.,* Viena, 1970, págs. 49-73.

E. F. SCHMIDT, *Persepolis,* 2 vols., Chicago, 1953.

L. SCHMIDT, «Der gordische Knoten und seine Lösung», *Antaios* 1 (1959), 305-318.

E. SCHRAMM, «Poliorketit», en J. KROMAYER-G. VEITH (ed). *Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer,* en el *Handbuch* de MÜLLER-OTTO, vol. IV, 3.2, págs. 209 y sigs.

H. H. SCULLARD, *The Elephant in the Greek and Roman World,* Londres, 1974.

J. SEIBERT, *Alexander der Grosse,* Darmstadt, 1972. (Libro de inapreciable valor para los problemas generales y muchos particulares sobre la expedición de Alejandro. Insustituible para el estudioso.)

J. SERVAIS, «Alexandre-Dionysos et Diogène-Sarapis», *Ant. Class.* (1959), 98-106.

W. J. SLATER, «Pindar's House», *Gr., Rom. and Byz. St.* 12 (1971), 141-152.

A. M. SNODGRASS, *Arms and Armour of the Greeks,* Nueva York, 1967.

M. SORDI, «Alessandro e i Romani: Le ambascerie dei romani ad Alessandro», *Rendiconti Ist. Lombardo* 99 (1965), 445-452.

J. F. STANDISH, «The Caspian Gates», *Gr. and Rom.* 17 (1970), 17-24.

F. STARK, «Alexander's March from Miletus to Phrygia», *Jour. of. Hell. St.* 78 (1958), 102-108.

— *Alexander's Path from Caria to Cilicia,* Londres, 1958.

A. STEIN, «Alexander's Campaign in the Indian North-West Frontier», *Geographical Journal* 70 (1927), 417-439 y 511-540.

— *On Alexander's Track to the Indus,* Londres, 1928.

— «The site of Alexander's Passage of the Hydaspes and the Battle with Porus», *The Geographical Journal* 80 (1932), 31-46.

— «On Alexander's Route into Gedrosia. An Archaelogical Tour in Las Bela», *The Geograph. Jour.* 102 (1943), 213 ss.

H. STRASBURGER, *Ptolemaios und Alexander*, Leipzig, 1934.

— «Alexanders Zug durch die Gedrosische Wüste», *Hermes* 80 (1952), 466 ss.

— «Zur Route Alexanders durch Gedrosien», *Hermes* 82 (1954), 201-204.

M. TADDEI, «Taxila», en *Enciclopedia dell'arte antica, classica e orientale*, VII, 1966, págs. 630-637.

W. W. TARN, *Hellenistic Military and Naval Development*, Cambridge, 1930 (reimpresión, Nueva York, 1966).

— *Alexander the Great*, 2 vols., Cambridge, 1948.

— *The Greeks in Bactria and India*, Cambridge, 1951.

L. R. TAYLOR, «The proskynesis and the hellenistic ruler culte», *Jour. of. Hell. St.* (1972), 53-62.

C. G. THOMAS, «Alexander's garrisons. A Clue to his administrative Planes?», *Antichthon* 8 (1974), 11-20.

G. TIBILETTI, «Alessandro e la liberazione delle città d'Asia Minore», *Athenaeum* 32 (1954), 3-22.

J. TONDRIAU, «Alexandre le Grand assimilé à différents divinités», *Rev. de Philol.* (1949), 41-52.

— «Héraclès, Héraclides et autres émules du Héros», *Istit. Lombardi Sc. e Lett.* (1950), 397-406.

C. TORR, *Ancient Ships*, Chicago, 1964.

P. TREVES, *Demostene e la libertá greca*, Bari, 1933.

A. TRUEMPNER, *De Arriani religione*, Bonn, 1950.

V. TSCHERIKOWER, *Hellenistic Civilization and the Jews*, Filadelfia, 1959.

R. VALLOIS, «Alexandre et la mystique dionysiaque«, *Rev. Ét. Anc.* (1932), 81 ss.

H. VERDIN, «Notes sur l'attitude des historiens grecs à l'égard de la tradition locale», *Ane. Soc.* 1 (1970), 183-200.

J. P. VERNANT, *Problèmes de la guerre dans la Grèce antique*, París, 1968. (Editor bajo cuyo nombre se han recopilado un elenco de buenas aportaciones al tema.)

A. VEZIN, *Eumenes von Cardia*, tesis doct., Münster, 1907. (No la hemos podido consultar.)

E. VISSER, «The divinity of Alexander and the proskynesis», en

Atti del 8. Congr. Int. di Storia delle religioni, Roma, 1955(56), páginas 321 y sigs.

N. VOLIC, «Alexanders Zug gegen die Triballer», *Klio* 9 (1909), 490 ss.

A. WEISE, *Wörterbuch zu Arrians «Anabasis»*, Leipzig, 1854 (reimpresión, 1971).

C. B. WELLES, «The discovery of Sarapis and the foundation of Alexandria», *Historia* 11 (1962), 271-298.

— «Sarapis and Alexandria, an Addendum», *Historia* 12 (1963), 512.

M. WHEELER, *Flames over Persepolis*, Londres, 1968.

U. WILCKEN, «Alexander der Grosse und die indischen Gymnosophisten», *SB Berlin* I (1923), 150-183.

— «Alexanders Zug in die Oase Siwa», *SB Berlin* (1928), 576-609.

G. WIRTH, «Nearchos, der Flottenchef», en *Acta Conventus Eirene* XI, 1971, págs. 615-639.

— «Die Syntaxeis von Kleinasien 334 v. Chr.», *Chiron* 2 (1972), 91-98.

G. WOODCOCK, *The Greeks in India*, Londres, 1966.

F. R. WUST, «Die Rede Alexanders des Grossen in Opis», *Historia* 2 (1953/54), 418-431.

— «Die Meuterei von Opis», *Historia* 2 (1953/54), 418-431.

Y. YADIN, *The art of Warfare in biblical Lands*, Londres, 1963.

G. ZUNTS, «Zu Alexanders Gespräch mit den Gymnosophisten», *Hermes* (1959), 436-440.

NOTA A LA PRESENTE TRADUCCIÓN

La suficientemente prolija *Introducción* que antecede nos ahorra la tarea de detenernos en la media docena de cuestiones importantes que deben formar el pórtico de cualquier traducción. Nuestro propósito es, por tanto, tan sólo apuntar dos o tres observaciones que aún creemos obligadas, intento en el que procuraremos hacer gala de la mayor concisión.

El esquema es el siguiente: unas palabras sobre el texto elegido como base; un par de líneas sobre la traducción, y una última referencia a nuestras notas.

Nuestra traducción comprende, a más de los siete libros que componen la *Anábasis* o *Historia de Alejandro*, un libro octavo, así llamado convencionalmente y conocido también con la intitulación de *India* o *Índica*.

Es frecuente, aunque no práctica de riguroso cumplimiento por parte de los traductores (ya sean éstos de acá o de más allá de nuestras fronteras), reunir ambos conjuntos, toda vez que el libro octavo (*India*) viene a completar los siete anteriores, en tanto en cuanto en él se nos narra el detallado regreso que la flota de Alejandro realizó, bajo las órdenes directas de Nearco, desde las desembocaduras del Indo a la ciudad de Susa, donde habría de encontrarse con Alejandro. Pues bien, respecto de los cuatro primeros li-

bros de la *Historia de Alejandro* hemos seguido el texto del último traductor de la colección Loeb, P. A. Brunt (quien tiene previsto, en breve plazo, la publicación del segundo volumen). Reconoce Brunt seguir, él mismo, el texto de la edición de Roos, revisado por Wirth, en la colección Teubner, Leipzig, 1967. Nosotros, pues, nos hemos acogido para estos cuatro primeros libros al texto nuevo de la Loeb (1976). Desafortunadamente, no hemos podido utilizar el esperado volumen segundo de Brunt, por lo que para los libros V-VII nos hemos atenido al anterior editor de la Loeb, I. Robson, de 1966 (primera edición de 1933, sin apenas retoques). Finalmente, para el libro octavo (*India*) hemos preferido el texto que nos ofrece P. Chantraine en la colección Budé (1952^2). Con todo, ya adelantamos ahora que hemos introducido algunas lecturas divergentes, por entender nosotros, siguiendo en ello el parecer de algunos y desestimando la opinión de otros, que así se mejora o subsana la que la edición base nos ofrecía como texto.

En atención al rigor con que está realizada la edición de Teubner, hemos de seguir recomendándola al estudioso que intente aproximarse al texto de Arriano, y ello, no sólo por el texto que nos ofrece, sino por el amplio y selecto aparato crítico de que se acompaña.

Respecto de las lecturas en que nuestra traducción se separa del texto que decimos utilizar como base, hemos ido señalando cuidadosamente en las correspondientes notas en qué medida y de qué manera, a más del porqué, disentimos de lo adoptado como texto guía.

Tenemos una razón para no haber confeccionado un elenco de variantes y haber encabezado con él nuestra presentación, y ella es que las variantes adoptadas son poco o nada originales por nuestra parte (que no proceden de nuestra propia Minerva, bien que en

el telar del sosiego tengamos madurado algún estudio de variantes razonablemente verosímil, y del que en poco daremos cuenta).

Acerca de la traducción, entendemos que podría hablarse desde una perspectiva de teórico: de si es posible *sensu stricto* la traducción y definir qué es exactamente traducir, cómo seleccionar la mejor técnica de traducción, o bucear entre las relaciones de la lingüística y la teoría de la traducción, elegir entre la debatida polarización traducción literal/traducción libre, sopesar las concomitancias e infidelidades entre la traducción y estilística, etc. Dejamos ahora, sin embargo, todo ello de lado y remitimos a las bonitas páginas de C. Schrader en su traducción de Herodoto, en esta misma colección.

Desde un punto de vista práctico, en la ejecución de la presente traducción hemos de manifestar nuestro propósito de ajustarnos, en la medida de lo posible y en cuanto fuimos capaces, al propio estilo de Arriano (cf. lo que se dice en el epígrafe «Arriano escritor», de la *Introducción*). Ni que decir tiene que también el nicomedense nos ofrece pasajes más logrados que otros, de ahí que a nuestro gusto algunos capítulos resulten bellísimos estilística y literariamente, y que, a veces, se torne algo monótono o descolorido. Hemos de reconocer que tan sólo en el primer repaso y confrontación de original y traducción empezamos a captar las singularidades estilísticas y el *usus scribendi* de Arriano, de ahí que el proceso de corrección y matización de lo traducido haya sido posteriormente muy trabajoso.

Con todo, no somos esclavos del estilo, pues hemos hecho nuestro el lema de que si alguien quiere saborear el estilo de Arriano o de cualquier otro autor deberá leerse éste en su propia lengua original.

Nos hemos auxiliado de las principales traducciones a lenguas modernas, en especial, de las llevadas a cabo por Selincourt, *The Campaigns of Alexander*, revisada por J. R. Hamilton, 1971, Penguin Classics; A. Brunt, en Loeb, para los libros I-IV, e I. Robson, para los libros V-VIII, igualmente en Loeb; también hemos manejado la traducción de W. Capelle, *Alexanders des Grossen Siegeszug durch Asien*, Zurich, 1950, y, para la *India* en particular, la de P. Chantraine, colección Budé, París, 1952[2]. Y no hemos olvidado las traducciones castellanas: la venerable de V. Mariner (en la Biblioteca Nacional, Madrid) titulada *De la historia de las hazañas y milicia de Alexandro rey de Macedonia, compuesta por Arriano griego, ocho libros, traducido a la verdad del texto griego en lenguaje castellano por el maestro Vicente Marinerio*, y en cuya página 835 se lee: «29 Martii 1633»; la más moderna de F. Baráibar Zumárraga, con sólo los siete libros (no la *India*), *Historia de las expediciones de Alejandro Magno*, Madrid, 1883; así como la más reciente, y última que conozcamos, a cargo de R. Ramírez Torres, *Obras completas de Arriano*, México, Ed. Jus, 1964. Igualmente hemos de citar casi una veintena de traducciones existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid, la mayoría de las cuales hemos curioseado en nuestros ratos de ocio.

A guisa de ejemplo, ofrecemos aquí enfrentadas las versiones castellanas de un famoso pasaje (el discurso de Ceno, V 27):

Mariner

Ceno, hijo de Polemócrates dijo aquestas cosas: «Porque si, o rey, no según lo que está constituido y ordenado quieres tener la presidencia y govierno de los macedonios, sino que has hablado persuadiéndonos a que vamos, persuadido a no hacer violencia de ninguna manera, diré mis razones sobre nosotros, los cuales somos más honoríficos que otros y la mayor parte tenemos ya el premio de los trabajos y estamos aparejados y promptos para ser en todas las cosas los más excellentes y valerosos sobre todos los otros, sino sobre el ejército, que es grande y mucho, pero no hablaré sobre estas o aquellas cosas que son a aquellos de deleyte y gusto, sino las que pienso que son para ti más convenientes y útiles en el tiempo presente y más seguras para el tiempo futuro.»

Baráibar

Atreviéndose Ceno, hijo de Polemócrates, dijo lo siguiente: «Puesto que tú mismo, oh Rey, no quieres oponerte a la voluntad de los macedonios, y estás decidido a llevarlos más allá si así lo desean, y a retroceder en caso contrario, yo me decido a hablar, no en representación de los jefes, que colmados por ti de honores y recompensas, y premiados con exceso de nuestras fatigas, estamos dispuestos a obedecerte y seguirte, sino a nombre de todo el ejército. No trato, en verdad de lisonjear al soldado; mis palabras se encaminan directamente a tus intereses presentes y futuros.»

Ramírez

Finalmente, Cenos, el hijo de Pólemos, habiendo tomado atrevimiento, le dijo: «Puesto que tú mismo, oh rey, afirmas que no obligarás a ninguno de los macedones, sino que solamente los llevarás más adelante en el caso de que los persuadas; y que si por el contrario, ellos son los que a ti te persuaden, *en ninguna manera* usarás contra ellos de coacción, no peroraré yo en favor de nosotros, los jefes del ejército, colmados por ti de toda clase de honores, siendo así que los más hemos ya recibido el premio de nuestros trabajos y nos has escogido de entre los demás para que tuviéramos el mando; sino que voy a hablar en favor del resto del ejército. Y tampoco en esto declararé todo lo que en el corazón de los soldados hay, sino únicamente las cosas que al presente serán saludables y que juzgo formarán tu seguridad en el porvenir.»

Guzmán

Sólo algo más tarde Ceno, el hijo de Polemócrato, se atrevió a hablar y dijo lo siguiente: «Ya que tú, señor, prefieres gobernar a los macedonios no de un modo dictatorial, sino que afirmas que tú quieres que vayan a hacer cualquier cosa convencidos y no *obligados a nada*, voy a hablar, aunque no me refiera a los presentes. Nosotros, los aquí convocados, hemos recibido mayores honores que los demás, y hemos recogido la recompensa de nuestros esfuerzos, y por el mando que detentamos, en todo estamos más que nadie llenos de buena voluntad a tu persona; digo, pues, que no hablaré por nosotros, sino que me referiré a la mayor parte de los hombres de nuestro ejército. Al hablar de ellos no diré lo que les pueda halagar, sino lo que creo que es conveniente para ti en el presente y lo que para el futuro puede traernos mayor seguridad.»

Finalmente, diremos algo sobre las notas. Hemos de lamentarnos de no poseer una edición comentada moderna de nuestro autor, aunque en breve parece que el profesor Bosworth pondrá a disposición del estudioso un (sin duda, y a juzgar por sus anteriores trabajos) muy notable comentario al que desde aquí damos ya la bienvenida.

Bien que nuestras notas no sean siempre de primera mano, pretenden, al menos, acercar al estudioso de lengua española los problemas principales que nuestro autor y el período por él historiado plantean. Dicho sin ambages: ninguna traducción castellana (y tampoco algunas extranjeras) pueden jactarse de tener unas anotaciones tan amplias y detalladas como la nuestra, amén de lo ya anteriormente recogido en la profunda *Introducción* del profesor Bravo García.

No nos queda ya sino concluir esta presentación con un reconocimiento: en este trabajo se van a citar directamente, y con no poco provecho utilizados, dos o tres centenares de autores, y sin embargo, no es menor mi deuda respecto del profesor Lasso de la Vega, toda vez que sin la aportación de algunos de aquéllos, a buen seguro podría echarse en falta un detalle o cuestión de mediana envergadura, mas sin el metódico magisterio de éste no habría podido nunca el traductor haber, no digo culminado, sino ni siquiera incoado su tarea.

ANTONIO GUZMÁN GUERRA

LIBRO I

SINOPSIS

Prefacio justificativo.

CAPÍTULOS:

1. Muerte de Filipo y ascensión al trono de Alejandro.
2. Campañas de Alejandro en Tracia. Derrotas de los tribalos.

3-6. Los getas y los taulancios.

7-10. La revuelta de Tebas. Represión contra la ciudad. Sus consecuencias.

11. Comienza la expedición contra los persas.

12. Alejandro en Ilión.

13-16. Batalla de Gránico.

17-18. Alejandro pasa a Sardes y Éfeso.

19. Mileto.

20. Alejandro disuelve prematuramente su flota.

21-23. Asedio de Halicarnaso - Toma de Halicarnaso.

24. Licia y Panfilia.

25. Complot de Alejandro, hijo de Aérope.

26. Alejandro en Side.

27-28. Los pisidios.

29. En camino hacia Gordio.

Prefacio

Considero y transcribo yo como verdaderos todos aquellos relatos en que coinciden Tolomeo, hijo de Lago, y Aristobulo, hijo de Aristobulo, historiadores ambos de Alejandro, hijo de Filipo; pero de aquellos en que divergen, he seleccionado los que me parecían, al tiempo, más fidedignos y más interesantes para ser narrados.

Ya otros han escrito sobre Alejandro (no hay, en 2
efecto, nadie sobre quien lo haya hecho mayor número de historiadores, o de manera más discordante entre sí), pero Tolomeo y Aristobulo, a mi parecer, son los más dignos de crédito; Aristobulo, por haber participado en la expedición junto con el rey Alejandro; Tolomeo, además de por eso mismo, porque falsificar los hechos habría sido para él, por ser rey[1], más vergonzoso que para ningún otro. Por otra parte, dado que Alejandro ya había muerto cuando uno y otro escribieron, ambos estaban por igual al margen de hacerlo de modo distinto a como los hechos ocurrieron, por no estar cohibidos ni esperar de él recompensa alguna. Sobre Alejandro hay también una infinidad de relatos, 3
compilados por otros historiadores, que, por parecer-

---

[1] Acerca del concepto del Rey como testigo ideal, teoría muy en boga en los historiadores de la época, véase lo dicho en el epígrafe «Arriano historiador» de la precedente *Introducción* y, en especial, n. 140 a la misma.

me dignos de narrarse y no del todo increíbles, voy a transcribir sólo con valor de tradición[2].

Como habrá alguien que se extrañe de por qué, después de que lo hayan hecho tantos escritores, se me haya ocurrido a mí narrar la *Anábasis* de Alejandro, quisiera yo que ése mostrara su extrañeza después de haber reexaminado los testimonios de aquéllos y haberlos confrontado con los míos.

1 Según se dice, Filipo murió siendo arconte en Atenas Pitodelo[3]. Alejandro, por entonces de unos veinte

---

[2] El término *tà legómena* es de difícil traducción. Brunt lo traduce «*tales*», a nuestro juicio no con mucho acierto, pues en general Arriano llama *tà legómena* a lo que nosotros conocemos como la *Vulgata*. Entendemos, por contra, que debe traducirse por un término de mayor consistencia histórica, a pesar de que muchos de estos relatos sean de escritores de época lejana a los años de la vida de Alejandro, contemporáneos algunos incluso del propio Arriano.

[3] A la muerte de Filipo (336 a. C.), nos encontramos en un momento crucial para los pueblos de Grecia, y no menos importante para el joven e incipiente poderío macedonio. Sintéticamente, ésta era la situación: el 2 de agosto del año 338, Filipo derrotó en Queronea a las ciudades griegas de política antimacedónica: Atenas (que de hecho temió luego las represalias más duras por parte de Filipo, tuvo un trato benévolo, hasta el punto de que el propio Demóstenes, caudillo político del partido antimacedonio, y que había tenido que ausentarse de la ciudad, pudo regresar a ella el invierno de ese mismo año), Tebas y sus aliados de Grecia Central. Tras la derrota militar de Queronea, Filipo introdujo guarniciones macedonias en Tebas, Calcis y Ambracia, restauró las ciudades beocias que los tebanos habían arruinado, liberándolas de las injerencias tebanas, disolvió la Confederación Ateniense y se apoderó del Quersoneso (cf. T. T. B. Ryder, *Koine Eirene*, Oxford, 1965, páginas 102 y sigs.), pasó luego al Peloponeso, donde impuso una guarnición en la Acrópolis de Corinto, y reforzó las fronteras de las ciudades de Arcadia y Mesenia, que, al igual que Argos, eran promacedonias. Sólo los espartanos consiguieron demorar un poco más su sumisión. — Acto seguido, reunió en Corinto una asamblea de representantes de todos los pueblos

años[4] le sucedió como rey por ser su hijo, y se presentó con su ejército ante el Peloponeso. Tras reunir 2
allí a los griegos que habitan esta región, les recla-

---

griegos (excepto los espartanos) para dictarles sus nuevas directrices. No poseemos, sin embargo, una lista completa de los miembros de la Liga de Corinto, aunque lo cierto es que cada Estado mandó un número proporcional de delegados al Consejo de la Liga (*synédrion*) con sede en Corinto. Este Consejo entendía de los asuntos de guerra y paz, así como de la recaudación de impuestos entre los Estados miembros, fijaba los castigos contra los que violaran o conculcaran los acuerdos, etcétera. — Filipo fue elegido protector de la Liga, concertándose entre éste y los demás miembros signatarios un tratado defensivo y ofensivo, encaminado especialmente a la expedición de venganza proyectada contra los persas.

Entrar en los términos precisos de esta Asamblea celebrada en Corinto, nos llevaría a algunas cuestiones que, aun actualmente, siguen debatiéndose, si bien parece que hubo un acuerdo doble: de un lado, el compromiso de PAZ COMÚN y, de otra parte, un tratado de ALIANZA. En todo caso, es seguro que el propio Filipo se hizo elegir comandante supremo de las fuerzas greco-macedónicas en la lucha contra los persas. — Pues bien, muerto inesperadamente Filipo, fue su hijo Alejandro quien tuvo máximo interés en ser reconocido heredero con todos los derechos y cargos que su padre ostentaba (y, especialmente, el de caudillo contra Persia), mientras que las ciudades antimacedónicas querían aprovechar la ocasión para sacudirse toda vinculación o dependencia respecto al nuevo caudillo macedonio. El resultado fue que se hubo de proceder, en Corinto, a votar en la Asamblea si se confirmaba o no a Alejandro en el cargo de Comandante en Jefe frente a las tropas persas, ya que éste había sido un título concedido a Filipo a título personalísimo. Respecto a algunos detalles sobre la muerte de Filipo, hay que decir que murió asesinado, a sus cuarenta y siete años de edad, por Pausanias, uno de su guardia personal. Parece que Pausanias actuó por motivos personales, aunque no podamos descartar que contara con el apoyo de algunos conjurados. Con todo, los acontecimientos que prepararon el asesinato y el mismo hecho en sí pueden explicarse sin implicación directa de Alejandro, quien, como es sabido, no mantenía a la sazón buenas relaciones con su padre. Estas opiniones son, al menos, las sostenidas por J. R. FEARS, «Pausanias, the assasin of Phi-

mó el caudillaje de la expedición contra los persas, caudillaje que otrora otorgaran a Filipo[5]. Obtuvo Alejandro, en efecto, el asentimiento de todos, excepto de los lacedemonios, que respondieron que no tenían por costumbre servir como acompañantes a nadie, sino,
3 más bien, ser ellos los caudillos de otros. Por su parte, también la ciudad de Atenas intentó sublevarse contra

lip II», en *Athenaeum* 53, 111-135, e independientemente por K. KRAFT, «Der rationale Alexander», en H. GESCHE (ed.), *Frankfurter Althistorische Studien*, 5, 1972. Más detalles del problema, discusión y bibliografía, en E. BADIAN, «The Death of Philip II», *Phoenix* (1963), 244-250. No pocos autores, sin embargo, quieren ver detrás de la acción de Pausanias la mano de Olimpíade o del propio Alejandro.

4 A la muerte de un rey macedonio la corona pasaba al ejército hasta que elegía o proclamaba al herededo nuevo rey. Jurídicamente no había continuidad en el Estado, y de ahí que cualquier tratado hecho por el rey difunto concluía también con su muerte. Por eso, los griegos quisieron aplicar ahora esta norma para considerar inexistentes los tratados pactados con Filipo. — Sobre los primeros años de la vida de Alejandro, sus relaciones familiares con su madre, Olimpíade, y su padre, Filipo, la influencia que en él dejara Aristóteles, su preceptor, etc., cf. la bibliografía selecta y comentada, hasta 1972, en el excelente trabajo de J. SEIBERT, *Alexander der Grosse*, Darsmstadt, 1972, págs. 70-73, y notas correspondientes en 258-260. De ahora en adelante citaremos esta obra por el nombre de su autor. — Para completar estos datos de encuadre cronológico y ambiental hemos de mencionar que la poligamia era una práctica corriente en la monarquía macedonia (Amintas, el padre de Filipo, tuvo dos esposas, y Filipo seis que le dieron tan sólo dos hijos, Alejandro, hijo de Olimpíade, y Arrideo, hijo de Filina, que resultó ser epiléptico). Fue durante las bodas de Alejandro, el Epirota, y Cleopatra, hija de Filipo y Olimpíade, cuando acaeció el asesinato de Filipo.

5 Como era de esperar, las noticias del asesinato de Filipo llenaron de gozo a sus oponentes, que organizaron, acto seguido, nuevos contactos con las diversas facciones antimacedónicas en las distintas ciudades de Grecia. Así, Tebas intentó anular la Liga Griega, aunque tuvo que capitular ante la rapidez con que actuó Alejandro; otro tanto hicieron Corinto, Esparta, etc.

los macedonios, pero sus ciudadanos sintieron miedo ante la primera incursión de Alejandro contra sus tierras, por lo que accedieron a darle la preeminencia que reclamaba, mayor incluso que la que habían dado a Filipo. Alejandro, de regreso a Macedonia, comenzó ya los preparativos de la expedición contra Asia[6].

Campañas en Tracia

Al llegar la primavera, se puso en marcha hacia Tracia[7], concretamente contra los tribalos e ilirios, de quienes había oído que intentaban una sedición. Creía 4
Alejandro que no debía partir a una expedición tan lejos de su patria sin dejar sometidos por completo a estos pueblos limítrofes suyos. Marchó, pues, desde 5
Anfípolis sobre Tracia, contra la ciudad de los llamados tracios independientes, dejando a su izquierda la ciudad de Filipo y el monte Orbelo. Después de atravesar el río Nesto llegó, según dicen al cabo de diez días al monte Hemo. Por los angostos accesos de este 6

6 Inmensa es también la bibliografía que recoge las relaciones entre Alejandro y la Liga de Corinto. No entramos en este problema, sino que remitimos al trabajo de Seibert, páginas 74-77 y 261-263.

7 No deja de extrañar la abrupta manera de comenzar Arriano la narración de los hechos militares de Alejandro, como si fuera esto lo único que le importa; apenas se nos ha dicho nada de Filipo, ni de Olimpíade, ni de la ascensión al trono de Alejandro, etc. Sírvanos de disculpa este pormenor para justificar los prolijos detalles en que nos hemos entretenido en estas primeras notas nuestras. — La localización del itinerario seguido por Alejandro es difícil de precisar, aunque a ello hay dedicados algunos trabajos, como los de R. de Bovis, *Alexandre le Grand sur le Danube*, Reims, 1908; W. O. Jacobs, *Militärische-philologische Untersuchungen zum Feldzug Alexanders des Grossens gegen die Triballer*, tesis doct., Münster, 1920, o N. Volic, «Alexanders Zug gegen die Triballer», *Klio* 9 (1909), 490 y siguientes. Finalmente, hemos de recomendar de nuevo la consulta de Seibert, págs. 78 y 263-264.

monte le salieron al encuentro, con ánimo hostil, unos mercaderes[8], a los que seguían los llamados tracios independientes, decididos a impedir el avance de la expedición, para lo cual se habían apoderado de la cima del monte Hemo, por el que el ejército de Alejandro tenía que pasar.

7 Habían reunido aquéllos todos sus carros, y los habían situado delante de sí para utilizarlos, en caso de verse obligados a ello, como una estacada desde donde defenderse, y con la intención, además, de lanzar los carros contra las falanges macedonias cuando éstas subieran por el escarpado monte. Según este plan, cuanto más compacta fuera la formación de la falange, tanto más tendría que dispersarse cuando los carros se despeñaran con gran violencia sobre ella.

8 Alejandro estudió otras maneras de atravesar por el monte con mayor seguridad para sus tropas, pero, convencido de que no existía otra opción, decidió arrostrar el peligro, ya que por ninguna otra parte había acceso. Con todo, hizo a sus hoplitas las siguientes prevenciones: cuando vieran que los carros se despeñaban cuesta abajo contra ellos, todo el que tuviera vía libre debía romper la formación y apartarse para dejar que los carros pasaran entre las filas de soldados

9 y fueran a estrellarse peñas abajo. Les recomendó, igualmente, que si algún grupo se veía sorprendido y los carros se les venían encima, debían agazaparse y echarse a tierra, protegiéndose con sus escudos[9] en el momento justo en que los carros cayeran sobre ellos, pues así cabría esperar que los carros saltaran por encima, debido al impulso que llevaban, y pasasen de largo sin causarles daño. Efectivamente, ocurrió tal y

---

[8] Para *empórōn*, un texto corrupto, se han propuesto diversas soluciones. Nosotros hemos respetado nuestro texto base.

[9] Formando la «testudo».

como Alejandro había supuesto, de suerte que parte
de sus hombres, que siguieron en todo sus consejos,
rompieron la formación; respecto a los demás, apenas 10
sufrieron daño, pues los carros rodaron sobre sus escudos. Ni un solo hombre murió aplastado bajo ellos.

Los macedonios recuperaron sus ánimos al ver que
los carros (que era lo que más temían) no les habían
ocasionado apenas ningún daño, y, acto seguido, arremetieron contra los tracios entonando su grito de gue-
rra. Alejandro dio orden de que los arqueros del flanco 11
derecho se colocaran delante de la otra falange (ya
que ésta era la zona más accesible) y que dispararan
contra los tracios cuando éstos iniciaran el ataque. Él
mismo se puso al frente del *ágēma*[10], los hipaspitas y
los agrianes, y los condujo al flanco izquierdo, donde
los arqueros contenían mientras tanto con sus dispa-
ros la avanzadilla de los tracios. Cuando la falange 12
entró en combate, desalojó sin dificultad de su posición a estos bárbaros casi indefensos y mal armados,
hasta el punto de que no aguardaron a Alejandro que
venía contra ellos desde el lado izquierdo, sino que

---

[10] El *ágēma* era uno de los tres batallones, cada uno de mil hombres, que componían el contingente de los hipaspistas reales, cuya función principal era apoyar el ala derecha de la falange. Al *ágēma* correspondía, frecuentemente, servir de enlace entre la parte derecha de la falange y la caballería. Sus armas les hacían algo más ágiles que los hombres que integraban la falange. — Sobre los hipaspistas (mantenemos así en nuestra traducción el término) hemos de decir que componían un cuerpo de soldados de infantería macedonia, distribuidos en tres batallones de mil hombres, bajo las órdenes de un quiliarco. Uno de estos batallones, como hemos dicho, recibía el nombre de «*ágēma* del rey», término que el propio Arriano emplea con cierta ambigüedad, toda vez que indiscriminadamente combina los términos *ágēma* e hipaspistas. Para más detalles, cf. R. D. Milns, «Philip II ant the Hyp.», *Historia* 16 (1967), 500 ss., y del mismo autor, «The hypaspists of Alexander III. Some problems», *Historia* 20 (1971), 186-195.

tiraron sus armas, cada cual por donde iba, y emprendieron la huida por los montes.
13 Murieron unos mil quinientos, y fueron muy pocos los capturados vivos, dada la rapidez con que huían y su perfecto conocimiento del lugar, pero fueron hechas prisioneras todas las mujeres que con ellos iban, así como todos los niños y toda su impedimenta.

Derrota de los tribalos

2 Envió Alejandro todo el botín capturado a su retaguardia, a las ciudades costeras, encargando su reparto a Lisanias y Filotas[11], mientras él, cruzando por la cima del monte Hemo, avanzó hacia los tribalos hasta llegar al río Ligino, que dista del Istro[12] tres jornadas de
2 marcha, según uno se dirige hacia el monte Hemo. El rey de los tribalos, Sirmo[13], que desde hacía tiempo tenía noticias de la expedición de Alejandro, había enviado a las mujeres e hijos de los tribalos al río Istro, ordenándoles que cruzaran a una de las islas que hay
3 en el río llamada Peuce. Habían huido también a esta isla, mucho antes de la llegada de Alejandro, los tracios vecinos de los tribalos; es más, hasta el propio Sirmo y su comitiva se habían refugiado en ella. Pero la mayoría de los tribalos escaparon luego hacia el río, justamente por donde el día anterior había aparecido
4 Alejandro. Cuando Alejandro tuvo conocimiento de que éstos se habían marchado, dióse la vuelta y se dirigió de nuevo contra ellos, a los que encontró organizando ya su campamento; éstos, al verse sorprendidos, formaron junto a la cañada del río, pero Alejandro lanzó

---

[11] Distinto de Filotas, el hijo de Parmenión, uno de sus hombres de confianza que fue mandado ajusticiar por orden de Alejandro, acusado de traición más tarde. Cf. libro III 26.

[12] El Danubio.

[13] Sobre Sirmo, rey de los tribalos, cf. *s. v.* «Triballi», *RE*, XIX 2 (1938), cols. 1387-1389.

contra ellos su falange formada en profundidad[14], ordenando a los honderos y arqueros de vanguardia que dispararan sus armas contra los bárbaros, a ver si así podía desplazarlos de la cañada a la llanura. Al que- 5
dar al alcance de los proyectiles macedonios que sobre ellos caían, acometieron sobre los arqueros, buscando el combate cuerpo a cuerpo con ellos, ya que se trataba de un grupo de soldados armados ligeramente. Pero, tan pronto como Alejandro consiguió desalojar a los tribalos de la cañada, ordenó a Filotas que al frente de la caballería de la Alta Macedonia cargara contra el ala derecha de aquéllos, que era por donde se habían adelantado en su ataque.

Encargó a Heraclides y a Sópolis que dirigieran 6
contra el flanco izquierdo la caballería beocia y la de Anfípolis, mientras él conducía contra el centro enemigo la falange de infantes y el resto de su caballería, que había sido desplegada para servir de vanguardia a su falange. Mientras duró, de parte y parte, la descarga de proyectiles, los tribalos aguantaron bien, pero cuando la falange en formación compacta[15] lanzó su ataque con total violencia y la caballería cargó sobre ellos por todas partes, no ya disparando desde lejos,

---

[14] La falange macedonia es ligeramente diferente de la griega. De armamento algo menos pesado que el de los hoplitas, aunque van equipados, eso sí, con la larga sarisa (de hasta 5,40 m.), cf. A. M. Snodgrass, *Arms and Armour of the Greeks*, Nueva York, 1967, págs. 117 y sigs.; para la falange hay que utilizar el trabajo de R. D. Milns, «The Army of Alexander the Great», págs. 87-136, del volumen colectivo *Fondation Hardt: Alexander*. Las formaciones más frecuentes de la falange son las siguientes:

1. *es báthos*, es decir, la falange formada en profundidad.
2. *pyknê*, en formación compacta.
3. *en plaisíōi*, en formación de rectángulo.
4. *makrán*, o falange desplegada.

[15] Véase nota anterior.

sino arrollándolos con los caballos, los tribalos se dieron la vuelta y atravesaron la cañada en dirección
7 al río. Tres mil murieron en la huida, aunque fueron pocos los capturados con vida, por ser la maleza de delante del río muy tupida, y porque la noche, al echarse encima, impidió a los macedonios una persecución minuciosa. Dice Tolomeo que de los macedonios perecieron once jinetes y unos cuarenta infantes.

Los getas

3 Al tercer día después de esta batalla alcanzó Alejandro el Istro[16], que es el mayor río de Europa. Atraviesa este río la mayor parte de ella, y al otro lado de su curso se encuentran los pueblos más belicosos de la tierra (en su mayor parte son celtas), justo donde nacen las fuentes del río. De ellos, los cuados y los marcomanos[17] son los que viven en las regiones más ale-
2 jadas. Se acercó luego Alejandro a los confines de los yáciges, que son una rama de los saurómatas[18], y a los inmortales getas[19], al grueso de los saurómatas, y a los escitas, hasta alcanzar la desembocadura que desagua por cinco bocas al mar Euxino[20].

---

16 Las fuentes antiguas, quizá por falta de observación directa del mismo, suelen diferir en el número de brazos por los que este río desemboca.

17 Este afán por el detallismo ha conducido a Arriano al anacronismo de dar importancia a estos pueblos en tiempos de Alejandro, importancia que no tuvieron, y sólo relativamente, hasta tiempos de Arriano.

18 Los saurómatas son un pueblo de estirpe irania. En el siglo IV (época de Alejandro) habían llegado al O. del Tanais y, en tiempos de Arriano, se encontraban en las riberas del Danubio.

19 Los getas, conocidos por los romanos con el nombre de dacios, fueron sometidos por Trajano. HERÓDOTO nos cuenta, IV 94, que creían que tras su muerte se unían a su dios Salmoxis.

20 El mar Negro.

Fue allí donde Alejandro encontró las largas naves 3
de guerra que habían venido en su ayuda desde Bi-
zancio a través del mar Euxino. Tras equiparlas de
arqueros y hoplitas las hizo zarpar hacia la isla en que
los tribalos y los tracios estaban refugiados, a fin de
intentar en ella un desembarco. Los bárbaros, sin em- 4
bargo, corrieron al encuentro de las naves al ver cómo
éstas se aproximaban. Desde luego, se trataba tan sólo
de unas pocas naves, y el ejército en ellas embarcado
no muy numeroso. La mayor parte de la isla era muy
escarpada para intentar un desembarco, y la corriente
del río en exceso impetuosa (y ello era natural, ya que
en ese punto el cauce del río se estrangula y se hace
mucho más estrecho) y difícil de superar. A la vista de 5
ello, Alejandro decidió retirar las naves, cruzar al otro
lado del Istro, y marchar contra los getas que por allí
habitaban (podía verlos en gran número sobre la otra
orilla, y calculó que serían unos cuatro mil jinetes y
más de diez mil infantes).

El plan de Alejandro era dispersarlos para poder
atravesar el río, empresa por la que sentía vivo inte-
rés [21], y para la cual él mismo se había embarcado en
una de sus naves. Para llevar a cabo su plan, realizó 6
la siguiente operación: llenó de paja las tiendas de

[21] El *póthos* es un sentimiento característico y personalísimo de Alejandro por emular a algún personaje o llevar a cabo alguna hazaña. Resulta difícil delimitar su significación exacta, pues se trata, en ocasiones, de un sentimiento de nostalgia, de tinte irracional, por algún bien ausente, diferenciándose en ello del *hímeros* o *érōs*, que son estados emocionales de deseo experimentados ante un bien presente. La formulación de este sentimiento es personalísima de Alejandro, de hecho jamás aparece aplicada a ninguno de sus generales ni sátrapas persas; aún más, tampoco aparece referida a los Diádocos. De nuevo remitimos a las páginas de SEIBERT, 183-186 y 299-300. La cuestión está resumida perfectamente en la precedente *Introducción*.

cuero con las que solía construir el campamento, y reunió todas las canoas hechas de un solo tronco de árbol[22] que solían utilizar los ribereños (y de las que había conseguido un buen número, ya que los indígenas las emplean para la pesca, para hacer expediciones río arriba, y porque muchos se dedican con ellas a la piratería); reuniendo, pues de éstas el mayor número que pudo, comenzó así con ellas la travesía de su ejército. Consiguió de esta forma que pasaran a la otra orilla mil quinientos jinetes y unos cuatro mil infantes.

4 Llevaron a cabo la travesía durante la noche, por donde había un crecido trigal que llegaba hasta el mismo río, y gracias al cual pudieron pasar desapercibidos. Bajo los primeros rayos del sol, Alejandro condujo a sus hombres a través del trigal, recomendando a los infantes igualar con sus sarisas[23] inclinadas la altura del trigo, e irse así abriendo camino hacia el
2 terreno no labrado. Mientras la falange caminaba delante a través del trigal la caballería los seguía, pero cuando sobrepasaron el campo labrado, el propio Ale-

---

22 El *monóxylon* es una especie de canoa, hecha de un solo tronco de árbol. Se trata de un tipo de barquichuela absolutamente primaria. Históricamente se atestiguan ejemplares desde la edad de piedra, y los autores antiguos las han encontrado desde España hasta la India. Así, Estrabón cita las de nuestro río Guadalquivir, Arriano nos las localiza ahora en el Danubio, etcétera. Para más detalles, cf. L. CASSON, *Ships and Seamanship in the ancient World*, Princeton, 1971; igualmente hemos de mencionar el trabajo de J. S. MORRISON-R. T. WILLIANS, *Greek oared Ships, 900-322 B. C.*, Cambridge, 1968, el más completo y documentado de cuantos hemos podido manejar.

23 Se trata de una larga lanza con la que iba equipada la falange macedonia. Para detalles de la panoplia macedonia, cf. F. E. ADCOCK, *The Greek and Macedonian Art of War*, Los Angeles, 1957; W. W. TARN, *Hellenistic Military and Naval Development*, Cambridge, 1930 (hay reimpresión en Nueva York, 1966), y el más reciente de N. GREGORIADIS, *L'art de la guerre d'Homère à Alexandre le Grand*, Atenas, 1955.

jandro apartó la caballería hacia el flanco derecho y dio orden a Nicanor de conducir la falange en formación de rectángulo. Los getas no resistieron siquiera 3
el primer ataque de la caballería; en efecto, la osadía de Alejandro (que con toda facilidad había cruzado en una sola noche el Istro, que es el mayor de los ríos, y eso sin tener que tender un puente para su paso) les pareció increíble, como terrible les pareció el cerco de la falange y violento el ataque de la caballería. Al 4
principio consiguieron huir en dirección a la ciudad, que dista como una parasanga[24] del Istro, pero al ver que Alejandro, a toda prisa, conducía su falange a lo largo del río y de frente a la infantería (y en evitación de verse encerrados en una emboscada tendida por el enemigo) abandonaron los getas su mal fortificada ciudad, recogiendo a grupas de sus caballos a cuantos de sus niños y mujeres podían éstos llevar. En su marcha se dirigieron en dirección al desierto, lo más lejos posible del río. Se adueñó así Alejandro de la 5
ciudad y de todo el botín que los getas habían dejado. Encargó a Meleagro y a Filipo que lo transportaran a retaguardia, mientras él, después de arrasar por completo la ciudad, ofrecía un sacrificio sobre la ribera del Istro a Zeus Salvador, a Heracles, y al propio río Istro, cuya travesía le había resultado tan cómoda. Aquel mismo día hizo retornar a todos sanos y salvos al campamento.

Se presentaron entonces ante Alejandro embajado- 6
res de todos los pueblos independientes que habitan junto al Istro, incluso unos de parte del rey Sirmo y también algunos representantes de los celtas que están asentados en el golfo Jónico[25]. Estos celtas eran de ele-

---

[24] Medida persa de longitud que, como es sabido, equivale a 5.250 m.

[25] En el mar Adriático.

7 vada estatura y muy preciados de sí mismos. Todos dijeron que venían solícitos de la amistad de Alejandro, quien a todos dio y de todos recibió buenas promesas. Preguntó a los celtas qué era lo que más temían de las cosas humanas (esperaba él que su fama ya habría llegado hasta los celtas y aún más lejos y que ellos confe-
8 sarían que era él aquello que más temían); la respuesta de los celtas, sin embargo, le sorprendió. En efecto, como ellos habitaban unas zonas muy lejos de la patria de Alejandro, regiones además difíciles de atravesar, y como veían que Alejandro iba en expedición contra otras gentes, respondieron que lo que más temían era que el cielo se les cayera alguna vez encima[26], y que, aunque sentían simpatías por Alejandro, no era por miedo ni por esperar nada por lo que se habían presentado ante él. Otorgóles, pues, el nombre de amigos y los hizo sus aliados, despidiéndolos a su país y comentando reservadamente: ¡Cuán fanfarrones son estos celtas![27].

Los taulancios

5 Avanzaba él hacia los agrianes y peonios cuando se le presentaron unos mensajeros con la noticia de que Clito, hijo de Bardileo, se había sublevado y que se le había añadido Glaucias, rey de los taulancios. Le dijeron también que los autariatas le atacarían a su paso, y que por ello convenía que se alejara a toda

---

[26] Llama la atención TARN, *Alexander*, vol. I, Cambridge, 1951, págs. 5 y sigs., sobre la curiosa coincidencia de esta respuesta de los celtas con «a form still used by the Irish Gaels, 1.000 years later: We will keep faith unless the sky fall and crush us or the earth open and swallow us or the sea rise and overwhelm us».

[27] Estos celtas invadieron Macedonia el año 280, así como parte de Grecia, derrotando al rey macedonio Tolomeo hasta aniquilar el Estado macedonio.

prisa. El rey de los agrianes, Lángaro, se había mos- 2
trado aun en vida de Filipo bien dispuesto para con
Alejandro, incluso había acudido ante él al frente de
una legación; en esta ocasión se presentó ante él con
los más apuestos y mejor armados componentes de su
guardia personal. Enterado de que Alejandro indaga- 3
ba acerca de los autariatas, sobre quiénes y cuántos
serían, le dijo que no debía preocuparse por los auta-
riatas, ya que eran los menos belicosos de estas tierras;
que él mismo invadiría la región de aquéllos, de modo
que fueran ellos más bien los que tuvieran que ocu-
parse de sus propios asuntos. Recibió luego órdenes
de Alejandro de atacar a los autariatas, cuyo país arra-
só por completo, ¡y en verdad que estuvieron los auta-
riatas ocupados con sus asuntos! Por lo demás, Lángaro 4
fue tenido en alta consideración por Alejandro, y re-
cibió los regalos más apreciados por el rey de los ma-
cedonios. Alejandro le prometió en matrimonio su
hermana Cina[28] cuando aquél visitara algún día Pela. 5
Lángaro, sin embargo, de regreso a su casa enfermó y
murió.

Alejandro, remontando el río Erigón, se dirigió a la
ciudad de Pelio, encontrándose con que Clito ya se
había apoderado de ella, por considerarla la más se-
gura de toda la región; al llegar ante ella, Alejandro
desplegó su ejército junto al río Eordaico con la in-
tención de asaltar los muros de la ciudad al día si-
guiente. Las fuerzas de Clito ocupaban los montes 6
que rodean la ciudad, montes muy arbolados desde los
que se dominaba bien la situación, de modo que los
hombres de Clito podían lanzarse contra los macedo-
nios desde cualquier parte en caso de que éstos co-
menzaran a atacar la ciudad. Por aquel entonces, Glau-

[28] En realidad, era hermanastra de Alejandro, hija de Filipo y Audata, una mujer de raza iliria.

cias, el rey de los taulancios, aún no se había unido a
7 Clito. Inició Alejandro, pues, el asalto a la ciudad, y los enemigos, a su vez, tras degollar a tres muchachos e igual número de muchachas, más tres carneros negros, acometieron a los macedonios buscando el combate cuerpo a cuerpo; al producirse la mutua acometida, las tropas de Clito abandonaron las sólidas posiciones que ocupaban, dejando sus víctimas diseminadas por la tierra.

8 Alejandro puso cerco a la ciudad y situó, durante el día, su ejército a lo largo del muro, ya que su plan era tenerlos encerrados. Al día siguiente, sin embargo, se presentó con un gran ejército Glaucias, el rey de los taulancios. A la vista de ello, abandonó Alejandro la idea de tomar la ciudad con las fuerzas de que actualmente disponía, ya que habían acudido a la ciudad como fugitivos muchos hombres aguerridos, y porque las tropas de Glaucias se les echarían encima tan
9 pronto comenzara Alejandro el asalto al muro. Envió desde el campamento a por forraje a Filotas, quien debería llevarse a más de las bestias de carga, y en prevención de lo que pudiera ocurrir, el número de jinetes que creyera necesario. Pero Glaucias, advirtiendo el movimiento de los que iban con Filotas, se puso en marcha hacia ellos, ocupando los montes que circundan la llanura donde iban a abastecerse de forraje los hombres de Filotas.

10 Pronto informaron a Alejandro que los jinetes y acémilas correrían serio peligro si la noche los sorprendía lejos, por lo que él mismo salió en su ayuda a toda prisa, llevándose consigo a los hipaspistas, los arqueros, los agrianes y cuatrocientos jinetes. Dejó el resto del ejército ante la ciudad, para evitar que los cercados en ella se reunieran en veloz carrera con los de Glaucias al ver que todo el ejército macedonio se
11 había retirado. Percatándose entonces Glaucias de la

aproximación de Alejandro, abandonó los montes, y
fue gracias a esto por lo que los hombres de Filotas
pudieron regresar sanos y salvos al campamento. Las
fuerzas de Clito y Glaucias, sin embargo, parece que
sorprendieron a Alejandro en un lugar del terreno des-
favorable; en efecto, ocupaban aquéllos las alturas
que dominan la situación con un buen contingente
de arqueros y honderos, a más de no pocos hoplitas,
a todos los cuales había que sumar los que estaban
cercados en la ciudad, dispuestos a lanzarse sobre los
hombres de Alejandro tan pronto éstos comenzaran a
retirarse. El terreno por el que Alejandro tenía que 12
marchar era angosto, y se mostraba cubierto de ma-
leza, cerrado de un lado por el río, mientras que de
otra parte se alzaba un monte altísimo de empinadas
pendientes, de suerte que la marcha no le sería posible
al ejército ni siquiera de cuatro en fondo.

Dispuso entonces Alejandro su ejército con una pro- 6
fundidad de 120 líneas en su falange, y a ambos flancos
formaron 200 jinetes, a los que ordenó guardar silen-
cio y obedecer las órdenes con extrema puntualidad.
A los hoplitas les mandó levantar verticalmente sus 2
lanzas para extenderlas luego, a una señal convenida,
y atacar inclinando la cobertura de las lanzas primero
a la derecha y a continuación a la izquierda. Desplazó
la falange hacia adelante con toda precisión, desvián-
dola luego alternativamente a uno y otro lado; evolu- 3
cionando así en diversas formaciones y modificaciones
en corto espacio de tiempo, y haciendo una punta de
lanza con la falange hacia el flanco izquierdo, se lanzó
contra los enemigos. Éstos hacía tiempo que estaban
estupefactos al ver la precisión y el orden de las ma-
niobras, y ahora ya no aguardaron a los de Alejandro
que se les echaban encima, sino que abandonaron los
primeros repechos. Alejandro ordenó a sus macedo- 4
nios entonar el canto de guerra y hacer resonar los

escudos con las lanzas. Los taulancios, llenos ahora de
mayor espanto ante el estruendo, retiraron a toda prisa
su ejército en dirección a la ciudad.

5 Viendo Alejandro que unos pocos enemigos seguían
ocupando una colina por la que su paso era obligado,
ordenó a su guardia personal y a los Compañeros de
su escolta tomar los escudos, montar a caballo y car-
gar contra los que estaban en la colina.

Llegados a ella, y en previsión de que los que ocu-
paban la colina pudieran resistir, la mitad de los jinetes
macedonios echaron pie a tierra y se mezclaron como
combatientes de a pie con sus compañeros de caba-
6 llería. Los enemigos, al ver el ataque de Alejandro,
abandonaron, sin embargo, la colina y se apartaron a
los montes vecinos de uno y otro lado. Tomó así Ale-
jandro esta colina con la ayuda de sus Compañeros,
e hizo regresar luego a lor arqueros y agrianes, que
componían un contingente de unos dos mil hombres.
Ordenó a los hipaspistas atravesar el río y que tras
ellos caminaran los batallones macedonios, pero que
una vez lo hubieran cruzado abrieran su formación
hacia la izquierda, con objeto de que la falange, nada
más atravesar, mostrase toda su compacta formación.
Él mismo, situado en vanguardia, divisaba desde la
7 colina la marcha del enemigo. Éstos, al ver las fuerzas
de Alejandro atravesando el río, se lanzaron monte
abajo para caer sobre los últimos soldados de Alejan-
dro que se retiraban algo rezagados; pero Alejandro,
al acercarse aquéllos, hizo una escaramuza con la ayuda
de su escolta, al tiempo que la falange, que venía al
ataque por el río, entonaba su canto guerrero. Ante
este ataque combinado contra ellos, los enemigos se
apartaron y echaron a correr, y fue entonces cuando
Alejandro condujo a la carrera a los agrianes y a los
8 arqueros en dirección al río. Él mismo, adelantándose,

fue el primero en cruzarlo; pero al ver que los enemi-
gos acosaban a los rezagados, ordenó montar sobre
la ribera las máquinas de guerra para disparar con
ellas todo tipo de proyectiles, dándoles el máximo al-
cance; a su vez, ordenó a los arqueros, aún en plena
travesía, que dispararan sus arcos desde el medio del
río. Las tropas de Glaucias no se atrevieron a cruzar
esta cortina de proyectiles, por lo que los macedonios
terminaron de cruzar el río sin mayores daños, hasta
el punto de que nadie murió en la retirada.

Tres días después de estos sucesos, tuvo noticias 9
Alejandro de que las tropas de Clito y Glaucias esta-
ban acampadas en malas condiciones, sin centinelas
apostados en sus líneas, ni empalizada ni zanjas abier-
tas delante (pues pensaban que Alejandro se había
retirado lleno de miedo), es más, su formación estaba
diseminada por una extensión poco conveniente; ante
esto, Alejandro, amparándose en la noche para pasar
desapercibido, atravesó el río llevando consigo a los
hipaspistas, los agrianes, los arqueros, así como a los
batallones de Perdicas y Ceno. Dejó además orden 10
dada de que el resto del ejército le siguiera, pero al
ver ahora una buena ocasión para el ataque no esperó
a que todo el ejército estuviera concentrado, sino que
despachó al ataque a los arqueros y agrianes. Cayeron
éstos inesperadamente con su falange formada en co-
lumna, yendo al encuentro de los enemigos con la ma-
yor decisión por el lado más débil de ellos. Dieron
muerte a algunos cuando aún dormitaban en sus ca-
mastros, a otros los capturaron con toda facilidad cuan-
do intentaban huir, de suerte que la mayoría fueron
hechos prisioneros o muertos allí mismo, mientras
otros lo fueron en la retirada que acto seguido se pro-
dujo de manera desordenada y pavorosa. También fue
un buen número el de los capturados vivos. La perse- 11

cución[29] por parte de las tropas de Alejandro se continuó hasta los montes de los taulancios. De los que huían sólo consiguieron salvarse los que depusieron sus armas. El propio Clito buscó refugio primero en la ciudad, pero luego, prendiéndole fuego a ésta, huyó hacia Glaucias, al país de los taulancios.

La revuelta de Tebas

7 Mientras tanto[30], algunos de los exiliados tebanos regresaron durante la noche a la ciudad (invitados a hacerlo por algunos ciudadanos que planeaban un futuro levantamiento) y prendiendo a Amintas y Timolao, que eran los responsables de la ciudad de Cadmo y que no tenían la menor sospecha de ningún movimiento hostil
2 fuera de su ciudad, les dieron muerte[31]. Se presentaron luego ante la Asamblea soliviantando a los tebanos para que hicieran defección de Alejandro, invocando la libertad y el poder hablar sin censura (bellas palabras de siempre[32]) y se sacudieran ya de una vez por

---

29 En principio, podemos entender el genitivo, bien como dependiente de *órē*: «hasta los montes de los taulancios» (lo que nos da una persecución de unos cien kilómetros), bien, según Brunt, dependiendo de *díōxis*: «on the pursuit of the taulantians». Entiendo que esta versión del último traductor en la Loeb no es acertada. Cf. N. G. L. Hammond, «A Note on Pursuit in Arrian», *Class. Quarterly* (1978), 136-140.

30 Desde el capítulo siete al diez, ambos inclusive, dedicados al castigo impuesto a la ciudad de Tebas, «è un típico esercizio oratorio di soggetto storico, fatto con ampia conoscenza della storia greca e soprattutto ateniense», dicho con palabras de M. A. Levi, *Introduzione ad Alessandro Magno*, Milán, 1977, pág. 288.

31 La situación en Grecia se le ha vuelto tensa a Alejandro, pues los persas intentan, bajo las órdenes de Darío III, con gran cantidad de oro de por medio, desestabilizar la zona contra Alejandro. Cf. Diodoro, XVII 8-14.

32 Aunque otros prefieren sobreentender «autonomía», cf. P. Treves, *Demostene e la libertà greca*, Bari, 1933, págs. 85-172.

todas el peso de la dominación macedonia. Para hacerse más dignos de crédito ante la muchedumbre, afirmaban con toda decisión que Alejandro había muerto entre los ilirios. Era éste un rumor muy difundido 3
y que andaba en boca de muchos; debido a que hacía tiempo que estaba ausente y no se tenían noticias de él, conjeturaban (que es lo que suele ocurrir en situaciones tales) según sus propios deseos, desconociendo la realidad[33].

Cuando Alejandro tuvo conocimiento de lo ocurrido 4
en Tebas, en modo alguno le pareció ello cuestión baladí. Es más, desde antiguo tenía sospechas de la ciudad de Atenas, por lo que esta insurrección tebana debía considerarse como algo serio, no fuera que también los lacedemonios (que desde hacía tiempo tenían sus planes de insurrección[34]), a más de otros peloponesios y los etolios (que no eran nada de fiar) se contagiaran de la insurrección de los tebanos. Por ello, 5
Alejandro, conduciendo sus tropas por Eordea y Elimiótide y por las alturas de Estinfea y Paravea, llegó a Pelina, ciudad de Tesalia, en siete días. Desde aquí, alcanzó Beocia en cinco días, de modo que los tebanos no se apercibieron de que Alejandro había cruzado las Termópilas hasta que se encontró en Onquesto[35]
con todo su ejército. Los que habían llevado a cabo la 6
sublevación andaban diciendo que había llegado de Macedonia el ejército de Antípatro, y confirmaban la muerte de Alejandro, y se irritaban con quienes traían

[33] El pasaje es paralelo al de TUCÍDIDES, IV 108, 4: «juzgando de acuerdo con sus deseos más que con segura previsión; pues los hombres acostumbran a entregar a una incauta esperanza aquello que desean y a rechazar con razonamientos arbitrarios aquello que no admiten con gusto», traducción de F. R. ADRADOS.

[34] Además, habían recibido ahora dinero de los persas.

[35] Onquesto dista tan sólo unos diez kilómetros de Tebas.

la noticia de que era el propio Alejandro quien comandaba sus tropas, ya que el que aquí estaba era el otro Alejandro, el hijo de Aérope.

7 Levantó Alejandro el campamento de Onquesto y condujo sus tropas hacia la ciudad de Tebas al día siguiente por el recinto sagrado de Yolao, y allí acampó su ejército, ofreciendo a los tebanos todavía un plazo de tiempo, por si, habiendo cambiado de parecer en sus desafortunadas decisiones, le enviaban una lega-
8 ción. Sin embargo, los de la ciudad estaban tan lejos de dar la más mínima facilidad para un arreglo que sus jinetes y no pocos soldados ligeramente armados salieron bruscamente de la ciudad contra las tropas de vanguardia macedonias, disparándoles desde lejos a los primeros centinelas, consiguiendo incluso dar
9 muerte a algunos macedonios. A la vista de ello, Alejandro hizo salir a los arqueros y soldados ligeros para contrarrestar esta incursión, y fácilmente los detuvieron cuando ya se aproximaban aquéllos al campamento. Reuniendo al día siguiente a todo su ejército, y dando un rodeo por los pasos que conducen a Eléuteras y al Ática, no arremetió contra los muros de esta parte, sino que instaló el campamento cerca de la puerta Cadmea, para que los macedonios que la sitiaban tuvieran cer-
10 cana una defensa. Los tebanos fortificaron la puerta Cadmea con una estacada doble mediante un cercado, de manera que nadie de fuera pudiera auxiliar a los allí cercados, ni éstos pudieran salir a molestarles a ellos cuando entablaran combate con los de fuera. Con todo, Alejandro todavía prefería la amistad con los tebanos antes que la aventura, y aguardaba ante la
11 puerta Cadmea con su ejército allí acampado [36]. Mien-

[36] Diodoro y Plutarco nos confirman la paciencia de que hizo gala Alejandro antes de atacar la ciudad. Plutarco nos cuenta que Alejandro estaba dispuesto a perdonar la ciudad,

tras tanto, en Tebas, los que mejor conocían lo más conveniente al conjunto de ciudadanos incitaban a ir en busca de Alejandro y obtener perdón para el pueblo tebano por su sedición. Mas los que habían regresado del exilio y quienes a éstos habían invitado, estimando que ningún acto de magnanimidad alcanzarían de Alejandro (especialmente, dado que algunos de ellos eran dirigentes de la Confederación Beocia) incitaban al pueblo a entrar en guerra a toda costa. Ni siquiera así, empero, atacó Alejandro la ciudad.

Cuenta, sin embargo, Tolomeo el hijo de Lago que 8
Perdicas, al que se había encomendado la guardia del campamento con su propio batallón, y que ocupaba un lugar no muy apartado de la estacada de los enemigos, se lanzó contra la empalizada enemiga sin aguardar la señal de combate a dar por Alejandro[37], y tras romper aquélla, arremetió contra los primeros vigilantes tebanos. Amintas, el hijo de Andrómeno, que estaba 2
en formación junto a Perdicas, marchó tras él, conduciendo su propio batallón al ver que Perdicas se adentraba por la empalizada. Percatado Alejandro de todo esto, y para evitar que al estar solos fueran a ser interceptados por los tebanos y verse en apuros, puso en movimiento el resto del ejército; encomendó a los ar- 3
queros y a los agrianes hacer una incursión contra la empalizada, pero retuvo fuera su *ágēma* y los hipaspistas. Perdicas forzaba la entrada a la segunda empalizada, y allí cayó a tierra alcanzado por un proyectil, siendo retirado malherido hacia el campamento, donde se recuperó de sus heridas no sin dificultad. Sus hombres, uniéndose a los arqueros de Alejandro, encerraron a los tebanos en una hondo-

---

si se le entregaban los cabecillas antimacedonios, y sólo tras la negativa a ser entregados se decidió a atacarla.

[37] Este acto de indisciplina vuelve a aparecer en I 21, 1.

nada del camino que baja por el Heracleo, por donde persiguieron a los tebanos en retirada; sin embargo, al revolverse éstos dando gritos, se produjo la
4 retirada de los macedonios. Pereció allí el cretense Euribotas, jefe de los arqueros, y de éstos unos setenta. Los restantes consiguieron huir junto al *ágēma*
5 macedonio y los hipaspistas del rey. Viendo Alejandro en este momento que sus tropas se batían en retirada, y que los tebanos habían roto su formación al perseguirlos, lanzó contra éstos su falange en perfecto orden, de suerte que consiguieron rechazar a los tebanos hasta dentro de las puertas de la ciudad, y hasta tal punto fue la de los tebanos una huida presidida por el pánico, que a pesar de ser impelidos bruscamente al interior de la ciudad por sus puertas, no tuvieron siquiera tiempo de cerrarlas. Así, junto con ellos traspasaron el muro los macedonios que venían persiguiéndoles de cerca, ya que las murallas se encontraban desguarnecidas de defensores tebanos, que habían sido desplazados a múltiples puestos de guardia
6 en posición avanzada. Algunos macedonios, acercándose a la puerta Cadmea pasaron desde ella a través del Anfeo hasta tomar posiciones en diversos puntos de la ciudad, siendo acompañados por el retén macedonio apostado en la puerta; por su parte, los que estaban en las murallas (en poder éstas ya de los que habían conseguido penetrar junto con los tebanos) atravesaron el muro y se presentaron a todo correr en la plaza.
7 Sólo por un momento resistieron los tebanos apostados en el Anfeo, pues tan pronto como los macedonios y el propio Alejandro, que aparecía ya aquí ya allí, les presionaron por todas partes, la caballería tebana, desparramándose por la ciudad, se desperdigó en dirección a la llanura, mientras los infantes, por su parte, se salvaron según cada cual pudo.

Fue entonces ya cuando, cegados por la cólera, no 8
sólo los macedonios, sino los focences, plateenses y el resto de los beocios[38] dieron muerte sin orden ni concierto a los tebanos, muchos de los cuales ni siquiera se defendían ya: a unos sorprendiéndolos en sus propias casas; a otros cuando intentaban defenderse, y a otros mientras buscaban asilo en los templos, sin perdonar mujeres ni niños.

Represión contra Tebas. Sus consecuencias

Esta desgracia del pueblo grie- 9
go (por la importancia de la ciudad que había sido tomada, por la crudeza de la acción, y no menos porque no lo esperaban así ni los que la sufrieron ni quienes la ejecutaron) conturbó por igual al resto de Grecia y a los que participaron en la acción[39].

Es verdad que los desastres sufridos por los atenien- 2
ses en Sicilia[40] supusieron para esta ciudad verdaderamente una desgracia no menor, a juzgar por el número

---

[38] Evidentemente, se trata de exculpar, siquiera de manera parcial, a los macedonios, haciendo que los demás compartan con ellos estos excesos. Este comportamiento tendría más adelante, sin embargo, algunas repercusiones; cf. II 15, 3. Contrasta, de otra parte, la dureza de este castigo a Tebas frente a la tolerancia con que trató a Atenas, no menos culpable, con lo que se evidencia que en estas decisiones influyeron consideraciones de orden político y de razones de Estado. Véase, más adelante, lo dicho en nuestra n. 57.

[39] Penoso fue el efecto que, sobre la opinión pública, produjo el tratamiento dado a los vencidos; cf. el documentado trabajo de P. Ducrey, *Le traitement des prisonniers de guerre dans le Grèce antique*, París, 1968, págs. 313-332.

[40] Alcibíades consiguió imponer, en 415, su criterio de transferir la lucha armada al mar, y con ello embarcó a la ciudad de Atenas en la expedición siciliana (años 415-413) en apoyo de dos ciudades isleñas, Segesta y Selinunte, frente a su vecina rival, Siracusa. La expedición ateniense, como es sabido, acabó en derrota, precipitando el final de la guerra del Peloponeso.

de muertos; pero por el hecho de haber perecido el ejército lejos de su patria (además de ser éste un ejército de aliados más que de ciudadanos de Atenas) y haberles sobrevivido su ciudad, hasta el punto de poder seguir haciendo frente por largo tiempo a los lacedemonios, a sus aliados y al propio rey persa, ni para quienes sufrieron aquello hubo conciencia de su desgracia en la misma medida que éstos, ni al resto de Grecia le sobrevino por lo que padecieron un horror
3 semejante. A su vez, el fracaso ateniense en Egospótamos[41] fue un desastre naval y la ciudad se vio abocada a la sumisión sólo por tener que demoler sus muros largos, por la entrega de gran parte de sus barcos, y por la pérdida de su imperio; pero, con todo, conservó su carácter propio y recuperó su antigua potencia al cabo de poco tiempo, hasta el punto de volver a levantar sus muros largos y ser de nuevo los dueños del mar, y ahora en cierto modo han salvado de los más extremos peligros a los lacedemonios, a quienes tanto temieron en aquella ocasión y que estuvieron a punto de arrasar su ciudad[42].

4 De otro lado, el desastre lacedemonio en Leuctra[43] y Mantinea[44] llenó de pánico la ciudad de Esparta, más

---

[41] La derrota de Egospótamos (404) costó a los atenienses muy alto precio. Lisandro capturó casi sin lucha 160 trirremes ateniense y ejecutó a 3.000 ciudadanos que formaban parte de la tripulación. Políticamente supuso esta derrota la pérdida para Atenas de la guerra del Peloponeso.

[42] Sobre la Atenas de esta época, cf. F. Mitchel, «Athens in the Age of Alexander», *Gr. and Rom.* (1965), 189-204.

[43] El general tebano Epaminondas hizo frente al rey espartano Cleómbroto (371) en un combate en el que la legendaria y casi mítica infantería espartana sucumbió. Esta derrota significó el final de la hegemonía que Esparta mantenía desde el 404, y que Tebas pasara a ser potencia de primer orden en el cuadro político de Grecia.

[44] La batalla de Mantinea (año 362) fue la segunda gran derrota espartana a manos del tebano Epaminondas, quien,

por lo inesperado de la derrota que por el número de los que murieron. El ataque de Epaminondas y sus aliados beocios y arcadios contra Esparta conturbó a los lacedemonios y a quienes con ellos entonces compartían sus intereses, más por la extrañeza de tal espectáculo que por la gravedad del peligro. La toma 5
de Platea[45], por tratarse de una ciudad de poca importancia no resultó un grave desastre[46] *** de los hechos prisioneros, ya que la mayoría habían conseguido huir antes a Atenas. También la toma de Melos[47] y Escíone[48], que son fortalezas isleñas, avergonzó más bien a quienes la llevaron a cabo, sin que ello causara a la totalidad de los griegos algún estupor.

Por el contrario, en Tebas, la crueldad de una re- 6
vuelta desarrollada de la manera más irracional, su rápida toma que apenas causó dificultad a los conquistadores, la matanza de tantos hombres —como es propio entre gentes de tribus parientes que persiguen resolver antiguas querellas— la total esclavitud de una ciudad que por su poder y reputación en los asuntos de la guerra estuvo a la cabeza de las ciudades griegas de su tiempo, apuntaban, y no sin verosimilitud, a la ira divina, en la idea de que los tebanos pagaban ahora, 7
al cabo del tiempo, la satisfacción debida por su trai-

---

sin embargo, murió en la batalla, y con él, la hegemonía tebana.

45 Fue tomada por los espartanos en 427.

46 Hay una laguna en la que, presumiblemente, se aludiría al reducido número de prisioneros hechos en la toma de la ciudad.

47 Esta expedición contra la isla de Melos fue organizada por Alcibíades y ejecutada con total crueldad, sin que mediase otra provocación, por parte de los isleños, que su intención de permanecer neutrales y no alineados a ninguno de los dos bandos (atenienses ni espartanos). Corría el año 415.

48 Fue tomada por Atenas en el 421 y sus habitantes adultos masacrados, mientras sus mujeres y niños fueron vendidos como esclavos.

ción durante las guerras médicas; por la toma que hicieron en período de paz de la ciudad de Platea; por la esclavitud de sus ciudadanos, así como por su responsabilidad en la ejecución (acto éste impropio de un pueblo griego) de quienes se habían rendido a los lacedemonios; satisfacción debida también por la devastación de la región de Platea cuando los griegos, unidos brazo con brazo, rechazaron de Grecia el peligro persa; y, además, porque con su voto fueron la ruina de Atenas cuando se propuso entre los aliados de los espartanos tomar una decisión para convertir en es-
8 clavos a los atenienses [49]. Se rumoreaba, incluso, que habían aparecido muchos indicios divinos antes de sobrevenir esta desgracia, a los que no se les hizo caso de momento, aunque más tarde, al venir a la memoria de ellos, hicieron caer en la cuenta de que había sido pronosticada antes de que ocurriera.

9 A propósito de Tebas, pareció bien a los aliados que habían participado en el asalto, y a quienes Alejandro había confiado organizaran los asuntos de la ciudad, mantener una guardia en la puerta Cadmea, arrasar hasta los cimientos la ciudad y distribuir por completo su territorio entre los aliados, excepción hecha de sus lugares sagrados, así como convertir en esclavos a los niños, mujeres y a todo tebano superviviente [50], respetando tan sólo a los sacerdotes y sacerdotisas, así como a los que se habían mantenido fieles a Filipo y Alejandro o habían ostentado la proxenía

---

[49] Fue una propuesta del tebano Erianto, hecha a Esparta al finalizar la guerra del Peloponeso, propuesta que, sin embargo, no fue considerada por Esparta.

[50] Fue la Liga de Corinto la que condenó a Tebas a ser arrasada, en efecto; pero, en realidad, Alejandro lo ejecutó con sumo agrado. Por razones políticas tenía que dar un escarmiento ejemplar a cuantas otras ciudades se pudieran sentir tentadas por veleidosas ideas independentistas.

de algún macedonio[51]. Según dicen, Alejandro, por respeto al poeta, salvó de la destrucción la casa de Píndaro[52], así como a sus descendientes. A más de esto, decidieron los aliados reconstruir y fortificar Orcómeno y Platea[53]. 10

Ecos de las medidas tomadas contra Tebas

Cuando el castigo de los tebanos llegó a oídos de los restantes griegos, los arcadios, que habían organizado una expedición desde su ciudad para auxiliar a los tebanos, condenaron a muerte a quienes les habían soliviantado para acudir en auxilio de Tebas; por su parte, los eleos acogieron a sus propios exiliados porque mantenían buenas relaciones con Alejandro. Los etolios suplicaban se les perdonara (para ello habían destacado diversas legaciones ante Alejandro) dado que ellos se habían sublevado sólo ante las noticias que les llegaban de Tebas. Por su parte, los atenienses celebraban aquellos días los Grandes Misterios[54], cuando se presentaron algunos tebanos que venían del mismo lugar de los sucesos. Los atenienses abandonaron los Misterios llenos de estupor y comenzaron a traer pre-

10 Cuando el castigo de los tebanos
que mantenían buenas relaciones con Alejandro. Los 2

---

51 Los griegos carecían de representaciones consulares permanentes, por lo que algún ciudadano de la propia ciudad era quien solía atender los intereses económicos y políticos de sus representados. El próxeno es, pues, un ciudadano natural de la ciudad en que vive, y no de la ciudad cuyos intereses representa. Este cargo llegó, frecuentemente, a hacerse hereditario y, entre sus derechos, estaba la inmunidad personal. Fundamental para este concepto es la nueva entrada *s. v.* «Proxenos» en la *RE,* Supplementband XIII (1973), cols. 629-730, a cargo de F. GSCHNITZER.

52 Cf. el trabajo de W. J. SLATER, «Pindar's House», *Gr. Rom. and Byz. St.* 12 (1971), 141-152.

53 Ciudades que, por haber sido simpatizantes con la causa macedonia, habían sufrido con anterioridad las iras de Tebas.

54 Se celebraban en Eleusis, del 15 al 23 del mes Boedromión (septiembre/octubre).

3 parativos de la campiña a la ciudad. Reunida la asamblea del pueblo y a propuesta de Démades se eligieron diez embajadores de entre los atenienses (los que se reconocían como más partidarios de Alejandro) para enviarlos ante él y (a destiempo) comunicarle que el pueblo de Atenas se alegraba de que hubiera regresado sano y salvo de los ilirios y tribalos, y de que hubiera tomado venganza de la sublevación de los tebanos.

4 Alejandro contestó a esta embajada de un modo amistoso en general, pero en una carta dirigida al pueblo reclamaba a Demóstenes, Licurgo y sus compañeros: Hiperides, Polieucto, Cares, Caridemo, Efialtes,
5 Diotimo y Mérocles[55], a los que creía culpables de la derrota de su pueblo en Queronea y de las recientes ofensas, a la muerte de Filipo, contra él mismo y contra Filipo. Los acusó de ser responsables de la sedición
6 tebana no menos que los propios rebeldes tebanos. Los atenienses no entregaron a estos hombres, sino que enviaron una nueva legación a Alejandro rogándole depusiera su ira contra aquellos a quienes reclamaba[56]. Consintió Alejandro, bien que sintiera veneración por la ciudad, bien por encontrarse con la premura de su expedición contra Asia, y no querer dejar por detrás entre los griegos nadie sospechoso.

Exigió[57], sin embargo, que de todos los hombres que él había reclamado y no le habían sido entregados,

---

[55] Este elenco de nombres varía según los distintos autores.

[56] Fue Foción quien propuso en la Asamblea enviar esta nueva legación a Alejandro para solicitar que fueran los propios tribunales atenienses los que se encargaran de castigar a los partidarios antimacedónicos.

[57] No debe minusvalorarse, en modo alguno, que Atenas era una ciudad, a la sazón, bien fortificada, que aún controlaba el mar y disponía de una flota capaz de suministrarle provisiones para un largo asedio, razones, todas ellas, que debieron de pesar sobre Alejandro para decidirse por este gesto tan «humanitario» de no atacar la ciudad.

Caridemo marchara al exilio. Éste se refugió en Asia con el rey Darío.

Comienza la expedición contra los persas

11 Después de todo esto, regresó Alejandro a Macedonia[58] e hizo a Zeus Olímpico el sacrificio que había instituido Arquelao[59], y estableció en Egas[60] un concurso de juegos como en Olimpia; otros dicen que celebró un certamen en honor de las musas. Se divulgó por 2
entonces el rumor de que la estatua de Orfeo hijo de Eagro el tracio, que estaba en Pieria, sudaba ininterrumpidamente. De este fenómeno cada adivino daba su propia interpretación; entre éstos, Aristandro, adivino de Telmiso, aconsejó a Alejandro tener confianza, porque aquello significaba claramente que para los poetas, tanto épicos como líricos, y cuantos componen odas, iba a ser una penosa tarea hacer composiciones y celebrar las hazañas de Alejandro.

Al comenzar la primavera, se dirigió al Helesponto, 3
dejando encargado a Antípatro[61] de los asuntos de Macedonia y Grecia, mientras que el propio Alejandro se ponía al frente de treinta mil hombres[62], entre in-

---

58 De camino hacia Macedonia, Alejandro visitó Delfos, donde la Pitia lo declaró «invencible», y, con esta nueva advocación, se dispuso a dar comienzo a sus campañas en Oriente; cf. TARN, *Alexander*, II, apéndice 21.

59 Reinó en Macedonia del 413 al 399. Verdadero mecenas de los artistas de su época, en su corte pasó sus últimos días el trágico EURÍPIDES mientras componía una de sus más logradas obras, las *Bacantes*.

60 Cf. «Errors in Arrian», *Class. Quarterly* (1976), 119-121, a cargo de A. B. BOSWORTH.

61 Un interesante estudio centrado sobre la figura y actividad de este general hizo D. K. KANATSULIS, *Antipatros. Ein Beitrag zur Geschichte Makedoniens in der Zeit Philipps, Alexanders und der Diadochen*, tesis doct., Munich, 1942 (recogido luego en *Hellenica* 16 (1958), 14 ss.).

62 Para estos datos, cf. P. A. BRUNT, «Alexander's Maced. Ca-

fantes, tropas ligeras y arqueros, así como algo más de cinco mil jinetes. Su expedición pretendía dirigirse primero a Anfípolis y las desembocaduras del río Es-

---

valry», *Jour. of Hell. St.* (1963), 27-46, ligeramente retocados luego en su Introducción en Loeb. págs. LXIX y sigs. En este pasaje, las cifras que nos da Arriano son de 30.000 infantes y 5.000 caballos (exactamente coincidentes con las que maneja Tolomeo, a quien ahora sigue fielmente Arriano). Según Diodoro, XVII 17, la distribución de este total era de la siguiente manera:

Infantería

Macedonios...	12.000	(9.000, en seis batallones de 1.500; 3.000 hipaspistas, en tres batallones de 1.000, uno de ellos, el *ágēma*).
Aliados (griegos)...	7.000	
Mercenarios (gr.)...	5.000	
Odrisios, tribalos, ilirios	7.000	
Agrianes y arqueros	1.000	
	32.000	

Caballería

Macedonios (compañeros).	1.800	(8 escuadrones de 225).
Aliados (tesalios)	1.800	
Aliados (resto Grecia)... ...	600	
Tracios, peonios, *pródromos*	900	
	5.100	

Al frente de estos cuerpos estaban los siguientes oficiales (casi todos ellos de tiempos de Filipo, padre de Alejandro):

Parmenión era el segundo comandante, inmediatamente detrás de Alejandro.

Filotas, hijo de Parmenión, fue el jefe de los Compañeros.

Nicanor, hijo de Parmenión, fue el jefe de los Hipaspistas.

trimón, después de dejar atrás el lago Cercinitis. Atravesó el Estrimón rebasando el monte Pangeo, para dirigirse a Abdera y Maronea, dos ciudades griegas asentadas junto al mar. Desde aquí se encaminó al río Hebro, que cruzó con toda facilidad, y desde allí al río Negro a través de Petice. Cruzó luego este río y al cabo de veinte días de marcha desde su patria llegó a la ciudad de Sesto. Una vez en Eleunte, ofreció un sacrificio sobre la tumba de Protesílao[63] en honor de este héroe, el primero, según se creía, que había desembarcado en Asia de cuantos griegos acompañaron a Agamenón en su expedición contra Troya. Con este sacrificio, Alejandro intentaba propiciarse una arribada más feliz que la que había tocado en suerte a Protesílao. 4 5

6 Parmenión quedó encargado de hacer pasar desde Sesto a Abido la mayor parte de los infantes y la caballería. Hicieron la travesía en ciento sesenta tri-

---

Cratero, Perdicas, Ceno, Amintas y Meleagro los cinco jefes de la falange.

Clito fue el jefe del primer escuadrón de Compañeros.

Acompañaban también a Alejandro, componiendo su séquito, los miembros de su guardia personal, a más de los Compañeros «Asesores», Hefestión, Nearco, Seleuco, Tolomeo y Lisímaco. — Para más datos, cf. G. T. Griffith, «Alexander's Generalship at Gaugamela», *Jour. of Hell. St.* (1947), 77-89; A. R. Burn, «Notes on Alexander's Campaigns», *Jour. of Hell. St.* (1952), 84-91; así como los trabajos más generales de J. K. Anderson, *Greek Horsemanship*, Berkeley, 1951, o F. E. Adcock, *The Greek and Macedonian Art of War*, ant. cit.

63 Alejandro quiere simbolizar con este sacrificio que él lucha, como un nuevo Aquiles, en nombre de toda Grecia contra los bárbaros. Sigue siendo de provecho consultar H. U. Instinsky, *Alexander der Grosse am Hellespont*, Godesberg, 1949, especialmente págs. 54-60. Para más detalles bibliográficos, cf. Seibert, págs. 80-82 y 264-265.

rremes[64] y un número considerable de cargueros. Sostiene la tradición más difundida[65] que Alejandro arribó al puerto Aqueo procedente de Eleunte, y que la travesía la había hecho pilotando él mismo la nave capitana, y que una vez que estuvo en medio del estrecho del Helesponto[66] degolló un toro en honor de Posidón y vertió una libación al mar con una copa de plata en
7 honor de las nereidas. También dicen que fue el primero en desembarcar de su nave a tierra de Asia con su armadura, y que levantó unos altares (de un lado en Europa, en el punto desde donde partió, así como en aquel otro del Asia donde desembarcó) en honor de Zeus protector de los que arriban a nuevas tierras, de Atenea y de Heracles. Subiendo hasta Ilión, hizo un sacrificio en honor de Atenea troyana, y ofrendó al templo su armadura completa, y a cambio de ella tomó una de las armaduras dedicadas a la diosa desde la
8 época de la guerra de Troya[67]. Dicen, en efecto, que sus hipaspistas siempre le llevaban estas armas cuando Alejandro iba a primera línea de combate. Cuenta la historia que Alejandro hizo un sacrificio en honor de Príamo sobre el altar de Zeus del Cercado, intentando aplacar la ira de Príamo contra el linaje de Neoptólemo, linaje del que él mismo era un epígono.

---

[64] Discusión del contingente, en Apéndice II de Brunt, citado en el vol. I, «Nota a la presente traducción».

[65] Esto es, la *Vulgata*.

[66] El pasaje recuerda la travesía del Helesponto, por parte de Jerjes, en el 480.

[67] En efecto, aparecen en ocasiones de máximo peligro, como en VI 9, 3.

Alejandro en Ilión

Al subir Alejandro a Ilión[68], Meneceo su timonel impuso sobre sus sienes una corona de oro; otro tanto hizo luego el ateniense Cares, que había venido con algunos hombres desde Sigeo, de los cuales unos eran griegos y otros indígenas[69] *** Dicen unos que Alejandro impuso una corona sobre la tumba de Aquiles, y según otros también Hefestión hizo lo propio sobre la tumba de Pátroclo. Según se cuenta, Alejandro felicitó a Aquiles por haber tenido en Homero un heraldo que perpetuara eternamente su recuerdo, y por ello Aquiles podía considerarse en opinión de Alejandro el más afortunado de los hombres. En cambio a él le había 2 quedado en su vida el vacío de que sus hazañas no iban a ser relatadas ante los hombres de una manera suficientemente digna (el vacío se refería exclusivamente a esto, y no al resto de su fortuna), pues nadie, ni en prosa ni en verso, le hizo una composición digna; es más, ni siquiera se había compuesto en su honor ningún canto coral como los que tuvieron Hierón, Gelón, Terón y muchos otros, hombres que en nada habían sido comparables con Alejandro[70]. De todo ello se derivaba que las hazañas de Alejandro eran mucho menos conocidas que las más insignificantes que le precedieron. 12

Cuando tuvo lugar la *Anábasis* de los diez mil que 3
marcharon con Ciro contra el rey Artajerjes; los sufrimientos de Clearco y de sus compañeros al ser capturados; y el regreso al mar de aquellos mismos

---

68 La visita a Ilión parecía obligada, toda vez que Aquiles había sido desde su juventud uno de sus héroes.

69 Existe en el texto una laguna.

70 El pasaje guarda estrecho paralelismo de contenido y construcción sintáctica con TUCÍDIDES, I 97, 2. Más datos en E. MEYER, *De Arriano Thucydideo*, tesis doct., Rostock, 1877.

conducidos por Jenofonte; todos éstos fueron hechos que alcanzaron entre los hombres mayor importancia, debido al relato de Jenofonte, que la que habían obte-
4 nido Alejandro y sus hazañas. Y eso que Alejandro no había organizado su expedición acompañando a nadie, ni domeñó sólo a quienes se opusieron a su marcha hacia el mar porque él huyera del rey persa; nada de eso. Es más, no ha habido hombre alguno, ni griego ni bárbaro, que haya realizado tantas ni tan grandes hazañas, ni por su número ni por su magnitud.

Confieso que es esto por lo que yo me he embarcado en esta narración, bien que no me reconozca capaz de exponer ante los hombres de modo claro las
5 hazañas de Alejandro. Quienquiera que yo sea[71], debo anotar esto a mi favor: no necesito poner en cabeza mi nombre, por no ser del todo desconocido entre los hombres; tampoco mi patria, ni mi familia, ni si desempeñé en mi patria alguna magistratura; pero sí voy a escribir esto: que mi patria, mi familia, mis magistraturas no son sino estas narraciones mías, y que lo fueron ya desde mi juventud. Y por ello no en vano puedo reclamar para mí mismo la primacía entre los escritores[72] en lengua griega, toda vez que realmente Alejandro la tuvo entre los que practicaron el ejercicio de las armas.

6 Desde Ilión, pues, llegó Alejandro hasta Arisbe, donde estaba acampado el grueso de todo su ejército tras haber pasado el Helesponto, y al día siguiente se

---

[71] Remitimos a lo dicho en la precedente *Introducción*, en el apartado dedicado a la biografía de nuestro autor.

[72] Contra esta interpretación de *tôn prōtōn* como masculino se alza A. B. Bosworth, «Arrian's literary development», *Class. Quarterly* (1972), 167: «there is no doubt that, as Krüger thought, *tôn pr.* must be taken as neuter plural. Arrian regards himself as wortly of the prize in Greek letters, not merely the equal of the best writers».

dirigió a Percote; al otro día abandonó Lámpsaco y acampó junto al río Practio. Es éste un río que fluye desde los montes del Ida y desemboca en una zona del mar entre el Helesponto y el Ponto Euxino. Dejando atrás la ciudad de Colonas, se presentó al poco en Hermoto. Envió por delante del ejército unos vigías 7
a los que comandaba Amintas, hijo de Arrabeo, a los que acompañaban también los hombres del escuadrón de los Compañeros, a cuyo frente iba Sócrates el hijo de Satón, recién llegados de Apolonia. Finalmente, también se añadirían cuatro escuadrones de los denominados *pródromos*[73]. Sobre la marcha, le fue entregada por sus habitantes la ciudad de Príapo, y encargó a los que estaban a las órdenes de Panégoro, hijo de Licágoro, uno de los Compañeros, se hicieran cargo de ella.

Los comandantes del ejército persa eran Arsames, 8
Reomitres, Petenes, Nifates, a más de Espitrídates, sátrapa de Jonia y Lidia, y Arsites, gobernador[74] de Frigia helespóntica. Estaban éstos acampados junto a la ciu- 9
dad de Celía con la caballería persa y los mercenarios griegos que militaban en sus filas, y deliberaban acerca de la situación presente después de tener noticias de que Alejandro ya había cruzado el Helesponto con sus tropas. Memnón el rodio les aconsejaba no correr el

[73] Componían estas fuerzas cuatro escuadrones de tracios (aunque algunos los consideran macedonios), cuya misión específica era servir de vigías y actuar en operaciones de rastreo en plena avanzadilla. Iban equipados con una larga lanza, la sarisa, que les obligaba a conducir sus caballos controlándolos sólo con los pies, toda vez que la lanza requería ambas manos para ser manejada. A veces se les denomina *sarisóforos*.

[74] Hemos traducido *hýparchos* por gobernador (para no confundirlo con hiparco = *hípparchos*). Se trata de un cargo de rango inferior al de sátrapa, aunque a veces sus funciones fueron tan amplias como las de éste; véase, por ejemplo, la situación en IV 18, 3.

riesgo de un ataque contra los macedonios, ya que les aventajaban con mucho en infantería, y por estar presente además el propio Alejandro, mientras que Darío se hallaba ausente. Lo mejor sería que avanzaran destruyendo los pastos, pisoteándolos con la caballería, y prendieran fuego a la cosecha que aún estaba por recoger, y que no perdonasen de ello a las ciudades bajo su control. De este modo Alejandro no podría permanecer en la región al faltarle los víveres más ne-
10 cesarios[75]. Dicen que Arsites expuso en la asamblea de los persas que él no estaba dispuesto a tolerar con indiferencia que fuera incendiada una sola de las casas de los hombres sujetos a su mando, y que los demás persas se adhirieron a la propuesta de Arsites porque tenían fundadas sospechas contra Memnón[76], pues éste demoraba de modo deliberado la guerra por los altos honores que recibía del Rey por ello.

Gránico

13 Mientras tanto, Alejandro avanzaba ya hacia el río Gránico[77] con su ejército en formación; dispuso la falange de hoplitas formando en dos filas, colocando la caballería en ambos flancos y las acémilas detrás. Al frente de las fuerzas de reconocimiento iba Hegéloco, con la

---

[75] Alejandro se tomaba sus provisiones de los propios territorios donde acampaba, cosa que, de ordinario, no le suponía dificultad mayor. Los campesinos de las regiones ocupadas no se mostraban entusiasmados con la idea de prender fuego a sus cosechas para evitar que cayeran en manos de Alejandro, y tan sólo accedían a ello si eran fuertemente presionados por los sátrapas o gobernadores persas. Cf., en III 19, 1, cómo actúa Darío al respecto; al igual que Beso, en III 28, 8.

[76] Este Memnón, casado con una hija de Artabazo, era, a la sazón, uno de los más influyentes persas. Cf., más adelante, II 1, 3.

[77] El río nace en el monte Ida, desde donde baja en busca

caballería armada con la sarisa y quinientos soldados ligeros. No distaba Alejandro mucho del río Gránico 2
cuando los vigías corriendo a toda prisa trajeron la noticia de que al otro lado del río estaban los persas formados para la batalla. Al punto Alejandro dispuso todo su ejército en orden de batalla. Sin embargo, Parmenión, aproximándose a Alejandro le dijo lo siguiente[78]: «Señor, me parece a mí que es buena deci- 3
sión la de mantenernos acampados donde estamos, sobre la ribera del río, pues creo que los enemigos, que son muy inferiores en el número de infantes, no se atreverán a acampar junto a nosotros, y así le será posible a nuestro ejército hacer la travesía con toda facilidad tan pronto despunte el alba. De este modo, nos habremos adelantado a ellos antes de que organicen su formación. En esta ocasión, me parece, no 4
sería exento de peligro el que nosotros iniciáramos la ofensiva, porque no nos sería posible conducir el ejército atravesando el río de frente, ya que en él se ven muchos socavones, y por otra parte tú mismo adviertes que sus riberas son muy elevadas y por algunos

---

de la Propóntide. Sobre la batalla librada en Gránico, debe consultarse la bibliografía recogida selectivamente por SEIBERT, páginas 83-85 y 265-266, además del reciente trabajo de N. T. NIKOLITIS, «The battle of Granicus», en *Acta Inst. Regni Succiae*, 1974.

[78] En cinco ocasiones va a rechazar Alejandro el parecer de Parmenión; además de ésta de ahora, lo hará en la toma de Mileto, I 18, 6; cuando se hallaban en el Eufrates (II 25, 2-3); más adelante, en Gaugamela (III 10, 1-2), y, finalmente, en Persépolis, III 18, 1-2. Se ha interpretado este proceder como un intento de Calístenes por denigrar a Parmenión, aunque a esta interpretación de HAMILTON hace PEARSON serios reparos. Concuerda todo ello con el hecho de que aquellos pasajes en los que la figura de Parmenión sale más airosa, después de haber expuesto su disidente punto de vista respecto a Alejandro, se remontan al testimonio de Tolomeo, quien siempre ha tratado al general con mayores simpatías.

5 puntos cortadas a pico. Por tanto, si salimos del río en total desorden y atacando de flanco (que es la forma más insegura, sin duda), la caballería enemiga se lanzará en perfecta formación contra nuestra falange. Un error en el comienzo y ante las presentes circunstancias sería grave y peligroso para el resultado de toda la campaña.»

6 Alejandro le contestó: «Todo eso ya lo conozco, Parmenión. Pero me daría vergüenza, después de haber atravesado con toda facilidad el Helesponto, que eso que no es más que un pequeño riachuelo (despreciando así al Gránico, con eso denominación) nos fuera a im-
7 pedir hacer la travesía según estamos. Frente a la reputación de los macedonios, o frente a mi propia disposición ante el peligro, ninguna importancia doy yo a eso. Es más, me parece que los persas aumentarían su valor y llegarían a creerse dignos oponentes de los macedonios por no haber experimentado hasta el presente nada que justifique con fundamento su temor.»

14 Tras contestarle esto, envió a Parmenión al frente del flanco izquierdo, mientras él mismo pasaba al derecho. Filotas, un hijo de Parmenión, al que seguían la caballería de los Compañeros[79], los arqueros y los lanzadores de jabalinas agrianes, ocupó delante de él el flanco derecho. A Filotas se le unió Amintas, hijo de Arrabeo, al frente de su caballería armada de sarisa,
2 los peonios y el escuadrón de Sócrates. A continuación formó a los hipaspistas de los Compañeros, a cuyo frente iba Nicanor, hijo de Parmenión; a su lado la

---

[79] El término *hetaîroi* lo hemos trasladado por «compañeros». En tiempos de Filipo eran 800 y, más tarde, Alejandro mandó aumentar su número, llegando a alistar, incluso, a algunos de origen asiático a los que tenía encomendadas, de manera especial, las acciones de ofensiva más arriesgadas. Llegaron a sumar un contingente de 1.800 hombres. Remitimos a nuestra n. 62.

falange de Perdicas hijo de Orontas, y la de Ceno hijo
de Polemócrato; [la de Crátero hijo de Alejandro][80]
y la de Amintas hijo de Andrómeno, más la que co-
mandaba Filipo hijo de Amintas. En el ala izquierda 3
estaban ordenados los primeros la caballería tesalia,
a cuyo frente estaba Cala hijo de Harpalo. A conti-
nuación la caballería aliada, mandada por Filipo hijo
de Menelao; luego los tracios, a las órdenes de Agatón;
a continuación formaba la infantería, la falange de Crá-
tero, la de Meleagro, y la de Filipo[81], hasta llegar al
centro de la formación general.

Por su parte, la caballería persa estaba compuesta 4
por unos veinte mil hombres, y un número algo menor
de soldados de infantería, mercenarios extranjeros.
Dispusieron su caballería los persas extendiéndola a lo
largo de la ribera del río, en forma de falange desple-
gada; a su vez, la infantería ocupaba la espalda de la
caballería, pues el terreno era allí algo prominente.
Cuando divisaron al propio Alejandro (se destacaba
éste por el resplandor de sus armas y por el solícito
servicio de su escolta) que atacaba por el flanco iz-
quierdo de ellos, acumularon sobre ese lado los escua-
drones de caballería en la margen del río. Durante 5
cierto tiempo los dos ejércitos estuvieron acampados
a ambas márgenes del río guardando reposo y a la
espera de acontecimientos; por una y otra parte el si-
lencio era absoluto. En efecto, los persas aguardaban
a los macedonios para echarse sobre ellos a medida
que fueran emergiendo tras haber atravesado el río.

---

80 Esta frase es una interpolación, toda vez que Crátero estaba situado en el flanco izquierdo (como más adelante se nos dice), lugar ocupado por él tradicionalmente (II 8, 4 y III 11, 10).

81 A Filipo se le ha contado dos veces: una vez, al hacer el recuento por la derecha y, luego, al efectuarlo por la izquierda.

6 Pero Alejandro subió a su caballo y ordenó a sus hom-
bres que le siguieran y dieran pruebas de su valor;
mandó por delante a los *pródromos* a caballo y a los
peonios a cruzar el río bajo las órdenes de Amintas el
hijo de Arrabeo, así como a un batallón de infantería;
delante de ellos iba el escuadrón de Sócrates, coman-
dado por Tolomeo el hijo de Filipo: era precisamente
este escuadrón al que correspondía ese día el turno
7 en el mando de toda la caballería. Púsose él mismo al
frente del flanco derecho y arremetió en dirección a
la corriente, bajo el ruido de las trompetas y el grito
de guerra al dios Enialio. En todo momento mantuvo
una formación oblicua al sentido en que fluía la co-
rriente, a fin de que los persas no cayeran en columna
sobre sus tropas cuando éstas salieran del río, sino que
también él, en la medida de lo posible, intentaría
atacarlos con su falange.

15 Los persas empezaron a disparar desde arriba hacia
la ribera, que era por donde los hombres de Amintas y
Sócrates comenzaban a acercarse; unos lanzaban sus
jabalinas desde una posición dominante, mientras otros
lo hacían desde posiciones menos elevadas bajando casi
2 hasta el río. El encontronazo de la caballería fue bru-
tal: unos intentaban salir del río, y los otros tratando
de impedirles la salida; enorme fue también la lluvia
de jabalinas lanzadas por los persas, mientras los ma-
cedonios se defendían con sus lanzas. En este primer
ataque los macedonios sufrieron una derrota por ser
muy inferiores en número, además de porque se es-
taban defendiendo desde un lugar inseguro como era
el río, es decir, en la parte más baja, mientras que
los persas atacaban desde la ribera que domina el río,
y sobre todo porque allí se había apostado lo mejor
de su caballería, entre los que se contaban el propio
Memnón y sus hijos.

Los primeros macedonios en entrar en combate con 3
los persas fueron derribados por éstos, después de por-
tarse como hombres valerosos, excepto algunos que
se retiraron hacia donde venía Alejandro en orden de
aproximación. En efecto, Alejandro estaba ya cerca,
al frente de su flanco derecho, desde donde arremetió
él el primero contra los enemigos precisamente por
donde estaba el grueso de la caballería y formaban los
caudillos persas. En torno a sí se originó una violenta 4
batalla, y mientras tanto iban poco a poco haciendo la
travesía las diversas filas macedonias, ahora ya sin
mayor dificultad. Aunque era una batalla a caballo,
más se asemejaba aquello a un combate de infantería.
Se combatía arrollándose hombres con hombres y ca-
ballos con caballos: los macedonios por salir de una 5
vez de la ribera y rechazar a los persas hacia la lla-
nura, los persas intentando impedir su salida y recha-
zarlos de nuevo al río. Poco a poco las fuerzas de
Alejandro tomaron la iniciativa, tanto por su potencia
como por su experiencia, y sobre todo porque comba-
tían con lanzas de madera fuerte frente a las cortas
jabalinas persas. En medio de esta batalla rompió Ale- 6
jandro su lanza y pidió una nueva a Arete, uno de sus
mozos de monta [82], pero éste también tenía la suya rota
y se hallaba en grandes apuros. Mostróle la mitad de
su lanza a Alejandro pidiéndole que buscara ayuda.
Fue el corintio Demárato, uno de los Compañeros,
quien le dio su propia lanza; al tomarla Alejandro di- 7
visó a Mitrídates, el yerno de Darío, que se había ade-
lantado cabalgando lejos de los demás al frente de un
grupo de jinetes en formación de cuña. El propio Ale-
jandro se adelantó a la cabeza de los suyos, y golpean-
do con su lanza a Mitrídates en la cara dio con él a
tierra. En esto, el persa Resaces se lanzó contra Ale-

[82] No es exactamente palafrenero.

jandro y le golpeó en la cabeza con su curvo alfange[83], partiendo el casco, que pudo sin embargo retener el
8 golpe. Lanzóse Alejandro contra él y le hincó su lanza en el pecho después de atravesarle la coraza. Ya había alzado por detrás su alfange Espitrídates contra Alejandro cuando Clito, hijo de Drópides, anticipándosele le rompió alfange y hombros a Espitrídates. Así, finalmente los jinetes de Alejandro prosperaron en su travesía y saliendo del río se incorporaron al resto de las tropas.

Desenlace de la batalla en Gránico

16 Alcanzados de frente ahora los persas por todas partes, hombres y caballos, por las lanzas macedonias; atacados por la caballería enemiga y heridos por las tropas ligeras que se habían unido a la caballería, comenzaron a retirarse por donde Alejandro atacaba. Al ceder su centro se abrieron también a ambos lados las alas de la caballería, y se produjo una huida ge-
2 neral. Murieron unos mil jinetes persas, aunque la persecución no duró mucho tiempo, ya que Alejandro se volvió contra los mercenarios extranjeros, el grueso de los cuales se mantuvo en su primera formación, más por consternación ante lo que inesperadamente había ocurrido que por firme decisión. Condujo contra ellos Alejandro su falange, dando órdenes a la caballería de atacar por todas partes, y los aniquiló al punto en el espacio intermedio, de modo que no huyó ninguno (como no fuera alguno que pasara desapercibido entre los muertos) y fueron hechos prisioneros
3 unos dos mil. Cayeron los siguientes comandantes persas: Nifates, Petenes, Espitrídates, sátrapa de Lidia, el gobernador de Capadocia Mitrobúzanes; Mitrídates, yerno de Darío; Arbúpales, hijo de Darío el hijo de Ar-

83 Sable curvo, parecido al de los modernos turcos.

tajerjes[84]; Farnaces, hermano de la mujer de Darío, y el caudillo de los extranjeros, Omares. Arsites huyó del combate hacia Frigia y allí murió, según se dice, suicidándose, por ser a los ojos de los persas el causante de la presente derrota.

Por parte macedonia perecieron en el primer com- 4
bate unos veinticinco Compañeros. Sus estatuas de
bronce se alzan en Dio, por encargo que Alejandro hizo
a Lisipo[85], precisamente el mismo escultor que había
hecho la de Alejandro y que había sido el único candi-
dato seleccionado para retratarle. Por encima de se- 5
senta fueron los muertos del resto de la caballería, así
como unos treinta infantes, a los cuales hizo enterrar
Alejandro al día siguiente con sus armas en medio de
grandes honores[86]. Alejandro concedió a sus padres y
a sus hijos exención de tributos por sus tierras, así
como de cuantos otros impuestos sobre sus posesiones
o servicios personales tuvieran. Manifestó gran pre-
ocupación por los heridos, visitándolos uno por uno,

---

84 Artajerjes II, hijo de Darío II y Parisátide, que ascendió al trono persa en el año 404. Vivió *ca.* 436 al 358.

85 Lisipo, uno de los mayores escultores griegos de todos los tiempos. Según se cuenta, Alejandro sólo dejó modelar su figura por Lisipo, por haber sido éste el único que reprodujo fielmente su aspecto leonino, el escorzo de su cuello y la dulzura de sus ojos. Este mencionado aspecto leonino de Alejandro parece un dato fisiognómico cierto, pues aparece no sólo en los retratos literarios de los diversos historiadores, sino incluso en la historia novelada del PSEUDO CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* I 13. Para más detalles, cf. el apéndice que dedica M. A. LEVI, *Introd. ad Aless. Magno*, páginas 349-551, a las dos estatuas de Alejandro. — Por lo que respecta a las estatuas de estos 25 compañeros ahora muertos, Arriano parece olvidar que habían sido conducidas a Roma en el 146. Cf. A. B. BOSWORTH, «Arrian's... development», 173, quien da como fecha de traslado el año 148.

86 Las bajas en el bando macedonio parecen, en exceso, reducidas.

examinando sus heridas e interesándose por la manera en que cada uno había sido alcanzado, a la par que les ofrecía la oportunidad de contar y alardear de sus
6 hazañas. Enterró también a los generales persas, así como a los mercenarios griegos que murieron militando como enemigos. En cambio, a los capturados como esclavos de guerra, los envió amarrados con cadenas a trabajar a Macedonia, porque contrariamente a la común opinión griega, ellos que eran griegos habían luchado contra Grecia en favor de los persas[87].
7 Como ofrenda a Atenea, la diosa protectora de la ciudad, envió a Atenas trescientas armaduras persas completas, en las que había hecho inscribir el siguiente epigrama: ALEJANDRO HIJO DE FILIPO Y LOS GRIEGOS —EXCEPTO LOS LACEDEMONIOS[88]—, DE LOS BÁRBAROS QUE HABITAN ASIA.

Alejandro pasa a Sardes y Éfeso

17 Nombró Alejandro sátrapa de la región en que gobernaba Arsites a Calas, ordenando a sus súbditos que le aportaran los mismos tributos que antes traían a Darío. A todos los bárbaros que voluntariamente descendieron de los montes y se le entregaron les permitió
2 regresar a su patria. De otra parte, eximió de inculpación a los habitantes de Celía, por haberse enterado de que habían combatido de parte persa obligados por la fuerza. Envió a Parmenión a capturar Dasci-

---

87 Los atenienses enviaron, algo más tarde, una embajada a Alejandro interesándose por la suerte de estos ciudadanos, solicitando de Alejandro los reintegrara sanos y salvos a Atenas. En esta ocasión no accedió Alejandro a lo solicitado, aunque prometió hacerlo cuando las circunstancias lo aconsejaran.

88 La mención expresa: «excepto los lacedemonios», dejaba así constancia de su no participación en la Liga.

lio[89], cosa que al punto hizo, toda vez que su guarnición había abandonado la ciudad. Marchó él mientras 3
tanto hacia Sardes[90], mas cuando se encontraba aún a unos setenta estadios de la ciudad, se le presentaron Mitrene, el comandante de la guardia de la ciudadela de Sardes, y los principales de la ciudad, dispuestos éstos a entregarle la ciudad, y Mitrene la ciudadela y sus tesoros. Por el momento, Alejandro acampó su 4
ejército en el río Hermo, que dista de Sardes unos veinte estadios, y envió a Amintas el hijo de Andrómeno para que se hiciera cargo de la ciudadela de Sardes. Tomó Alejandro bajo su tutela a Mitrene, al que otorgó su más alta estima, pero a los sardianos y demás lidios les permitió se siguieran rigiendo según las antiguas leyes lidias, y los despidió en calidad de hombres libres.

Ascendió Alejandro a la fortaleza donde estaba la 5
guarnición persa, y encontró que su posición era muy segura, ya que se encontraba a gran altura y en una zona por completo escarpada, además de haber sido fortificada por un triple muro. Tenía Alejandro la idea de construir sobre la ciudadela un templo a Zeus Olímpico y levantar un altar, mas mientras examinaba la fortaleza por el lugar más conveniente, sobrevino de 6
repente (estaban entonces en pleno verano) una lluvia acompañada de fuertes truenos que hizo desaguar una fuerte tormenta sobre los palacios de los lidios. Parecióle a Alejandro que aquello era un indicio divino de dónde se debía construir el templo de Zeus, y así lo dispuso. Dejó como encargado de la fortaleza a Pau- 7

89 Dascileo se halla en la costa sur de la Propóntide o mar de Mármara.

90 A la sazón, capital persa de Occidente. Al tiempo que Alejandro busca la liberación de estas ciudades, se asegura la formación de una importante flota, de la que tan necesitado estaba.

sanias, uno de los Compañeros, a Nicias como supervisor de la contribución[91] de impuestos y tributos, y a Asandro el hijo de Filotas el gobierno de Lidia y el resto de la jurisdicción de Espitrídates, asignándole jinetes, tropas ligeras en número suficiente, según
8 creía, para subvenir a las necesidades presentes. Envió a Calas y a Alejandro, el hijo de Aérope, a la región de Memnón, llevando a sus órdenes a los peloponesios y la mayoría de los aliados, excepción hecha de los argivos, que quedaron en Sardes como guardia de la fortaleza.

9 Al tenerse noticias del combate de caballería, los mercenarios que estaban como guarnición en Éfeso emprendieron la huida en dos trirremes efesias, y a ellos se sumó Amintas, el hijo de Antíoco, quien ya antes había huido de Macedonia, abandonando a Alejandro, no porque hubiera sufrido nada a manos de éste, sino porque ambos parecían no entenderse, lo
10 que le hacía temer algo desagradable de su parte. Al cuarto día, alcanzó Alejandro Éfeso, donde restableció a los exiliados que anteriormente habían tenido que abandonar la ciudad por su causa; disolvió la oligarquía y restauró la democracia[92].

---

[91] Se llamaba *sýntasis* a un tributo o contribución para atender los gastos de las campañas de Alejandro. Era prácticamente obligatorio para la totalidad de las ciudades aliadas. Sobre este concepto, puede verse G. Wirth, «Die Syntaxeis von Kleinasien 334 v. Chr.», *Chiron* 2 (1972), 91-98; E. Badian, «Alexander the Great and the Greek Cities of Asia Minor», en *Ancient Societies and Institutions. Stud. presented to V. Ehrenberg*, Oxford, 1966, págs. 37-69; y algunas precisiones, en W. E. Higgins, «Aspects of Alexander's imperial Administration: Some modern methods and views reviewed», *Athenaeum* 58 (1980), 129-152.

[92] Alejandro se mostraba partidario del sistema democrático, por oposición al sistema oligárquico que solían preferir los sátrapas persas. Favorecía, igualmente, las autonomías lo-

Ordenó también que se tributaran al templo de
Ártemis los mismos impuestos que antes se satisfacían
a los persas. Los habitantes de Éfeso, al verse libres 11
del miedo a los oligarcas, se dispusieron a ajusticiar
a quienes habían llamado a Memnón, a aquellos que
habían saqueado el templo de Ártemis, habían sacado
del templo la estatua de Filipo que allí se hallaba y
habían removido del ágora la tumba de Herópito, el
libertador de la ciudad. Luego lapidaron a Sírfax y a 12
un hijo suyo, de nombre Pelagonte, así como a los
hijos de los hermanos de Sírfax, a quienes sacaron del
templo. Con todo, Alejandro impidió que se siguiera
buscando y ejecutando a otros ciudadanos, porque
sabía que juntamente con los culpables también el
populacho ajusticiaría a otros injustamente, a unos por
enemistad y a otros por apropiarse sus bienes, en caso
de que no se impusiera un límite a tales licencias.
Pues bien, si en alguna ocasión obtuvo Alejandro buena
reputación, fue especialmente ahora, ante los sucesos
ocurridos en Éfeso.

Por aquel tiempo se presentaron también ante él 18
unos ciudadanos de Magnesia y de Trales, con ofertas
sobre sus respectivas ciudades. Envió Alejandro a visi-
tar estas ciudades a Parmenión, dotándolo con dos mil
quinientos infantes aliados y otros tantos macedonios,
a más de unos doscientos jinetes de los Compañeros.
Despachó a Alcímaco, el hijo de Agatocles, con una
fuerza no menor a las ciudades eolias y a cuantas de
origen jónico aún estaban sometidas a los persas. En- 2
cargó que en todas ellas se abolieran los gobiernos

---

cales, siendo respetuoso con los usos y costumbres de cada pueblo. Cf., más adelante, I 18, 2, y V 2, 3. Con todo, no es que Alejandro fuera un convencido demócrata (este sistema estaba vigente en no pocas ciudades griegas que le habían causado innumerables problemas), sino que actuaba por rechazo al sistema oligárquico que los persas pretendían mantener.

oligárquicos y se restablecieran los democráticos, y se devolvieran a cada una de ellas sus propias leyes, aportando los tributos en igual cantidad que hasta el momento satisfacían a los persas. Permaneció Alejandro en Éfeso, donde organizó un sacrificio en honor de Ártemis, y una procesión con todo su ejército en armas
3 en formación de combate. Tomando al día siguiente al resto de la infantería, a los arqueros, los agrianes y los jinetes tracios, y el escuadrón real de los Compañeros y otros tres escuadrones más, se dirigió hacia Mileto. En su ataque a la ciudad se apoderó de la parte llamada Exterior, de la que se había retirado su guarnición, y después de establecer allí su campamento
4 decidió sitiar la zona centro de la ciudad. Anteriormente Hegesístrato, a quien Darío había encargado la guarnición de la ciudad de Mileto, había enviado una carta a Alejandro con la promesa de entregarle la ciudad, aunque a última hora había recobrado ánimos al enterarse de que el ejército persa estaba cerca, por lo que había decidido conservar la ciudad bajo dominación persa. Mas Nicanor, que iba al frente de la flota griega, se adelantó a los persas en tres días, haciendo el desembarco antes que los persas se acercaran a Mileto, y fondeó en la isla de Lade[93] con ciento sesenta
5 naves[94]. Esta isla está frente a Mileto. Como digo, las naves persas se demoraron en exceso, y sus navarcos

---

[93] La isla de Lade se halla, efectivamente, frente a la ciudad de Mileto, y ya había sido anteriormente escenario de encuentros navales cuando las campañas persas, años 495-494.

[94] Número muy precario, como es fácil de suponer, para intentar grandes empresas. Piénsese que en este año, 334, Atenas tenía en construcción 400 naves, y que el ritmo de construcción de esta ciudad no decreció. En efecto, en 332 fueron botadas 170 nuevas naves. — Números concretos sobre las operaciones navales de los años 334-332 pueden verse en el apéndice II de BRUNT, vol. I, págs. 453-456.

anclaron frente al promontorio de Mícale después de haber tenido noticias de que Nicanor se les había adelantado en su arribada al puerto de Lade. Alejandro había tomado la iniciativa al fondear sus naves en la isla, y por ello no sólo pudo disponer de un puerto de amarre para sus naves, sino que así consiguió pasar a ella a los tracios y unos cuatro mil extranjeros. La flota persa, por su parte, constaba de aproximadamente unas cuatrocientas naves.

En la actualidad, Parmenión aconsejaba a Alejandro 6
presentar batalla, pues confiaba en la victoria naval de los griegos, pero además porque estaba persuadido por un augurio divino; había aparecido, en efecto, un águila posada en la orilla detrás de la proa de las naves de Alejandro. La interpretación que de ello daba Parmenión era la siguiente: en caso de vencer, toda la expedición obtendría un gran provecho, y en caso de ser vencidos, la derrota no llegaría a ser importante, pues ahora eran los persas los que tenían mayor poderío por mar. Dijo, incluso, que él mismo estaba deseando embarcar y participar de cualquier peligro.
Alejandro, sin embargo, dijo que Parmenión[95] se equi- 7
vocaba en sus cálculos y en la interpretación nada razonable que daba del augurio. No tenía sentido enfrentar en combate naval unas pocas naves con otras muy superiores en número, y una flota inexperta como la suya, con la de los chipriotas y fenicios que eran
gente ya muy entrenada, y que él no estaba dispuesto 8

---

[95] Remitimos a nuestra n. 78. A propósito de estos discursos, con derecho a réplica, entre Parmenión y Alejandro (escritos en estilo directo o indirecto, indistintamente), ya hemos llamado la atención sobre el hecho de que dan la impresión de ser ficticios ejercicios de retórica —algo así como unos *paígnia*—, «il fatto è che ha tutto l'aspetto di essere una elaborazione posteriore questa stessa funzione attribuita a Parmenione, troppo ripetuta e sistematica per essere vera», como afirma M. A. Levi en su *Introd. ad Aless. Magno*, pág. 295.

a sacrificar ante los persas y en medio tan inseguro la experiencia y valentía de sus macedonios. De otra parte, en caso de ser vencidos en el combate naval, el daño causado a su antigua reputación en las cosas relativas a la guerra sería grande; además de que los griegos estaban dispuestos a sublevarse tan pronto tuvieran noticias de una derrota de Alejandro por mar.
9 Por esta serie de razones manifestó que no le parecía momento oportuno de presentar combate por mar, y que la interpretación que él daba del augurio era bien distinta: efectivamente, el águila había aparecido de su lado, pero posada en tierra, lo que, según él, parecía indicar más bien que él derrotaría a la flota persa desde tierra[96].

Mileto

19 En esto, Glaucipo, uno de los ciudadanos de mayor reputación de Mileto, fue enviado a Alejandro de parte del pueblo y de los mercenarios extranjeros a los que estaba encomendada la ciudad, a que dijera que los milesios estaban dispuestos a abrir sus puertas y muelles a Alejandro y a los persas por igual, y a que reclamara, con estas promesas, que Alejandro levantase
2 el asedio. Éste, sin embargo, ordenó a Glaucipo que se marchara inmediatamente de regreso a su ciudad, y que anunciara a los milesios que podían prepararse a resistir su ataque tan pronto amaneciera. Dispuso al punto Alejandro sus máquinas contra el muro, haciendo que unas dispararan desde lejos, y otras lo demolieran desde una distancia inferior, a fin de conseguir que sus hombres pudieran aproximarse e iniciar el asalto por donde el muro se desplomara y abriera en brechas.

---

96 La verdadera explicación la encontramos unas líneas más adelante, en 20, 1.

Los persas estaban fondeados muy cerca, y podían 3
ver fácilmente desde Mícale a sus amigos y aliados casi bloqueados por completo. Por su parte, los hombres de Nicanor, percatados del comienzo del ataque por parte de las tropas de Alejandro, pusieron proa hacia el puerto de Mileto, remando a lo largo de la costa por la desembocadura del puerto que era la parte más angosta; hicieron avanzar así sus trirremes proa al enemigo en cerrada formación con objeto de impedir el acceso al puerto de la flota persa y la llegada de cualquier tipo de auxilios persas a los milesios. Los 4
habitantes de la ciudad y las tropas mercenarias que componían su guarnición, al ver que los macedonios les copaban ya por todas partes, empezaron a lanzar al mar sus escudos vueltos boca arriba y así consiguieron nadar hasta una pequeña isla sin nombre que se halla junto a la ciudad; otros, en cambio, embarcando en unas chalupas intentaban dejar atrás las trirremes macedonias, pero fueron alcanzados por ellas en la boca del puerto. Con todo, la mayor parte de los milesios perecieron en la ciudad misma.

Capturada ya la ciudad, Alejandro lanzó sus barcos 5
contra los que habían conseguido refugiarse en la isla e hizo embarcar sobre las proas de las trirremes buen número de escalas con las que ascender de las naves a los acantilados de la isla, como si se tratara del ascenso por un muro. Mas, al ver Alejando que los refu- 6
giados en la isla estaban decididos a presentar batalla, sintió compasión de estos hombres, hombres que ante él se habían mostrado valerosos y leales soldados, y les propuso un acuerdo con la condición de que se unieran a su ejército. Se trataba de un grupo de mercenarios griegos en número aproximado de trescientos. Con todo, liberó a cuantos milesios sobrevivieron al asalto final de la ciudad, y les concedió el derecho de ser libres.

7 Los persas, que durante el día utilizaban Mícale
como base para hacer incursiones contra la flota grie-
ga, con la esperanza de provocarles al combate, aban-
donaban dicho fondeadero durante la noche, pues les
resultaba incómodo tener que ir a aprovisionarse de
agua muy lejos, a la desembocadura del río Meandro.
8 Por su parte, Alejandro guardaba con sus naves el
puerto de Mileto, a fin de evitar que los persas forza-
ran la entrada al puerto, y mientras tanto envió a
Filotas al frente de los jinetes y tres batallones de
infantes hacia Mícale, encargándoles trataran de im-
pedir cualquier desembarco persa. Estaban éstos en
sus naves igual que en una ciudad sitiada por la falta
de agua y demás cosas necesarias, y por ello se hicieron
a la mar rumbo a Samos, y una vez aprovisionados
9 allí volvieron a los alrededores de Mileto. Desplegaron
ahora la mayoría de sus naves en alta mar, frente al
puerto, intentando atraer a los macedonios mar aden-
tro. Cinco de sus naves, sin embargo, se internaron
hasta el puerto que está entre la isla de Lade y el
campamento, con objeto de capturar unas naves de
Alejandro que, según habían oído, habían quedado mo-
mentáneamente vacías al haberse desperdigado su tri-
pulación, unos a por leña para el fuego, otros a re-
coger provisiones, y algunos otros a por forraje.
10 Efectivamente, estas tripulaciones estaban lejos de
sus naves, mas Alejandro, al divisar las cinco naves
persas en orden de aproximación a sus hombres, equi-
pó con toda celeridad diez de sus naves con sus res-
pectivas dotaciones y las envió contra las persas con
órdenes de abordarlas de frente. Las cinco naves per-
sas, al ver que los macedonios se les echaban encima
(y esto era algo con lo que ya contaban), dieron la
vuelta cuando aún estaban a considerable distancia y
11 huyeron en dirección al resto de su escuadra. La nave
de los yaseos, sin embargo, fue capturada con su tri-

pulación durante la huida, por tratarse de una nave muy poco marinera; las cuatro restantes lograron adelantarse y salvarse al cobijo de sus trirremes. De este modo, los persas, sin conseguir su plan, se alejaron de Mileto.

Alejandro disuelve prematuramente su flota

Decidió Alejandro disolver aho- 20
ra su flota por las dos razones siguientes: andaba en la actualidad escaso de dinero, y, de otra parte, veía que su escuadra no estaba en condiciones de enfrentarse con éxito a la de los persas; además, no quería exponer a graves daños a una parte, por pequeña que fuera, de su ejército[97]. De otro lado, pensaba que no tenía necesidad ya de la flota, dado que dominaba con su infantería Asia, y que después de tomar él las ciudades costeras, provocaría la disolución de la flota persa, al no disponer ésta de dónde sacar la tripulación ni puerto alguno de Asia al que llegarse. Conjeturó, así, que el águila era para él la señal de que desde tierra se impondría a las naves.

Una vez realizado esto, marchó hacia Caria[98], pues 2
le habían llegado noticias de que en Halicarnaso se había congregado un contingente nada pequeño de persas y extranjeros. Tomó al asalto todas las ciudades que hay en el camino de Mileto a Halicarnaso, y

---

[97] En el verano del año siguiente (333) se comprobará que la disolución de la flota ha sido una medida prematura, pues en el contraataque persa éstos tomaron de nuevo Quíos y Mitilene.

[98] Para más detalles de las operaciones en Caria, cf. DIODORO, XXIII 4, 27. Por su parte, ha rastreado los detalles del itinerario de Alejandro por Asia Menor, F. STARK, en «Alexander's March from Miletus to Phyrgia», *Jour. of. Hell. St.* 78 (1958), 102 ss., y *Alexander's Path from Caria to Cilicia*, Londres, 1958. Interesante bibliografía en SEIBERT, págs. 95-96.

desplegó su ejército frente a Halicarnaso, a unos cinco estadios[99] de la ciudad, con vistas a un asedio dura-
3 dero. La naturaleza del lugar hacía segura la plaza, y si por algún punto parecía su seguridad menor, el propio Memnón, que había sido designado por Darío comandante del Asia Inferior y de toda la flota, lo había subsanado hacía tiempo por completo. En la ciudad había quedado un gran contingente de soldados, tanto mercenarios como persas, a más de las trirremes ancladas en el puerto, cuyos marineros contribuían también a las obras.

4 El primer día, al acercarse Alejandro al muro por las puertas que conducen a Milasa, se produjo una escaramuza de los que estaban en la ciudad, que dispararon desde lejos toda clase de proyectiles. Las tropas de Alejandro, por su parte, hicieron una incursión contra ellos y los obligaron a regresar y encerrarse en
5 su ciudad. Pocos días después, Alejandro tomó consigo a los hipaspistas, la caballería de los Compañeros y los batallones de infantería de Amintas, Perdicas y Meleagro, así como a los arqueros y agrianes, con los que circundó la ciudad por la zona de Mindo. Quería examinar si la muralla era por aquella parte más fácilmente expugnable, y ver al mismo tiempo si se podía tomar Mindo mediante una incursión que pasara desapercibida, ya que sería de mucha utilidad para el asedio de Halicarnaso el que Mindo estuviera en sus manos. Había recibido incluso una propuesta de entrega por parte de los ciudadanos de Mindo, en caso de que él pudiera llegarse hasta allí durante la noche
6 sin ser visto. Alejandro en persona, según lo acordado,

[99] Un kilómetro aproximadamente. El estadio equivale a 600 pies, tanto en Atenas como en Delfos, esto es, 184,98 m. En otras ciudades, como Olimpia, Epidauro, etc., estas magnitudes eran ligeramente distintas.

se aproximó a la muralla a eso de la media noche, aunque los de dentro no se entregaron, y él no pudo disponer entonces de las máquinas de asalto ni de las escalas (pues cuando él se acercó al muro, no entraba en sus cálculos tomarlo al asalto, sino recibir la ciudad entregada a traición); mas aun así, no por ello dejó de aproximar su falange macedonia con órdenes de socavar el muro. Los macedonios dieron a tierra 7 con una de las torres, aunque el muro no quedó al descubierto. Los de la ciudad se defendían valientemente, al tiempo que desde Halicarnaso acudían muchos en auxilio por mar, haciendo imposible a Alejandro la captura de Mindo en esta improvisada incursión. Se retiró así Alejandro, sin conseguir nada de aquello para lo que había organizado el ataque, y se aplicó de nuevo al asedio de Halicarnaso [100].

---

[100] Para una bibliografía general sobre el papel de la artillería en la Antigüedad, medios necesarios, ingenios, sitios y asedios de ciudades, cf. A. G. DRACHMANN: «Remarks on the Ancient Catapults», en *Actes du septième congres intern. d'histoire des sciences*, Jerusalén, 1953, y *The mechanical technology of Greek and Roman Antiquity*, Copenhague, 1963; también el trabajo más extenso de M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques*, París, 1949-50, 2 vols.; la contribución de E. SCHRAMM, «Poliorketik», en J. KROMAYER-G. VEITH (ed.), *Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer*, en el *Handbuch* de MÜLLER-OTTO, vol. IV, 3, 2, págs. 209 y sigs. Más concretamente, para la región de Palestina y zonas limítrofes, es interesante Y. YADIN, *The art of Warfare in biblical Lands*, Londres, 1963, y desde luego, E. W. MARSDEN, *Greek Roman Artillery*, Oxford, 1969, quien dedica las págs. 60-62 y 101-115 al asedio de esta ciudad de Halicarnaso. Nos ahorramos de transcribir la útil bibliografía de SEIBERT, págs. 211-213. — El sitio impuesto por Alejandro a Halicarnaso es importante en la historia de la poliorcética por diversos motivos: fue en esta ciudad donde por primera vez se empleó en la Antigüedad (año 334) la catapulta (*petrobólous katapéltas*) disparando contra personas, concretamente contra los habitantes de la ciudad cada vez que intentaban una salida, aunque no parece

8 Lo primero que hizo Alejadro fue rellenar el foso que habían excavado delante de la ciudad, cuyas dimensiones eran aproximadamente de treinta codos[101] de ancho y unos quince de profundidad, con objeto de que resultara posible aproximar las torres desde donde pensaba bombardear con proyectiles a los apostados en los parapetos del muro, a más de otros ingenios destinados a derribar el muro. Rellenaron, pues, la zanja sin mayor dificultad, y ya las torres pudieron
9 aproximarse. Los habitantes de Halicarnaso hicieron por la noche una salida para prender fuego a las torres y otras máquinas que los macedonios habían ya aproximado al muro y seguían aproximando, pero fueron de nuevo y sin dificultad rechazados al interior de las murallas por los macedonios encargados de la guardia nocturna, a los que se añadieron los que se iban des-
10 pertando en el transcurso de la acción. De ellos, murieron ciento setenta hombres, entre otros, Neoptólemo, el hijo de Arrabeo, hermano de Amintas, uno de los

---

que se utilizaran, con eficacia al menos, contra los muros. Sólo dos años más tarde aparecen con este cometido en el sitio de Tiro, lo que hace pensar que para entonces estos ingenios estaban dotados de un mecanismo de torsión que confería mayor fuerza y alcance al proyectil. Como datos importantes en esta empresa hay que mencionar también el empleo de barracones móviles, diseñados especialmente para que sus hombres pudieran rellenar el largo foso abierto delante de la ciudad, a fin de posibilitar que el ariete se acercara al muro. — Adquirió así Alejandro una experiencia decisiva en el asedio de Halicarnaso, lo que posibilitó a sus técnicos corregir nuevos métodos de asalto, puestos en práctica más tarde en el también difícil asedio de Tiro, año 332.

101 Las medidas más frecuentemente empleadas para pequeñas distancias son: el palmo, 231,2 mm.: el pie, 308,3 mm., y el codo, 462,4 mm. Los datos están tomados de E. W. Marsden, *Greek and Roman Artillery. Ancient Technical Treatises*, Oxford, 1969, basado a su vez en la antigua obra de F. Hultsch, *Griechische und römische Metrologie*, Berlín, 1882.

que se había pasado a Darío. Del ejército de Alejandro perecieron dieciséis, pero tuvieron unos trescientos heridos por haber estado más indefensos, ya que la salida de los de Halicarnaso se produjo en plena noche.

Asedio de Halicarnaso

Algunos días después, dos hoplitas macedonios del batallón de Perdicas, compañeros de tienda y de bebida, fanfarroneaban sobre sí mismos y sus hazañas. Llevados por la rivalidad (y el vino de modo especial era el que más enardecía los ánimos) tomaron sus propias armas y atacaron la muralla por la altura que mira hacia Milasa, con idea más de hacer una exhibición de su propia osadía, que provocar a los enemigos a un combate peligroso. Algunos de los que estaban en la ciudad, al ver que eran dos y que sin prevención alguna se habían lanzado contra el muro, salieron a la carrera contra ellos; mas nuestros dos hombres dieron muerte a cuantos se acercaban, al tiempo que lanzaban proyectiles contra las tropas situadas a lo lejos, a pesar de estar ellos en evidente inferioridad de condiciones frente al mayor número de sus oponentes y a las dificultades del terreno, toda vez que los enemigos lanzaban sus proyectiles y atacaban desde un lugar más elevado. Fue entonces, pues, cuando algunos hombres del ejército de Perdicas salieron al encuentro de los enemigos, mientras éstos hacían otro tanto desde la ciudad. Se entabló allí una violenta batalla delante de los muros. De nuevo los que salieron de la ciudad fueron obligados por los macedonios a recluirse dentro de las puertas, y a punto estuvo la ciudad en este momento de ser tomada, pues los muros habían quedado parcialmente desasistidos; además, al haberse desplomado dos torres, había quedado una cortina del muro accesible al ejército macedonio, aunque éstos no supieron aprovechar la ocasión de aplicar

Margin section numbers: 21 (at "Algunos días después"), 2 (at "un combate peligroso. Algunos de los que estaban en"), 3 (at "lugar más elevado. Fue entonces"), 4 (at "talla delante de los muros").

conjuntamente su ataque en este punto. La tercera torre también había sido sacudida seriamente, de suerte que se habría desplomado con facilidad si se la hubiera socavado un poco. Pero los habitantes de la ciudad se adelantaron y reconstruyeron el muro con ladrillos curvos antes de que éste se desplomara, empresa que hicieron con toda facilidad al disponer de abundante mano de obra.

5 Al día siguiente Alejandro acercó al muro las máquinas, lo que provocó una inmediata salida de los de la ciudad para quemarlas. Prendieron fuego éstos a algunos manteletes[102], los que estaban más próximos al muro, así como a una torre de madera; los hombres de Filotas y Helánico, que habían sido encargados de su custodia, consiguieron salvar, sin embargo, las demás. Al aparecer Alejandro en el escenario del combate, todos los que acudieron con antorchas a contribuir al incendio de las máquinas se deshicieron de sus armas y sus antorchas y echaron a correr hacia el interior
6 del muro. Al principio, pues, los de la ciudad dominaron la situación gracias a la naturaleza del lugar (que era más elevado por su parte) y porque disparaban no sólo de frente contra los que combatían delante de las máquinas, sino que también lo hacían desde las torres que habían quedado detrás, a ambos lados del derribado muro, con lo que conseguían disparar también de flanco y casi por la espalda contra los que se acercaban al muro recién construido.

22 No muchos días después, el propio Alejandro se puso manos a la obra, aproximando sus máquinas al muro interior de ladrillo. Casi simultáneamente se pro-

---

102 Los manteletes eran unas gruesas tablas recubiertas de una chapa metálica montadas sobre un sistema de ruedas, detrás de las cuales se refugiaban los soldados de los disparos enemigo.

dujo un doble ataque por parte de los habitantes de la ciudad; de un lado, atacaron por la parte derribada del muro, que era precisamente donde Alejandro estaba apostado; mientras que otros halicarnaseos aparecieron por las Tres Puertas, y era por aquí por donde menos
lo esperaban los macedonios. Lanzaban contra las 2
máquinas antorchas y toda clase de objetos que pudieran alimentar la llama y provocar un incendio mayor. Pero las tropas de Alejandro lanzándose violentamente contra éstos, arrojaban desde las torres grandes piedras y proyectiles con las máquinas, por lo que nuevamente los halicarnaseos fueron puestos en fuga
y hubieron de buscar refugio en la ciudad. La matanza 3
que entonces se produjo fue enorme, debido al gran número de los que participaron en la salida y a haberla hecho con mayor decisión. En efecto, unos murieron al llegar al combate cuerpo a cuerpo con los macedonios, mientras otros caían a ambos lados del derribado muro que les obstaculizó el paso, al haber quedado sólo un estrecho pasadizo para una avalancha
tan grande de hombres. Tolomeo, guardia personal del 4
rey, fue al encuentro de los que habían salido por las Tres Puertas, llevando consigo los batallones de Adeo y Timandro, a más de algunas tropas ligeras, todos los
cuales hicieron dar la vuelta a los halicarnaseos. Les 5
ocurrió a éstos, cuando huían en retirada por un estrecho puente que estaba sobre el foso, que el puente se les vino abajo debido al peso de la muchedumbre, yendo a caer muchos de ellos al foso, de suerte que unos perecieron pisoteados por sus compañeros, mientras otros eran alcanzados por los macedonios que disparaban desde arriba. Sin embargo, donde tuvo lugar 6
la matanza mayor fue junto a las puertas mismas, debido a que las cerraron antes de tiempo, a consecuencia del pánico, temiendo que los macedonios se introdujeran junto con los perseguidos, de los cuales iban

tan sólo a muy corta distancia. Impidieron así que entraran muchos compañeros, de modo que los macedonios les dieron muerte bajo los mismos muros, y
7 poco faltó incluso entonces para ser tomada la ciudad. Sin embargo, Alejandro dio órdenes a sus hombres de que se retiraran, pues quería que la ciudad de Halicarnaso no pereciera si sus habitantes daban alguna prueba de amistad. De los habitantes de la ciudad perecieron unos mil hombres, y de las tropas de Alejandro, unos cuarenta, entre ellos Tolomeo, que pertenecía a su guardia personal; Clearco, jefe de los arqueros, y el quiliarco Adeo, además de algunos notables macedonios.

Toma de Halicarnaso

23 Se reunieron entonces los jefes persas Orontóbates y Memnón, y a la vista de la situación presente dedujeron que ellos no tenían posibilidad de resistir por mucho tiempo el asedio, con una parte del muro ya tirada por tierra, otro tramo seriamente dañado, que muchos de sus soldados habían perecido en las salidas efectuadas desde la ciudad, mientras que otros habían quedado inútiles para el combate a causa de las heridas
2 recibidas; considerando todo esto, y a eso del segundo turno de guardia de la noche, prendieron fuego a la torre de madera, que ellos habían construido como réplica a los ingenios de los enemigos, así como también a las galerías en las que se almacenaban los
3 proyectiles. Prendieron fuego incluso en las casas cercanas al muro; la llama se incrementó enormemente, debido al viento que soplaba en esa dirección, y desde las galerías y la torre se propagó a otras casas. Como consecuencia de todo ello, muchos de los habitantes se retiraron a la ciudadela de la isla, mientras otros lo hacían hacia una altura llamada Salmácide.

Al tener noticias Alejandro de estos sucesos por 4
medio de algunos desertores y él mismo divisar el gran fuego, hizo salir a sus macedonios (y eso que todo esto sucedía aproximadamente a media noche), ordenando se diese muerte a cuantos aún siguieran incendiando la ciudad, pero que respetaran a los halicarnaseos que encontraran recogidos en sus casas. Al 5
despuntar el alba advirtió que las alturas estaban ocupadas, en efecto, por los persas y los mercenarios, por lo que desistió de ponerles sitio pensando que ello le iba a suponer una demora no pequeña, debido a la propia naturaleza del lugar, y empresa de no gran utilidad una vez que había conquistado ya toda la ciudad.
Después de enterrar a los que habían muerto durante 6
esa noche, dio órdenes a los encargados de ellas de retirar las máquinas hacia Trales. Arrasó hasta los cimientos esta ciudad y dejó como guardia de la misma y para el resto de Caria tres mil infantes mercenarios y unos doscientos jinetes al mando de Tolomeo[103]. Acto seguido se puso en marcha hacia Frigia.

Nombró gobernadora de toda la Caria a Ada, hija 7
de Hecátomo[104] y mujer de Hidrieo, el cual, aunque era su hermano, según la costumbre caria, convivía con ella. Al morir Hidrieo el gobierno pasó a ella, ya que desde Semíramis[105] es costumbre en Asia que las mujeres puedan gobernar sobre hombres. Sin embargo, Pixódaro la expulsó del mando y asumió él mismo el control de los asuntos públicos. Pero al morir Pixódaro, 8
Orontóbates, su cuñado, fue enviado por el rey a ha-

---

103 No es el hijo de Lago.

104 Hecátomo (muerto en 377) fue el padre de Mausolo, Hidrieo, Pixódoro (los tres varones), así como de Artemisa y Ada, quienes, además de hermanas, fueron, pasado el tiempo, esposas, respectivamente, de Mausolo e Hidrieo.

105 Semíramis, según la leyenda, sucedió como regente de Asiria, a la muerte de su marido Nino, durante los años 810-805.

cerse cargo del mando sobre los carios. Ada, que controlaba solamente Alinda, uno de los lugares mejor fortificados de toda Caria, salió al encuentro de Alejandro cuando éste se dirigía a Caria, le entregó la fortaleza de Alinda y le adoptó como hijo. Alejandro le asignó de nuevo el gobierno de Alinda y no rechazó el título de hijo adoptivo suyo; más tarde, tras haber tomado Halicarnaso y haber domeñado al resto de Caria, le dio a ella el mando de todo esto.

Licia y Panfilia

24 Algunos macedonios de los que formaban la expedición con Alejandro se habían casado unos días antes de enrolarse en el ejército; pensó Alejandro tener en consideración esta circunstancia, por lo que les permitió que fueran desde Caria a pasar el invierno con sus mujeres en Macedonia. Para ello puso al frente de estos hombres a Tolomeo, el hijo de Seleuco, uno de su guardia personal, así como a los generales Ceno, hijo de Polemócrato, y Meleagro, hijo de Neoptólemo,
2 que también se había casado recientemente. Al despedirlos les hizo el encargo de que a su regreso trajeran a los que con ellos partían, y que además reclutaran del país el mayor número de infantes y jinetes. Obtuvo Alejandro por esta acción más reputación entre los
3 macedonios que por ninguna otra. Envió también a Cleandro, el hijo de Polemócrato, a hacer una leva de soldados, y a Parmenión lo despachó hacia Sardes, confiándole el mando de una hiparquía[106] de los Compañeros, la caballería tesalia y la de los restantes aliados, así como los carros. Le encargó se adelantara de

[106] El término hiparquía se emplea aquí con un valor general, no en la acepción técnica que tendría a partir de la reforma que en ella se introdujo en el año 328. En esta ocasión designa un contingente de caballería a las órdenes de un jefe de destacamento.

Sardes a Frigia, mientras él se dirigía hacia Lidia y
Panfilia[107] para controlar la costa e inutilizar la flota
enemiga. En su marcha se apoderó al ataque de Hi- 4
parna, una fortaleza muy segura, cuya guarnición estaba formada por mercenarios extranjeros que bajo promesas de un acuerdo abandonaron la ciudadela. Se introdujo a continuación en Licia, y mediante un acuerdo se anexionó a los telmiseos; cruzó el río Janto y capturó Pinara, Janto y Patara, ciudades que le fueron entregadas, así como otras pequeñas aldeas en número de treinta[108].

Después de llevar a cabo lo dicho, y a pesar de ser 5
invierno, atacó el llamado territorio de Milíade, que pertenece en realidad a la Gran Frigia, pero que entonces estaba anexionada a Licia, por haberlo dispuesto así el gran Rey. Se presentaron entonces unos embajadores de Fasélide en son de amistad, para coronar a Alejandro con una corona de oro. La mayoría de los pueblos de la Licia Inferior mandaron también
sus legaciones siguiendo la iniciativa de aquéllos. Or- 6
denó Alejandro a los de Fasélide y a los licios que transmitieran el mando de sus respectivas ciudades a los que él había enviado para ello, cosa que todas hicieron. Presentándose él no mucho después en Fasélide, se apoderó con la ayuda de sus habitantes de una bien defendida fortaleza, construida por los de Pisa en esta región y desde la que los bárbaros molestaban con frecuentes incursiones a los de Fasélide que trabajaban en el campo.

---

107 El camino que Alejandro sigue no nos es conocido con precisión. Una discusión pormenorizada puede verse en F. Stark, «Alexander's March...», 102 sigs. Este recorrido por Licia y Panfilia le va a permitir, además, atacar Frigia por la espalda.

108 Según nos cuenta Diodoro, XVII 28, fue Mármara tan sólo la que le ofreció resistencia.

Complot de Alejandro hijo de Aérope

25 Estaba aún Alejandro en Fasélide, cuando le llegaron noticias de que Alejandro, el hijo de Aérope, tramaba una conspiración contra él. El tal Alejandro era a la sazón uno de los Compañeros, a más de comandante de la caballería tesalia, y como es sabido hermano de Herómeno y Arrabeo[109], los que habían
2 tenido que ver en el asesinato de Filipo. Alejandro absolvió a su homónimo, aunque su participación en la actual conjura quedó claramente probada, por haber sido uno de los primeros amigos que se pusieron de su parte a la muerte de Filipo, ciñéndose junto con él su coraza para acompañarle a palacio. Más tarde Alejandro le tuvo junto a sí en gran estima, mandándolo como general a Tracia, y cuando Calas, hiparco[110] de la caballería tesalia, fue enviado a hacerse cargo de una satrapía[111], designó a éste para que mandara la caballería tesalia.

3 Los detalles de la conjura se conocieron así: cuando Amintas se pasó a Darío le llevó unas propuestas y una carta de este Alejandro, el hijo de Aérope. En respuesta, Darío envió a Sisines, uno de los persas más leales a su persona, hacia la costa con el pretexto de ver a Aticie, sátrapa de Frigia, pero en realidad iba a entrevistarse con este Alejandro, y darle garantías de que si asesinaba al rey le nombraría a él rey de Mace-
4 donia, y que además la daría mil talentos de oro. Pero Sisines fue hecho prisionero por Parmenión, a quien contó con qué intenciones había sido enviado. Parmenión lo hizo llegar hasta Alejandro con una escolta, y

---

[109] Fueron posteriormente ajusticiados por ello.

[110] Para el término hiparco, cf. nuestra n. 74.

[111] Exactamente, Cala sucedió a Arsites en su satrapía (año 334), según ha dicho el propio ARRIANO en I 17, 1.

fue el propio rey quien se enteró por boca del mismo Sisines de todo esto. Reuniendo, pues, a sus amigos, sometió a la consideración de los mismos qué se debía hacer con este Alejandro. La decisión de los Compa- 5
ñeros del rey Alejandro fue que no había sido acertada la anterior determinación de encomendar la caballería más selecta a un hombre de lealtad cuestionable, y que él debía deshacerse ahora mismo de ese hombre, antes de que tomara demasiada confianza con los tesalios y tramase con su ayuda una revuelta. Apoyaban, además, 6
sus temores en el siguiente augurio: Durante un alto que Alejandro hizo al medio día cuando sitiaba Halicarnaso, apareció una golondrina que revoloteaba insistentemente sobre su cabeza, posándose una y otra vez sobre su nido, trinando un canto más estruendoso de lo normal. Debido al cansancio que tenía, Alejandro 7
no se incorporó del lecho donde dormía, pero molesto por el ruido espantó con la mano suavemente la golondrina, más ésta, lejos de escapar al ser tocada por la mano, se posó sobre la misma cabeza de Alejandro y no levantó el vuelo hasta que le hubo despertado por completo. Tomó Alejandro este asunto de la go- 8
londrina como cosa nada baladí, y dio conocimiento de él al adivino telmiseo Aristandro, quien le contestó que aquello era indicio de la traición de alguno de sus amigos, pero también le añadió que se llegaría a descubrir, pues la golondrina es un pajarillo que convive con el hombre, de quien es su amigo, y más dado a canturrear que ninguna otra avecilla.

Relacionó Alejandro esta interpretación con la his- 9
toria del persa [112], y acto seguido envió a Anfótero, hijo de Alejandro y hermano de Crátero, ante Parmenión, acompañado por unos guías pergeos, buenos conoce-

112 Se trata de Sisines, de quien había Alejandro oído las primeras noticias de la conjura.

dores del camino. Anfótero llevaba un vestido de los del lugar para no ser reconocido en el camino, y consiguió así presentarse ante Parmenión sin ser reconocido.
10 No llevaba ninguna carta de parte de Alejandro, pues no le pareció oportuno escribir nada explícitamente acerca de un asunto de tal envergadura, pero sí narró lo que de palabra le había sido ordenado. De este modo fue arrestado Alejandro y mantenido bajo custodia.

Alejandro en Side

26 Levantó Alejandro el campamento de Fasélide y envió una parte de sus tropas hacia Perge a través de los montes, por donde los tracios le habían abierto un camino, pues su acceso era largo y difícil[113]. Él mismo condujo a sus hombres por la costa, paralelamente al mar, camino que sólo es posible utilizar cuando soplan los vientos del Norte, pues mientras persisten los vientos del Sur es imposible transitar por
2 la costa. Aquellos días hubo un fuerte viento del Sur, mas luego empezaron a soplar unas brisas del Norte gracias a la intervención divina[114] (así lo creían, al menos, Alejandro y los suyos) que posibilitaron una travesía fácil y rápida. Según avanzaba desde Perge se topó en el camino con una legación que venía de Aspendo, con plenos poderes para ofrecerle la rendición

[113] Cf., al respecto, A. B. Bosworth, «The Mission of Amphoteros», *Phoenix* 29 (1975, 27-43. En los capítulos que siguen hasta el final de este libro primero reaparece una de las principales características narrativas de Arriano, esto es, el gusto por la minuciosidad y el detalle en la descripción topográfica del escenario de batalla, los movimientos de tropas, evoluciones militares, etc.

[114] Este tipo de intervención divina en momentos claves es frecuente en la vida de Alejandro. Calístenes evocó ante Alejandro el pasaje de la *Ilíada* en que las olas obedecieron al dios Posidón, *Ilíada* XIII 26 ss.

de su ciudad, aunque le pidieron que no estableciera en ella ninguna guarnición. Insistiendo en el asunto 3 de la guarnición consiguieron lo que solicitaban, pero Alejandro ordenó le fueran entregados al ejército, en concepto de paga, cincuenta talentos [115] e igual número de caballos que criaban para el rey persa. Éstos se retiraron no sin antes haber manifestado su conformidad al asunto de los caballos y del dinero.

Se encaminó entonces Alejandro hacia Side, cuyos 4 habitantes son oriundos de la eólica Cime [116]. Acerca de sí mismos cuentan ellos este relato: tan pronto como los primeros colonos que partieron de Cime arribaron a esta tierra y desembarcaron con intención de fundar una colonia, olvidaron al punto su lengua griega y comenzaron a proferir sonidos bárbaros, pero no los de los bárbaros nativos del lugar, sino un lenguaje propio suyo, que no existía anteriormente. Desde entonces, los habitantes de Side [117] han tenido un lenguaje bárbaro distinto del de sus restantes vecinos. Después 5 de dejar una guarnición en Side avanzó Alejandro hasta Silio, que es una plaza fortificada, atendida por una guarnición de mercenarios extranjeros e indígenas de

---

[115] Sobre este tipo de contribución, cf. lo dicho en n. 91. En este caso se trata de una cantidad muy gravosa para una sola ciudad, lo que parece reflejar, además, la necesidad que, a la sazón, sufría Alejandro por mejorar el estado de sus finanzas. Al respecto, cf. E. Badian, «Alexander the Great...», 37-69; R. Knapowski, «Die Finanzen Alexanders des Grossen», en F. Altheim-R. Stiehl, *Geschichte Mittelasiens im Altertum, Berlín*, 1970, págs. 235-247.

[116] Es un asentamiento, de origen eolio, en el litoral vecino a las islas de Quíos y Lesbos. No debe confundirse con Cumas (colonia de Calcis en Italia). Al respecto, cf. H. Gallet de Santerre, «Alexandre le Grand et Kymé d'Éolide», *Bull. Corresp. Hell.* 71/72 (1947), 303 ss.

[117] Sobre la ciudad de Side, hay un trabajo de A. M. Mansel, *Die Ruinen von Side*, Berlín, 1963.

estos lugares. No pudo, sin embargo, tomar Silio en un ataque improvisado, pues por el camino le llegaron noticias de que los aspendios no habían querido cumplir nada de lo acordado (ni entregar los caballos a los que habían sido enviados a recogerlos, ni abonar el dinero) y que habían retirado del campo todas sus provisiones a la ciudad, y habían cerrado las puertas a los enviados de Alejandro, y se dedicaban a reconstruir las partes más débiles del muro; enterado de todo esto, Alejandro puso en marcha su ejército de nuevo hacia Aspendo.

Los pisidios

27 La mayor parte de esta ciudad de Aspendo está asentada sobre una colina segura y escarpada, junto a la cual fluye el río Eurimedonte. Había también muchos caseríos en torno a la colina, en terreno llano, rodea-
2 dos por un pequeño muro. Al darse cuenta de que Alejandro se aproximaba, abandonaron al instante el muro cuantos junto a él vivían, así como todas las casas que por estar construidas en el llano carecían de cualquier medio de defensa, y buscaron todos refugio en la ciudad alta. Cuando llegó Alejandro con sus fuerzas, penetró dentro del desierto muro y acampó su ejército en las casas que habían sido abandonadas
3 por los aspendios. Mas éstos, tan pronto como vieron a Alejandro que estaba allí en persona, contrariamente a lo que ellos esperaban, así como a su ejército rodeándoles por todas partes en círculo, enviaron una legación con la solicitud de llegar a un acuerdo en las mismas condiciones anteriores. A pesar, sin embargo, de que Alejandro reconocía que se trataba de una plaza segura, y que él mismo no estaba preparado para un largo asedio por falta de tiempo, ni aun así convino con ellos establecer un acuerdo bajo las antiguas con-
4 diciones. Ordenó, por el contrario, que le fueran en-

tregados como rehenes sus hombres más influyentes,
a más de los caballos que ya antes habían convenido,
y cien talentos en vez de cincuenta; además, debían
prestar obediencia al gobernador que Alejandro impu-
siera, y pagar anualmente tributos a los macedonios, y
someterse a un juicio sobre su territorio, por haber
sido acusados de que siendo de los vecinos lo retenían
ellos por la fuerza.

Cuando le concedieron todo lo dicho, Alejandro 5
puso de nuevo en marcha su ejército hacia Perge, para
avanzar desde allí hasta Frigia, por el camino que pasa
junto a la ciudad de Telmiso [118]. Sus habitantes son
por su origen bárbaros pisidios y habitan una plaza
muy elevada y por completo cortada a pico, siendo
igualmente difícil el camino que va a lo largo de la
ciudad. De la ciudad hasta este camino desciende un 6
monte que acaba precisamente allí en el camino. Del
lado de frente hay otro monte igualmente cortado a
pico, de modo que ambos sirven de puerta a la ca-
rretera, y con un pequeño contingente es posible que
quienes dominen estos montes hagan intransitable el
acceso. En esta ocasión, los telmiseos [119] ocuparon
ambos montes con todas sus fuerzas. Alejandro, al ver 7
esto, mandó que los macedonios siguieran acampados
sobre el terreno porque pensaba que los telmiseos no
permanecerían con todas sus fuerzas donde estaban
cuando vieran que los macedonios acampaban cerca
de ellos, sino que la mayor parte de los telmiseos se
retirarían a su ciudad, que tan próxima estaba, y de-
jarían en los montes sólo unos pocos de guardia. En
efecto, su suposición resultó acertada: se retiraron la
mayoría y quedaron sólo algunos encargados de la vi-

118 En realidad, se trata de Termeso, según lo atestiguan monedas e inscripciones. El error parece ser de Arriano.

119 Ver nota anterior.

8 gilancia. Reunió entonces Alejandro con toda rapidez a los arqueros, los batallones de los lanzadores de dardos y a los hoplitas ligeramente armados, y los lanzó contra los enemigos. Al ser éstos alcanzados no aguardaron al resto de las fuerzas, sino que abandonaron su emplazamiento, y así Alejandro atravesó el angosto paso y acampó junto a la ciudad.

28 Se presentaron entonces ante él unos embajadores selgeos, que eran también unos bárbaros pisidios, un pueblo además muy belicoso y dueño de una gran ciudad. Desde antiguo eran enemigos naturales de los telmiseos, y el objetivo de su legación ante Alejandro era proponerle su amistad. Hizo, en efecto, Alejandro un pacto con ellos, a consecuencia del cual siempre los
2 encontró como fieles aliados. Convencióse Alejandro de que la toma de Telmiso no sería posible en poco tiempo, y por ello se encaminó a Sagaleso, que es también una importante ciudad. La habitan unos pisidios que parecían ser los más belicosos de todos ellos, y eso que ya de por sí son una raza muy belicosa. Después de tomar ellos la colina que está delante de la ciudad, y que era, al igual que el muro, un lugar excelente para
3 defenderse, aguardaron allí. Por su parte, Alejandro dispuso la falange macedonia de la siguiente manera: en el flanco derecho (donde él mismo se había situado) puso a los hipaspistas, a continuación de ellos los *peceteros*[120], que se extendían hasta el flanco izquierdo,

---

[120] Estos *pezétairoi* existían ya en tiempos de Filipo, aunque son posteriores a la institución de los *hetaîroi*, concretamente Bosworth entiende que estos peceteros son soldados de infantería oriundos de la Baja Macedonia, a diferencia de los *asthétairoi*, que lo eran de la Alta Macedonia. Discusión en A. B. Bosworth, «Asthetairoi», *Class. Quarterly* 23 (1973), 245-253. — Por lo que al nombre respecta, hemos preferido mantener el término «peceteros», aun conscientes de que, estableciendo la equivalencia *pezétairoi* = peceteros, rompemos la correlación *hetaîroi* = compañeros / *pezétairoi* = compañeros de infantería.

bajo las órdenes directas del jefe del batallón al que, según el turno, correspondía el mando cada día. En el 4
flanco izquierdo colocó como jefe a Amintas, hijo de Arrabeo. En la avanzadilla del flanco derecho se colocaron los arqueros y los agrianes, y por el izquierdo los lanzadores de dardos tracios, a los que mandaba Sitalces, ya que por allí no le resultaría útil la caballería, dada la mala disposición del terreno. Junto a los pisidios también formaron los telmiseos, que habían acudido en su ayuda.

Las tropas de Alejandro se lanzaron hacia el monte, 5
por la parte que ocupaban precisamente los pisidios, y cuando se encontraban en la parte más abrupta de la cuesta los atacaron los bárbaros en oleadas por ambos lados, pues allí les resultaba a éstos más fácil acercarse, mientras que los macedonios sólo podían avanzar muy penosamente. Los enemigos pusieron en fuga a los arqueros, cosa que era de esperar por estar éstos ligeramente armados y los más próximos al enemigo; en cambio los agrianes resistieron, pues la fa- 6
lange macedonia ya se acercaba a ellos, y era posible divisar al propio Alejandro a su cabeza. Una vez que se trabó el combate cuerpo a cuerpo, y los bárbaros que estaban más ligeramente armados chocaron con los hoplitas, fueron por completo batidos y liquidados, produciéndose al fin su retirada. De ellos murieron 7
unos quinientos [121] *** pero al ir con pocas armas y ser buenos conocedores del lugar escaparon muchos sin dificultad, mientras los macedonios, por el peso de sus armas y desconocimiento de los senderos, no los persiguieron con mucha decisión. Así, Alejandro, pisando 8
los talones de los que huían, tomó la ciudad por la

---

121 Existe en el texto una laguna, donde, a tenor de lo que se nos relata en pasajes paralelos, constaría el número de prisioneros hechos al enemigo.

fuerza. De sus hombres murió Cleandro, jefe de los arqueros, así como unos veinte más. Marchó luego contra los demás pisidios, tomando por la fuerza algunas de sus fortificaciones, y se hizo dueño de otras mediante algún acuerdo.

En camino hacia Gordio

29 De aquí pasó a Frigia, bordeando la laguna llamada Ascania, en la que la sal cristaliza espontáneamente, sal que usan los lugareños sin necesidad de emplear la sal marina. Después de cuatro días de marcha llegó a Celenas. Hay en Celenas una fortaleza muy escarpada cuya guarnición, a las órdenes del sátrapa de Frigia, la componen mil carios y cien mercenarios griegos.
2 Enviaron éstos una legación a Alejandro con la noticia de que le entregarían la plaza si antes no les llegaba a ellos ninguna ayuda en el día convenido, día que aclararon debidamente los embajadores. A Alejandro le pareció esto sumamente útil, mucho más que sitiar esta ciudadela, que era verdaderamente difícil de tomar al
3 asalto. Dejó como guarnición en Celenas[122] mil quinientos soldados, y aguardando allí diez días designó como sátrapa de Frigia a Antígono, el hijo de Filipo, y para sustituir a éste como general de los aliados nombró a Balacro, hijo de Amintas.

Él mismo se puso en camino hacia Gordio, encargando a Parmenión que le acompañara con todas sus tropas a aquel lugar, orden que éste cumplió puntualmente.

---

122 El plazo tope fueron sesenta días, al cabo de los cuales la ciudad abrió sus puertas a Alejandro, según sabemos por Quinto Curcio, III 1, 1-8. — Antígono remitió, más adelante, a Alejandro parte de las tropas que con él habían quedado ahora en Frigia (IV 1, 35).

Se reunieron con él en Gordio [123] los recién casados 4
que habían disfrutado un permiso en Macedonia, y que venían acompañados de un nuevo ejército reclutado y mandado por Tolomeo, el hijo de Seleuco; Ceno, hijo de Polemócrato, y Meleagro, hijo de Neoptólemo; componían estas fuerzas tres mil infantes macedonios y trescientos jinetes, además de doscientos jinetes tesalios y ciento cincuenta eleos, a cuyo frente venía el eleo Alcias.

La ciudad de Gordio pertenece a la Frigia helespón- 5
tica, y se encuentra a las riberas del río Sangario, que tiene sus fuentes en Frigia y desemboca en el mar Euxino, después de atravesar las comarcas de los tracios bitinios.

Por aquel entonces se presentó ante Alejandro una embajada de ciudadanos atenienses, rogándole que les devolviera los prisioneros atenienses que habían sido capturados en la batalla del río Gránico cuando luchaban del lado persa, y que ahora se encontraban arrestados en Macedonia con dos mil más. En esta ocasión los embajadores se retiraron sin haber logrado nada
de esto. No le parecía a Alejandro acertado, cuando 6
todavía se mantenía en pie de guerra contra los persas, que unos griegos que no habían considerado indigno combatir al lado de los persas en contra de su propia patria, se vieran libres de tener miedo a algo. Les contestó, por el contrario, que volvieran en legación solicitando clemencia en pro de aquéllos, cuando las circunstancias fueran más favorables [124].

---

123 A no menos de 800 km. de distancia de la capital de Macedonia.

124 Fue en el año 331 cuando Alejandro, ante un nuevo requerimiento de los embajadores de Atenas, venidos hasta la ciudad de Tiro en la nave Páralo, liberó a los atenienses hechos prisioneros en Gránico. Cf. III 6, 2.

LIBRO II

Sinopsis

Capítulos:

1-2. Maniobras persas en el Egeo.
3. El nudo gordiano.
4. Alejandro enfermo.
5. Alejandro en Tarso.
6. En busca de Darío.
7. Marcha hacia Iso y arenga de Alejandro.
8-11. Batalla de Iso.
12. Consecuencias de la batalla de Iso.
13. Huida de Darío.
14. Cartas entre Darío y Alejandro.
15. Camino de Biblos.
16. Alejandro en Tiro.
17. Importancia de la captura de Tiro.
18-25. Penosa captura de la ciudad de Tiro.
26. Gaza.
27. Alejandro resulta herido en el sitio de Gaza.

Maniobras persas en el Egeo

Después de esto, Memnón [125], 1
que había sido nombrado por el rey Darío comandante de toda la armada y de la guarnición de toda la costa, se apoderó de Quíos [126], que le fue entregada a traición, con la idea de desviar la guerra a Macedonia y Grecia [127]. Desde

---

125 Para la valoración exacta de la obra histórica de Arriano, creemos que se debe prestar una especial atención a este libro segundo, donde vamos a encontrar las descripciones más precisas y técnicas a propósito de los episodios militares, asedios y sitios de ciudades. Se ha dicho que este carácter cuasi-monográfico de tratado o manual de táctica, en el que se confiere especial relieve a estos temas militares y se consideran sólo con valor accidental o anecdótico las demás facetas del relato, define claramente la verdadera intención del autor al escribir la *Anábasis*.

126 El principal tema, en las relaciones Alejandro-Islas de Asia Menor, es delimitar exactamente la vinculación de cada una de éstas a la Liga de Corinto; cf., a este propósito, el condensado resumen, en el capítulo titulado «Alexander und die Kleinasiatischen Griechen», del libro tantas veces citado de J. Seibert, págs. 85-90 y 266-267. Más concretamente, sobre la isla de Quíos, remitimos a Th. Lenschau, «Alexander der Grosse und Chios», en *Klio* 33 (1940), 201-224, y el más reciente de G. Tibiletti, «Alesandro e la liberazione delle città d'Asia Minore», *Athenaeum* 32 (1954), 3-22.

127 Es ahora cuando Darío lanza su contraofensiva sobre las ciudades griegas. Detalles, en A. R. Burn, «Notes on Alexander's Campaigns»..., 81-91, y E. Badian, «Agis III», en *Hermes* 95 (1967), 170-192. El asunto preocupaba enormemente a Alejandro, pues muchas ciudades griegas se mostraban hostiles y en constantes revueltas contra las guarniciones macedonias.

aquí se hizo a la mar en dirección a Lesbos, y, a excepción de los mitileneos que no se le entregaron, se
2 anexionó las restantes ciudades de la isla. Puestas éstas de su parte, se concentró en el asunto de Mitilene, para lo cual aisló la ciudad con un cerco doble de mar a mar, y estableció cinco campamentos, mediante los cuales controlaba toda la zona sin mayor dificultad. Mientras una parte de la escuadra vigilaba su puerto, envió otras naves hacia el promontorio de Lesbos, el Sigrio (que era por donde especialmente tenían su acceso las naves de carga procedentes de Quíos, Geresto y Malea), manteniendo atenta la guarnición de costa para evitar que los mitileneos recibieran cualquier tipo de ayuda por mar.

3 Mas he aquí que Memnón murió de enfermedad, circunstancia que en estos momenos perjudicó como ninguna otra la política del Rey. Pero Autofrádates y Farnábazo, el hijo de Artábazo (a quien por ser sobrino suyo le había confiado el moribundo el mando hasta que Darío resolviera algo en este sentido) prosiguieron con todo empeño el bloqueo.

4 Los mitileneos, que se encontraban apartados de sus tierras e impedidos por mar debido a las muchas naves allí fondeadas, enviaron una embajada a Farnábazo y llegaron al siguiente compromiso: primero, despedir a los extranjeros que, merced a la alianza con Alejandro, estaban con ellos; romper las estelas en que se habían registrado los pactos entre ellos y Alejandro; declararse aliados de Darío conforme al tratado de paz convenido entre Antálcidas y el rey persa, [Darío] [128]; finalmente, acoger a los desterrados [129], que

[128] El texto nos ha transmitido el nombre del rey Darío como copartícipe de la firma de la paz con Antálcidas. La verdad histórica es que el rey persa signatario fue Artajerjes II, por lo que no cabe entender aquí el nombre de Darío más que, o como un error de Arriano, o como una glosa in-

disfrutarían a partir de ahora de la mitad de los bienes de que disponían cuando fueron exiliados. Con 5
estas condiciones llegaron a un acuerdo mitileneos y persas. Sin embargo, Farnábazo y Autofrádates, tan pronto estuvieron dentro de la ciudad, asentaron en ella una guarnición, y establecieron como comandante de la misma al rodio Licomedes, y a Diógenes, uno de los desterrados, lo nombraron soberano de la ciudad. Finalmente hicieron pagar una multa a los mitileneos, exigiendo por la fuerza una parte de ella a los que tenían bienes de fortuna, y haciendo recaer otra parte sobre la comunidad[130].

Dispuesto esto así, Farnábazo navegó hasta Licia 2
con los mercenarios extranjeros, mientras Autofrádates ponía rumbo hacia las otras islas. Por este tiempo, envió Darío a Timondas, hijo de Méntor[131], para que recogiera a los mercenarios de Farnábazo y los condujera ante sí, y con el encargo para Farnábazo de que se pusiera al frente de las tropas que hasta ahora había mandado Memnón. Entregados los mercenarios 2
a Timondas, Farnábazo se hizo a la mar en busca de las naves de Autofrádates. Una vez reunidos, enviaron

---

troducida en el texto. En cualquier caso la desechamos como errónea. — El tratado de paz del año 386 lleva el nombre del general espartano Antálcidas por haber sido éste el verdadero promotor de la misma. En sus cláusulas se reconocía la cesión de las ciudades griegas de Asia Menor al Imperio persa, aunque no quedaban incluidas las ciudades isleñas, como es el caso presente de la ciudad de Mitilene. Sobre esta paz de Antálcidas, remitimos a los trabajos de T. T. B. Ryder, *Koine Eirene...*, y E. I. Mikrojannakis, «Ep'Antalcídoy Eirene», *Athena* 71 (1970), 236-281.

129 Sobre los desterrados y las presiones políticas ejercidas para conseguir su regreso, cf. E. Balogh, *Political Refugees in Ancient Greece from the Period of the Tyrants to Alexander the Great*, Johannesburgo, 1943.

130 Este tipo de imposiciones es frecuente.

131 Hermano del recién fallecido Memnón.

diez naves a las Cícladas, bajo el mando del persa Datames, mientras ellos continuaban la navegación con cien naves hacia Ténedos. Al poco arribaron al puerto llamado Boreal, desde donde despacharon una embajada a los habitantes de Ténedos con órdenes de destruir las estelas en que se habían registrado los pactos con Alejandro, y respetar la paz que convinieron [con Darío][132] en tiempos de Antálcidas.

3 Los habitantes de Ténedos[133] estaban favorablemente dispuestos para con Alejandro y los griegos, pero en el momento presente parecía imposible su salvación si no cedían a las condiciones de los persas, toda vez que Hegéloco (a quien Alejandro había encargado reunir una poderosa flota) no había podido juntar una que fuera suficiente para esperar de ella en breve plazo una posibilidad de salvación. De este modo, pues, los de Farnábazo lograron entrar en Ténedos, más por miedo de sus habitantes que porque accedieran de buen grado.

4 En esto, Próteas, el hijo de Andronico, que se encontraba por Eubea y el Peloponeso reclutando largas naves de guerra por orden de Antípatro, para contribuir a la defensa de las islas y de Grecia continental en el caso de que los bárbaros, como se sospechaba, la atacaran, al tener noticias de que Datames estaba anclado junto a Sifnos con diez naves, se hizo a la mar durante la noche con quince naves desde Calcis, ciudad vecina del Euripo[134]. Muy de mañana se acercó a la

---

132 Remitimos a nuestra n. 128.

133 Ténedos, al igual que Quíos y la ciudad de Mitilene, tenía cierto compromiso de alianza con Alejandro, al ser todas ellas componentes de la Liga de Corinto. Más detalles, en E. Bickermann, «Alexandre le Grand et les villes d'Asie», *Rev. Étud. Grec.* 47 (1934), 346-374.

134 Es el estrecho que separa la isla de Eubea del continente. En efecto, la ciudad de Calcis es su principal puerto.

isla de Cicno, donde acampó todo ese día para cerciorarse de la situación de las diez naves enemigas y caer sobre los fenicios durante la noche, momento en que más les atemorizarían. Después de asegurarse de que Dátames estaba anclado con sus naves en Sifnos, se hizo a la mar siendo aún de noche, y cayendo sobre ellos inesperadamente al despuntar el alba, capturó ocho naves con sus tripulaciones. Dátames, sin embargo, intentó la huida a escondidas con dos trirremes, al producirse el primer ataque de las naves de Próteas, y consiguió salvarse, llegando hasta donde estaba el resto de la escuadra.

El nudo gordiano

Una vez Alejandro en Gordio, 3
se apoderó de él un vivo deseo[135] de subir a la ciudadela, donde se encontraba el palacio de Gordio y de su hijo Midas, para ver su carro y el nudo del yugo de su carro. Existía una leyen- 2
da[136] muy difundida entre los habitantes de la región[137] a propósito de aquel carro. Decían, en efecto, que Gordio fue un antiguo pobre frigio que sólo poseía un puñado de tierra que trabajar y dos yuntas de bueyes;

---

135 Sobre el *póthos* de Alejandro, remitimos a nuestra n. 21. Además de lo allí dicho, puede consultarse una exposición de los verdaderos motivos por los que Alejandro quería visitar Gordio, en E. A. FREDRICKSMEYER, «Alexander, Midas and the Oracle at Gordium», *Class. Philol.* 56 (1961), 160-168.

136 Sus dotes proféticas aparecen ya en los más antiguos relatos (cf. HERÓDOTO, I 78, I 84, etc.). En torno a expertos en la oniromancia y la teratomancia (cf. NONNO, *Ad Gregorri Orat. I. C. Iulian.*, en P. G. Migne, XXXVI, col. 1021D), también CICERÓN emitió su veredicto en *De divin.* I 94: «in ostendis animadvertendis diligentes». Puede consultarse también con provecho, *s. v.* «Telmessos», *RE*, cols. 413-416.

137 Esta leyenda no está tomada de la *Vulgata*, sino que estaba en alguna de las principales fuentes de Arriano. Cf. M. A. LEVI, *Introd. ad Aless. Magno...*, pág. 298.

una le servía para arar, y con la otra Gordio llevaba
3 el carro. Encontrándose cierto día arando, un águila se posó sobre el yugo y permaneció posada en él hasta que fue la hora de desuncir los bueyes; Gordio, maravillado ante lo que veía, se puso en marcha a dar conocimiento del prodigio a los adivinos telmiseos[138], ya que estos telmiseos eran sabios en la interpretación de prodigios, don éste que habían heredado (y que tam-
4 bién poseían sus mujeres y niños) de sus mayores. Al acercarse a un poblado telmiseo, se encontró con una joven que estaba sacando agua, y le contó lo que le había sucedido con el águila. Ella (que también era de familia adivina) le ordenó que regresara a aquel sitio e hiciera un sacrificio a Zeus Rey. Pidióle él que le acompañara y le explicara el sacrificio, y Gordio lo celebró tal como ella le había indicado. De sus relaciones con la muchacha les nació un hijo al que lla-
5 maron Midas. Llegado a la edad adulta, fue Midas un hombre noble y de buen porte; pues bien, sufrían por aquel entonces los frigios una guerra civil y les había vaticinado el oráculo que un carro les traería un rey que pondría fin a su guerra fratricida. Cuando aún estaban éstos deliberando sobre ello, apareció Midas acompañado de su padre y de su madre, e hizo detener
6 su carro en plena asamblea. Los frigios, interpretando el oráculo, reconocieron en él a aquel hombre que, según el dios, vendría en el carro. A continuación le hicieron su rey, y fue así como Midas puso fin a la guerra civil. En agradecimiento a Zeus Rey por ha-

138 En diversas ocasiones aparece, en Arriano, el testimonio de primera mano aportado por los propios habitantes del lugar acerca de leyendas, costumbres o tradiciones locales. (Cf., más adelante: II 5, 4, VI 1, 5 y VI 24, 2.) Al respecto, cf. el trabajo de H. Verdin, «Notes sur l'attitude des historiens grecs à l'égard de la tradition locale», *Anc. Soc.* 1 (1970), 183-200.

berle enviado el águila, depositó el carro de su padre como ofrenda en la acrópolis de la ciudad.

A más de ésta, corría otra leyenda sobre este carro[139]: estaba vaticinado que quien fuera capaz de soltar el nudo del yugo del carro gobernaría en toda el Asia[140]. El nudo era de hilachas de cornejo, y parecía 7
no tener principio ni fin. Alejandro, en vista de lo difícil que resultaba encontrar un modo de desatarlo y como, de otra parte, no podía consentir que quedara atado, no fuera a ser que ello influyera en el ánimo de sus hombres, cercenó —según dicen— el nudo con un golpe de su espada y exclamó: ¡Ya está desatado![141].

Aristobulo, sin embargo, cuenta que Alejandro, desenganchando la clavija de la lanza del carro (se trataba de una estaquilla que atraviesa de parte a parte la lanza), sujetó simultáneamente el nudo hasta liberar el yugo de la lanza del carro.

No puedo yo precisar de qué modo actuó Alejandro 8
en este asunto del nudo; el caso es que él y los suyos dejaron el carro seguros de que el oráculo sobre la liberación del nudo estaba cumplido, pues además también aquella noche hubo truenos y relámpagos en el cielo, como indicios de algo prodigioso. Alejandro, a la vista de ello, ofreció al día siguiente sacrificios en

---

139 La bibliografía, extensísima, sobre el tema puede consultarse en J. Seibert, págs. 92-96 y 268-269. Véase, también, el trabajo de P. Frei, «Das Wagen von Gordion», *Mus. Helv.* 29 (1972), 110-123.

140 Es decir, del Imperio persa. Se ha querido ver también en este nudo un simbolismo mítico, vinculado a la divinidad como lazo del universo. Así, L. Schmidt, «Der gordische Knoten und seine Lösung», *Antaios* 1 (1959), 305-318, y W. Deonna, «Le noeud gordien», *Rev. Ét. Grec.* 31 (1918), 39-82.

141 Hay que dejar constancia de la falsedad histórica de que Alejandro cortara el nudo con un tajo de su espada, aunque, como dice Tarn, *Alexander*, I, 22: «has become too famous ever to be displaced».

honor de los dioses que habían manifestado estas señales por la desatadura del nudo.

Alejandro enfermo

4 Al día siguiente, Alejandro se puso en camino hacia Ancira [142], en Galacia. Se presentó ante él una embajada del pueblo paflagonio con ofertas de sumisión y promesas de formalizar un pacto, solicitándole a cambio no entrar en el país por la fuerza. Alejandro les
2 ordenó que prestaran obediencia a Cala, el sátrapa de Frigia, mientras él se adentraba en la región de Capadocia, atrayéndose a su bando a toda la zona hasta el río Halis, y gran parte de la del otro lado del río. Dejó a Sabictas como sátrapa de Capadocia, y se puso al frente de sus tropas en dirección a las Puertas Cilicias [143].

3 Al poco llegó al campamento de Ciro (a quien acompañara Jenofonte en su expedición), y al ver que las Puertas [144] estaban custodiadas por una poderosa guarnición, dejó allí a Parmenión con los batallones de infantería que estaban dotados de armamento más pesado, mientras que él, a la hora del cambio de la primera guardia, tomó a sus hipaspistas, arqueros y agrianes, y avanzó durante la noche contra las Puertas, con intención de caer sobre la guardia cogiéndolos por
4 sorpresa. Aunque su avance no pasó desapercibido, su acto de osadía tuvo el mismo efecto, ya que los centinelas, al ver que era el propio Alejandro quien abría

---

142 Esto es, Ankara.

143 El paso por este lugar era en extremo dificultoso, hasta el punto de que un camello cargado no podía pasar por él, según la frase de JENOFONTE, *Anábasis* I 2 20. Sin llegar a esos extremos, la angostura es notable, como puede apreciarse en la foto de P. GREEN, *Alexander the Great*, Londres, 1970.

144 Corresponde al actual Golek-Boghaz, que es uno de los principales pasos de Capadocia a Cilicia.

la expedición, abandonaron su puesto y se retiraron en huida. Al día siguiente, a la hora del alba, cruzó con todas sus fuerzas las Puertas, iniciando así el descenso hacia Cilicia. Le llegaron noticias por enton- 5
ces de que Arsames, que antes planeaba conservar la ciudad de Tarso[145] para los persas, pensó ahora abandonarla al haberse enterado de que Alejandro ya había sobrepasado las Puertas, por lo cual los habitantes de Tarso temían que Arsames se entregara al saqueo de la ciudad antes de abandonarla. Enterado de esto Ale- 6
jandro, llevó a la carrera hacia Tarso a la caballería y las tropas más ligeras, para que Arsames, al percatarse de lo inmediato de su ataque, abandonara Tarso y se reuniera con el rey Darío sin dejarle expoliar la ciudad.

Dice Aristobulo que Alejandro fue víctima aquí de 7
una enfermedad; según otros[146], sin embargo, ocurrió que Alejandro contrajo unas fuertes fiebres que le provocaron convulsiones e insomnio después de haberse bañado (sudoroso y acalorado como estaba) durante un buen rato en el río Cidno, cuyas aguas fluyen puras y frías por medio de la ciudad, después de atravesar una zona despejada desde las cimas del monte Tauro. Los médicos creyeron que Alejandro no 8
sobreviviría, aunque Filipo, un médico acarnanio que acompañaba a Alejandro y que gozaba de fama de hombre entendido en medicina, y que era además de acreditado comportamiento en el campo de batalla, fue partidario de purgar a Alejandro, quien a su vez se mostraba plenamente de acuerdo con el tratamiento. Mas ocurrió que cuando ya le preparaban la copa, le 9

---

145 Tarso se halla en Cilicia, al borde del mar, en la parte más sur-oriental de Asia Menor.

146 Esto es, la *Vulgata*. Coincide con la versión de Arriano la que nos relata PLUTARCO, *Alejandro* 19.

fue entregada a Alejandro una carta de parte de Parmenión que decía: «Cuídate de Filipo, he oído que ha sido comprado por el dinero de Darío para darte muerte mediante un brebaje.» Alejandro leyó la nota con atención, y teniéndola aún en la mano, cogió la copa de purgante y dio a leer a Filipo la nota, bebiéndose el purgante al tiempo[147] que Filipo leía la nota de Parmenión.

10 Al poco rato se hizo evidente que Filipo había acertado plenamente en la prescripción del remedio; es más, no se turbó siquiera al leer la nota, sino que lo único que le rogó a Alejandro fue que le obedeciera hasta el final en cuanto le había recomendado, porque su salvación dependía de que siguiera sus instruccio-
11 nes. En verdad, el purgante hizo efecto y cesó su dolencia.

Alejandro dio pruebas así a Filipo de ser un amigo que da crédito a sus amigos, y las dio también a sus generales de que él confiaba plenamente en sus amigos incluso ante circunstancias insospechadas[148], demostrándoles al mismo tiempo su valentía frente a la muerte.

Alejandro en Tarso

5 Poco después envió a Parmenión hacia el otro paso que divide el territorio cilicio del asirio para que lo ocupara él primero y poder controlar desde allí todos los accesos. Cedió a Parmenión para que le acompañaran toda la infantería aliada, los mercenarios griegos y los tracios que mandaba Sitalces, así como los jinetes te-

147 En la versión del de Queronea hay un detalle importante, y es que Alejandro muestra a Filipo la carta de Parmenión después de haber ingerido la droga.

148 Los acontecimientos luctuosos (muerte de Filotas, Parmenión, etc.) que luego acaecieron demostraron que no existió tal confianza. Cf. III 26.

salios. Alejandro fue el último en levantar el campamento de Tarso, para llegar al día siguiente a la ciudad de Anquíalo, que, según la leyenda, había construido el asirio Sardanápalo. Por su perímetro y por los cimientos de sus murallas se veía que esta ciudad había sido una gran construcción, y que su poderío había debido alcanzar gran importancia. La tumba de Sardanápalo está cerca de los muros de Anquíalo, y el propio Sardanápalo está sentado sobre ella, con sus manos entrelazadas como si fuera a tocar palmas, y había inscrito en ella un epigrama en caracteres asirios [149]; según los asirios, era una inscripción en verso y el sentido de sus palabras, el siguiente: «SARDANÁPALO, EL HIJO DE ANACINDARAJES, CONSTRUYÓ LAS CIUDADES DE ANQUÍALO Y TARSO EN UN SOLO DÍA. TÚ, EXTRANJERO, COME Y BEBE Y DIVIÉRTETE, PORQUE TODO LO DEMÁS EN LA VIDA NO VALE ESTO» (aludía al aplauso que las palmas hacen al batir), aunque decían que el «DIVIÉRTETE» tenía en lengua asiria mayor picardía [150].

Desde Anquíalo llegó Alejandro a Solos, e impuso a 5
sus habitantes una guarnición y los penalizó con una multa [151] de doscientos talentos de plata por haberse mostrado mejor predispuestos para con los persas.
Reuniendo tres batallones de infantería macedonios, 6
todos los arqueros y los agrianes, partió desde aquí contra los cilicios que ocupaban las alturas. En total

[149] En escritura cuneiforme.

[150] Varios otros autores nos han conservado esta anécdota. Por ejemplo, ESTRABÓN, XIV 5, 9; ATENEO, 530A-B, aunque es ésta de Arriano la más completa.

[151] Frecuentemente Alejandro imponía este tipo de sanciones económicas (si no otras mayores) a las ciudades que habían manifestado abiertamente sus simpatías por los persas; así, con Aspendo (I 26, 3, 37, 4); aunque a veces, por razones de conveniencia política o por reconocer que los ciudadanos habían actuado así por no quedarles otro remedio, los eximía de toda culpa.

empleó siete días en desalojar por la fuerza a unos y atraerse a otros mediante pactos; al cabo de este tiempo regresó a Solos.

7 Tuvo noticias entonces de que Tolomeo y Asandro habían derrotado a Orontóbates, el persa encargado de la protección de la ciudadela de Halicarnaso y de la custodia de Mindo, Cauno, Tera y Calípolis, y a quien estaban sometidas también Cos y Triopio. La nota le decía que Orontóbates había sido derrotado en una gran batalla en la que habían muerto setecientos de sus infantes y unos cincuenta jinetes, a más de habér-
8 sele capturado no menos de mil prisioneros[152]. En Solos, Alejandro ofreció un sacrificio a Asclepio, participando él en persona y todo el ejército, y celebró una carrera de antorchas e instituyó un certamen gimnástico y literario. A los habitantes de la ciudad les permitió gobernarse según su régimen democrático[153].

Poco después se puso de nuevo en marcha en dirección a Tarso, y mientras tanto envió a Filotas al frente de la caballería para que se dirigiera a través de la
9 llanura de Aleia hacia el río Píramo, mientras él se acercaba con la infantería y el escuadrón real a Magarso, donde ofreció sacrificios a Atenea de Magarso. Desde aquí marchó a Malo, y sacrificó según correspondía a su héroe Anfíloco. Acabó con la revuelta civil en que encontró a sus habitantes, y perdonó los tributos que pagaban al rey Darío, ya que la ciudad de Malo era una colonia de Argos, y él se consideraba descendiente de los Heraclidas de Argos.

152 Noticias también en Q. Curcio, VII 4.

153 Remitimos a lo dicho en n. 92, sobre el criterio y la conveniencia de Alejandro en cuanto a fomentar los regímenes democráticos.

En busca de Darío

Permanecía aún Alejandro en Malo cuando le llegaron noticias de que Darío estaba con todo su ejército acampado en Socos. Es éste un lugar del territorio asirio que dista unos dos días de marcha de las Puertas Asirias. Reunió Alejandro a sus Compañeros para comunicarles las noticias sobre Darío y su ejército, tras lo cual éstos le aconsejaron avanzar desde allí según 6
estaban. Elogiándoles su buen acuerdo, disolvió la 2
reunión, y al día siguiente se puso al frente de su ejército a la busca de Darío y los persas. Al segundo día de marcha atravesó las Puertas y acampó junto a la ciudad de Miriandro[154]. Por la noche sobrevino una fuerte tormenta de agua y viento violento que retuvo a Alejandro en el campamento.

Darío, mientras tanto, entretenía su ejército en una 3
llanura del territorio asirio, despejada por todas partes, la más conveniente para lo numeroso de su ejército y muy indicada para las maniobras de su caballería. Amintas, el hijo de Antíoco, que había desertado de Alejandro, le había aconsejado a Darío no abandonar este lugar, pues el sitio era de suficiente amplitud para

---

154 El itinerario de Malo a Miriandro (a pesar de que el exacto emplazamiento de la primera ciudad no se conoce) debió de suponerle una marcha de no menos de 100 km., en menos de cuarenta y ocho h. Es verdad que, según FULLER, *The Generalship of Alexander the Great*, Londres, 1958, pág. 156, una expedición francesa recorrió, en 1797, una distancia similar (mas se trataba de las llanuras del N. de Italia, que no son comparables con estos parajes de Cilicia), para presentar inmediatamente batalla al enemigo. Por ello BRUNT se pregunta si Alejandro tuvo alguna urgente necesidad de hacer tan gran esfuerzo hasta llegar a extenuar a sus hombres, o si hay que suponer que hicieran una pausa en Iso (etapa intermedia) y, desde allí, alcanzaría Miriandro en dos días.

lo numeroso de los preparativos del ejército persa[155].
4 Darío aguardó allí, pero como Alejandro se había demorado mucho en Tarso a causa de su enfermedad, y no poco en Solos mientras ofrecía sacrificios y organizaba una solemne procesión[156] (también le había llevado mucho tiempo su marcha contra los cilicios, habitantes de los montes), todo esto hizo dudar a Darío sobre lo acertado de su determinación.

El rey Darío era una persona que de buen grado se veía atraído hacia la versión más optimista de las cosas, animado a ello por quienes siempre están (y estarán, para desgracia de los que en cada momento
5 reinan[157]) por adulación junto a los reyes, llegó a creer que Alejandro no quería continuar su avance, sino que se había detenido al enterarse de que Darío se había puesto en marcha en su busca. De todas partes daban ánimos a Darío, insistiéndole en que con su caballería destrozaría el ejército macedonio. Fue Amintas, tan sólo, quien persistió en la idea de que Alejandro acudiría al encuentro de Darío, estuviera éste donde estuviera, y por ello le aconsejaba que aguardara allí.
6 Prevaleció, sin embargo, el consejo peor, que era en aquel momento el más grato de oír.

Cierto azar divino llevó a Darío a un terreno en el que no podía obtener mucha utilidad de su caballería, ni de la multitud de sus hombres, ni de sus jabalinas ni flechas; no pudo poner allí de manifiesto la bri-

---

155 Q. Curcio, en cambio, VIII 1-11, transmite el relato de forma muy distinta.

156 El plan de Alejandro parece haber sido precisamente éste: demorar su avance a ver si Darío se impacientaba y salía a buscarle hasta el territorio de las colinas de Cilicia.

157 El comentario crítico de estas líneas es personal de Arriano. Aparece, por lo demás, en otros pasajes con una relativa frecuencia; así, en IV 8, 3 (a propósito de los aduladores de Alejandro), VII 12, 5 y VII 29, 1.

llantez de su ejército, sino que regaló a Alejandro y a los suyos una fácil victoria. La Necesidad ya había 7
impuesto que los persas fueran despojados de su imperio en Asia por los macedonios, al igual que los medos lo habían sido por parte de los persas, e incluso antes los asirios por parte de los medos[158].

Marcha hacia Iso y arenga de Alejandro

Atravesando Darío el monte 7
por el llamado paso Amánico, marchó hacia Iso, hasta ponerse a espaldas de Alejandro sin que éste se apercibiera[159]. Capturó la ciudad de Iso y dio muerte, después de cruel tortura, a cuantos macedonios cayeron en sus manos por haber quedado abandonados en el camino aquejados de alguna enfermedad. Al día siguiente continuó su marcha hasta el río Pínaro. Alejandro, al tener noticias de que 2
Darío se encontraba en su propia retaguardia (aunque no le parecía totalmente digna de crédito esta información), hizo embarcar en un triacóntoro a algunos de sus Compañeros, y los envió a retaguardia, a Iso, para que se informaran sobre si eran reales o no las noticias que le habían llegado. Éstos, haciéndose a la mar en la nave y debido a que el mar forma allí una especie de golfo, pudieron observar con gran facilidad que los persas estaban allí acampados, y así comunicaron a Alejandro que Darío estaba a su alcance[160].

Alejandro convocó a los generales, a los comandan- 3
tes de caballería y a los jefes aliados y les exhortó[161]

---

158 Vuelve a aparacer el comentario personal del propio Arriano.

159 Hay dos pasos para adentrarse desde Cilicia en las regiones situadas más al E.; uno de ellos es a través de las Puertas Sirias, y el segundo, por las llamadas Puertas Amánicas, y fue por aquí por donde, inesperadamente para Alejandro, movió Darío su ejército.

160 El relato coincide con el de Q. Curcio, VIII 16-19.

161 La forma en que Arriano nos relata esta exhortación de

a que se comportasen con valor, confiados en el éxito de las situaciones de peligro ya vividas, y por el hecho de que el próximo iba a ser un combate entre ellos, ya antes vencedores, contra quienes ya habían sido derrotados, y que, además, la divinidad[162] combatía con ellos como su mejor aliado y estratega, ya que había inducido a Darío a encerrar sus tropas en los lugares más angostos, en vez de dejarlas en los de mayor amplitud, espacio aquel que, aunque también era muy justo para poder desplegar la falange macedonia, no ofrecía provecho alguno al ejército persa que, por otra parte, no era en nada equiparable a sus tropas, ni en vigor ni en decisión en el transcurso de una batalla.

4 Se trataba de macedonios contra persas y medos, gente ésta habituada desde antiguo a la molicie, mientras que ellos se hallaban ejercitados, tiempo ha, en las fatigas que comportan los riesgos de la guerra; pero, sobre todo, iba a tratarse de un combate de hombres

---

Alejandro reposa sobre un discurso directo en boca de Alejandro. Parece ser influencia de Tucídides la idea de que, antes de cualquier hecho de armas, sea el general quien dirija unas palabras a sus hombres en un discurso o arenga. Con gran perspicacia, ha sido M. A. Levi, quien en su *Introd. ad Aless. Magno*, pág. 299, nos llama la atención sobre un detalle importante al respecto, ya que «in questo senso, i discorsi che accompagnano la storia di Alessandro e delle sue imprese in Arriano potrebbero essere facilmente considerati prova di reelaborazione recenziori di testi molto vicini ad Alessandro stesso, la cui forma, racconto di campagne militari e discorsi, che tengono il posto che hanno già nella dinamica dell'opera tucididea, deriva invece da un testo recenziore che ha avuto molta influenza su Arriano e su Plutarco».

162 Con gran habilidad hace Alejandro intervenir el apoyo de la divinidad a su causa en los momentos más difíciles, después de haber hecho un somero repaso de la disposición táctica de ambos bandos. Adviértase la deliberada distinción entre griegos y macedonios; pasajes paralelos son: II 10, 7; II 14, 4; III 22, 2; IV 11, 8; V 26, 6, etc.

libres contra esclavos, quienes combatirían cuerpo a
cuerpo. Hay diferencias, decía Alejandro, incluso entre
los griegos que luchan de nuestra parte y los que están
del lado de Darío, ya que no combaten por los mismos
ideales; los de Darío lo hacen por una soldada (y
tampoco es que sea nada espléndida), los de nuestro
bando en cambio lo hacen libremente, en defensa de
Grecia. Por lo que respecta a nuestras tropas extran- 5
jeras, son tracios, peonios, ilirios y agrianes, los más
bravos de Europa y los más combativos, los que se
opondrán a los pueblos más débiles y afeminados del
Asia. Aún hay más: es un Alejandro quien marcha al
frente de sus tropas contra un Darío [163]. Todo esto se 6
acumulaba en favor de su victoria en el combate. Ma-
nifestó también a sus jefes que tendrían una gran re-
compensa después de afrontar estos nuevos peligros,
ya que en esta ocasión no se trataba de quedar ven-
cedores de los sátrapas de Darío, ni sobre la caba-
llería que formó en Gránico, ni sobre los veinte mil
mercenarios extranjeros, sino que ahora iban a derro-
tar la flor y nata de los persas y de cuantos otros pue-
blos habitan el Asia sometidos a medos y persas; el
gran Rey en persona se hallaba allí, y era de esperar
que después de esta batalla ya no les quedaría a ellos
sino el dominio de todo el Asia, y encontrar en ello el
final de sus muchos sufrimientos. A más de lo dicho, 7
les recordó lo que hasta ahora ya habían hecho tan
brillantemente por el bien común y las bellas hazañas
que en particular habían protagonizado, mencionando
a cada uno por su nombre al referir cada hazaña. Pasó
revista también, con delicadeza y para no ofender a los

---

163 Evidentemente, el pasaje tiene un claro tinte retórico. Más adelante se verá cómo el propio Arriano pone en boca de Alejandro que la batalla será fiera y dura, pues van a luchar contra el Gran Rey en persona.

8 demás, a su propio comportamiento en las batallas. Se dice[164] que trajo a colación a Jenofonte y los diez mil que con él fueron, a los que consideraba en nada equiparables a ellos mismos, ni por su número, ni por su reputación; además, aquéllos no dispusieron de una caballería como la tesalia, beocia o peloponesia, o la macedonia o la tracia, ni en tal cantidad como lo que con ellos estaba alineada; tampoco dispusieron de arqueros ni honderos (a no ser unos pocos cretenses o rodios, improvisados por Jenofonte[165] ante la inmi-
9 nencia del peligro); y sin embargo, éstos habían conseguido hacer huir al Rey con todo su poderío a las puertas mismas de Babilonia[166], y llegaron a atacar con éxito a las tribus que sobre ellos caían al bajar en su camino hacia el ponto Euxino.

También les animó con todo aquello que es natural que un buen jefe anime en tales circunstancias de peligro a sus valerosos hombres. Éstos, cada uno por su lado, daban la mano en señal de bienvenida a su rey, y aclamándole por sus palabras, le pedían que se pusiera ya al frente de ellos.

Batalla de Iso

8 Alejandro les recomedó entonces tomar la comida, aunque adelantó a unos pocos jinetes y arqueros hacia las Puertas, a fin de que inspeccionaran de antemano el camino de su retaguardia. A la noche, él mismo reunió a todo el ejército y se puso en marcha para
2 controlar de nuevo las Puertas. Cuando, a eso de la media noche, se hizo de nuevo con el control de los accesos, dejó descansar el resto de la noche a su ejército

---

164 De nuevo la *Vulgata*.

165 Es fácil que el propio Alejandro hubiera leído directamente la obra de Jenofonte, de ahí el detalle de sus citas.

166 En Cunaxa, a unos 60 km. de Babilonia.

allí, sobre las peñas, no sin haber fijado previamente y con cuidado unos centinelas. Al amanecer bajó de las Puertas al camino, conduciendo al principio sus tropas en columna, debido a la extrema angostura del paso, y a medida que éste ganaba en amplitud desplegó su marcha en columna, hasta adoptar la formación en falange, conduciendo uno tras otro[167] los batallones de hoplitas; por un lado justo hasta el monte, y por la izquierda hasta llegar al mar.

La caballería estuvo situada hasta este momento 3
detrás de la infantería, pero cuando avanzaron a un espacio más abierto, colocó en seguida a sus hombres en orden de batalla; primero, en el flanco derecho y junto al monte, el *ágēma* de infantería y los hipaspistas, a cuyo frente figuraba Nicanor, el hijo de Parmenión; a continuación, el batallón de Ceno, y a su lado, el de Perdicas. Ésta fue la disposición en que estaban ordenadas sus tropas, empezando desde la derecha hasta el centro de la infantería. En el flanco izquierdo 4
formaba el primero el batallón de Amintas, a continuación el de Tolomeo, y seguidamente el de Meleagro. Cratero estaba alineado como jefe de la infantería a

---

167 Este empleo del *állos kaì állos* se remonta a Jenofonte, quien usa esta locución cuando quiere conferir al relato una mayor fuerza impresiva o un efecto colorista más intenso. Como es sabido, este tema de la influencia del estilo de Jenofonte en Arriano está bien estudiado. El curioso, y mejor si interesado, lector puede ojear con provecho, al respecto, H. R. GRUDMANN, *Quid in elocutione Arriani Herodoto debeatur*, tesis doct., Berlín, 1844 (que es de donde se han extraído los ejemplos que más adelante se citan), e igualmente, *De Arriani dicendi genere*, de AUG. BOEHNER, Erlangen, 1885. Grundmann dedica sus primeras páginas, exactamente de la 4 a la 12, al estudio de la influencia de Jenofonte. Concretamente, en la 11, y a propósito de la locución que comentamos, cita los siguientes paralelos: JENOFONTE, *Anábasis* I 5, 12; II 4, 26; V 2, 29; frente a ARRIANO, *Anábasis* II 8, 2; VI 9, 6, etc.

la izquierda, y Parmenión era el comandante general de todo el flanco izquierdo. Alejandro dio a éste instrucciones de no abandonar el borde del mar para evitar ser envueltos por los bárbaros, ya que éstos, por su número, desbordarían las alas de la falange macedonia [168].

5 Al tener noticias Darío de que Alejandro avanzaba
en orden de batalla, ordenó que treinta mil jinetes
atravesaran el río Pínaro, acompañados de veinte mil
hombres de infantería ligera, a fin de poder organizar
6 las restantes fuerzas con tranquilidad. En cabeza de
sus hoplitas, y frente a la falange macedonia, colocó
a los mercenarios griegos [169], unos treinta mil. Tras
éstos, a los llamados cardacos [170], a ambos flancos, unos
sesenta mil, que eran también hoplitas. A todos ellos

---

168 El relato de POLIBIO, XII 17-22, se aparta considerablemente del de Calístenes.

169 Es un tema de sumo interés el papel que los griegos han desempeñado como mercenarios al servicio de diversas potencias. El trabajo más aconsejable sigue siendo el de H. W. PARKE, *Greek Mercenary Soldiers*, Oxford, 1970 (reimpresión), primera edición de 1933. — En esta época encontramos griegos mercenarios al servicio del rey persa, mercenarios en el ejército de Alejandro y, también, sirviendo en otros ejércitos antimacedónicos. En el trabajo de Parke encontramos tabulados los contingentes mercenarios de etnia griega en diversos momentos de las campañas de Alejandro, llegándose a la conclusión de que el macedonio utilizó, en el total de sus campañas, unos 42.700 mercenarios griegos de infantería y un total también de 5.180 jinetes como mínimo. Hemos de citar también otros trabajos, como los de K. GROTE, *Das griechische Söldnerwesen der hellenistischen Zeit*, tesis doct., Jena, 1913; G. T. GRIFFITH, *The Mercenaries of the Hellenistic World*, Cambridge, 1935, especialmente págs. 8-32, y U. KAHRSTEDT, «Das athenische Kontingent zum Alexanderzuge», *Hermes* (1936), 120-124.

170 Cf. ESTRABÓN, XIV 3, 18. En opinión de J. F. C. FULLER, *The Generalship of Alexander the Great*, se trataba de soldados equipados como peltastas, y no de un cuerpo de infantería pesada.

daba cabida el espacio donde formaron en orden de falange simple. 7 Colocó además unos veinte mil en el monte de su izquierda, frente al flanco derecho de Alejandro. Algunos de éstos quedaron a la espalda de Alejandro, porque el monte en que habían sido situados se abría aquí y allá en entrantes semejantes a las ensenadas del mar[171], pero en seguida el monte retrocedía formando un recodo que dejaba a los que ocupaban las alturas a la retaguardia del flanco derecho de Alejandro. 8 El resto de sus tropas de infantería ligera y pesada quedó ordenado en fondo, aunque su agrupamiento por naciones no resultó muy útil, pues quedaban detrás de los mercenarios griegos y del cuerpo del ejército persa formado en orden de falange. Se decía que el total del ejército de Darío alcanzaba aproximadamente la cifra de seiscientos mil combatientes[172].

9 Alejandro, al ver que según avanzaba él el terreno se abría haciéndose algo más llano, adelantó su caballería, los llamados Compañeros, la caballería tesalia y los macedonios[173]. A éstos los colocó en el flanco de-

---

171 Para la exacta ubicación del lugar de la batalla, cf. un resumen de la cuestión en J. Seibert, págs. 98-99 y 269.

172 Las cifras son fabulosas. Se nos habla de una línea de choque compuesta de 140.000, a los que se añaden 460.000 de retaguardia, lo que hace un total de 600.000 combatientes (en Diodoro se reducen un poco: 500.000, y en Q. Curcio, III 2, aún más: 310.000). Es ya tradicional la hipérbole en casos semejantes (recuérdese que Jenofonte, *Anábasis* I 7, 12, nos habla de un millón de persas en la batalla de Cunaxa) para aumentar la importancia de la derrota enemiga. Por otra parte, la cifra citada de mercenarios griegos (unos 30.000) es del todo insostenible; cf. H. W. Parke, *Greek Mercenary...*, n. 169. — Lo único que de verdad pueden demostrar estas cifras es que el ejército de Darío era considerablemente más numeroso que las fuerzas de Alejandro. Es posible que una cantidad en torno a los 75.000 hombres sea una estimación real.

173 Debe de tratarse de un contingente de *pródromos*, como

recho, donde él mismo estaba, y envió a los del Peloponeso y el resto de los aliados hacia el flanco izquierdo, con Parmenión.

10 Darío, una vez desplegada su falange, reclamó mediante señales la presencia de la caballería que se hallaba delante del río, haciendo frente a Parmenión, para que le cubriera el despliegue de sus tropas. A la mayor parte de éstos los colocó en el flanco derecho, del lado del mar, frente a Parmenión, por ser aquél el terreno más apto para la caballería, aunque separó una porción de ellos y los envió al flanco izquierdo, hacia los montes. Sin embargo, al parecerle que éstos tendrían allí escasa rentabilidad a causa de lo angosto del lugar, ordenó a la mayoría de ellos que continuaran cabalgando en dirección a su propio flanco derecho. Darío en persona ocupaba el centro de toda la formación, según costumbre establecida entre los reyes persas. Jenofonte[174], el hijo de Grilo, nos ha dejado cuidadosamente descrita la intencionalidad de esta formación.

9 Y en esto, Alejandro, percatándose de que la casi totalidad de la caballería persa había cambiado de emplazamiento y ocupaba ahora su flanco izquierdo, hacia el mar, y de que él en esa parte sólo disponía de los peloponesios y otros jinetes aliados, envió con toda celeridad a la caballería tesalia hacia ese flanco izquierdo, encargándoles que no hicieran su desplazamiento por el frente de la formación (para evitar que los enemigos se percataran de su movimiento), sino que cruzaran por detrás de la falange, disimuladamente.

---

queda explicitado en 9, 2, o tal vez, de peonios. En cualquier caso, la palabra «macedonios» se ha intercalado como *lectio facilior*.

[174] *Anábasis* I 8, 21.

Formó delante de la caballería, en el lado derecho, 2 a los *pródromos* bajo las órdenes de Protómaco, así como a los peonios, a cuyo frente iba Aristón; a los arqueros de infantería con su jefe Antíoco; a los agrianes, comandados por Átalo; igualmente colocó algunos jinetes y arqueros junto al monte de su espalda, en un recodo, con vistas a que su falange quedara bifurcada en dos partes por su flanco derecho: una, frente a Darío y todos los restantes persas situados al otro lado del río, y la otra, frente a los que ocupaban el monte a sus espaldas. Delante del flanco izquierdo 3 formaron los arqueros de infantería procedentes de Creta y Tracia, a quienes comandaba Sitalces. Y aún delante de ellos la caballería de dicho flanco. Por su parte, los mercenarios extranjeros estaban repartidos por doquier, mas como le parecía que la falange no era suficientemente sólida por su flanco derecho (por donde precisamente daba la impresión de que los persas podían desbordarla más fácilmente), dispuso que dos escuadrones de Compañeros (el Antemusio, que tenía como jefe a Perdicas, hijo de Menesteo, y el llamado Leugeo, bajo las órdenes de Pantórdano, el hijo de Cleandro) pasaran desde el centro a la derecha disimuladamente.

A los arqueros y una parte de los agrianes y mer- 4 cenarios griegos los desplazó por su propio costado derecho hacia el frente, y desplegó su falange hasta desbordar el flanco persa. Sin embargo, dado que las tropas enemigas situadas en el monte no descendían (es más, ante una salida que los agrianes y unos pocos arqueros hicieron contra ellos por orden de Alejandro, habían emprendido la huida monte arriba después de haber sido desalojados sin dificultad de la falda del monte), pensó Alejandro que podría utilizar para reforzar su falange a los que con anterioridad había ordenado se apostaran contra los del monte, ya que

para vigilar a éstos bastaba con que de ello se encargaran unos trescientos jinetes.

10 Rehecha de este modo la formación, avanzó Alejandro haciendo frecuentes altos, de suerte que su avance más que otra cosa parecía una premeditada demora para ganar tiempo. Y es que Darío no terminaba de decidirse por hacer avanzar a sus hombres según al principio estaban alineados, sino que se mantenía en la orilla del río, aprovechando que el paraje le era favorable, al estar a tramos cortado a pico, y haberlo él mismo reforzado con una empalizada por donde los accesos parecían más expeditos. Fue allí donde se hizo evidente a los consejeros de Alejandro que Darío era esclavo de la iniciativa de Alejandro.

2 Pues bien, una vez que ambos ejércitos estuvieron frente a frente, Alejandro pasó revista a caballo a sus hombres, exhortándoles a que se comportaran como valientes, llamando por su nombre y con los honores que les correspondían no sólo a los generales, sino también a los jefes de caballería y a los capitanes, así como a cuantos mercenarios extranjeros se habían destacado anteriormente por su bravura y valor[175]. De todas partes le gritaban a Alejandro que no se demorara, sino que ordenara cargar ya contra los enemigos.

3 Se decidió por fin Alejandro ya a avanzar, teniendo a la vista a las tropas de Darío, aunque lo hizo al principio muy despacio, para evitar que una parte de la falange se distanciara, yéndose demasiado lejos en el fragor del combate. Mas una vez que estuvieron al alcance de los proyectiles, el propio Alejandro y los que con él iban en el flanco derecho fueron los primeros en lanzarse a la carrera en dirección al río, infundiendo

---

[175] Llegado a este punto, intercala Q. CURCIO, X 3-10, un discurso de Alejandro a sus hombres, que parece remontarse hasta Justino.

el pánico entre los persas por la penetración de su ataque (al tiempo que conseguían ser apenas dañados por los arqueros persas), en el que pronto llegaron al combate cuerpo a cuerpo. Luego sucedió lo que de antemano había previsto Alejandro. En efecto, tan 4
pronto como se estableció el combate cuerpo a cuerpo, los persas situados a la izquierda se retiraron, obteniendo así Alejandro y los suyos una brillante victoria. Sin embargo, los mercenarios griegos de Darío atacaron a los macedonios por donde la falange parecía haberse desplazado hacia el flanco derecho, y es que 5
Alejandro, en su rápida incursión en dirección al río, había llegado al combate cuerpo a cuerpo y rechazaba ya a los persas allí apostados, mientras que los macedonios que ocupaban el centro, debido a que no se aplicaron con igual decisión a la empresa, a más de porque se habían topado con unos accesos muy difíciles, no pudieron mantener en orden el frente de su falange.

La acción resultó extremadamente dura; los unos, 6
por rechazar a los macedonios hasta el río y recuperar para los suyos, ya en huida, la victoria; los macedonios, por no desmerecer del éxito, evidente ya para todos, de Alejandro, y no obscurecer la reputación de la falange, de la que ya se oía decir que era invencible. Es 7
más, se suscitó incluso un cierto sentimiento de pundonor entre los pueblos griego y macedonio[176]. En este combate cayó Tolomeo, el hijo de Seleuco[177], hombre de valor, así como otros macedonios, hasta un total de ciento veinte hombres distinguidos.

176 Cf. n. 162.
177 Comandante de un batallón de infantería pesada.

Final de la batalla de Iso

11 Fue entonces cuando los batallones del flanco derecho, al ver que los persas que les habían hecho frente se retiraban ya en huida, arremetieron contra los mercenarios extranjeros del ejército de Darío por donde éstos andaban más apurados, hasta conseguirlos desalojar del borde del río. La falange desbordó al ejército persa por donde el frente había quedado roto, y con su ataque transversal copó en un instante
2 a las tropas extranjeras. Por su parte, la caballería persa, situada frente a los jinetes tesalios, no permaneció durante esta acción apostada junto al río, sino que lo cruzaron con gran desición para atacar los escuadrones tesalios. Violenta fue la batalla que entre ambas caballerías allí se produjo[178], dado que los persas no se retiraron hasta que vieron que Darío ya había conseguido escapar, y que sus mercenarios, copados por la falange macedonia, habían quedado segregados del resto de las tropas. Sólo entonces se produjo una
3 desbandada clara y total. En su retirada, los caballos persas sufrieron enormemente, montados como iban por jinetes de pesada armadura; en aquella verdadera riada humana, asustados y en desorden, sufrieron no menos daño al pisotearse unos a otros que a manos de los enemigos que seguían persiguiéndoles. Los tesalios se lanzaron contra ellos audazmente, de suerte que fue tan grande la matanza en la huida de la infantería como de la caballería.

4 Darío, al ver su flanco izquierdo puesto en fuga por Alejandro y escindido del resto del ejército, emprendió sin dilación la huida el primero, según estaba en su

---

178 Así lo testimonian, también, DIODORO, XXXIII 2; Q. CURCIO, XI 14, y PLUTARCO, *Alejandro* 24, 1.

carro[179]. Mientras encontró en su huida caminos llanos, 5
logró ponerse a salvo en su carro, pero al toparse con quebradas y caminos difíciles, abandonó su carro, deshaciéndose de su escudo y de su manto. Dejó abandonado incluso su arco en el carro y continuó su huida montado a caballo. La noche, que sobrevino en seguida, le libró de ser apresado por Alejandro[180].

Alejandro le persiguió con todas sus fuerzas mien- 6
tras hubo luz del día, pero al hacerse de noche y no verse ya más que a corta distancia, regresó de nuevo al campamento, aunque capturó el carro de Darío, con su escudo, su manto y su arco[181].

La persecución, en efecto, se inició un poco tarde, 7
ya que cuando al principio la falange rompió la formación enemiga, el propio Alejandro se dio la vuelta y no quiso emprender la persecución de Darío hasta haber visto a los mercenarios extranjeros y la caballería persa totalmente desalojada del río.

En esta batalla perecieron los persas Arsames, Reo- 8
mitres y Aticies, comandantes de la caballería en Gránico. También encontró la muerte Savaces, el sátrapa de Egipto, y Bubaces, de la nobleza persa. Del pueblo mu-

---

179 Según el presente relato de Arriano, la conducta de Darío no puede ser menos gallarda. Por contra, la *Vulgata* nos narra que Darío se retira defendiéndose como un valiente. Cares, incluso llega a contar que fue el propio Darío el que hirió a Alejandro (herida que testimonia Arriano en 12, 1).

180 Ya vemos cómo a Darío lo han considerado la mayoría de los historiadores un hombre cobarde y de escasas dotes militares, a partir sobre todo de su comportamiento en las batallas de Iso y Gaugamela. Con todo, un análisis más detallado de la estrategia que Darío dispuso en Iso nos ha de mejorar nuestra opinión sobre él como caudillo y estratega. Así lo argumenta C. L. Murison, «Darius III and the battle of Issus», *Historia* 21 (1972), 399-423.

181 La leyenda, cómo no, se hizo pronto eco de un fantástico duelo personal entre Alejandro y Darío. Al respecto, cf. E. Mederer, *Alexanderlegenden*, Stuttgart, 1936, págs. 15-23.

rieron unos cien mil, de los cuales más de diez mil eran de la caballería[182]. Tolomeo, el hijo de Lago (que acompañaba a la sazón a Alejandro), dice que los que con ellos perseguían a Darío atravesaron un barranco ca-
9 minando sobre cadáveres. El campamento de Darío fue al punto tomado al asalto, y capturadas su madre, su mujer, que era además su hermana, y un hijo de corta edad, al igual que sus dos hijas, con algunas jóvenes de la nobleza persa que con ellas estaban. Otros persas, en cambio, ya habían mandado a Damasco a sus mujeres con todos sus enseres. El propio Darío también había ya despachado hacia Damasco la mayor parte de su tesoro y cuantos objetos componen el ajuar de la dispendiosa vida, aun estando en campaña, de un gran rey, de ahí que en el campamento sólo fueran recogidos algo más de tres mil talentos, aunque poco después fue capturado el tesoro de Damasco por Parmenión, desplazado expresamente para este fin[183]. Éste fue el desenlace de aquella batalla, ocurrida siendo arconte en Atenas Nicócrates, en el mes memacterio[184].

Consecuencias de la batalla de Iso

12 Al día siguiente, y a pesar de haber sido herido en el muslo por una espada[185], Alejandro visitó a los heridos y dio sepultura con el debido decoro a los muertos, una vez reunidos todos, con todo el ejército desplegado y con el esplendor propio de cuando van a

[182] Difícilmente creíbles son, además de estas cifras, las dadas por DIODORO, XXXIV 5, y Q. CURCIO, XI 10.

[183] Parmenión tuvo que recorrer para ello más de 300 km.

[184] Esto es, noviembre/diciembre del año 333, aunque se ha propuesto por algunos como fecha más precisa el mes de octubre, atribuyendo el desfase a un error en el cómputo por parte de Arriano.

[185] Efectivamente, Alejandro resultó herido, pero no por Darío, como cuenta Cares. Cf. también PLUTARCO, *Alejandro* 20, 9, y nuestra n. 181.

la guerra. En su discurso fúnebre hizo el elogio de cuantos habían llevado a cabo alguna acción destacada en el combate, bien que se hubiera enterado de ello él personalmente, bien que le hubiera llegado la información a través de otros, honrando así a cada uno de sus hombres, y añadiendo una compensación en dinero según el propio merecimiento de cada cual.

A continuación designó sátrapa de Cilicia a Bálacro, 2
hijo de Nicanor, uno de los de su guardia personal, y en su lugar eligió a Menes, hijo de Dioniso, como nuevo miembro de su guardia personal[186]. En lugar de Tolomeo, el hijo de Seleuco, que había muerto en la batalla, eligió como comandante del batallón de aquél a Poliperconte, hijo de Simnias. Dispuesto esto así, condonó a los habitantes de Solos los cincuenta talentos que aún le debían en concepto de impuesto, y les devolvió sus rehenes.

No se desentendió Alejandro de la madre, ni de la 3
mujer, ni de los hijos de Darío. Algunos de los cronistas de Alejandro cuentan que en aquella misma noche, cuando volvía de perseguir a Darío, se acercó a la tienda de Darío (que había sido reservada para su uso personal), donde pudo escuchar el lamento de las mujeres y otros lastimeros gritos muy cerca de la tienda.
Acto seguido preguntó quiénes eran aquellas mujeres 4
y cómo estaban acampadas allí tan cerca, a lo que alguien contestó: «Señor, son la madre, la mujer y los hijos de Darío, que al anunciárseles que posees el arco de Darío y su manto real, a más del escudo que fue recogido después, lloran por Darío a quien creen muerto.» Al oír estas palabras, Alejandro envió a Leónato, 5
uno de los Compañeros, con el encargo de que les dijera que Darío estaba vivo, y que Alejandro sólo tenía

[186] Estos *sōmatophýlaces* nunca llegaron a ser más de ocho miembros.

en su poder sus armas y su manto, objetos que Darío había abandonado en su carro al huir. Leónato se acercó a la tienda y les contó las noticias acerca de Darío, así como que Alejandro les concedía las atenciones propias de su realeza y sus atributos, a más del tratamiento regio, ya que su enfrentamiento con Darío no se debía a enemistad personal, sino que habían combatido en toda regla por el control del Asia.

6 Esto es lo que cuentan Tolomeo y Aristobulo, aunque otra versión [187] dice que Alejandro vino a la tienda al día siguiente, acompañado sólo de uno de los Compañeros, Hefestión, y que la madre de Darío, desconociendo cuál de los dos era el rey, ya que ambos iban con igual ornato, se aproximó a Hefestión y se arrodilló ante él por parecerle Hefestión el de mayor por-
7 te [188]. Hefestión retrocedió un poco, mientras uno de sus servidores indicaba a la reina, señalando a Alejandro, que era él el rey. Retrocedió también ella un poco, totalmente avergonzada por su equivocación, pero Alejandro le aseguró que no se había equivocado, ya que Hefestión era otro Alejandro.

8 He recogido yo estos testimonios no como si fueran totalmente ciertos ni del todo increíbles; pero si ocurrieron así, tengo que elogiar la compasión que Alejandro sintió por estas mujeres, así como la confianza y estima por su compañero. Si a los historiadores de Alejandro les ha parecido probable que él haya obrado y hablado así, también por ello elogio yo a Alejandro [189].

187 Nuevamente la *Vulgata.* (Cf. Diodoro, XXXVII 3-38; Q. Curcio XI 24, 6, y Plutarco, *Alejandro* 21.)

188 En más de una ocasión se trae, más o menos veladamente, a colación la baja estatura del caudillo macedonio, especialmente en contraste con la figura del rey Poro (V 19, 1). Cf., también, Pseudo-Calístenes, *Vida y Hazañas de Alejandro de Macedonia* II 15.

189 Juicios parecidos a los aquí expuestos por Arriano expresan Diodoro, Q. Curcio y Plutarco.

Huida de Darío

Darío huyó durante toda la noche con unos pocos de su escolta, y al día siguiente fue recuperando poco a poco a los persas supervivientes de la batalla, así como a algunos mercenarios extranjeros. Con un total de unos cuatro mil se dirigió a toda prisa a la ciudad de Tapsaco, en busca del río Eufrates, para que cuanto antes quedara el río separando su ejército del de Alejandro[190]. 13

Amintas, hijo de Antíoco; Timondas, hijo de Mentor; Aristomedes el fereo y el acarnanio Bianor, todos ellos desertores griegos alistados hasta ahora con Darío, huyeron monte a través junto con sus soldados, unos ocho mil[191], hasta llegar a Trípoli, ciudad de Fenicia. 2

Recuperaron las naves allí varadas y que eran las que habían traído anteriormente desde Lesbos, botaron las que creyeron iban a necesitar para su transporte, y prendieron fuego a las restantes allí en el mismo muelle, a fin de evitar que se les persiguiera acto seguido. Huyeron así hacia Chipre, y desde aquí a Egipto, donde precisamente, un poco más tarde, Amintas, mezclado en algunas intrigas, murió a manos de los indígenas[192]. 3

Mientras tanto, Farnábazo y Autofrádates aguardaban en las cercanías de Quíos. Reinstalaron una guarnición en Quíos y despacharon algunas de sus naves hacia Cos y Halicarnaso, y haciéndose ellos mismos a la mar con sus cien naves más marineras arribaron a Sifnos. Se presentó ante ellos el rey espartano Agis[193], 4

---

190 Q. Curcio, IV 1, 1-3.

191 Se trata de mercenarios griegos. Cf. nuestra n. 169.

192 Diodoro, XLVIII 1-3; Q. Curcio, IV 1, 27-33.

193 Fueron los espartanos, con su rey Agis al frente, los únicos que no supieron o no quisieron comprender lo que em-

con una sola trirreme, en solicitud de dinero para la guerra, y pidiendo que le acompañaran a su regreso al Peloponeso el mayor número posible de tropas de
5 a pie y fuerza naval. Fue entonces cuando les llegó la noticia de la derrota ocurrida en Iso. Atemorizados por estas noticias, Farnábazo partió hacia Quíos con doce trirremes y mil quinientos mercenarios extranjeros, no fuera que los de Quíos se sublevaran al tener
6 noticias de la derrota persa. Agis obtuvo treinta talentos de plata de Autofrádates, a más de diez trirremes, y envió a Hipias a que los entregara a su hermano Agesilao en Ténaro. Le ordenó igualmente que anunciara a Agesilao que después de pagar su sueldo completo a la marinería navegara a toda prisa hacia Creta para asegurar allí la situación. Permaneció Agis algún tiempo allí en las islas, y algo más tarde se reunió con Autofrádates en Halicarnaso.

7 Alejandro asignó a Menón, hijo de Cerdimnas, la satrapía de Siria Interior[194], dejándole la caballería aliada para defensa de la región, mientras él marchaba a Fenicia. Por el camino le salió al encuentro Estratón, el hijo de Geróstrato, rey de los aradios y de los convecinos de Arados. El propio Geróstrato se había hecho a la mar acompañando a Autofrádates, al igual que hicieran los restantes reyes de Fenicia y Chipre. Al

pezaba a significar la derrota persa en Iso por parte de Alejandro. Con todo, Agis III no dejará de perturbar en Grecia hasta su muerte, ocurrida en una encarnizada batalla librada en Megalópolis (331) frente a Antípatro. Se ha hecho notar la poca importancia que Arriano confiere en su obra a estas revueltas promovidas por Agis contra los intereses macedonios en el Peloponeso, dándose como explicación posible el interés de Arriano por minimizar el descontento que existía en zonas de Grecia frente a Alejandro.

194 Corresponde a la parte norte de Siria, alejadas de la franja costera de Fenicia y Palestina que también pertenecían a Siria.

toparse Estratón con Alejandro, coronó a éste con una corona de oro y le ofreció el islote que ocupa Arados, Marato, ciudad grande y próspera, que es la parte que en el continente está frente a Arados, así como Sigón y Marianme, a más de otras ciudades también sometidas a su control.

Cartas entre Darío y Alejandro

Estaba aún Alejandro en Marato, cuando se llegaron ante él unos embajadores de parte de Darío trayendo una carta suya, y solicitando de viva voz la liberación de la madre, la mujer y los hijos de Darío. Por su parte, en la carta[195] se decía: «Filipo y Artajerjes[196] mantuvieron entre sus pueblos la amistad y una mutua alianza, mas al subir al trono Arses[197], el hijo de Artajerjes, fue Filipo quien se comportó el primero injustamente con el pueblo persa, sin haber sufrido motivo alguno para ello de su parte.» Continuaba la carta afirmando cómo desde que Darío gobernaba en Persia, no le había enviado Alejandro ningún embajador para confirmar la amistad y alianza que existían desde antiguo, antes al contrario, había pasado con su ejército al Asia causando infinitos quebrantos a los

14 (margin, beside "Estaba aún Alejandro en Mara-"); 2 (margin, beside "motivo alguno para ello de su parte.» Continuaba la")

[195] Estas cartas que Arriano pone en boca de algunos personajes son, al igual que los discursos que encontramos a lo largo de su obra, la versión literaria que el propio Arriano elabora a partir del material de información de que disponía. La cuestión está bien tratada en SEIBERT, «Die Verhandlungen zwischen Alexander und Darius III», capítulo que ocupa las páginas 102 y sigs. de su *Alexander der Grosse*, donde se recogen, igualmente, las opiniones más autorizadas sobre la cuestión (los trabajos de Pridik, Hackmann, Radet, Kovalen y Kaiser, entre otros).

[196] La fecha e, incluso, la verdad histórica de lo que aquí se dice son cuestiones aún a debate. Desde luego, Demóstenes no nos las menciona.

[197] Entre 338-336 a. C.

3 persas. Era por ello por lo que Darío había venido en defensa de su país y a rescatar el antiguo imperio de sus antepasados. Era verdad que la batalla se había decidido en el sentido que dispuso alguno de los dioses, y por ello era Darío quien ahora, en calidad de rey y a quien también lo era, suplicaba por su mujer, su madre y sus hijos cautivos, y le decía que estaba dispuesto a firmar la amistad con Alejandro y ser su aliado, a quien además pedía le enviara (acompañando a Menisco y Arsimes, embajadores persas) las personas que habían de presentarle y recibir sus credenciales.

4 Ante esto, Alejandro había contestado con otro escrito, enviando a Tersipo para que acompañara a los embajadores de Darío y llevara la carta que había de dar a Darío, pero sin entrar en discusión sobre ningún punto. Así decía la carta:

«Vuestros antepasados invadieron Macedonia y el resto de Grecia[198] causándonos todo tipo de males, sin haber recibido de antemano ofensa por nuestra parte. Nombrado yo luego caudillo de los griegos, y siendo mi propósito vengarme de los persas, he pasado al Asia, después de haber comenzado vosotros los primeros
5 las hostilidades. Pues vosotros socorristeis a los perintios cuando ofendieron a mi padre, y fue Oco quien envió fuerzas militares a Tracia[199], que es una región bajo dominio nuestro. Mi padre pereció por obra de

[198] Este contraste entre Macedonia y Grecia parece buscado deliberadamente. Arriano, que sigue fundamentalmente el testimonio de Tolomeo, que era macedonio de nacimiento, y de Aristobulo (macedonio de adopción) gusta de hacer esta contraposición, y es que, en tiempos de Alejandro, aún subsistían nítidas diferencias de mentalidad y concepción del mundo por parte de macedonios y griegos, aunque el proceso de helenización estuviera ya en avanzado curso.

[199] No conocemos fecha ni circunstancias de esta expedición.

unos conspiradores que vosotros mismos conjurasteis, según confiesan vuestras mismas cartas y de las que tanto os vanagloriáis ante todo el mundo[200]. Tú mismo asesinaste a Arses con la ayuda de Bagoas, y te has establecido en el trono contra toda justicia, no según la ley persa, sino avasallándola. Has mandado cartas 6
a los griegos llenas de animosidad contra mí, a fin de que me hagan la guerra, y has enviado dinero a los lacedemonios y algunas otras ciudades griegas, bien que éstas no lo aceptaron, aunque sí los lacedemonios[201]. Tus enviados han aniquilado a mis amigos y también maquinan acabar con la paz que instauré entre los griegos, de modo que como consecuencia de todas estas cosas marcho en expedición contra ti, por haber dado comienzo tú a la querella.

»He vencido ya en batalla, primero, a tus genera- 7
les y sátrapas y, luego, a ti mismo y a tu ejército, y poseo esta región por don de los dioses; me preocupo, además, de cuantos supervivientes estuvieron alistados de tu parte en la batalla y se pasaron luego a mi bando, y no están precisamente descontentos a mi lado, sino que muy de buen grado comparten conmigo los peligros del combate. De modo que debes venir a 8
mí, considerándome Señor de toda el Asia; pero si por miedo a sufrir algún daño de mi parte no te presentas ante mí, envía a algunos de tus amigos a que reciban garantías de mi parte. Y si te decides a venir ante mí, toma a tu madre, tu mujer y tus hijos y cualquier otra cosa que quieras, ya que tendrás cualquier cosa que me hayas convencido deba darte.

---

200 Cosa no del todo probada.

201 Datos en ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 239, donde se nos dice que Darío envió trescientos talentos a los atenienses, que no quisieron aceptarlos.

9 »De ahora en adelante, cuando te dirijas a mí, hazlo como al rey de toda el Asia[202], y no lo hagas en plan de igualdad, sino como a Señor que soy de todas tus posesiones, y en ese tono, pídeme lo que necesites. De lo contrario, pensaré que me ofendes; y si me contestas aludiendo a tu soberanía, quédate y lucha por ella y no huyas, porque tengo el firme propósito de perseguirte donde quiera que te encuentres»[203].

Camino de Biblos

15 Tal fue la carta que Alejandro envió a Darío. Una vez informado Alejandro de que el dinero que Darío había enviado con Cofén, el hijo de Artábazo, a Damasco había sido capturado por los suyos, al igual que la guarnición persa que había quedado al cuidado del equipaje real, ordenó a Parmenión que regresara a Damasco con todo ello y se encargara de su custodia.
2 Mandó también Alejandro que fueran conducidos a su presencia los embajadores griegos que se habían pasado a Darío antes de la batalla, ya que se había enterado de que habían sido hechos prisioneros. Eran éstos: el espartano Euticles; Tesalisco, hijo de Ismenio, y Dionisodoro, un vencedor en Olimpia, ambos tebanos, así como el ateniense Ifícrates, hijo del general Ifícrates[204].

3 Cuando estuvieron ante Alejandro, liberó éste al punto a Tesalisco y Dionisodoro, y eso a pesar de que

[202] Es, precisamente, en este pasaje donde por primera vez se declara Alejandro ansioso de ser considerado rey de toda el Asia, y no un mero liberador de las ciudades griegas. Nuevos detalles en Q. Curcio, IV 1, 7.

[203] Ya Diodoro, XVII 39, 2, hizo esta suposición de que la carta original que Darío enviara a Alejandro no era auténtica. El tono arrogante de la misma, en momento tan poco oportuno, está delatando su falsedad.

[204] Menos en el caso de Ifícrates, Q. Curcio, III 13, 15, da nombres distintos.

eran tebanos; actuó así, en parte por compasión hacia los tebanos, y en parte porque creía que era comprensible y disculpable el comportamiento de éstos, ya que habían sido los macedonios quienes habían esclavizado Tebas, por lo que no tuvieron más remedio los tebanos que buscar en Darío y los persas cualquier medio de salvación para sí mismos y su ciudad. Pensaba que 4
esto era lo conveniente a propósito de ambos, aunque en privado dijo que dejaba en libertad a Tesalisco por respeto a su familia, que era de la nobleza tebana, y a Dionisodoro por su victoria en Olimpia. Alejandro honró sobremanera a Ifícrates mientras éste vivió, manteniéndolo junto a sí por amistad con la ciudad de Atenas, y por respeto a la memoria de su padre; poco después murió de enfermedad, y Alejandro devolvió sus huesos a sus parientes de Atenas. A Euti- 5
cles, que era lacedemonio, estado abiertamente hostil a Alejandro por aquel entonces, y para quien no encontraba tampoco particular motivo que le hiciera digno de perdón, lo mantuvo al principio bajo custodia, aunque sin ataduras; más tarde, cuando su buena suerte siguió a mejor, también le dio la libertad.

Alejandro prosiguió su avance desde Marato, y se 6
apoderó de la ciudad de Biblos, que le fue entregada mediante un acuerdo; también los sidonios le llamaron para que se hiciera cargo de la ciudad, por enemistad contra Darío y los persas. Desde aquí continuó su avance hacia Tiro. En el camino le abordaron unos embajadores tirios, enviados por la comunidad para informarle de que los tirios habían decidido hacer lo que les recomendara el propio Alejandro. Elogió éste 7
el buen sentido de esta ciudad y de sus embajadores (eran éstos de la nobleza tiria, y entre ellos estaba el propio hijo del rey de los tirios, cuyo padre, Acemilco, acompañaba a la flota de Autofrádates) y les ordenó que a su regreso anunciaran a los tirios que su pro-

pósito era acercarse a la ciudad para hacer un sacrificio a Heracles[205].

Alejandro en Tiro

16 En Tiro existe el más antiguo templo de Heracles de cuantos recuerda la memoria humana, aunque no es el Heracles de Argos, el hijo de Alcmena. En Tiro se venera a Heracles[206] desde hace muchas generaciones antes de que Cadmo se estableciera en Tebas recién venido de Fenicia, y tuviera una hija, Sémele, la
2 madre de Dioniso, hijo también de Zeus. Dioniso sería la tercera generación a partir de Cadmo, del tiempo de Lábdaco, hijo de Polidoro, el hijo de Cadmo; sin embargo, el Heracles de Argos vendría a ser aproximadamente del tiempo de Edipo, el hijo de Layo; también los egipcios veneran a un Heracles, distinto del
3 tirio y del griego. Dice Heródoto que los egipcios consideran a Heracles uno de los doce dioses, al igual que los atenienses veneran a Dioniso, el hijo de Zeus y de Core, y es a este Dioniso y no al tebano a quien se dedica el canto «Iaco»[207] que entonan los iniciados.
4 A mí me parece que el Heracles que veneran en Tarteso[208] los iberos, donde están las llamadas colum-

---

205 Según la tradición local de Tiro, sólo podía sacrificar en ella el propio rey de la ciudad, por lo que el deseo de Alejandro de ofrecer el sacrificio suponía la prueba definitiva de que los habitantes de la misma lo admitían como tal rey. Cf. Q. Curcio, IV 2, 1-5.

206 El culto a Heracles en la ciudad de Tiro ha sido estudiado por B. C. Brundage, «Heracles the Levantine: a comprehensive view», *Jour. of Near East. Stud.* 17 (1958), 225 ss.

207 Divinidad menor, asociada con los misterios de Eleusis. La similitud de su nombre con el epíteto de Dioniso (*Bácchos*) hizo que se identificara más tarde con él.

208 Ya desde Heródoto se consideraba este reino de Tarteso como «Eldorado» de la Antigüedad; así en Estesícoro, fr. 7, D. L. Page, *Poetae melici graeci,* Oxford, 1972. Para la posible

nas de Hércules[209], es el Heracles tirio, dado que Tar-
teso es una fundación fenicia; y es así, según el rito
fenicio, como está construido el templo de Heracles,
y se ofrecen allí los sacrificios. Hecateo el logógrafo[210] 5
dice que Gerión, contra quien Euristeo mandó al Hera-
cles argivo para robarle las vacas y conducirlas a Mi-
cenas, no tiene nada que ver con esta región de Iberia;
al igual, afirma que Heracles no fue enviado a la isla
Eritia, más allá del Gran Mar, sino que Gerión era
rey en una región continental de Ampracia y del Anfí-
loco, y que fue de esta región de donde Heracles con-
dujo el ganado, y que éste era el nada desdeñable tra-
bajo que le había sido impuesto. Lo que yo sí puedo 6
afirmar[211] es que esta región continental es hoy rica
en pastos, y que alimenta pingües ganados, y no me
parece que sea inverosímil que llegara a Euristeo la
fama del ganado de esta región del Epiro, así como el
nombre de su rey, Gerión; también creo estar seguro
de que Euristeo no ha conocido el nombre del rey de
los iberos, la más remota región de Europa, ni si en
ella se criaban o no pingües vacas (a no ser que al-
guien llevara allí a Hera y ésta lo hubiera comunicado
a Heracles por medio de Euristeo, queriendo así disi-
mular con una leyenda tan increíble relato).

Pues bien, fue a este Heracles tirio a quien dijo 7
Alejandro que quería sacrificar. Cuando les fueron co-

---

localización de Tarteso, véase J. MALUQUER, *Tartessos*, Barcelona, 1975², así como *Tartessos y sus problemas*, obra colectiva miscelánea sobre cuestiones tartésicas, redactada como fruto del *V Symposium de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, 1969.

209 Este pasaje se ha utilizado por los estudiosos para, unido a la inscripción de Córdoba y otros datos, rastrear pistas de la estancia de Arriano en nuestra región de Andalucía. Cf. lo dicho en la precedente *Introducción*, «Arriano: vida y obra», y correspondientes notas, especialmente la 22.

210 Hecateo de Mileto, *ca.* 500 a. C.

211 Aquí parece hablar Arriano por observación propia.

municadas por los embajadores sus intenciones a la asamblea tiria, les pareció oportuno hacer en lo demás lo que Alejandro anunciaba, pero, en cambio, creían que no se debía dar acogida en la ciudad a ningún persa ni a ningún macedonio, en la idea de que ésta era la decisión de más fácil excusa a la vista de las circunstancias, y la más segura para ellos ante el resultado de una guerra que aún se presentaba del todo incierta[212]. Cuando le llegó a Alejandro esta determinación de los habitantes de Tiro, devolvió, irritado, a los embajadores, y reuniendo a sus Compañeros y generales del ejército, a más de a los comandantes de infantería y jefes de caballería, les dijo lo siguiente[213]:

Importancia de la captura de Tiro

17 «Amigos y aliados[214]: no veo que tengamos nosotros el paso a Egipto seguro mientras los persas sean los dueños del mar. De otra parte, no garantizaremos nuestra seguridad si perseguimos a Darío dejando a nuestras espaldas a una ciudad de tan ambigua conducta como es ésta de Tiro, y con Egipto y Chipre en
2 manos de los persas; no tendremos seguridad por lo que he dicho, pero, además y muy especialmente, porque tal como están nuestros asuntos en Grecia corremos el peligro de que los persas se impongan de nuevo a los pueblos costeros (mientras nosotros avanzamos con nuestro ejército contra Babilonia yendo en pos de

212 En Diodoro, XVII 40, 3, se nos afirma que la ciudad quiso mantenerse leal a Darío.

213 Los preparativos y la descripción de la toma de Tiro va a ocupar los caps. 16-24 de este libro; los caps. 40-46 en Diodoro, y del 2 al 24 del libro cuarto en Q. Curcio. Concuerdan estos dos últimos autores estrechamente en la narración y en la duración del asedio (siete meses), mientras que, según Arriano, fueron ocho.

214 Sobre los discursos, cf. nuestra n. a V 25, 3.

Darío) y con una flota más numerosa cambien el escenario y desplacen el teatro de operaciones a Grecia. Allí los lacedemonios[215] son abiertamente enemigos nuestros, y por lo que a Atenas respecta, se mantiene ahora sumisa más por miedo que por benevolencia 3
hacia nosotros. Pero si tomamos Tiro, es de presumir[216] que caiga toda Fenicia; y especialmente toda su flota, que forma la mayor y más potente parte de la escuadra persa, se pasará a nosotros. Y sus remeros y marineros no querrán exponerse al riesgo de embarcarse, riesgo del que sólo podrán obtener provecho otros, dado que sus ciudades estarán ya bajo nuestro control. Y Chipre, a la vista de ello, o se pasará fácilmente a nuestro bando, o la tomaremos fácilmente cuando nuestra flota ataque. Y así, con las naves que trajimos 4
de Macedonia y con las fenicias, a las que se añadirán las de Chipre, controlaremos el mar con total seguridad, e incluso la expedición a Egipto resultará igualmente cómoda para nosotros. Una vez anexionado Egipto, no quedará ningún territorio sospechoso para Grecia ni para nuestra patria, y haremos nuestra expedición contra Babilonia teniendo seguros los asuntos de nuestra patria y con un prestigio mayor, habiendo dejado todo el mar y el territorio de este lado del Eufrates fuera del dominio persa.»

215 Reaparece ahora en el ánimo de Alejandro la preocupación por las revueltas antimacedónicas promovidas por los espartanos en Grecia. Véase n. 193.

216 Es un cálculo de lo posible atendiendo a lo razonablemente verosímil, *tò eikós*. Es clásico este concepto ya desde Tucídides, bien estudiado por H. D. WESTLAKE, «Sophocles and Nicias as Colleagues», *Hermes* 83 (1956), 110-116.

18 *Preparativos para la toma de Tiro*

No le resultó difícil a Alejandro convencer a los suyos con estas palabras para que se dispusieran para el ataque contra Tiro. Es más, le inducía también a ello una premonición divina, porque había tenido un sueño aquella noche en el que creía aproximarse a los muros de la ciudad, donde Heracles le chocaba la mano derecha y le introducía en la ciudad; Aristandro interpretó este sueño afirmando que Tiro sería tomada a costa de un laborioso esfuerzo, cual ocurriera con los trabajos de Heracles. Y tuvo el adivino razón, pues
2 el asedio de Tiro resultó una dura empresa[217]. En efecto, la ciudad es una isla y está fortificada en todo su perímetro con elevados muros, y por aquel entonces el dominio del mar parecía ser todavía de los tirios, que aún disponían de gran abundancia de naves; después de éstos el control del mar estaba en manos persas.

3 Alejandro impuso, sin embargo, sus argumentos y decidió construir un terraplén desde el continente

---

217 Se evidenció, de manera especial, en el asedio de Tiro el empleo de máquinas de asalto e ingenios de artillería por parte de Alejandro, con gran profusión. Este asedio fue de singular importancia. (Cf. E. W. MARSDEN, *Greek and Roman Artillery,* págs. 61 y sigs.: «because stone-throwers were employed to shake walls for the first time. The besieged used blazing bolts (*pyrohóroi*) against towers and ships. Arrow-firers again provided covering fire, some being housed in the towers on the mole. The excellence of Alexander's siege-apparatus, particularly his artillery, and the way in which it was handled constituted the two vital factors in the capture of an almost impregnable city».) La descripción del asedio aparece relatada por DIODORO, XVII 40, 6, y Q. CURCIO, IV 2, 4. Para un comentario detallado, cf. J. F. C. FULLER, *The Generalship of Alexander the Great,* especialmente págs. 206 y sigs.

hasta la ciudad[218]. El lugar es un estrecho fangoso, donde la parte del mar que da al continente es pequeña y de aguas turbias, y la que da a la ciudad es de aproximadamente tres orguias[219] en aquellos puntos donde su travesía alcanza mayor profundidad. Hay también allí abundancia de piedra y madera, con las que empezaron a construir fácilmente empalizadas sobre el fondo fangoso, aprovechando el propio cieno como ligazón para hacer fraguar la madera con las piedras.
Los macedonios emprendieron esta tarea con gran celo, 4
y grande era también el del propio Alejandro, que haciendo acto de presencia aquí y allá dirigía las tareas y animaba a sus hombres, recompensando en metálico a los que veía esforzarse de modo sobresaliente.

Mientras se construía en las cercanías de tierra firme, la obra progresaba cómodamente, dada la escasa profundidad del agua, así como porque nadie les ponía
impedimento; pero a medida que se iban acercando a 5
lugares de aguas más profundas y se aproximaban a la ciudad, eran molestados por los proyectiles lanzados desde lo alto de los muros, dado que estos hombres habían ido específicamente para las obras de construcción y no para combatir. Además, los tirios hacían salidas repentinas desde el dique por aquí y por allá, y seguían siendo aún los dueños del mar, por todo lo cual imposibilitaban que los macedonios pudieran con-
tinuar en algunos puntos el terraplén. Los macedonios, 6
a su vez, enviaron dos torres hacia el extremo del terraplén, cuya construcción estaba ya muy adelantada mar adentro, y en las torres algunos ingenios militares. Tenían las torres unas coberturas de cuero y pieles para evitar ser alcanzadas desde el muro por los dardos

---

218 Según el testimonio de Diodoro, XVII 40, 4, y Q. Curcio, IV 2, 6 unos cuatro estadios, esto es, algo más de 700 m.

219 Tres brazas, equivalentes a 5 m.

incendiarios, consiguiendo al propio tiempo proporcionar una buena defensa contra los dardos a los que trabajaban en el terraplén. Gracias a ello, cuantos tirios se acercaban con sus naves a molestar a los que trabajaban en las obras eran fácilmente rechazados, al ser blanco de los proyectiles lanzados desde las torres macedonias [220].

19 Ante esta táctica, los tirios contraatacaron de la siguiente manera [221]: llenaron una nave, de las que se utilizan para transportar caballos, con sarmientos secos y matojos combustibles, y en su proa hincaron dos mástiles y a su alrededor idearon poner unos macarrones [222] lo más abiertos posible, a fin de dar cabida en ellos a gran cantidad de rastrojos y material de fácil combustión; a todo ello añadieron pez, azufre y otras cosas que pudieran contribuir a provocar una
2 gran llamarada. Sobre los dos mástiles extendieron una doble viga desde la que cargaban en calderos todo tipo de materiales que pudiera luego avivar el fuego al ser apilado y depositado sobre él; en la popa echaron un lastre para que al estar la nave cargada en la
3 popa levantara a mayor altura la proa. Tuvieron ahora que aguardar a que el viento soplara en dirección al terraplén, y cuando así ocurrió ataron la popa de la nave a unas trirremes y la remolcaron. Cuando se encontraba ya cerca del terraplén y de las torres, prendieron fuego a la leña, y tirando de ella las trirremes con toda fuerza hacia adelante estrellaron la nave contra el extremo del terraplén. La marinería de la nave,

---

220 Más detalles, en Diodoro, XVII 40, 4-11, y Q. Curcio, IV 2, 8-24.

221 Q. Curcio, IV 3, 1, y 3, 9, nos transmite pormenores de las réplicas de los tirios.

222 Se trata de unas prolongaciones de las cuadernas del barco que sobresalen por la borda, aumentando la capacidad de carga del navío.

incendiada ya ésta por completo, se echó a nadar sin mayor dificultad. La gran llamarada cayó contra las 4
torres, y al romperse las vigas que apoyaban sobre los mástiles descargaron sobre el fuego toda su carga combustible, que vino a dar, como estaba previsto, nuevo pábulo al fuego.

Los soldados, aglomerados en las trirremes cerca del terraplén, disparaban contra las torres, impidiendo que nadie pudiera acercarse a apagar el fuego. En 5
este momento, demolidas ya las torres por los efectos del fuego, los tirios salieron a la carrera desde su ciudad y embarcando en sus naves ligeras[223] abordaron el terraplén por diversos puntos; destrozaron fácilmente la empalizada levantada delante del terraplén y prendieron fuego a todos los ingenios que hasta entonces habían quedado fuera del alcance de las llamas.

Ordenó, entonces, Alejandro que se construyera un 6
nuevo terraplén, empezándolo por el continente, y que fuera más ancho, para que en él cupieran más torres, así como que los ingenieros se dedicaran a la construcción de nuevos ingenios militares[224].

Mientras se hacían estos nuevos preparativos, partió él acompañado de los hipaspistas y los agrianes hacia Sidón, con vistas a recoger cuantas trirremes tuvieran éstos, porque estaba convencido de que el asedio de Tiro sería inviable mientras fueran los propios tirios quienes controlaran el mar.

En esto, Geróstrato, rey de Arados, y Enilo, rey de **20**
Biblos, al tener noticias de que sus ciudades estaban

---

223 Las *célētes* eran naves ligeras, de pequeñas dimensiones y muy veloces, empleadas, especialmente, para enviar emisarios o mensajes urgentes. Cf. C. Torr, *Ancient Ships,* Chicago, 1964, pág. 108, y L. Casson, *Ships and Seamanships in the Ancient World...*, además de J. S. Morrison-R. T. Willians, *Greek oared Ships, 900-322 B. C....*

224 Véase, más adelante, n. 227.

a merced de Alejandro, hicieron defección de Autofradates y su flota, y se pasaron a Alejandro con sus propias naves, a las que se añadieron las naves de Sidón,
2 hasta hacer un total de ochenta naves fenicias. Se incorporaron también en aquellos días nueve trirremes de Rodas, a más de su nave de escolta, tres de Solos y Malo, y diez licias, más un pentecóntoro de Macedonia, que se hizo a la mar bajo el mando de Proteas,
3 el hijo de Andronico. A los pocos días, los reyes de Chipre llegaron a Sidón con unas ciento veinte naves, pues habían tenido noticias de la derrota de Darío en Iso, y les preocupaba que toda Fenicia estuviera ya en manos de Alejandro. Éste les aseguró a todos que no tenían que temer por su comportamiento anterior, que él comprendía que fue más por necesidad que por convicción por lo que ellos habían alineado sus naves junto a la flota persa.

4 Mientras sus hombres ensamblaban los ingenios militares y equipaban las naves para el ataque y la confrontación naval, Alejandro reunió algunos escuadrones de caballería, a los hipaspistas, agrianes y a los arqueros, y se dirigió hacia Arabia, al llamado
5 monte Antilíbano. Desalojó a unos por la fuerza, a otros se los granjeó por las buenas, y así, al cabo de diez días volvió de regreso a Sidón, donde se encontró con la sorpresa de que Cleandro, el hijo de Polemócrato, había vuelto del Peloponeso con cuatro mil mercena-
6 rios griegos[225]. Una vez que estuvo lista su flota, hizo subir a cubierta a cuantos hipaspistas consideró necesarios para la empresa (con la prevención de que el enfrentamiento no resultara sólo una ruptura del cerco, sino que se llegara a un combate cuerpo a cuerpo), y levando anclas desde Sidón se hizo mar adentro hacia

225 En el relato de Q. CURCIO, Cleandro se presenta al frente de las naves venidas de Chipre.

Tiro con las naves en formación. Él mismo iba al frente del flanco derecho, es decir, el que daba al mar abierto, y con él los reyes chipriotas y todos los fenicios, excepto Pnitágoras, que junto a Crátero ocupaban el flanco izquierdo de toda la formación.

Los tirios habían decidido dar primero la batalla en 7
el mar, en caso de que Alejandro les atacara, pero al ver que la escuadra de Alejandro estaba compuesta por un número de naves del todo inesperado (y eso que no habían tenido noticias de que las naves chipriotas y todas las fenicias formaban también con Alejandro) y que el ataque se estaba desarrollando en
total orden (ya que, efectivamente, las naves de Ale- 8
jandro, estando aún en alta mar, se habían detenido justo un poco antes de cerrar el cerco en torno a la ciudad para provocar la salida de los tirios al combate, pero a la vista de que no los hacían salir continuaron sin romper su perfecta formación el avance con gran batir de sus remos), los tirios, digo, al ver todo esto rehusaron el ataque y protegieron las entradas al puerto, cerrando con una compacta fila de naves sus accesos, a fin de evitar que la flota enemiga anclara en
alguno de los puertos. Alejandro enfiló sus naves contra 9
la ciudad, a la vista de que los tirios no salían a su encuentro, y rehusó forzar la entrada al puerto que mira a Sidón a causa de la angostura de su acceso, y también porque este acceso estaba guarnecido por muchas trirremes proa al frente. Con todo, los fenicios atacaron de frente y cayeron sobre ellos, hundiendo tres trirremes que estaban ancladas en la parte más exterior del puerto. Sus tripulaciones nadaron sin dificultad hacia la orilla, donde les aguardaban sus com-
pañeros. Por su parte, las naves de Alejandro echaron 10
el ancla no lejos del recién construido terraplén, en paralelo a la playa, al abrigo del viento. Al día siguiente dio órdenes Alejandro a Andrómaco, navarco chi-

priota, de que con sus naves pusiera cerco a la ciudad por el puerto que da a Sidón, y que los fenicios hicieran otro tanto por el muelle que se encuentra al otro lado del terraplén, orientado hacia Egipto, donde él mismo tenía su propia tienda.

Continúa el asedio de Tiro

21 Había reunido Alejandro ya gran número de ingenieros venidos de Chipre y de toda Fenicia para que le construyeran todo tipo de máquinas[226]. De ellas habían asentado algunas sobre el terraplén, otras las cargaron en los barcos de transporte que Alejandro había traído consigo desde Sidón, otras, finalmente, fueron transportadas en las trirremes más marineras[227].

2 Una vez que estuvo todo preparado, trasladaron las máquinas de guerra desde las naves al recién construido terraplén, para lo cual dejaron las naves adosadas en diversos puntos al costado del muro, pro-
3 bando así su resistencia. Los tirios dispusieron torres de madera sobre las almenas que daban al terraplén para defenderse desde ellas. Del mismo modo, se defendían con proyectiles contra las máquinas que por doquier se acercaban, disparando flechas incendiarias contra las naves, hasta el punto de infundir entre los
4 macedonios miedo de acercarse al muro. La altura de

---

[226] Fue el ingeniero tesalio Diades, quien, en enero de 332, dirigía los trabajos de construcción del terraplén. Se atribuye a este Diades la invención de los *epibáthra* o puentes levadizos. Un atiguo catálogo de ingenieros famosos (los *Laterculi Alexandrini*), al hablarnos de Diades, nos dice que «fue el hombre que tomó Tiro con Alejandro» (cf. W. W. Tarn, *Hellenistic Military and Naval Developments*, Cambridge, 1930, pág. 107).

[227] Se insiste, repetidas veces, sobre el número de especialistas y la cantidad de ingenios fabricados para este ataque a Tiro. Llama la atención, igualmente, el empleo de naves de carga adaptadas a fines militares y equipadas con piezas de artillería (cf. Marsden, *Greek and Roman Artillery*, pág 169).

la muralla frente a la que los macedonios habían
construido el terraplén era de unos ciento cincuenta
pies[228], y de una anchura proporcionada, construida
con grandes ladrillos asentados sobre mortero. No les
resultaba fácil a las trirremes y cargueros macedonios
que transportaban las máquinas al muro acercarse a
la ciudad por aquella parte, pues los tirios habían
lanzado tal cantidad de piedras al agua que los barcos
no podían continuar en orden de aproximación. Pensó 5
Alejandro extraer estas grandes piedras del mar, pero
era ésta una empresa que a duras penas se podía
llevar a cabo, por realizarse desde las naves y no
desde tierra firme. Además, los tirios habían acorazado
sus naves y se lanzaban contra las anclas de las tri-
rremes, cortando los cables de las anclas e imposibi-
litando así que las naves enemigas pudieran quedar
fijas al fondo. También Alejandro acorazó del mismo 6
modo algunos triacóntoros, y los dispuso transversal-
mente delante de las anclas para evitar que a ellas
se acercaran las naves tirias. Con todo y con eso, al-
gunos submarinistas cortaron furtivamente los cables
de las trirremes macedonias. Éstos cambiaron las
cuerdas de sus anclas por cadenas y las hicieron des-
cender de nuevo; sólo así no tuvieron los submarinis-
tas nada que hacer. Pues bien, ataron unos lazos a las 7
piedras del fondo y las iban extrayendo del mar izán-
dolas desde el terraplén; las levantaban con unas po-
leas y las depositaban en aguas más profundas donde
no pudieran resultar ya molestas. La parte del muro
que había quedado expedita y libre de obstáculos ofre-
cía así fácil acceso a las naves.

Al verse ahora los tirios sitiados por todas partes, 8
determinaron atacar las naves chipriotas que se encon-

---

228 Es decir, 150 × 308,3 mm. = 46,245 m.; altura, como se ve, muy considerable.

traban ancladas en el puerto orientado hacia la ciudad de Sidón. Durante un buen rato cubrieron la boca del puerto con las velas, para evitar que el enemigo advirtiera que sus trirremes estaban siendo preparadas, y a eso del medio día, cuando los marineros se habían retirado a sus obligaciones y el propio Alejandro había partido hacia su tienda después de dejar la flota
9 anclada al otro lado de la ciudad, equiparon los tirios tres quinquerremes, otras tantas tetrarremes y siete trirremes con la más experta marinería y los soldados mejor armados para luchar desde los puentes, gente la más audaz en el combate naval. Al principio se hicieron a la mar con un suave golpe de remo, en fila de uno[229], moviendo los remos en paralelo, no acompasados por el cómitre[230]. Pero una vez que giraron y pusieron rumbo hacia las naves chipriotas, y cuando ya estaban a punto de divisarlas, iniciaron un ataque contra ellos en medio de un gran griterío, marcándose el compás unos a otros al batir sus remos al unísono.

22

Escaramuzas navales

Pero ocurrió que aunque Alejandro se había retirado a su tienda, no se entretuvo en esta ocasión como de costumbre, sino que regresó al poco a las naves.
2 Los tirios cayeron inesperadamente sobre las naves allí ancladas y sorprendieron algunas totalmente aban-

---

229 Se trata de una de las principales formaciones que puede adoptar una escuadra: formar en fila de uno (*katà mían naûn*, TUCÍDIDES, II 84, 1; II 90, 4); *epì miâs* (JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 29), y en línea (*metōpedòn pleîn*) atestiguado en HERÓDOTO, VII 100; TUCÍDIDES, II 90, 4, etc. Para la terminología latina, cf. W. LACEY, «Some uses of *primus* in naval contexts», *Class. Quarterly*, 51 (1957), 118-122, y L. CASSON, *Ships and Seamanship...*, págs. 278-281.

230 Es una maniobra técnica cuyo exacto significado se desconoce, aunque está claro que se trata de hacer el menor ruido posible y pasar desapercibido en los primeros momentos.

donadas por su tripulación, mientras que los marineros de otras acudían a sus puestos dificultados por el ataque y el griterío. Los tirios hundieron totalmente la quinquerreme del rey Pnitágoras al primer ataque, la de Androcles, el amazusio, y la de Pasícrates, el curieo[231]. Respecto a las demás, las sacaron a la playa y las destrozaron.

Al apercibirse Alejandro de la salida de las trirre- 3
mes tirias, ordenó que las naves que formaban con él se detuvieran a la misma entrada del puerto a medida que fueran equipándose, a fin de evitar que nuevas naves tirias lograran salir. Él, personalmente, reunió sus quinquerremes y unas cinco trirremes (fueron éstas las primeras que a toda prisa habían quedado equipadas y listas) y puso cerco a la ciudad[232] avanzando contra los tirios que habían conseguido hacerse a la mar. Los tirios que ocupaban las murallas, al ver 4
el ataque de los macedonios y al propio Alejandro embarcado, daban gritos a sus compañeros en las naves para que regresaran, pero como los otros no los oían, ocupados como estaban en medio de tan gran tumulto, les hacían todo tipo de señales, instándoles a que se retiraran. Los de las naves se percataron del ataque de Alejandro al cabo de cierto tiempo, y fue entonces cuando pusieron rumbo al puerto para huir. Sin embargo, sólo unas pocas naves consiguieron es- 5
capar y ponerse a salvo, ya que la mayor parte de ellas quedaron inutilizadas, al ser alcanzadas por el ataque de las naves de Alejandro; una quinquerreme y una trirreme fueron capturadas en la misma boca del puerto. No se produjo entre la marinería gran matanza, y ello se debió a que, tan pronto como vieron

231 Ciudades ambas del S. de Chipre.

232 Las diversas fuentes divergen en los detalles finales de la captura de cada ciudad.

que sus naves quedaban en poder del enemigo, se echaron a nadar con toda facilidad hacia el puerto.

6 Y ahora que ya no les quedaba a los tirios esperar gran ayuda de sus naves, aprovecharon los macedonios para adosar sus máquinas militares al muro. Éstas maniobraban sobre el terraplén, mas no conseguían adelantar nada, dado que el muro ofrecía por allí gran
7 resistencia; por su parte, otros aproximaron algunas naves en las que iban algunas máquinas de asalto a la parte de la ciudad que mira a Sidón, pero a la vista de que tampoco por aquí prosperaban, intentó Alejandro el acceso por la parte del Sur, por donde el muro mira hacia Egipto, aplicándose por allí a la empresa con todas sus fuerzas. Y, en efecto, fue por aquí por donde primeramente se tambaleó el muro en un buen trecho, quedó roto y se desplomó. Fue entonces cuando Alejandro hizo una intentona de ataque contra él, lanzando unas pasarelas por donde el muro había quedado cortado; sin embargo, los tirios rechazaron sin serias dificultades a los macedonios.

23 Al tercer día después de estos acontecimientos y aprovechando la bonanza, Alejandro exhortó a sus comandantes a pasar decididamente a la acción, para lo cual aproximó a la ciudad las máquinas militares a bordo de sus naves. Primeramente, se dedicó a derribar el muro en un buen trecho y, una vez que el agujero abierto le pareció suficientemente amplio, ordenó a las naves que transportaban las máquinas ciar y, acto seguido, despachó hacia allí otras dos naves más llevando las pasarelas que pensaba arrojar sobre la
2 parte del muro que había quedado derribada. Los hipaspistas ocuparon una de las naves bajo las órdenes de Admeto, mientras que al mando de la otra iba el batallón de Ceno (los llamados *asceteros*[233]. El propio

[233] Se trata de un destacamento o sección de los Compa-

Alejandro tenía la intención de escalar el muro en unión de sus hipaspistas por donde fuera posible.

Ordenó también que algunas de sus trirremes se hicieran a la mar en dirección a uno y otro puerto, con vistas a forzar el ataque cuando los tirios se hubieran dedicado a perseguirlas. Encargó igualmente que todas las naves que pudieran disparar con sus ingenios o pudieran llevar arqueros en sus puentes navegaran en círculo en torno al muro y desembarcaran cuando les fuera posible, o bien fondearan a una distancia inferior al alcance de sus proyectiles, en caso de que no pudieran efectuar el desembarco. Así, los tirios, alcanzados de ambos lados por los disparos, no sabían dónde acudir, cogidos en tal apuro. 3

Cuando las naves de Alejandro se acercaron a la ciudad y lanzaron sobre el muro las escalas, los hipaspistas empezaron con toda decisión a escalar las murallas. Fue entonces cuando Admeto demostró ser un hombre de valor. El propio Alejandro les acompañaba, participando activa y valientemente en la batalla, como testigo de cuantas distinguidas acciones de valor arrostraban los demás en semejante situación de peligro. 4

ñeros, aunque el significado exacto del primer elemento del compuesto es aún debatido. Lo cierto es que en seis de los nueve pasajes, donde aparece la palabra *pezétairoi,* lo que los manuscritos transmiten es *asthêtairoi.* Brunt restituye la lectura de los mss. apoyándose en el criterio de la *lectio difficilior,* esto es, porque resulta impensable que los copistas hayan sustituido *motu proprio* la más fácil forma *pezétairoi* por esta más difícil de *asthétairoi.* Los pasajes son: II 23, 2; IV 23, 1; V 22, 6; VI 6, 1, 21, 3, y VII 11, 3. — Por su parte, Lane Fox, en su *Alexander the Great,* Londres, 1973, pág. 512, defiende la especificación de estos *asthétairoi* como un contingente equipado con armas más ligeras que los *pezétairoi;* por contra, Bosworth, «Asthetairoi»..., 245 ss., cree que el término se refiere a que son integrantes de la falange proveniente de la Alta Macedonia, a diferencia de los de la Baja Macedonia, los *pezétairoi.*

5 Fue capturada en primer lugar la parte del muro ata-
cada por Alejandro, y los tirios fueron desalojados de
allí sin grandes dificultades, al disponer por primera
vez los macedonios de accesos seguros y no cortados
por completo a pico. Admeto, que fue el primero en
ascender sobre el muro, fue alcanzado por una lanza
mientras exhortaba a los suyos a subir, muriendo allí
6 mismo. Acto seguido, Alejandro y sus Compañeros ocu-
paron el muro, y una vez estuvieron bajo su control
las torres y las cortinas de muralla, se dirigió a través
de las almenas hacia la zona del palacio, por parecerle
que por allí era más fácil bajar a la ciudad.

Toma de Tiro

24 Mientras tanto, la escuadra fenicia, que tenía sus barcos frente al puerto orientado hacia Egipto, y que era por donde estaban atacando, forzaron la entrada y rompieron las cadenas que cerraban la boca del mismo. Arremetieron entonces contra las naves tirias, obligando a unas a escapar precipitadamente a alta mar, y desalojando a las otras hacia la orilla. Por su parte, la escuadra chipriota, que estaba anclada frente al otro puerto, el que mira a Sidón, comenzó ahora el ataque, y al no toparse siquiera con la barrera de cadenas se apoderó con toda facilidad de esta parte de la ciudad.

2 Buen número de tirios abandonaron el muro al
verlo ocupado ya por los enemigos, y se reagruparon en
torno al llamado templo de Agenor[234] para reorganizar
allí el ataque contra los macedonios. Sin embargo, Ale-
jandro, acompañado de sus hipaspistas, se lanzó sobre
aquéllos, dando muerte a los que aún continuaban la
3 lucha y persiguiendo a los que intentaban escapar. La

---

234 Agenor, el padre de Cadmo, fue, según la leyenda, el fundador de Tiro y Sidón.

matanza fue descomunal, de suerte que los que bajaban del puerto pudieron ocupar ya la ciudad, y el batallón de Ceno se aposentó fácilmente en ella. Los macedonios procedían en todo con extrema irritación, cansados como estaban por el peso de un asedio tan largo[235], y por haber visto cómo los tirios, que habían capturado a algunos macedonios que venían de Sidón, los habían hecho subir al muro, y allí, a la vista de todos los macedonios que en el ejército estaban, los habían degollado y arrojado al mar. Murieron entonces unos ocho mil tirios[236]; de parte macedonia murió en 4
aquel ataque Admeto, hombre de valor, que había sido el primero en escalar el muro, y con él veinte hipaspistas. En lo que duró el asedio de la ciudad morirían unos cuatrocientos más.

Alejandro otorgó el perdón a todos los que habían 5
ido a refugiarse al templo de Heracles (entre ellos estaban los tirios más influyentes y el rey Acemilco[237], así como algunos cartagineses que habían venido a Tiro, su metrópoli, como teoros[238] a rendir culto a Heracles, siguiendo una antigua costumbre[239]. Hizo escla- 6
vos a todos los demás y vendió unos treinta mil[240] ciu-

235 Siete (u ocho) meses, de enero a julio (agosto) del año 332.

236 Según la versión de Q. Curcio, IV 4, 16, fueron unos 6.000, a los que se añadirían unos 2.000 más que murieron crucuficados por Alejandro. Cf., también, Diodoro, XVII 46, 3.

237 Diodoro llama a Acemilco, Estratón. También Q. Curcio difiere en detalles.

238 Los teoros eran los representantes de una ciudad que acudían a las fiestas de otra ciudad vecina. Con ocasión de las grandes fiestas panhelénicas, cada ciudad mandaba un teoro, como legación, a las fiestas, en cuyos actos religiosos solían participar.

239 Según relata Q. Curcio, IV 4, 18, Alejandro perdonó solamente a los componentes de la legación cartaginesa.

240 La cifra no parece muy fiable según el testimonio de Diodoro, XVII 46, 4. En todo caso, era ésta una práctica habi-

dadanos de Tiro y extranjeros allí hechos prisioneros. Alejandro celebró sacrificios en honor de Heracles[241] y organizó una procesión con su ejército en armas, en la que también las naves formaron en honor de Heracles. Se celebró además un certamen gimnástico y una carrera de antorchas en el templo. Depositó en él como ofrenda la máquina con que se había derribado el muro, y asimismo fue ofrendada a Heracles la nave que los tirios habían dedicado a Heracles y que había sido capturada por Alejandro. Hizo inscribir en ella una nueva inscripción, no muy feliz por cierto (y por ello precisamente no me ha parecido a mí interesante reproducirla[242]), que tal vez compusiera el propio Alejandro, tal vez otra persona.

Así fue la captura de la ciudad de Tiro por Alejandro, hecho que tuvo lugar siendo Niceto arconte en Atenas, y en el mes Hecatombeo[243].

25 Andaba aún Alejandro ocupado en el asedio de Tiro, cuando se llegaron a él unos embajadores[244] de parte del rey Darío para anunciarle que estaba dispuesto a darle diez mil talentos por el rescate de su madre, su mujer y sus hijos; además afirmaba que quedaría en

---

tual del vencedor. Recordamos que Alejandro la pondrá en práctica dos veces más en años sucesivos, tras el asedio de Gaza y después de haber conquistado Cirópolis.

241 Recogido por DIODORO, XVII 46, 6.

242 Es de suponer que Arriano la conociera por el testimonio de sus dos principales fuentes, Tolomeo y Aristobulo.

243 Esto es, julio/agosto del año 332.

244 DIODORO, XVII 39, 1, y Q. CURCIO, IV 11, 1, afirman que algo más tarde, después de la batalla de Gaugamela, volvió una embajada en parecidos términos. Cf. el comentario de C. B. WELLES en su edición de la Loeb al citado pasaje de Diodoro, además del documentado libro, iniciado por F. ADCOCK y concluido, tras la muerte de éste, por D. J. MOSLEY, *Diplomacy in Ancient Greece*, Londres, 1975, especialmente su cap. XI, páginas 99-108.

poder de Alejandro todo el territorio entre el río Eufrates y el mar griego, y finalmente, que le daría a su hija como esposa, convirtiéndose así Alejandro en su amigo y aliado. Al darse a conocer estas noticias en 2
el Consejo de los Compañeros, cuentan que Parmenión dijo a Alejandro que si él fuera Alejandro se habría alegrado de poder poner fin a la guerra en estas condiciones y no correr nuevos riesgos. A esto, Alejandro habría contestado a Parmenión que también él, si fuera Parmenión, hubiera actuado así, pero que como era Alejandro había contestado a Darío[245] tal y cual le había contestado; esto es: que él no necesitaba dinero 3
de Darío, y que, además, no iba a tomar sólo una parte de su territorio cuando podía apoderarse de todo él, pues estaban a su disposición tanto todos sus bienes como todo el país; que si él se hubiera querido casar con la hija de Darío, lo hubiera hecho aunque Darío no hubiera consentido. Dio órdenes a Darío de que se presentara ante él si es que esperaba encontrar un tratamiento humanitario en él. Cuando esto fue comunicado a Darío, renunció éste a pactar con Alejandro, y se dispuso de nuevo a preparar la guerra.

A continuación, Alejandro decidió marchar con su 4
flota a Egipto[246]. Por entonces ya se había pasado a él la llamada Palestina Siria, aunque no se le adhirió un tal Batis, eunuco que gobernaba la ciudad de Gaza. Había éste requerido, contrariamente, los servicios de

---

245 En efecto, tras la derrota de Iso y la captura de parte del tesoro de Darío en Damasco, Alejandro recibió en buena hora este dinero para hacer frente a sus necesidades financieras. De otra parte, las expectativas que ante él se ofrecían tras la toma de Tiro eran óptimas, al quedarle casi expedito ya el camino a Egipto.

246 Según relata Diodoro, comparecieron ahora ante Alejandro unos embajadores de diversas ciudades griegas felicitándole por su victoria en Iso.

unos mercenarios árabes, y se había abastecido abundantemente de trigo para un largo asedio, con la intención de no dar acogida en su ciudad a Alejandro, confiando en que ésta no podía nunca ser tomada por la fuerza.

Gaza

26 Gaza[247] se hallaba a unos veinte estadios del mar[248], y su acceso es muy arenoso, mientras que el mar, que rodea totalmente la ciudad, forma una zona de marismas. Era Gaza una ciudad de importancia considerable, construida sobre un elevado montículo y protegida por un seguro muro en todo su perímetro. Es la última ciudad construida según se va de Fenicia a
2 Egipto[249], al comienzo mismo del desierto. Al llegar Alejandro a la ciudad[250], acampó sus tropas el primer día donde le pareció que el muro era más vulnerable

---

247 Sobre la historia de la ciudad de Gaza, cf. M. A. MEYER, *History of the city of Gaza from the earliest times to the present day*, Nueva York, 1907; en general, para la geografía de Siria y Fenicia, cf. SEIBERT, págs. 107-109.

248 Tan sólo algo más de 3,5 km.

249 Antes de llegar a Gaza, Alejandro ha bordeado la ciudad de Jerusalén. La opinión de TARN, *Alexander the Great*, a propósito de si Alejandro visitó la ciudad o no, es absolutamente categórica: «The story that he visited Jerusalem and sacrificed in the Temple belongs to legend». — Como cabía esperar, esta cuestión ha recibido atención especial por parte de los estudiosos (y eso, ya desde las *Antiquitates Judaeorum* XI 317-345, de JOSEFO; la tradición rabínica en el *Talmud*, etc.). A TARN ha seguido drásticamente V. TSCHERIKOWER, *Hellenistic Civilization and the Jews*, Filadelfia, 1959, págs. 41-50, aunque ello no debe eximir al estudioso de la cuestión de sopesar los argumentos en pro de dicha visita. Detalles bibliográficos en SEIBERT, páginas 103-109.

250 El asedio de la ciudad duró de septiembre a noviembre del 322, y fue más difícil de lo estimado en un principio. El relato de Arriano puede completarse con la versión de Q. CURCIO, IV 5, 10.

al ataque, y ordenó acto seguido montar las máquinas de asalto. Los constructores de estos ingenios de asalto manifestaron que en su opinión resultaba imposible tomar aquellos muros por la fuerza, debido a la gran altura del montículo. Alejandro, sin embargo, pensó 3
que precisamente por ser mayor la dificultad era ineludible su captura. Aseguraba, en efecto, Alejandro que sería mayor el espanto del enemigo, precisamente por tratarse de una empresa que no esperaban ver ejecutada, y que, en caso contrario, el no conquistarla sería motivo de vergonzoso descrédito ante los griegos y el propio Darío[251]. Por ello creyó oportuno levantar un terraplén que circundara la ciudad y poder así acercar las máquinas de asalto hasta el muro, una vez conseguido que el terraplén alcanzara la misma altura que aquéllos. Construyeron así el terraplén por la parte Sur de las murallas de la ciudad, ya que era por aquí por donde resultaba más expugnable.

Cuando creyeron que el terraplén había alcanzado 4
la altura idónea, hicieron subir a él las máquinas de asalto, conduciéndolas contra las murallas de Gaza. Estaba Alejandro en este preciso instante preparando un sacrificio, adornado ya con las guirnaldas, y a punto de ofrecer la primera víctima según el ritual, cuando un pájaro carroñero que revoloteaba por encima del altar dejó caer sobre su cabeza una piedra que entre su par de garras llevaba. Preguntó Alejandro a Aristandro, el adivino, qué significaba este presagio, a lo que éste respondió: «Señor, conseguirás tomar la ciudad, pero tú deberás tener una extrema precaución en el día de hoy.»

---

251 Este «tour de force» en los momentos más difíciles es característico de Alejandro. Recuérdense, especialmente, I 13, 6, las palabras con que contesta a Parmenión con ocasión de la travesía del Gránico, I 4, 3; II 4, 4; IV 21, 3, y VII 15, 3.

27 *Alejandro resulta herido en el sitio de Gaza*

Enterado de la interpretación del presagio, Alejandro se mantuvo durante algún tiempo junto a las máquinas, fuera del alcance de los dardos enemigos. Pero al producirse una violenta salida de los enemigos, en la que los árabes lanzaban antorchas contra las máquinas desde posiciones más ventajosas, alcanzando a los macedonios que intentaban defenderse desde abajo e iban siendo desalojados del terraplén recién construido, Alejandro, desatendiendo los consejos del adivino, por propia decisión o simplemente porque se olvidó del mismo, alarmado por la situación, acudió en auxilio de los suyos, allí donde éstos estaban más apurados, haciéndose acompañar de sus hipaspistas.

2 Consiguió, en efecto, evitar que los suyos se dieran a la vergonzosa huida terraplén abajo, aunque a costa de ser alcanzado él mismo por un disparo en el hombro que le atravesó escudo y coraza. Se percató entonces de que Aristandro había predicho con certeza el vaticinio en lo que a su herida se refería, y se alegró de ello, porque, consecuentemente con el augurio de Aristandro, también la ciudad habría de caer en
3 sus manos. Penosa resultó para Alejandro la convalecencia tras esta herida [252].

En esto llegaron por mar las máquinas de asalto que habían actuado en la captura de Tiro. Ordenó entonces Alejandro rodear la ciudad en todo su perímetro con un terraplén de dos estadios de ancho y
4 doscientos cincuenta pies de altura [253]. Fueron construidos a continuación nuevos ingenios que los hombres de Alejandro hicieron subir al terraplén para

---

252 Q. Curcio narra algunos detalles de una conjura promovida por los árabes para asesinar a Alejandro.

253 Unos 360 m. de ancho por 77 m. de altura.

batir intensamente los muros de la ciudad. Horadaron
unas galerías subterráneas en todas direcciones, de las
que extrajeron la tierra sin ser vistos por el enemigo,
hasta provocar el hundimiento total del muro en mu-
chos puntos que habían ido quedando descarnados.
Aunque los macedonios controlaban en gran medida la
situación con sus disparos, obligando a ceder terreno a
los que se defendían desde las torres, los defensores de
la ciudad soportaron hasta tres ataques, si bien mu-
chos de ellos cayeron muertos o maltrechos. En un 5
cuarto ataque, Alejandro reunió su falange de mace-
donios y la lanzó, de un lado, contra la parte más
socavada del muro, mientras en otros puntos golpeaba
el muro con fuertes sacudidas de sus arietes, a fin de
posibilitar a las escalas el acceso por las zonas batidas.

Fue así como las escalas se aproximaron al muro, 6
originándose una gran rivalidad entre los macedonios,
deseosos como estaban por distinguirse con alguna
proeza individual, por escalar en primer lugar el muro.
El primero en tomarlo fue Neoptólemo, uno de los
Compañeros, de la familia de los Eácidas. Y ya tras
él, batallón a batallón ascendieron por el muro acom-
pañados de sus oficiales. A medida que los macedo- 7
nios iban pasando al otro lado de las murallas, destro-
zando a su paso cuantas puertas topaban, iban abriendo
paso al interior a todo el ejército. Los de Gaza, incluso
cuando ya su ciudad estaba en manos del enemigo, se
reunieron y continuaron resistiendo hasta morir to-
dos, luchando cada uno en el puesto que les había
sido asignado. Alejandro tomó como esclavos a sus
hijos y mujeres, repobló la ciudad con gente de los
pueblos vecinos [254] y se sirvió de ella como fortaleza
para la guerra.

---

254 También en otras ocasiones repoblará Alejandro algunos emplazamiento con gente del lugar o de los pueblos vecinos. Cf. IV 28, 4; VI 17, 4, etc.

LIBRO III

Sinopsis

Capítulos:

1. Alejandro llega a Menfis.
2. Fundación de Alejandría.
3-4. Visita al santuario de Amón.
5. Organización administrativa de Egipto.
6-7. De nuevo en Fenicia.
8. Al encuentro de Darío.
9-10. Últimas exhortaciones antes de la batalla.
11-13. Formación de las tropas de Darío.
14. Continúa el combate.
15. Fin de la batalla de Gaugamela.
16. Entrada en Babilonia y Susa.
17. Alejandro contra los uxios.
18-19. Persépolis, Ecbatana.
20. Nueva persecución de Darío.
21. Darío arrestado por Beso. Muerte de Darío.
22. Semblanza de Darío.
23-24. A las orillas del Caspio.
25. Alejandro se adentra en Aria.
26-27. La conspiración de Filotas.
28. Beso huye a Sogdiana.
29. Alejandro llega a Bactria.

Alejandro llega a Menfis

1 Alejandro se dirigió a continuación hacia Egipto, que era desde el principio el objetivo de su incursión por el Sur[255], y llegó desde Gaza a Pelusio, ciudad de Egipto, al séptimo día[256]. Su flota le acompañaba pa- 2
ralela a la costa en su ruta desde Fenicia a Egipto, y cundo él llegó a Pelusio la encontró ya anclada en el puerto. Por su parte, el persa Mazaques, a quien Darío había nombrado sátrapa de Egipto, tuvo noticias de cómo se había desarrollado la batalla de Iso y de cómo Darío había huido vergonzosamente, así como de que Fenicia, Siria y la mayor parte de Arabia estaban en poder de Alejandro; por todo ello y porque, además, él no disponía de un ejército persa para poder hacerle frente[257], acogió amistosamente a Alejandro en las ciudades de su región[258]. Alejandro afincó una guarnición 3

---

255 Fueran razones de Estado, razones imperialistas o, simplemente, un asunto secundario dentro del conjunto de su política oriental, lo cierto es que Alejandro se embarcó en esta empresa egipcia que marcará definitivamente la figura del caudillo macedonio después de su visita al santuario de Siwah. Resumen de la cuestión en SEIBERT, págs. 109-111.

256 Efectivamente, esta época del año (noviembre) era muy propicia para internarse por estas regiones.

257 Hay que pensar que Darío hizo confluir en Iso buena parte de las fuerzas que tenía destacadas en otras regiones, entre las cuales se encontrarían, presumiblemente, las de guarnición en Egipto. Cf. II 11, 8, donde se nos dice que en la batalla pereció, entre otros, Savaces, sátrapa de Egipto.

258 La llegada de Alejandro, según testimonia también DIO-

en Pelusio, y ordenó a la flota que remontara el río hasta la ciudad de Menfis, mientras él se acercaba a Heliópolis, dejando el Nilo a su derecha. Se le sometieron todos los habitantes del territorio por donde pasaba, y así llegó a través del desierto a Heliópolis.
4 Cruzó el río para llegar a Menfis, donde ofreció sacrificios a todos los dioses, y de modo especial a Apis, y celebró certámenes gimnásticos y musicales, a los que concurrieron los especialistas más famosos de Grecia. Río abajo, abandonó Menfis en dirección al mar, haciendo embarcar a los hipaspistas, arqueros y agrianes, así como al escuadrón real de los Compañeros.
5 Llegado a Canopo, bordeó el lago llamado Mareotis, y desembarcó donde ahora se encuentra la ciudad de Alejandría, así llamada por el nombre del propio Alejandro. Le pareció, en efecto, aquel lugar muy idóneo para fundar una ciudad[259] que con el tiempo habría

---

DORO, XVII 49, 1, y QUINTO CURCIO, IV 7, fue bien acogida por los egipcios, dado que tenían mayor afinidad egipcios y macedonios que persas y egipcios. A propósito, cf. A. T. OLMSTEAD, *History of the Persian Empire*, Chicago, 1948, págs. 440-495.

259 La fundación de ciudades, así como la repoblación de plazas tomadas al enemigo, son una de las constantes en las campañas de Alejandro, siendo de destacar el personalismo que preside, por parte de Alejandro, la ceremonia de cualquier nuevo asentamiento, evidenciado en que media docena de estas nuevas ciudades tomaran su mismo nombre. Nuevas fundaciones, en IV 4, 1; 22, 5; 24, 7; V 29, 3; VII 21, 7. Respecto a los motivos que a ello le inducían, cf. IV 1, 3; VI 15, 2; 21, 5; 22, 3; VII 21, 7. El relato de la fundación de esta ciudad de Alejandría puede verse también en Q. CURCIO, IV 8, y DIODORO, XVII 52. Datos concretos, a propósito de si la fundación tuvo lugar antes o después de la visita al santuario de Siwah, en *Apéndice V*, vol. I de la Loeb, a cargo de BRUNT. La cuestión ha sido largamente discutida. Arriano y Plutarco en su narración atestiguan la fundación antes de la visita al oráculo, y en sentido inverso lo cuentan Diodoro y Q. Curcio. Muy documentados son los trabajos de C. B. WELLES: «The discovery of Sarapis and the foundation of Alexandria», *Historia* 12 (1962), 271-298,

de ser próspera en sumo grado. Sintió por la nueva fundación gran interés[260], fijando él mismo los límites de la ciudad, el lugar donde había de alzarse el mercado, el perímetro de los muros y el número de templos y de dioses que en ellos se venerarían, incluyendo no sólo a los griegos, sino también al egipcio Isis. Ofreció sacrificios a este fin y las víctimas le resultaron propicias.

Fundación de Alejandría

A propósito, se cuenta una anécdota[261], que a mi parecer no es del todo increíble. Quiso el propio Alejandro señalar a los albañiles los límites de por dónde habían de alzarse las obras de fortificación, pero no tenía con qué marcar la señal sobre la tierra. A uno de los maestros de obra se le ocurrió hacerlo con la harina que los soldados transportaban en unos barriles, y dibujó con ella el contorno circular[262] de la fortificación de la ciudad, precisamente por donde el rey había indicado que se hiciera. Reflexionando sobre esto 2
los adivinos, especialmente Aristandro, el telmisio, que ya en muchas ocasiones anteriores había interpretado

---

y «Sarapis and Alexandria, an *Addendum*», *Historia* 12 (1963), 512. El debate lo continúa P. M. FRASER, «Current Problems concerning the early History of the Cult of Sarapis», *Opuscula Atheniensia* 7 (1967), 23-55. Un resumen de la historia de la ciudad desde su fundación hasta sus más anecdóticos avatares, con amplia bibliografía, puede verse en A. BERNAND, *Alexandrie la Grande*, París, 1966. Sobre los posibles motivos que indujeron a Alejandro a fundar la ciudad, cf. B. A. VAN GRONINGEN, «A propos de la fondation d'Alexandrie», en *Raccolta di scritti in onore di G. Lumbroso*, 1925, págs. 200-211.

260 Sobre el *póthos* de Alejandro, remitimos a lo dicho en *Introducción.*

261 Nueva alusión a la *Vulgata.*

262 Cf., sin embargo, CL. PREAUX, «Alexandrie et la chlamyde», en *Chron. d'Égypte*, 43 (1968), 176-187.

a Alejandro con exactitud muchos otros augurios, vaticinaron que la nueva ciudad sería próspera por muchas razones, y en especial por su fertilidad en frutos de la tierra.

3 Llegó en estos días a Egipto Hegéloco con la noticia de que los habitantes de Ténedos habían hecho defección de los persas y se habían pasado al bando de Alejandro (de hecho, se habían sumado antes a la causa persa muy contra su voluntad), así como que el partido popular de Quíos había permitido a sus partidarios regresar a la ciudad, luchando contra la guarnición que en ella habían dejado Autofrádates y Farná-
4 bazo. El propio Farnábazo había sido capturado y hecho prisionero allí, así como también el tirano Aristónico de Metimna, que se había adentrado en el puerto de Quíos con cinco naves hemiolias[263] piratas, sin percatarse de que el puerto había caído en manos macedonias, engañado por los guardianes que vigilaban la barrera del puerto, que le habían dicho que allí estaba
5 anclada la flota de Farnábazo. Los hombres de Hegéloco capturaron a todos los piratas y trajo él a presencia de Alejandro a Aristónico, a Apolonides de Quíos, Fesines y Megareo, y a todos aquellos que habían contribuido a la defección de Quíos y que en aquel tiempo habían impuesto por la fuerza su go-
6 bierno en la isla. Anunció también a Alejandro que habían liberado la ciudad de Mitilene (hasta entonces bajo control de Cares) y que se había atraído mediante acuerdos pacíficos las demás ciudades de la isla de Lesbos. Le comunicó igualmente que había mandado a la isla de Cos a Anfótero con sesenta naves, a reque-

---

[263] La nave hemiolia es una embarcación ligera, con una fila y media de remeros. Cf. L. CASSON, *Ships and Seamanships...*, así como J. S. MORRISON-R. T. WILLIANS, *Greek cared Ships 900-322 B. C.*, Cambridge, 1968.

rimiento de sus propios habitantes, y que cuando él mismo se dirigió a Cos ya había caído ésta en manos de Anfótero.

Así se presentó Hegéloco con todos sus prisioneros, 7
menos Farnábazo, que había escapado en Cos burlando los centinelas. Alejandro reexpidió a los tiranos a sus respectivas ciudades para que allí los trataran como sus conciudadanos quisieran. Dispuso, en cambio, que Apolonides fuera trasladado, bajo severa custodia, junto con los demás de Quíos a la ciudad egipcia de Elefantina.

Visita al santuario de Amón

Sintió entonces Alejandro un 3
vivo deseo[264] de acercarse hasta el santuario de Amón, en Libia, por dos razones: primera, por consultar al dios cuyo oráculo se decía que era infalible, y porque a él había acudido el propio Perseo y Heracles, aquél cuando fue enviado por Polideucte en busca de las Gorgonas, éste cuando se dirigió a Libia en busca de Anteo, y a Egipto en busca de Busiris; la segunda razón era que Alejandro 2
deseaba emular a Perseo y Heracles, por considerarse descendiente de ambos, llegando a atribuir su nacimiento a Amón, al igual que los mitos atribuían el de Heracles y Perseo a Zeus. Pues bien, el caso es que Alejandro se decidió a visitar el templo de Amón[265], con el propósito de conocer con exactitud sus vicisitudes futuras, o cuando menos, poder decir que las conocía.

---

264 Remitimos, de nuevo, a nuestra n. 21 y a la *Introducción*.

265 En este pasaje hay divergencias sustantivas entre el relato de Arriano y la *Vulgata*. Una amplia discusión sobre la visita al oráculo, motivos de la misma, transcendencia que tuvo para los hombres del ejército de Alejandro su filiación respecto al dios Amón, cronología de la visita, etc., puede verse en las páginas que le dedica SEIBERT, págs. 116-125 y 278-281.

3 Para ello marchó, pues, hasta la ciudad de Paratonio, en paralelo al mar y a través del desierto, aun tratándose de una región carente por completo de agua, por espacio de unos mil seiscientos estadios[266], según dice Aristobulo. A partir de aquí se internó en el
4 país, hasta llegar al oráculo de Amón. El trayecto era ahora en su mayor parte desierto, arenoso y sin un reguero de agua; por ello se atribuyó al cielo el hecho de que mientras Alejandro lo cruzara lloviera insistentemente. Se daba también una explicación divina a la siguiente anécdota: habitualmente sopla en esta región un viento del Sur que arrastra por los caminos gran cantidad de arena, borrando las huellas del paso, lo que hace imposible saber por dónde hay que continuar en esta especie de mar de arena en el que no hay ningún camino, ni monte ni árbol, ni ninguna loma se levanta fija permanentemente[267], que pueda servir de pista al caminante, como hacen con los astros los marineros. Por ello el ejército de Alejandro erraba sin rumbo cierto, sumidos los guías en una duda total a
5 propósito de por dónde continuar la marcha. Tolomeo, el hijo de Lago[268], cuenta que aparecieron dos serpien-

---

266 Aproximadamente, 290 km.

267 Se refiere a algún montículo o cerro estable, en oposición a las dunas vivas que, ocasionalmente, se forman por la acumulación de arena, ya que éstas suelen cambiar de emplazamiento o desaparecer por completo debido a la acción del viento.

268 Desde H. STRASBURGER, *Ptolemaios und Alexander*, Leipzig, 1934, se ha pensado que Arriano sigue, en esta parte de su narración, el testimonio exclusivo de Tolomeo, mientras que WILCKEN intentó demostrar, en su trabajo: «Alexanders Zug in die Oase Siwa», en los *SB* 30 (1928), 576 ss., que las fuentes de Arriano en este pasaje son Calístenes y Clitarco conjuntamente. Ambas posturas parecen igualmente desechables a M. A. LEVI, quien en su *Introd. ad Aless. Magno*, págs. 307 y sigs., llama la atención sobre las motivaciones «egiziane del pellegrinaggio stesso».

tes que caminaban delante del ejército lanzando silbidos, y que Alejandro ordenó a los guías que las siguieran, fiados en la divinidad; las serpientes les condujeron hasta el oráculo del dios y luego por el camino de regreso. Aristobulo, en cambio, se suma al rumor más difundido de que dos cuervos volaban en vanguardia del ejército actuando como guías de Alejandro. Yo me adhiero en este asunto a los que creen que en todo esto hubo algún tipo de intervención divina, porque así parece lo más verosímil, pero la exactitud del suceso no me parece reconstruible, dado que unos y otros interpretaban cada cual a su manera lo que ocurrió.

El paraje[269] donde se asienta el templo de Amón 4
es desértico en todo su contorno, arenoso y seco. Sin embargo, su zona central, que es muy pequeña (por su lado más extenso alcanza unos 40 estadios), está densamente poblada de plantas cultivadas, olivos y palmeras, siendo el único lugar de los de alrededor en
donde se recoge el rocío. Brota en él una fuente sin- 2
gular, en nada parecida a las demás que surgen de las entrañas de la tierra. Efectivamente, su agua al mediodía es fresca al gusto y mucho más al tacto, en cambio al ponerse el sol al atardecer se vuelve más templada, calentándose más y más a medida que la noche avanza, siendo su temperatura más alta a eso de la media noche[270]. A partir de esta hora se enfría

---

269 El paraje donde el templo se asienta, así como una descripción del oasis, pueden verse ampliamente comentados en H. W. PARKE, *The oracles of Zeus*, Oxford, 1967. Las fuentes antiguas son: DIODORO, XVII 49-51; Q. CURCIO, IV 7, 5; ESTRABÓN, XVII 1, 43, y PLUTARCO, *Alejandro* 26-27.

270 La descripción que Arriano hace de esta fuente, conocida ya desde tiempos de HERÓDOTO, IV 181, como *Fuente del Sol*, coincide muy de cerca con la del halicarnaseo. En este oasis hay unas doscientas fuentes, de naturaleza volcánica muchas de ellas, que por los vapores sulfurosos que de ellas

nuevamente, estando fresca al amanecer y helada a medio día, repitiéndose día tras día esta sucesión de
3 cambios. En este lugar se obtiene la sal[271] con sólo escarbar en el suelo. Algunos servidores del templo de Amón la llevan a Egipto, como regalo para el rey o algún otro personaje, en pequeñas cestitas hechas con
4 mimbres de palmera. Es ésta una sal de grano grueso (a veces de hasta más de tres dedos) y limpia como el cristal. Los egipcios y cuantos se ocupan del culto divino la utilizan para los sacrificios, precisamente por ser más pura que la sal extraída del agua del mar.
5 Alejandro se quedó maravillado de este lugar y consultó el oráculo de Amón. Según dijo, oyó de la divinidad cuanto deseaba[272] y, acto seguido, volvióse de

---

emanan dan la impresión de tratarse de aguas que hierven. El agua, como es natural en tales casos, brota templada e incluso caliente, aunque durante el día parezca que se torna fría debido al contraste con la temperatura ambiental, que alcanza en las horas del mediodía valores altísimos en esta región desértica. Cf. L. Azadian, «L'oasis de Siovah et ses sources», *Bull. de l'Inst. d'Égypte* 9 (1926/27), 105-114 (no lo he conseguido consultar); A. Fakhry, *The oasis Siwa, its customs, history and monuments*, París, 1950; G. Radet, «Le pélerinage au sanctuaire d'Ammon», *Rev. Ét. Anc.* 29 (1926), 213-240, y E. N. Borza, «Alexander and the return from Sivah», *Historia* 16 (1967), 369 ss.

271 Aún, en la actualidad, abunda la sal en esta región, de suerte que supone un grave problema para la fertilidad del suelo, hasta el punto de que los agricultores han de combatirla por diversos procedimientos para obtener sus cosechas de cereales. También se mantuvo hasta hace muy poco tiempo el comercio de la sal a la manera tradicional.

272 Plutarco y la *Vulgata* (posiblemente se remonten a Clitarco) son, en este relato, más explícitos. Fueron, según éstos, dos las preguntas que Alejandro planteó al oráculo: primero, si él llegaría a convertirse en soberano de todo el mundo, y en segundo lugar, le preguntó si ya habían sido castigados todos los asesinos de su padre, Filipo. A la primera pregunta, el dios contestó afirmativamente; mas, respecto a la segunda, se dice, guardó silencio. Plutarco nos ha transmitido una carta de Ale-

regreso a Egipto por el mismo camino de ida, según relata Aristobulo, aunque Tolomeo, el hijo de Lago, dice que lo hizo por otro camino que conduce directamente a Menfis.

Organización administrativa de Egipto

Hasta Menfis habían venido 5
muchas legaciones de Grecia, a todas las cuales Alejandro despachó con sus peticiones satisfechas[273]. Se le añadieron también aquí las fuerzas de Antípatro, que componían un contingente de unos cuatrocientos mercenarios griegos bajo el mando de Meneto[274], el hijo de Hegesandro. De Tracia llegaron unos quinientos jinetes, a quienes
mandaba Asclepiodoro, el hijo de Eunico. Alejandro 2
organizó un sacrificio a Zeus Rey, y una procesión con todo su ejército en armas, y celebró un certamen gimnástico y musical. Dispuso luego la ordenación del territorio de Egipto[275] de la siguiente manera: nombró

---

jandro a su madre, Olimpíade (sobre la autenticidad de la carta, cf. TARN, *Alexander*, vol. II, pág. 354), en la que le anunciaba que cuando tuvieran ocasión de verse ya le contaría las respuestas del oráculo. — Vinculada al tema de la visita al oráculo, está la cuestión de la llamada «deificación» de Alejandro (remitimos a SEIBERT, págs. 113 y sigs.).

[273] Como en otras ocasiones, el relato de Q. CURCIO es más detallista, nombrando las legaciones (IV 8) de Atenas, Rodas, Quíos y Mitilene.

[274] Otros leen Menidas (cf. III 12, 3, y 13, 3).

[275] Alejandro ha reservado para Egipto este régimen especial (sin que aparezca la figura del sátrapa), a la vista del fracaso de organización de los persas. En vez de un sátrapa nombró a dos oficiales nativos, amén de otros tres encargados del ejército que quedaba de guarnición en el país. Sobre estas cuestiones, cf. E. KORNEMANN, «Die Satrapenpolitik des ersten Lagiden», en *Raccolta di scritti in onore di G. Lumbroso*, Milán, 1925, págs. 235-245; E. BEVAN, *A History of Egypt under the Ptolemaic Dinasty*, Londres, 1927, o H. I. BELL, *Egipt from Alexander the Great to the Arab Conquest*, Oxford, 1948.

nomarcos a dos egipcios, Doloaspis y Petisis, a los que puso al frente de la división territorial del país. Tras la renuncia de Petisis, se hizo cargo Doloaspis de todo
3 el territorio. Como jefes de guarnición nombró a dos de los Compañeros, a Pantaleón, natural de Pidna, para la guarnición de Menfis, y a Polemón, el hijo de Megacles, natural de Pela, para la de Pelusio. El etolio Licidas sería el jefe de los mercenarios, y Eugnosto, uno de los Compañeros, hijo de Jenofonte, sería el secretario encargado de los asuntos de los mercenarios. Como supervisores de los anteriores quedarían
4 Esquilo y Efipo, el hijo de Calcidio[276]. Confió el gobierno de la vecina Libia a Apolonio, hijo de Carino, y a Cleómenes, el hijo de Náucrates, lo responsabilizó del gobierno de la Arabia donde se asienta Heroópolis.

Encargó a éste que dejara que los nomarcos gobernaran en sus respectivos distritos según las normas establecidas desde antiguo, aunque sería él el encargado de recaudar de ellos los tributos que aquéllos
5 habían de satisfacerle. Nombró generales del ejército que quedaba en Egipto a Peucestas, hijo de Macártato, y a Balacro, hijo de Amintas, y navarco de la armada a Polemón, el hijo de Terámenes. También nombró guardia personal suyo a Leónato, el hijo de Antea[277], que sustituía así a Arribas, muerto por enfermedad.
6 También había muerto Antíoco, jefe de los arqueros, a cuyo frente y como sucesor puso a Ombrión el cretense. Designó jefe del cuerpo de infantería aliada a Calano,

---

276 Mantenemos la lectura «Calcidio» como nombre propio, sin necesidad de enmendar. Cf., no obstante, Roos, en su edición de Teubner.

277 Restituimos nosotros aquí la filiación de Leónato, que era hijo de Anteas (VI 28, 4). En la traducción de Brunt observamos que se mantiene la lectura *Onásou* (marcada con el óbelo de la corrupción) y traduce *Leonnatus son of Anteas!*

pues Balacro, anterior jefe de este cuerpo, estaba destacado en Egipto [278].

Se dice que Alejandro dividió la administración del gobierno de Egipto entre varias personas por aconsejárselo así la propia naturaleza del lugar y su fortificada posición, además de porque no le parecía seguro poner en manos de una sola persona el dominio de todo Egipto. A mí me parece que con el paso del tiempo los romanos aprendieron de este proceder de Alejandro respecto a Egipto, y por ello nunca enviaron como gobernador a Egipto a nadie del Senado, sino a algunos que pertenecían a la clase de los Caballeros [279]. 7

De nuevo en Fenicia

Al despuntar la primavera, Alejandro levantó el campamento de Menfis y se puso en marcha hacia Fenicia, para lo cual hizo construir puentes sobre el curso y las canales del Nilo a lo largo de toda la ciudad. Al llegar a Tiro comprobó que su flota ya había llegado al puerto, por lo que organizó de nuevo sacrificios y juegos gimnásticos y musicales en honor de Heracles. 6

Por estos días llegó procedente de Atenas la nave Páralo [280] trayendo a los embajadores Diofantes y Aquiles, aunque también actuaban en calidad de tales todos sus tripulantes. Éstos regresaron ahora con su 2

---

278 Nuevamente son discordantes los testimonios de Arriano y Q. Curcio, ninguno de los cuales, sin embargo, parece dar una descripción real de la exacta distribución territorial y militar del Egipto bajo Alejandro.

279 Para la organización de Egipto en época romana, cf. TÁCITO, *Anales* II 59: *Historia* I 11; DIÓN CASIO, LI 17.

280 Junto con la Salaminia es una de las naves encargadas de llevar los anuncios y embajadas oficiales. Toma su nombre de las costas y playas que solía recorrer. Cf. L. CASSON, *Ships and Seamanship...*, págs. 353-354.

misión cumplida, ya que Alejandro devolvió a los atenienses (motivo primordial de la expedición) que habían sido capturados prisioneros en Gránico.

3 Tuvo noticias entonces de que en el Peloponeso se había originado una revuelta, y por ello envió a Anfótero como apoyo a los peloponesios que estuvieron de su parte en la guerra contra los persas y no hicieron caso a los lacedemonios. Encargó además a los fenicios y chipriotas que despacharan cien naves, a más de las que ya había enviado él al Peloponeso bajo el mando de Anfótero.

4 Por su parte, él continuó su avance hacia Tápsaco y el río Eufrates, después de haber dejado como recaudador de impuestos en Fenicia a Cerano, natural de Bereo, y a Filóxeno encargado de recogerlos de esta zona del Tauro en Asia[281]. Sustituiría a éstos en su antiguo cargo de custodios del tesoro de Alejandro, Hárpalo, el hijo de Mácata, que acababa de regresar
5 del destierro[282]. En efecto, este tal Hárpalo había tenido que partir al exilio con anterioridad, reinando aún Filipo, y por fidelidad precisamente ⟨a Alejandro⟩[283]. También Tolomeo, el hijo de Lago; Nearco, el

281 Alejandro compensaba de este modo el hecho de que Atenas no se hubiera alineado junto a la serie de ciudades a cuya cabeza se había puesto el rey espartano Agis, que había conseguido ya reunir un total de 30.000 hombres hostiles a Alejandro. Cf., también, n. 124.

282 Para la administración del imperio, cf. E. Badian: «The administration of the Empire», *Gr. and Rom.* 12 (1965), 166-182, y «Alexander the Great and the Greek Cities of Asia Minor», en *Ancient Societies and Institutions. Studies presented to V. Ehrenberg on his 75 th. birthday*, Oxford, 1966, págs. 37-69. Sobre Hárpalo en particular, cf. W. Heckel, «The Flight of Harpalos and Tauriscos», *Class. Philol.* 72 (1977), 133-135.

283 Estamos de acuerdo con Brunt, quien dice seguir la indicación de Roos, en que aquí debe intercalarse el nombre de Alejandro, toda vez que ayuda considerablemente a la comprensión del pasaje. Por nuestra parte creemos que refuerza esta

hijo de Androtimo, y Erigio, el hijo de Larico, y su hermano Laomedonte sufrieron destierro en este tiempo. Fue cuando hubo entre Filipo y Alejandro esa mutua desconfianza, nacida por haber desdeñado Filipo a Olimpíade, madre de Alejandro, y haber tomado por esposa a Eurídice[284]. Por eso, a la muerte de Filipo 6
regresaron del destierro los partidarios de Alejandro, y nombró a Tolomeo miembro de su guardia personal, a Hárpalo su tesorero (pues por su físico estaba inútil para la guerra), a Erigio hiparco de la caballería aliada, a su hermano Laomedonte, que era bilingüe[285], lo puso como encargado de los prisioneros extranjeros, y a Nearco lo hizo sátrapa de Licia y de todo el territorio que se extiende hasta el monte Toro. Hárpalo, sin embargo, escapó poco antes de la batalla de Iso, aconsejado por un tal Taurisco, un malvado que fue con quien se marchó. Este tal Taurisco huyó a Italia junto a Alejandro[286], que era rey del Epiro, y en su corte encontró la muerte; por su parte, Hárpalo buscó 7
refugio en la Megáride. Alejandro le intentó convencer para que regresara, dándole garantías de que no habría de sufrir daño por su anterior huida. Efectivamente, nada le sucedió a su regreso, sino que de nuevo se le encargó de la administración del tesoro. Por otra 8
parte, designó a Menandro, uno de los Compañeros,

argumentación una peculiaridad del estilo de nuestro autor, cual es la repetición, dos y hasta tres veces en un mismo enunciado, de un nombre propio. Es la *verborum ubertas* repetidas veces atestiguada. Así, los pleonasmos se observan en I 8, 6; 29, 1; 28, 1; III 6, 2; V 4, 2; VI 15, 3; VII 2, 1, etc.

284 Llamada aquí Eurídice, se trata de Cleopatra, sobrina de Átalo.

285 Excluimos por considerarla una glosa innecesaria *es tà barbarikà grámmata*.

286 Se trata del hermano de Olimpíade, muerto en 331/330 cuando luchaba con los pueblos del S. de Italia. Fue rey de Molosia.

sátrapa de Lidia, y puso al frente de los mercenarios a Clearco[287], que sucedió en el puesto a Menandro. Designó igualmente a Asclepiodoro, el hijo de Eunico, sátrapa de Siria, cargo que antes desempeñara Arimnas. El relevo se debía a que, a su juicio, Arimnas había observado un comportamiento negligente al hacer los preparativos que Alejandro había dispuesto se hicieran para la marcha del ejército al interior[288].

7 Llegó Alejandro, pues, a Tápsaco en el mes hecatombeón[289], siendo arconte en Atenas Aristófanes, y encontró el paso del río franqueado por dos puentes. La custodia del paso del río, empero, corría a cargo de Maceo, por órdenes de Darío, para lo cual disponía de tres mil jinetes ⟨***⟩ infantes[290], de los que dos mil
2 eran mercenarios griegos. Mientras Maceo mantuvo su vigilancia sobre los accesos al río, los macedonios no pudieron concluir el puente hasta la otra orilla por temor a que los hombres de Maceo les atacaran al final del mismo puente. Sin embargo Maceo, al tener noticias de que ya Alejandro se acercaba, emprendió la huida con todas sus tropas, con lo cual los macedonios cerraron el puente de una a otra orilla, posibilitando así el paso de su ejército.

3 Continuó Alejandro su avance tierra adentro a través de Mesopotamia, dejando a su izquierda el río

---

287 Un error, bien de Arriano, bien del copista, por Cleandro. Cf. III 12, 2; 26, 3, y VI 27, 4.

288 En su día, Droysen propuso cambiar Arimnas por «Menón, hijo de Cerdimnas», corrección en exceso atrevida y, generalmente, desestimada.

289 Julio/agosto del 33.

290 No consta el número de infantes, aunque es frecuente completarlo con *isous* «igual número de infantes», si bien tal vez tengamos que mostrar mayor cautela, pues no suelen coincidir los contingentes de jinetes e infantes. La discusión sobre el número de estas fuerzas mercenarias, en H. W. PARKE, *Greek Mercenary Soldiers*, págs. 199 y sigs.

Eufrates y los montes de Armenia; prefirió no el ca-
mino recto a Babilonia por el curso del Eufrates, sino
este otro, pues por él le resultaría más fácil obtener
provisiones para su ejército, forraje para la caballería,
y porque además se trataba de una zona menos ca-
lurosa. Capturó Alejandro por el camino algunos ras- 4
treadores del ejército de Darío, y por ellos se informó
de que Darío (que, a su vez, los había desperdigado
para obtener informaciones) estaba asentado a las ori-
llas del río Tigris, decidido a impedir el paso de Ale-
jandro en caso de que éste lo intentara. Le informaron
igualmente que en esta ocasión el ejército de Darío
era más numeroso que el que le había hecho frente
en Cilicia[291]. Enterado de todo esto, Alejandro apre- 5
suró su marcha hacia el río Tigris, pero al llegar no
encontró allí a Darío ni a la guardia que tras sí había
dejado. Sin que nadie se lo impidiera, atravesó el río,
aunque a duras penas, debido a la fuerza de su co-
rriente[292]. Concedió allí un reposo al ejército, y apro- 6
vechó un eclipse de luna que se produjo para sacrifi-
car a la Luna, al Sol y a la Tierra, a los que se atribuía
ser la causa del eclipse[293]. A juicio del adivino Aristan-

---

291 Es decir, en la batalla de Iso.

292 Según Q. CURCIO, IV 9, 15-23, la travesía del río, a la que siguió el violento ataque de los hombres de Maceo, fue una empresa costosa.

293 La fecha del eclipse, así como el desarrollo de los acontecimientos en los días sucesivos, fue el siguiente:

21 septiembre 331:	Sacrificios, se produce el eclipse de luna.
22-24 septiembre 331:	Continúa el avance durante tres días (7, 7).
25 septiembre 331:	Primera toma de contacto con el enemigo (7, 7-9, 1).
26-29 septiembre 331:	Descanso de cuatro días (9, 1).
30 septiembre 331:	Se reanuda el avance (9, 2).
1 octubre 331:	Día de la batalla de Gaugamela.

dro, la coyuntura de la luna era favorable a los macedonios y a Alejandro, y afirmaba que el combate tendría lugar en ese mismo mes, y que las víctimas presagiaban la victoria de Alejandro.

7 Partiendo del Tigris, avanzó por la región de Asiria, dejando a su izquierda los montes gordienos, y a la derecha el río Tigris. Al cuarto día de haberlo cruzado, los *pródromos* le anunciaron que habían divisado jinetes enemigos por la llanura, aunque no habían podido conjeturar de qué número se trataba. Ante ello, reorganizó su ejército y lo hizo avanzar dispuesto a entrar en combate. A continuación comparecieron otros *pródromos* diciendo que habían podido distinguir con mayor precisión los jinetes enemigos, y que serían, a su parecer, unos mil.

Al encuentro de Darío

8 Alejandro se puso al frente del escuadrón real, de uno de la caballería de los Compañeros y de los *pródromos* peonios, y haciéndolos avanzar a toda prisa ordenó que el resto del ejército le siguiera en orden de marcha. Cuando los jinetes persas vieron acercarse a toda prisa a los hombres destacados por Alejandro,
2 emprendieron veloz huida. Alejandro los persiguió con insistencia, y aunque la mayoría de ellos consiguieron escapar, otros perecieron al quedar sus caballos agotados por la carrera, y aun otros fueron capturados vivos con sus monturas. Alejandro se informó por ellos de que Darío no estaba lejos con un numeroso ejército[294].

---

[294] Para los preparativos que precedieron a la batalla de Gaugamela, es muy recomendable el libro de E. W. Marsden, *The Campaign of Gaugamela*, Liverpool, 1964, especialmente páginas 40 y sigs. Detalles de algunas operaciones pueden seguirse en G. T. Griffith, «Alexander's Generalship at Gaugamela»..., 77 ss.; J. F. C. Fuller, *The Generalship of Alexander*

Por aquel tiempo habían engrosado el ejército de 3
Darío los indios vecinos de los bactrios, a más de los propios bactrios y sogdianos, todos ellos bajo las órdenes de Beso, sátrapa de la Bactria[295]. También se les habían sumado los sacas, que es un pueblo escita de los que colonizaron Asia. Habían venido éstos no como súbditos de Beso, sino por ser aliados de Darío. A su frente venía Mavaces, y eran unos excelentes arqueros
a caballo. Barsaentes, sátrapa de los aracosios, se pre- 4
sentó al frente de los aracosios y los indios que habitan las montañas. Satibarzanes, sátrapa de Aria, lo hizo comandando a sus arios. A las órdenes de Fratafernes se unieron los partios, hircanios y topiros[296], todos ellos de caballería. Atropates comandaba a los medos, y junto a ellos formaron los cadusios, albanos
y sacesinos. Orontobates, Ariobarzanes y Orxines diri- 5
gían a los pueblos que viven a orillas del Mar Rojo. Oxatres, el hijo de Abulites, venía al frente de los uxios y susianos, y Bupares guiaba a los babilonios[297]. Los carios que habían sido asentados lejos de su tierra de origen[298] y los sitacenos formaron junto con los babi-

---

the Great, págs. 163 y sigs.; A. R. Burn, «Notes on Alexander's Campaigns»..., 81-91. Más antiguo, pero aún básicamente útil, W. Judeich, «Gaugamela», en J. Kromayer-G. Veith, *Antike Schlachtfelder*, Berlín, IV, 1929, págs. 372-384. — Tras la batalla se originó la leyenda de un combate o duelo singular entre ambos reyes. Las opiniones al respecto, en E. Mederer, *Alexanderlegenden*, págs. 24 y sigs.

[295] Ambas regiones, Bactria y Sogdiana, están divididas por el valle del río Oxo y corresponden a parte del actual Afganistán y frontera rusa, regiones, pues, de las más orientales del antiguo imperio persa.

[296] Tal vez el étnico sea *tapoúrous.*

[297] En Q. Curcio, IV 12, 7, sin embargo, la distribución es distinta.

[298] Se trata de algunos carios, a quienes los persas habían desterrado lejos de su territorio de origen, tras repetidos intentos de sublevación.

lonios. Los armenios estaban a las órdenes de Orontes y Mitraustes, y al frente de los capadocios se hallaba
6 Ariaces. Finalmente, Maceo acaudillaba a los sirios de la parte interior y a los de la zona limítrofe con Mesopotamia. El total del ejército de Darío se calculaba en cuarenta mil jinetes, un millón de a pie, doscientos carros falcados[299], así como algunos elefantes, de los que sólo los indios de la parte de acá del río Indo poseían unos cincuenta[300].

7 Tal era el ejército que Darío tenía acampado en Gaugamela, a orillas del río Bumelo, unos seiscientos estadios[301] apartado de la ciudad de Arbela, aprovechando un terreno por completo llano. Los persas se habían encargado desde hacía tiempo de aplanar el terreno para hacerlo cómodamente transitable a los carros y la caballería. Hicieron todo esto a instancias de algunos que influyeron en Darío para hacerle ver que la batalla que tuvo lugar en Iso se perdió porque el escenario en que se desarrolló fue en exceso reducido, razón ésta que Darío encontró por completo convincente.

---

299 Estos carros, provistos de cortantes hoces en sus ejes, impiden que el carro adversario pueda aproximárseles. Terrible era el estrago que producía, igualmente, el empleo de estos falcados entre la infantería. Más tarde perdieron eficacia (cf. lo dicho, más adelante, en n. 326).

300 Las cifras vuelven a ser poco fiables. Si comparamos las diversas fuentes, encontraremos graves divergencias. Por ejemplo, la infantería cuenta, en Arriano, con 1.000.000 de hombres; 800.000, en Diodoro, XVII 53, 3; son unos 400.000 en Justino (XI 12, 5), y sólo 200.000, en Quinto Curcio, IV 12, 13. Paralelamente, en la caballería contrastan los 200.000 de Diodoro; 100.000, en Justino; con los 40.000 de Arriano y los 45.000 de Q. Curcio, cifras, estas dos últimas, más verosímiles. En todo caso, se trata de contraponer la enormidad numérica del persa frente a la minoría más cualificada de los hombres de Alejandro.

301 Aproximadamente 108 km.

Últimas exhortaciones antes de la batalla

Informado Alejandro de estos 9 preparativos por unos vigías persas cogidos prisioneros, se detuvo allí mismo por espacio de cuatro días. Concedió un descanso a su ejército y fortificó mientras tanto el campamento con una trinchera y una empalizada tras la que había decidido dejar la impedimenta y a cuantos hombres estuvieran fuera del servicio de armas, pues su intención era ponerse él mismo al frente de sus hombres sin llevar otra cosa que las armas para el combate.

Una vez reunido este contingente se puso en mar- 2
cha por la noche, a eso del segundo cambio de guardia, con objeto de llegar a encontrarse con los bárbaros al amanecer. Informado Darío de que las fuerzas de Alejandro se acercaban, dispuso su ejército en orden de batalla mientras Alejandro hacía otro tanto. Distaban ambos ejércitos tan sólo unos sesenta estadios[302], aunque no se divisaban aún por interponerse
entre ambos algunas colinas; al reducirse la distancia 3
a unos treinta estadios[303] divisó Alejandro por entre las colinas al enemigo, ante lo cual hizo detener su falange y convocó a sus Compañeros, a los generales y jefes de la caballería, a más de a los jefes de los aliados y mercenarios con vistas a prever el plan de actua-
ción. La mayor parte de éstos eran partidarios de 4
ordenar desde aquí el avance de la falange, pero Parmenión estimaba más conveniente acampar e inspeccionar todo el territorio antes, a fin de conocer los lugares peligrosos y difíciles, las posibles zonas en que los enemigos hubieran cavado fosos o fijado empalizadas, y aguardar hasta conocer con mayor precisión la disposición de las fuerzas enemigas. Prevaleció ahora el pa-

302 Casi 11 km.
303 5.400 m.

recer de Parmenión, y así acamparon allí mismo, según
el orden de marcha en que iban.

5 Al poco, Alejandro tomó un destacamento de infan-
tería ligera y la caballería de los Compañeros, y con
ellos inspeccionó el lugar en un amplio recorrido, pen-
sando que éste iba a ser el escenario del combate. A
su regreso, convocó de nuevo a sus jefes diciéndoles
que no tenía él que animarlos a la lucha, ya que a ello
le incitaban sus antiguas hazañas de guerra, puestas ya
6 de manifiesto en multitud de ocasiones. Sí creía, en
cambio, conveniente que cada jefe exhortara a sus pro-
pios hombres, los capitanes a sus soldados, el jefe de
escuadrón a sus subordinados, y los taxiarcos a los
hombres bajo sus órdenes, e igualmente los jefes de
infantería a sus soldados. No se trataría ahora de una
batalla como las habidas anteriormente, en que se
decidiera en manos de quién iba a quedar Siria Inte-
rior, Fenicia o Egipto, sino que sería una batalla por
7 el control de toda el Asia. No era tarea difícil la de
infundir ánimo guerrero en gente que es valiente de
nacimiento, por lo que ahora aprovechó para exhortar-
les a que cada cual mantuviera en el momento de má-
ximo peligro el orden asignado, a que permanecieran
en total silencio cuando el avance así lo requiriera, y,
a su vez, que gritaran estrepitosamente llegado el mo-
mento de hacerlo, entonando al tiempo el grito de
guerra hasta provocar el pánico entre los enemigos.
8 Los propios jefes debían cumplir puntualmente las
órdenes y hacer que sus respectivas unidades las cum-
plieran también con celeridad, así como tener bien
presente que la conducta descuidada de uno solo re-
portaría peligros para todo el ejército, y que con su
solícito esfuerzo contribuirían al éxito común.

10 Tras estas exhortaciones y algunas otras de pare-
cido tenor, Alejandro recibió de sus generales garan-
tías de poder confiar en ellos, por lo que mandó a su

ejército a cenar y descansar. Cuentan[304] que Parmenión se acercó al poco a la tienda de Alejandro, aconsejándole que dispusiera que el ataque contra los persas se realizara durante la noche, ya que así serían sorprendidos, más fácilmente confundidos y presos del pánico. A esta sugerencia de Parmenión, Alejandro con- 2
testó ante el anuente auditorio de los presentes que le parecía vergonzosa una victoria conseguida por sorpresa, y que él debía obtenerla abiertamente y sin estas argucias[305]. Este hablar grandilocuente de Alejandro más parecía confianza ante el peligro que un exceso de arrogancia por su parte.

A mi modo de ver, se trataba de que Alejandro 3
había hecho un exacto cálculo de los siguientes pormenores: pues al concurrir durante la noche circunstancias imprevistas tanto para los ejércitos bien equipados para la guerra como para los que no lo están, a menudo ocasionan la derrota de aquéllos, de los más poderosos, y dan la victoria a los peores en contra de lo que ambos esperaban. Es cierto que habitualmente Alejandro arriesgaba mucho en las batallas, pero el combate nocturno le seguía pareciendo muy peligroso[306]; pensaba además que, en caso de derrotar a Darío, el hecho de que el ataque hubiera sido nocturno y por sorpresa daría pie a que Darío no reconociera su propia inferioridad ni la de los suyos, y por 4
el contrario, si sus tropas macedonias sufrían algún revés contra pronóstico, los pueblos limítrofes se aliarían a los enemigos, que tendrían además la ventaja

---

304 Posiblemente se trata del testimonio de la *Vulgata*, y no de Tolomeo ni Aristobulo. Las circunstancias son, de nuevo, distintas en la versión de Q. CURCIO, IV 13, 3.

305 Esta misma argumentación es la que encontramos en Q. Curcio y Plutarco.

306 Sobre cautelas a propósito del combate nocturno, cf. TUCÍDIDES, VII 43, 4; JENOFONTE, *Anábasis* III 4, 35.

de conocer mejor la zona, mientras que ellos quedarían en un paraje extraño y rodeados por toda suerte de gentes enemigas. Debía tenerse en cuenta igualmente que muchos de sus prisioneros de guerra pertenecían a estos pueblos, y era de esperar se sumaran al bando contrario (sin aguardar a que se impusieran los de Darío) tan pronto se percataran de que los macedonios no conseguían vencer fácilmente en el ataque nocturno. Merece mi elogio este modo de calcular por parte de Alejandro no menos que su arrogancia manifestada en público.

Formación de las tropas de Darío

11 El ejército de Darío mantuvo durante toda la noche su formación inicial, ya que no disponían de campo abierto para desplegarse y porque temían un ataque
2 nocturno del enemigo. Hay que decir, sin embargo, que si hubo algo que perjudicara a los persas en estos momentos fue la prolongada situación de espera en armas, y la sensación de miedo que suele preceder a los grandes desastres, sensación que no era fruto del momento, sino que venía alimentada desde largo tiempo atrás hasta llegar a haberse hecho dueña del espíritu de los soldados [307].

3 La disposición que Darío dio a sus tropas es la siguiente, según sabemos por Aristobulo, que consiguió un documento en que constaban estos pormenores [308]: el flanco izquierdo lo ocupaba la caballería bactriana, junto con los dahos y aracosios; a su lado se hallaban los persas, caballería e infantería conjuntamente, y tras los persas los susios, y tras éstos los cadusios.

---

307 En absoluto de acuerdo, Q. CURCIO, IV 13, 11-14.

308 El documento en cuestión no pareció muy fiable a Tolomeo, aunque tal vez haya que remontar sus informaciones a Calístenes, por el elenco un tanto singular de pueblos mencionados. Notoriamente distinto, Q. CURCIO, IV 12, 5.

Tal era la formación del flanco izquierdo hasta el cen- 4
tro de la formación de la falange. Por el flanco dere-
cho[309] se situaron los de la Siria Interior y los de
Mesopotamia; también a la derecha los medos, partos y
sacios, los topiros e hircanos, albanos y sacesinos hasta
el centro de la formación de la falange. El centro lo 5
ocupaba Darío y los «Parientes del Rey»[310], también los
persas meloforos[311], los indios y los carios llamados
«transplantados»[312], a más de los arqueros mardos.
Los uxios, babilonios y los que habitan los confines
del mar Rojo, a más de los sitacenos, ocupaban el fon-
do de la formación.

El flanco izquierdo estaba reforzado por los jinetes 6
escitas, unos mil bactrianos y unos cien carros falca-
dos puestos en primera fila, dando frente al ala de-
recha de Alejandro. Los elefantes formaban frente al
escuadrón real [de Darío][313] junto a cincuenta carros.
En primera fila del flanco derecho estaban apostados 7
los jinetes armenios y capadocios y cincuenta carros
falcados. Los mercenarios griegos[314] a uno y otro lado
de Darío y sus persas, frente por frente de la falange
de Alejandro, por ser, según se creía, la única fuerza
capaz de contrabalancear a ésta.

A su vez, el ejército de Alejandro tenía la siguiente 8
disposición[315]: la caballería de los Compañeros ocu-
paba el flanco derecho, y delante de ellos formaba el

---

309 Bajo las órdenes de Maceo. Cf. DIODORO, XVII 59, 5 (error, en Q. CURCIO, IV 15, 2, que registra el nombre de Beso).

310 Lo compone un contingente de 1.000 soldados selectos.

311 Es una fuerza, también de 1.000 hombres, que constituyen la guardia personal del Rey y cuyas lanzas llevan en sus extremos manzanas de oro. Cf. HERÓDOTO, VII 40.

312 Cf. nuestra n. 298.

313 *Gronovius delevit.*

314 Ni Diodoro ni Q. Curcio los mencionan.

315 Corresponde a DIODORO, XVII 57, 1-4, y Q. CURCIO, IV 13, 26.

escuadrón real bajo las órdenes de Clito, hijo de Dropides; a continuación el escuadrón de Glaucias, luego el de Aristón, y el de Sópolis, hijo de Hermodoro; acto seguido el de Heraclides, el hijo de Antíoco; luego el de Demetrio, hijo de Altemene, y más allá el de Meleagro, y el último el escuadrón [real][316] de Hegéloco, hijo de Hipóstrato. La caballería de los Compañeros en su conjunto formaba a las órdenes de Filotas, el hijo de Parmenión.

9 El *ágēma* de los hipaspistas de la falange macedonia estaba ubicado inmediatamente a continuación de la caballería, y tras él los restantes hipaspistas. A su frente estaba Nicanor el hijo de Parmenión. A continuación se alineaban los batallones de Ceno, hijo de Polemócrato, el de Perdicas, hijo de Orontes, y luego el de Meleagro, hijo de Neoptólemo; el de Poliperconte, hijo de Simnias, y el de Amintas, hijo de Filipo[317]; al frente de este último estaba Simmias, porque Amintas
10 había partido hacia Macedonia a reclutar gente. El ala izquierda de la falange macedonia la ocupaba el batallón de Crátero, el hijo de Alejandro, de quien también dependía todo el flanco izquierdo de la infantería. A continuación se hallaba la caballería aliada bajo el mando de Erigio, el hijo de Larico; a la izquierda de éstos estaban los jinetes tesalios, a cuyo frente iba Filipo, el hijo de Menelao. El flanco izquierdo en su conjunto estaba a las órdenes de Parmenión, hijo de Filotas, que tenía como escolta la caballería farsalia, la más selecta y numerosa de Tesalia.

12 Ésta era la disposición que Alejandro había adoptado para el frente de su ejército, si bien añadió una

---

316 Es Brunt quien lo atetiza.

317 Amintas no es hijo de Filipo, sino de Andrómeno. El error se evidencia en III 16, 10.

segunda fila[318] para que la falange tuviera capacidad de reacción por uno y otro lado. Los jefes de esta segunda fila recibieron claras órdenes de replegarse hacia atrás y contener el ataque bárbaro si los persas llegaban a rodear el ejército macedonio. De otra parte, 2
y por si se veían forzados a desplegar o contraer sus líneas, se habían situado en un recodo del flanco derecho y a continuación del escuadrón real la mitad de los agrianes, bajo las órdenes de Atalo; junto a ellos los arqueros macedonios a las órdenes de Brison, y a continuación los llamados «viejos mercenarios», bajo el mando de Cleandro. Delante de los agrianes y de 3
los arqueros se situó la caballería, compuesta por los *pródromos* y los peonios, a las órdenes de Aretas y Aristón, y aún formaban delante de todos los mencionados la caballería mercenaria, cuyo jefe era Menidas. La mitad de los agrianes, de los arqueros y los lanzadores de jabalina de Balacro se situaron delante del escuadrón real y del resto del grupo de los Compañeros, justo haciendo frente a los carros falcados. Me- 4
nidas y los suyos tenían órdenes de replegarse a un lado y atacar al enemigo de costado si éstos se lanzaban cabalgando contra el ala macedonia.

Ésta era la disposición del flanco derecho del ejército de Alejandro[319]. A un lado de su flanco izquierdo situó a los tracios y a su jefe Sitalces, y a continuación a la caballería aliada bajo el mando de Corano[320]; luego la caballería odrisia guiados por Agatón, el hijo

---

318 Contingente de aliados griegos y otros mercenarios, excepto los que iban a las órdenes de Cleandro.

319 Más detalles, con comentarios, mapas y planos de la distribución de las tropas, en E. W. Marsden, *The Campaign of Gaugamela*, págs. 50 y sigs.

320 No sabemos si se trata o no de la misma persona que Carano en III 28, 2; IV 3, 7; 5, 7; 6, 2. Berve entiende que no, y los considera dos oficiales sin vinculación alguna entre sí.

5 de Tirimnas[321]. En primera fila y delante de todos
formaba la caballería extranjera de mercenarios, bajo
el mando de Andrómaco, el hijo de Hierón. Encarga-
dos de la guardia de la impedimenta había quedado la
infantería tracia. El ejército de Alejandro hacía un
total de siete mil hombres de caballería y cuarenta mil
de infantería[322].

13 Ambos ejércitos quedaron así situados uno frente
al otro[323]; se podía ver al propio Darío con su escolta,
a los persas meloforos, indios, albanos, a los llamados
carios «transplantados» y a los arqueros mardos, frente
por frente a Alejandro y al escuadrón real. Alejandro
desplazó su ejército un poco hacia su derecha, movi-
miento que fue contrarrestado por los persas, que hi-
cieron otro tanto al lado opuesto hasta desbordar la
2 falange. La caballería escita cabalgó bordeando la pri-
mera línea de Alejandro, hasta entrar en contacto con
ellos, mientras Alejandro continuaba aún su marcha
hacia la derecha, a punto casi de salirse del espacio
que los persas habían aplanado con vistas al combate.
Ante este avance, Darío temió que los macedonios ocu-
paran la antiplanicie, con lo que sus carros quedarían

---

321 Más completa, como de costumbre, la descripción en DIODORO, XVII 57, 5.

322 Según Brunt deben corregirse las cifras dadas por Arriano.

323 La literatura sobre esta batalla de Gaugamela es copiosísima, lo que no impide que, sobre algunos puntos, permanezcan ciertas sombras y que, de otro lado, se hayan dado algunas interpretaciones irreconciliables. Lo mejor de que disponemos está en W. TARN, *Alexander the Great*, II, págs. 182 y sigs.; G. T. GRIFFITH, «Alexander's Generalship at Gaugamela»..., 77 ss.; A. R. BURN, «Notes on Alexander's Campaigns», 81-91; N. G. L. HAMMOND, *History of Greece*, Oxford, 1959, págs. 615 y sigs.; J. F. C. FULLER, *The Generalship...*, págs. 163 y sigs,; E. W. MARSDEN, *The Campaign of Gaugamela...* Cf. lo recogido en n. 294.

sin poder entrar en combate, y para evitar esto, ordenó
a sus tropas de primera fila del flanco izquierdo que
cabalgaran y rodearan el flanco derecho de Alejandro,
a fin de impedir que éste ampliara este flanco aún
más. Ante esta medida, Alejandro ordenó a Menidas 3
que cargara con sus jinetes mercenarios contra los per-
sas. Los jinetes escitas contraatacaron por su parte,
seguidos de los bactrianos que se les habían añadido,
y al ser muchos más, pusieron en fuga a la caballería
de Menidas, inferiores en número. Alejandro ordenó
que acudieran en seguida como refuerzo contra los
escitas los peonios, al mando de Aristón[324], y los mer-
cenarios, consiguiendo de este modo que los bárbaros
retrocedieran. Por su parte, los restantes bactrios ata- 4
caron a los peonios y mercenarios hasta restablecer
en sus puestos a los hombres del bando persa que ya
huían, fijando el frente donde ambas caballerías dispu-
taban combate cerrado.

Mayor número de bajas sufrieron los hombres de
Alejandro al ser arrollados por la avalancha de bárba-
ros y también porque los escitas y sus monturas esta-
ban pertrechados con mejores equipos de defensa.
Aun así, los macedonios[325] aguantaron los embates de
los bárbaros, y atacacando vigorosamente escuadrón
por escuadrón, consiguieron desalojar de sus puestos
a los bárbaros. En ese preciso momento, los persas 5
lanzaron sus carros falcados contra Alejandro, con
intención de hacer cundir el pánico entre su falange,
pero se vieron defraudados en su propósito, ya que
los agrianes y los hombres de Bálacro que estaban
situados delante de la caballería de los Compañeros les

---

324 Los Manuscritos leen *arétēn*, corregido por Schneider en *Aristōna*.

325 El término macedonio no tiene aquí un valor étnico preciso, sino que con él se refiere Alejandro a las tropas carentes de otro tipo de especificación.

alcanzaban con sus proyectiles a medida que los carros se iban acercando; y además, echando mano a las riendas de los caballos, dieron a tierra con sus conductores, y rodeando a los caballos los iban desenganchan-
6 do[326]. Algunos carros irrumpieron por entre las filas macedonias, aunque éstas se abrían dejándoles por allí paso, según la consigna convenida; gracias a esta táctica las filas macedonias no sufrieron daño al pasar limpiamente los carros entre ellas. Así es como se impusieron a los carros persas la caballería del ejército de Alejandro y los hipaspistas reales[327].

Continúa el combate

14 Al atacar Darío el grueso de la falange macedonia, ordenó Alejandro a Aretas que cargara contra la caballería persa que intentaba rodear su flanco derecho.
2 Mientras tanto, el propio Alejandro conducía en columna a los de su escolta, mas cuando la caballería de Aretas, que había acudido en auxilio del flanco derecho, rompió la primera línea de la falange de los bárbaros, él mismo enfiló hacia donde se produjo la ruptura de líneas enemigas, lanzando en cuña el escuadrón de los Compañeros y la sección de falange allí situada, corriendo con gran griterío contra Darío[328].
3 Durante algún tiempo se combatió mano a mano, mas como la caballería de Alejandro, y Alejandro mismo presionaban cada vez más y empujaban con sus picas valientemente en un ataque cara a cara, y la com-

---

326 El empleo de tales carros había fracasado casi por completo en Cunaxa (Jenofonte, *Anábasis* I 8, 19-20), así como en otros pasajes arrianeos; de ahí que su actual utilización se justifique sólo como compensación por la manifiesta debilidad de la infantería persa.

327 En 11, 9, sin embargo, aparecen en primera fila.

328 Más detalles técnicos y topográficos del desarrollo en Marsden, *The Campaign of Gaugamela*, págs. 68 y sigs.

pacta falange macedonia, de terrible aspecto por sus largas lanzas, golpeaba a los persas lanzándose sobre ellos, Darío, lleno de miedo ya desde antes, y no viendo a su alrededor más que desgracias, emprendió él mismo el primero la huida. También fueron presa del pánico ante el valiente ataque de los hombres de Aretas los persas que intentaban rodear el flanco del ejército macedonio.

Total fue la desbandada persa en este punto, mien- 4
tras los macedonios se dedicaban a perseguir y dar muerte a los fugitivos. Simmias y su batallón no pudieron seguir a Alejandro en la persecución, sino que su falange se quedó a combatir allí para reforzar el ala izquierda macedonia, de la que habían llegado noticias de hallarse en apuros. Efectivamente, por ese punto se 5
había roto la fila macedonia y algunos jinetes indios y persas se filtraban por el hueco hasta alcanzar la impedimenta macedonia. Difícil se tornó la situación para los hombres que allí se encontraban, ya que los persas irrumpieron violentamente en medio de estas gentes, en su mayoría desarmada y que en modo alguno esperaban una incursión directa contra ellos, amparados como estaban por la doble fila de la falange; además, ocurrió que los prisioneros bárbaros, al ver el ataque persa se sumaron a él contra los macedonios. Pronto, sin embargo, se percataron de lo suce- 6
dido los jefes de las tropas que componían la reserva de la primera falange, se volvieron con toda celeridad, conforme se había previsto para un tal caso, y cayeron sobre los persas por sus espaldas, dando muerte a muchos de ellos allí entre los animales y rebaños; otros, en cambio, echando a correr se escaparon. Por su parte, los persas del flanco derecho, sin noticias aún de la huida de Darío, cabalgaban a lo largo del flanco izquierdo de Alejandro, atacando a las tropas de Parmenión.

Fin de la batalla de Gaugamela

15 Se hallaban aquí los macedonios batidos por un doble fuego, cuando Parmenión envió a toda prisa un mensajero[329] a Alejandro notificándole la apurada situación de sus tropas y su necesidad de ayuda. Al enterarse Alejandro de ello, abandonó la persecución y acto seguido se dio la vuelta junto con la caballería de los Compañeros en dirección al flanco derecho de los bárbaros. Arremetió allí contra la caballería enemiga, compuesta de partos, algunos indios y persas que formaban lo más numeroso y selecto de las tropas
2 enemigas, que empezaron a batirse ya en retirada. Se originó entonces la más cruel batalla ecuestre de toda la campaña. Los bárbaros iban en formación de a fondo, por escuadrones, y al replegarse fueron a toparse de frente con los soldados de Alejandro. No fue posible allí lanzar dardos ni hacer maniobras de despliegue de la caballería, como es usual en cualquier combate a caballo, sino que cada cual se esforzaba por abrirse camino por sí mismo, prestos a dar y recibir golpes, viendo que ésta era la única vía de salvación posible, como gente que combate no en una lucha que beneficia a otros, sino por su propia y personal salvación. En este combate perecieron unos sesenta Compañeros de Alejandro, y resultaron heridos el propio Hefestión, Ceno y Menidas, pero aun con todo, Alejandro obtuvo la victoria.
3 Los persas se abrieron camino por entre las filas de Alejandro y huyeron a todo correr, por lo que Alejandro estuvo ahora a punto de entrar en contacto

329 El hecho de que este mensajero localizara a tiempo a Alejandro da pie a suponer que éste no se decidió a perseguir a Darío, sino que se encontraba, aunque no podamos precisar dónde, cerca de las tropas de Parmenión, y en todo caso, cerca del escenario de la batalla principal.

con el flanco derecho enemigo. Fue entonces cuando la caballería tesalia luchó tan brillantemente que en nada fueron inferiores a Alejandro en la batalla, de suerte que el flanco derecho de los bárbaros ya huía cuando Alejandro entró en contacto con ellos. A la vista de esto, se dio la vuelta y se dedicó a perseguir de nuevo a Darío, haciéndolo mientras duró la luz del día. Por su parte, los hombres de Parmenión continua- 4
ron también la persecución. Una vez que Alejandro atravesó el río Lico[330], acampó su ejercitó allí a fin de que sus hombres y animales recuperaran fuerzas. Mientras tanto, Parmenión arrasó el campamento bárbaro, capturando su impedimenta, elefantes y camellos.

Alejandro dejó descansar a su caballería hasta la 5
media noche, para avanzar luego a buena marcha hacia la ciudad de Arbela, buscando capturar a Darío, sus tesoros y todo el equipo real. Llegó a Arbela al día siguiente, después de haber recorrido un total de seiscientos estadios[331] aproximadamente desde el lugar de la batalla. No pudo capturar a Darío en Arbela, ya que éste había continuado sin resuello su huida, aunque sí se apoderó de su tesoro y todo su equipo; también cogió el carro del rey, ahora por segunda vez[332], su escudo y sus arcos. Del bando de Alejandro murieron 6
unos cien hombres y quedaron inutilizados más de mil caballos, en parte malheridos, en parte maltrechos por la larga persecución, de ellos aproximadamente la mitad eran del escuadrón de los Compañeros. Se contaron unos trescientos mil cadáveres enemigos, y aún fueron hechos prisioneros muchos más, así como los

---

330 DIODORO, XVII 61, 1, y Q. CURCIO, IV 16, 7, nos han transmitido más detalladamente esta persecución de Darío.

331 Unos 108 km.

332 La primera fue en la batalla de Iso.

elefantes y carros que no se perdieron en el combate[333].

Así acabó esta batalla, siendo arconte en Atenas Aristófanes, durante el mes Pianepsio[334]. Cumplióse así la profecía de Aristandro de que Alejandro presentaría batalla y obtendría la victoria en el mes del eclipse de luna.

Entrada en Babilonia y Susa

16 Tras la batalla, el rey Darío partió hacia Media a través de los montes armenios, seguido por la caballería bactriana que le había acompañado durante la batalla; le siguieron también los «Parientes del Rey» y
2 algunos de los persas meloforos. Se añadieron a él en la huida unos dos mil mercenarios extranjeros, bajo las órdenes de Patrón el focense y Glauco el etolio. Darío tomó en su huida el camino que conduce a Media, por creer que Alejandro se dirigiría después de la batalla a Susa y Babilonia, por ser éste un trayecto habitado y de fácil tránsito para un ejército, y porque, de otra parte, parecía que una ciudad como Babilonia o Susa era el premio correspondiente a los
3 padecimientos sufridos en la guerra. Además, el camino que conducía a Media no era cómodo para un gran ejército[335]. No erraba Darío al calcular así, pues, en efecto, Alejandro abandonó Arbela y se dirigió a buena marcha hacia Babilonia.

---

333 Las cifras dadas por otros historiadores son, respectivamente: Diodoro, 90.000 en el ejército de Darío, frente a 500 del bando de Alejandro; Q. Curcio, 40.000 persas, frente a unos 300 macedonios.

334 Hay un pequeño error de cronología, ya que la batalla tuvo lugar el 1 de octubre, esto es, en el mes Boedromión, y no en el Pianepsio aquí mencionado, que corresponde a octubre/noviembre. Cf. n. a III 7, 6.

335 Diodoro, XVII 64, 1; Q. Curcio, V 1, 3-9.

Se hallaba ya cerca de la ciudad con su ejército formado en orden de batalla, cuando le salieron a su encuentro el pueblo entero de los babilonios, encabezados por sus sacerdotes y gobernantes cargados de regalos, ofreciéndoles la ciudad, su ciudadela y los tesoros[336]. Una vez tomó posesión de la ciudad, Alejandro 4
autorizó a los babilonios a reconstruir los templos que Jerjes había destruido, en especial el santuario de Baal[337], divinidad de máxima veneración por parte de los babilonios[338]. Nombró a Maceo sátrapa de Babilonia, a Apolodoro de Anfípolis lo dejó como general de las tropas que quedaban con Maceo, y como encargado de la recaudación de tasas dejó a Asclepiodoro, el hijo de Filón. Envió a Armenia[339] en calidad de sá- 5
trapa a Mitrenes, que fue quien consiguió la entrega de la acrópolis de Sardes a Alejandro.

Visitó Alejandro en Babilonia a los caldeos, y siguió puntualmente cuantas recomendaciones le hicieron éstos sobre los templos de Babilonia, y en particular lo referente al dios Baal, a quien ofreció sacrificios según aquéllos le indicaron. Partió luego hacia la ciu- 6
dad de Susa, y en el camino le salió al encuentro el hijo del sátrapa de Susa[340] y un propio con una carta de Filóxeno, a quien Alejandro había mandado a Susa

336 Con más detalles, en Diodoro, XVII 64, 3, y Q. Curcio, V 1, 11-23.

337 Es el dios Marduk de los babilonios. Cabe señalar que, a su regreso de la expedición, en el año 323, Alejandro no encontró reconstruido el templo. Cf. VII 17, 2.

338 Sobre la vida en la ciudad, cf. F. Schachermeyr, «Alexander in Babylon und die Reichsordnung nach seinen Tode», *S. B.*, Viena, 1970, págs. 49-73; A. Mallwitz, *Das Babylon der Spätzeit*, Berlín, 1957, y J. G. MacQueen, *Babylon*, Nueva York, 1964.

339 Región que Alejandro nunca llegó a controlar totalmente. Cf. Diodoro, XVII 64, 6, y Q. Curcio, V 1, 44.

340 Llamado Abulites.

recién concluida la batalla. En la carta de Filóxeno se leía que los habitantes de Susa entregaban su ciudad
7 y su tesoro íntegro a Alejandro. Veinte días empleó éste en llegar de Babilonia a Susa; al entrar en la ciudad tomó posesión de su tesoro, valorado en cincuenta mil talentos [341] de plata y de otras posesiones reales. También se adueñó de otros muchos objetos de valor que allí había acumulado Jerjes de sus expediciones por Grecia, entre ellos son de destacar unas
8 estatuas en bronce de Harmodio y Aristogitón. Alejandro devolvió estas estatuas a los atenienses, encontrándose ahora emplazadas en el Cerámico ateniense, justo enfrente del Metroo, según se marcha en dirección a la Acrópolis, no lejos del altar de los Eudanemos [342], altar que como sabe cualquier iniciado en los misterios de las dos diosas de Eleusis se halla en la explanada.

9 Celebró Alejandro sacrificios en Susa de acuerdo con la tradición, y organizó una carrera de antorchas y unos juegos gimnásticos. Como sátrapa de la región de Susa dejó al persa Abulites, y como comandante de la guardia de la ciudad de Susa a Mázaro [343], uno de

---

341 El depósito principal del tesoro se hallaba, efectivamente, en Suza, como lo documenta esta suma de 50.000 talentos (1.296.000 kg. de plata), aunque había otros depósitos importantes en Pasargada y Ecbatana.

342 Evidencia este pasaje que Arriano estaba familiarizado con la topografía de la ciudad de Atenas, así como con los misterios de Eleusis, pero nada de ello nos puede inducir a pensar que fuera, en esta época de residencia de Arriano en Atenas, cuando compuso esta obra. Así, al menos, lo entiende A. B. Bosworth, «Arrian's... development»..., 172. —¿Se trata de un altar en Atenas y otro en Eleusis, o de uno sólo en el cerámico ateniense? Tanto Bosworth como D. M. Levis («The altar of the Eudanemoi», *Class. Rev.* 24 [1974], 186-187) se declaran partidarios de un único altar en Atenas.

343 En su relato, Q. Curcio, V 2, 16, sustituye a Mázaro por Jenófilo, y recoge otros detalles más pormenorizados.

los Compañeros; nombró a Arquelao, el hijo de Teodoro, general, y él se dispuso a marchar contra los persas. Despachó a Menes como gobernador de las costas 10
de Siria, Fenicia y Cilicia[344], dotándolo de tres mil talentos de plata para que atendiera con ellos las necesidades que Antípatro tuviera con ocasión de su guerra contra los lacedemonios. Se incorporó entonces al ejército de Alejandro Amintas, el hijo de Andrómeno, que había ido a Macedonia por nuevas tropas[345].
Alejandro los distribuyó de la siguiente manera: los 11
jinetes pasaron a la caballería que formaban los Compañeros, y asignó la infantería a los diversos batallones, según la etnia de sus componentes. Formó también dos compañías en cada escuadrón de caballería, ya que hasta entonces no disponía de compañías de caballería, nombrando jefe de los mismos a los hombres que más se habían distinguido por su valor entre los Compañeros[346].

Alejandro contra los uxios

Levantó Alejandro el campa- 17
mento de Susa y atravesó el río Pasitigris, adentrándose en territorio de los uxios. Los habitantes de la llanura, que habían vivido sometidos al sátrapa persa, se pasaron ahora a Alejandro. Por el contrario, los habitantes de las montañas, que nunca habían sido vasallos de los persas, hicieron saber a Alejandro por medio de un mensajero que

---

344 La distribución territorial y los hombres a su frente no coinciden con los datos de DIODORO, XVII 64, 5, ni Q. CURCIO, V 1, 43. Discusión en BOSWORTH, «The Mission of Amphoteros»..., 27-43.

345 Según Q. CURCIO, IV 6, 31, Alejandro envió a Amintas a por refuerzos a Macedonia en el 332, después de la toma de la ciudad de Gaza. Sobre el volumen de hombres *en este contingente*, hay discrepancias entre Curcio y Diodoro.

346 Cf. Q. CURCIO, V 2, 2-7, y DIODORO, XVII 65, 2.

no estaban dispuestos a dejar paso libre a él y su ejército en marcha hacia Persia, a menos que éste les satisficiera lo que solían exigirle al rey persa por fran-
2 quearle el paso. Alejandro despidió a los mensajeros con órdenes de que regresaran a sus pasos de montaña, diciéndoles que recibirían de él lo fijado, dejándoles que creyeran que el control de los accesos a Persia estaba en sus manos.

No había terminado de decirles esto, cuando reunió a los de su escolta personal, a los hipaspistas, y a unos ocho mil hombres del resto del ejército y se puso a su frente en marcha durante la noche por un camino
3 menos conocido, guiado por algunos susios. Marchando por pasos abruptos y difíciles durante todo un día cayó inesperadamente sobre las aldeas de los uxios, a los que arrebató un considerable botín, causando numerosos muertos, cogidos muchos de ellos por sorpresa en sus propios lechos; otros, en cambio, huyeron hacia los montes. Desde allí se dirigió Alejandro a todo correr hacia los desfiladeros, donde el ejército en pleno de los uxios esperaba encontrarse con él para
4 recibir lo estipulado. Dio entonces órdenes a Crátero de que avanzara aún más, hasta ocupar las cimas de los montes, para evitar que los uxios se retiraran hacia ellas al ser atacados. Él mismo llevó a cabo sus movimientos con gran celeridad, adelantándose a ocupar los accesos. Hizo luego avanzar sus tropas en orden de batalla, atacando así a los bárbaros desde su ventajosa
5 posición. Atónitos ante la rapidez de movimientos de Alejandro, y defraudados de aquello en que más habían confiado, esto es, la ocupación de los lugares más estratégicos, emprendieron la huida abandonándolo todo. Algunos murieron a manos de los soldados de Alejandro, al intentar escapar, y otros muchos despeñados en el abrupto camino. Con todo, la inmensa mayoría ascendió por el monte, yendo a toparse de

bruces con los hombres de Crátero, para allí encontrar muerte segura a manos de éstos. Tal fue el tributo que 6 recibieron de Alejandro, de quien a duras penas consiguieron que les dejara habitar sus propias tierras mediante el pago de un canon anual.

Tolomeo, el hijo de Lago, cuenta que la madre de Darío intercedió cerca de Alejandro para que accediera a esta solicitud. Se fijó como canon cien caballos al año, quinientos animales de transporte y treinta mil cabezas de ganado. No se les exigió dinero porque los uxios no disponen de él, ni trabajan la tierra, sino que son en su mayor parte pastores.

Persépolis

18 Mandó Alejandro a continuación que Parmenión se pusiera en marcha[347] con la impedimenta, la caballería tesalia, los aliados, los mercenarios extranjeros y el cuerpo de ejército pesado, en dirección a los persas por un camino transitable para los carros. Alejan- 2 dro se puso al frente de la infantería macedonia, la caballería de los Compañeros y los jinetes *pródromos*, agrianes y arqueros, avanzando a marchas forzadas a través de los montes. Al llegar a las Puertas Persas[348], sorprendió allí al sátrapa persa Ariobarzanes con unos cuarenta mil infantes y setecientos jinetes[349], que tras haber fortificado las Puertas había acampado allí su ejército protegido por el muro, con intención de impedir el avance de Alejandro. De momento Alejandro se 3

347 Difieren en los detalles DIODORO, XVII 68, y Q. CURCIO, V 3, 16.

348 Acaba de aparecer un breve trabajo sobre este pasaje, W. HECKEL, «Alexander at the Persian Gates», *Athenaeum* 58 (1980), 168-174, donde se precisan algunos detalles de los trabajos anteriores de Fuller, Stein, y U. Wilcken.

349 En Diodoro, en cambio, las cifras están rebajadas a 25.000 y 300, respectivamente.

estacionó allí, pero al día siguiente hizo formar sus
tropas y avanzó contra el muro. Le resultó difícil al
principio tomar el muro debido a lo accidentado del
terreno, lo que originó entre sus tropas innumerables
bajas al ser alcanzados por los proyectiles lanzados
por las máquinas desde un lugar más elevado, y por
4 ello decidió retirarse al campamento [350]. Algunos de sus
prisioneros [351] se ofrecieron a guiarle hasta las Puertas
dando un rodeo por otro camino, más escabroso y
estrecho. A la vista de ello, dejó a Crátero en el cam-
pamento con su batallón y el de Meleagro, algunos
arqueros y quinientos jinetes, encargándole que tan
pronto se percatara de que él había completado su
5 rodeo al ejército persa (lo que sabrían al oír el incon-
fundible sonido de la trompeta) se lanzaran en incur-
sión contra el muro. Alejandro se puso, pues, en mar-
cha al anochecer hasta recorrer unos cien estadios
acompañado por los hipaspistas, el batallón de Perdi-
cas, los arqueros exentos de toda carga innecesaria,
agrianes y el escuadrón real de los Compañeros, a los
6 que se sumó una tetrarquía [352] de jinetes. Al frente de
éstos lanzó un ataque en cuña contra las Puertas, de-
jándose guiar por los prisioneros. Encargó a Amintas,
Filotas y Ceno que avanzaran con el restante cuerpo
de ejército hacia la llanura, y que tendieran puentes
sobre el río que debían pasar para cruzar a Persia [353].

Mientras tanto, Alejandro cruzó a toda prisa este
abrupto y difícil camino, para caer al amanecer sobre

---

350 Para la campaña de Alejandro contra los uxios, cf. J. F. C. Fuller, *The Generalship...*, págs. 226 y sigs., y J. Hansman, «Elamites, Achaemenians and Anshan», *Iran* 10 (1972), 101-118.

351 En Diodoro, Q. Curcio y Plutarco se menciona expresamente a un licio bilingüe.

352 Sin que podamos precisar su exacta composición.

353 Es el río Arajes. Cf. Diodoro, XVII 69, 2, y Q. Curcio, IV 5, 2.

la primera y segunda guardia de los bárbaros, a los
que causó innumerables bajas; en cambio escaparon 7
muchos de la tercera guardia, aunque no pudieron
huir al campamento de Ariobarzanes, sino que, cual
estaban se dirigieron llenos de miedo hacia los montes.
Fue por ello por lo que este matutino ataque de Ale-
jandro al ejército enemigo le pasó desapercibido a
Ariobarzanes. Justo en el momento en que Alejandro
atacaba la empalizada, las trompetas, haciendo oír su
voz, avisaron a Crátero y sus hombres para que inicia-
ran el ataque al muro. Los enemigos quedaron así entre 8
dos fuegos, por lo que emprendieron la huida sin pre-
sentar batalla; pero como por todas partes se les ce-
rraba el paso (Alejandro se les echaba encima por un
lado, y los hombres de Crátero por otro) se vieron
obligados casi todos ellos a volverse en busca de re-
fugio hacia los muros. Pero ocurrió que los muros 9
habían caído ya en manos de los macedonios, pues
Alejandro, intuyendo lo que de hecho luego sucedió,
había apostado allí a Tolomeo con unos tres mil in-
fantes, de suerte que los persas fueron a caer a manos
de los macedonios. Otros, en el desconcierto de la
huida, cayeron por los precipicios y murieron; Ariobar-
zanes, en cambio, consiguió huir a los lejanos mon-
tes[354] con su escolta de jinetes. Alejandro reempren- 10
dió la marcha a todo correr hacia el río, sobre el que
ya se había levantado el puente; cruzó el río con todas
sus tropas sin ningún contratiempo y se encaminó a
buena marcha hacia Persia[355], adonde llegó antes de
que la guarnición hubiera saqueado los tesoros. Se 11
apoderó igualmente del tesoro que en Pasargada había

[354] En Q. Curcio acompañan a Ariobarzanes 5.000 hombres, con quienes emprende la huida hacia Persépolis.

[355] Evidentemente, debe tratarse de la capital de la región, Persépolis.

tenido Ciro I. Nombró sátrapa de Persia a Frasaortes, el hijo de Reomitra, prendió fuego[356] a las residencias reales persas, sin atender el contrario parecer de Parmenión, que le aconsejaba respetarlas, entre otras razones porque no debía destruir lo que actualmente eran posesiones suyas, y porque con ese proceder cabría esperar que no se pasaran a su bando los demás pueblos de Asia, ya que tendrían fundamento suficiente para pensar que Alejandro no tenía intención de conservar por mucho tiempo su imperio en Asia, sino conquistarlo sólo por las armas.

12 Alejandro contraargumentó diciendo que él quería hacer pagar a los persas lo que éstos habían hecho al atacar Atenas, derribar e incendiar los templos de la Acrópolis, y vengar así cuantas maldades habían cometido contra Grecia[357].

---

356 El incendio de Persépolis es cuestionable tras las excavaciones efectuadas (cf. J. L. HUOT, *Persia*, Londres, 1965, *passim*) y no fue, según cuenta Arriano, sino un acto de represalia por los incendios de la acrópolis de Atenas en el 480 a manos de los persas, con lo que, al menos moralmente, parecía que los griegos podían haber quedado ya vengados del ultraje. Por lo demás, también ahora es Arriano más parco que Diodoro y Curcio. — Sobre las ruinas, reconstrucción del conjunto monumental, etc., cf. A. T. OLMSTEAD, *History of the Persian...*, páginas 272 y sigs.; D. N. WILBER, *Persepolis*, Londres, 1969; M. WHEELER, *Flames over Persepolis*, Londres, 1968; E. F. SCHMIDT, *Persepolis*, 2 vols., Chicago, 1953. Se han dado otras interpretaciones de la significación del incendio. Por ejemplo, E. N. BORZA ve en él un símbolo del aniquilamiento del Imperio persa, toda vez que Persépolis era el baluarte máximo del «ancien régime» («Fire from Heaven: Alexander at Persepolis», *Class. Philol.* [1972], 233 ss., especialmente 243). — No aparece mención alguna en Arriano de la intervención de la joven ateniense Tais en el incendio de Persépolis, como queda atestiguado por la mayor parte de la restante tradición. Cf. M. A. LEVI, *Introd. ad Aless. Magno*, págs. 310-311.

357 Esta revancha de los «griegos» fue un pretexto para que los aliados declararan la guerra a los persas. A ello se unía

A mi parecer, Alejandro no actuó con cordura en este asunto, ni puede decirse que esto fuera una venganza de las acciones que en tiempos tan remotos habían llevado a cabo los antiguos persas.

Después de estas acciones, Alejandro se encaminó 19
hacia Media, donde, según había oído, se encontraba Darío. Éste había concebido el siguiente plan: en caso de que Alejandro permaneciera por los alrededores de Susa y Babilonia, aguardaría él en Media a la espera de que las cosas cambiaran para Alejandro; y si, por el contrario, Alejandro se lanzaba en su persecución, él subiría hacia Partia e Hircania y se asentaría en Bactria, arrasando a su paso todo el territorio, a fin de hacer imposible a Alejandro proseguir su camino. Envió a las mujeres, los restos de su impedi- 2
menta y los carromatos[358] a las llamadas Puertas del Caspio[359], mientras él acampaba en Ecbatana con las tropas que pudo ir reclutando.

Al tener noticias Alejandro de todo esto, continuó su avance hacia Media. Se impuso a los paretecos tras invadir su territorio, y nombró sátrapa de esta zona a

---

la decisión de Alejandro y, antes, de Filipo de liberar a los griegos del Asia de sus opresores persas. Al margen de pretextos, debió de ser una de las principales causas el deseo de conquistar nuevas regiones y anexionarlas a sus territorios. En todo caso, parece que Alejandro no jugaba con la posibilidad de ser el dueño de toda Asia antes del incidente del carro en Gordio, y fue sólo después de la conquista de Tiro cuando explícitamente manifiesta su deseo de ser señor del Asia.

358 Con este término *harmámaxa* se designa un carromato de cuatro ruedas, utilizado por los persas para instalar sobre él un pabellón o tienda donde guarecerse. Distinto del *hámaxa*, que es un vehículo o carro de dos ruedas, empleado ordinariamente para el transporte de bagaje, armas y demás impedimenta.

359 El paso de las Puertas del Caspio se encuentra a unos 60 km. de Teherán, y son el paso natural de la Media a Hircania y Partia. Ecbatana es la moderna Hamadán.

3 Oxatres, el hijo de Abulites, sátrapa de Susa. Le llegaron noticias, mientras proseguía en su avance, de que Darío había tomado la decisión de salirle al encuentro y hacerle frente de nuevo tras haber recibido refuerzos de los escitas y los cadusios. Ante ello dispuso Alejandro que se preparara el ejército para el combate, y que le acompañaran los animales de carga con sus cuidadores y el resto de la impedimenta, y al cabo de
4 doce días alcanzó la región de Media. Una vez allí, tuvo información de que la fuerza con que Darío contaba no era considerable, por no habérsele añadido ningún contingente cadusio ni escita; antes bien, supo que la determinación de Darío era continuar su huida. Ante esta noticia, Alejandro apresuró aún más su marcha. Cuando se hallaba a unos tres días de camino de la ciudad de Ecbatana le salió al encuentro un tal Bistanes, hijo de Oco, que había sido rey de los persas
5 antes que Darío. Le informó aquél que hacía cuatro días que Darío había huido de la ciudad, llevándose el tesoro, evaluado en siete mil talentos, a más de tres mil jinetes y seis mil infantes[360].

Ya en Ecbatana, Alejandro despidió a la caballería tesalia y a los demás aliados, que regresaron a la costa, después de haberles pagado íntegramente la soldada convenida, a la que añadió dos mil talentos de su propio peculio.

6 Todo el que luego quiso alistarse a título particular en sus filas como mercenario pudo hacerlo, y fueron no pocos[361]. Designó a Epocilo, el hijo de Poliides, para

---

360 Los cadusios eran un pueblo que habitaron el SO. del Caspio, vecinos de estos escitas que ocupaban la zona occidental del mar Caspio. Cf. Estrabón, XI 7, 1.

361 Durante los años 331 a 326 se produjo un paulatino, aunque constante refuerzo de tropas en el ejército de Alejandro, quien tuvo que dejar en varias ocasiones algunos retenes como destacamentos que garantizaran la seguridad de una plaza

que los condujera como escolta de caballería en su marcha hacia la costa, ya que los tesalios habían vendido sus caballos. Dio luego instrucciones a Menes para que se ocupara de que una vez que llegaran al mar fueran embarcados en trirremes con dirección a Eubea, y encargó a Parmenión que depositara en la 7
acrópolis de Ecbatana el botín cogido a los persas y lo confiara a Hárpalo, a quien había dejado como custodio del tesoro al frente de seis mil macedonios, entre caballería e infantería ligera. Parmenión recibió órdenes de reclutar a los extranjeros, tracios y jinetes no pertenecientes a la caballería de los Compañeros y marchar, bordeando a los cadusios, hasta Hircania. El mismo encargo hizo a Clito, el jefe del escuadrón 8
real, que acababa de llegar desde Susa a Ecbatana restablecido de su enfermedad. Debía reagrupar a los macedonios que habían quedado como vigilantes del tesoro y ponerse en camino hacia Partia, donde el propio Alejandro iría acto seguido.

Nueva persecución de Darío

Alejandro reunió la caballería 20
de los Compañeros y *pródromos*, los jinetes mercenarios comandados por Erigio, la falange macedonia (excepción hecha de los que quedaban como guardianes del tesoro) y los arqueros y agrianes, y se dirigió con ellos a la busca de Darío. Muchos soldados no podían soportar la apresurada marcha[362] impuesta por Alejandro y que-

---

o región. Se puede concretar que Alejandro recibió durante estos años no menos de 45.000 infantes y 6.000 jinetes como refuerzos. Detalles de la distribución, composición e incorporación de las mismas en el Apéndice XIII, de Brunt.

362 Mucho se ha discutido sobre el trayecto que puede un ejército en armas recorrer como promedio diario. Al factor terreno, armamento de los hombres, presencia de avanzadillas enemigas, etc., deben sumarse las servidumbres de avitualla-

daban atrás, fatigados por el camino, muriendo tam-
2 bién por la misma razón algunos caballos. Aun así, continuó Alejandro su marcha hasta llegar a Raga, a los once días de marcha. Esta ciudad dista de las Puertas del Caspio un día de marcha[363], al ritmo como Alejandro llevaba sus tropas. Mas cuando llegó a ellas, ya se le había adelantado Darío en atravesar este paso. Muchos de los que con Darío huían le abandonaron y
3 se iban retirando, cada cual a su patria; fueron no pocos incluso los que se pasaron a las filas de Alejandro. Desistió éste de dar inmediata caza a Darío y aprovechó para dar a su ejército un descanso de cinco días, y mientras tanto nombró sátrapa de Media a Oxiartes, un persa que había sufrido arresto a manos de Darío en Susa, circunstancia ésta que le hacía digno
4 de confianza ante Alejandro. Luego se puso en marcha en dirección a Partía. Tras el primer día de viaje acampó su ejército ante las Puertas del Caspio, y al segundo día atravesó el paso hasta los límites en que la región está habitada. Con el fin de tomar provisiones[364], y por haber oído que el territorio de más adelante era desértico, despachó a Ceno a recoger víveres acompañado de algunos jinetes y unos pocos infantes.

---

miento propio, etc. Puede admitirse, para un ejército en condiciones normales, un promedio de en torno a 28-30 km. al día.

363 Debe de haber un lapso de tiempo, toda vez que entre Raga y las Puertas Caspias hay unos 70 km. Cf. J. F. Standish, «The Caspian Gates», *Gr. and Rom.* 17 (1970), 17-24, y R. D. Milns, «Alexander's Pursuit of Darius through Iran», *Historia* 15 (1966), 256 ss.

364 Con Kruger, leemos *episitisómenos*.

Darío arrestado por Beso. Muerte de Darío

He aquí que se presentó ahora ante Alejandro un notable babilonio, llamado Bagistanes, que venía con Antibelo, uno de los hijos de Maceo, del campamento persa. Traían a Alejandro la noticia de que Nabarzanes, quiliarco de la caballería que huía con Darío; Beso, sátrapa de Bactria, y Barsaentes, sátrapa de Aracosia y de los drangianos[365], habían arrestado a Darío. Al enterarse de esto, aceleró aún más su marcha Alejandro, acompañado sólo por los Compañeros, los jinetes *pródromos* y una selección de soldados de infantería, los más valientes y más ligeramente armados, sin esperar siquiera a que Ceno y sus hombres regresaran de recoger provisiones. Dejó a Crátero como jefe de los demás, con el encargo de que le siguiera sin grandes prisas. Sus hombres no tenían más que sus armas y alimentos para dos días. Marchó durante toda la noche, y al día siguiente hasta mediodía, dando al ejército sólo un corto descanso, y continuó la marcha de nuevo durante toda la noche, presentándose a la hora del alba en el campamento de donde hacía poco acababa de salir Bagistanes. No capturó allí a ningún enemigo, aunque consiguió enterarse de que Darío permanecía bajo arresto en un carromato[366], y que el mando supremo de Darío lo detentaba ahora Beso, a quien la caballería bactriana y los bárbaros que huían con Darío (excepto Artabazo[367] y sus hijos, y los mercenarios griegos) consideraban su jefe. Estos últimos permanecían leales a Darío, aunque no podían impedir el desarrollo de los acontecimientos, por lo cual se alejaron del camino transitado, apartándose por sus pro-

21
2
3
4

365 Llamados también zarangianos o zarangeos, cf. III 25, 8.
366 Cf. n. 358.
367 Permaneció fiel a Darío, con quien estaba emparentado.

pios medios en dirección a los montes, sin querer par-
5 ticipar en las acciones de Beso y sus hombres. Los
que tenían cautivo a Darío habían tomado la siguiente
determinación: si les llegaban noticias de que Alejan-
dro continuaba su persecución, entregarían Darío a
Alejandro, negociando una buena salida para sí mis-
mos; por el contrario, si oían que Alejandro abando-
naba y regresaba sobre sus pasos, procurarían reunir
un ejército lo más numeroso posible y conservar el
poder en común. En la actualidad ostentaba Beso el
poder por ser pariente de Darío, y porque el golpe se
llevó a cabo en su satrapía[368].

6 Enterado Alejandro de estas decisiones, le pareció
que debía continuar la persecución con todas sus fuer-
zas, y aunque ya sus hombres y animales estaban ago-
tados por la continua fatiga, aun con todo, se puso
de nuevo en marcha, recorriendo un largo camino
durante la noche, y al día siguiente hasta la hora del
mediodía, para llegar a una aldea donde los que tenían
7 cautivo a Darío habían acampado el día anterior. Llegó
a sus oídos la noticia de que los bárbaros habían de-
cidido continuar su marcha por la noche, por lo que
preguntó a los indígenas si tenían conocimiento de que
existiera algún camino que les condujera más rápida-
mente a los fugitivos. Dijeron aquéllos que sí, aunque
se trataba de un camino desierto y por completo sin
agua. Acto seguido les ordenó que le guiaran por él.
Pronto advirtió, sin embargo, que su infantería no
podía seguirle a un ritmo tan vivo, a la vista de lo
cual hizo que desmontaran de sus cabalgaduras qui-
nientos jinetes, seleccionó a los más valerosos jefes de

---

[368] Hay una pequeña confusión, toda vez que Beso no era sátrapa de Partia, que era donde hicieron prisionero a Darío, sino de Bactria.

infantería y otros cuerpos de ejército y les ordenó montar a caballo llevando sus propias armas de infantería. Encargó a Nicanor, el jefe de los hipaspistas, y 8
a Átalo, jefe de los agrianes, que condujeran al resto de los hombres equipados lo más ligeramente posible por el mismo camino por el que anteriormente habían pasado Beso y sus hombres; tras éstos marcharían en perfecta formación el resto de la infantería. Alejandro 9
en persona se puso en marcha al atardecer, conduciendo sus tropas a toda prisa. En una noche recorrió cuatrocientos estadios[369], pára caer a la hora del alba sobre los bárbaros, que marchaban en desorden y desarmados, de modo que tan sólo unos pocos intentaron resistir, mientras que la mayoría, al divisar a Alejandro en persona, huyeron sin esperar entrar en combate. Los que presentaron batalla, al ver cómo caían los primeros de sus hombres, emprendieron la huida. Por algún tiempo, Beso y sus acompañantes 10
siguieron adelante llevando a Darío prisionero en su carromato, pero cuando Alejandro estuvo a sus talones, Satibarzanes y Barsaentes hirieron a Darío, y abandonándolo allí mismo, emprendieron de nuevo la huida con seiscientos jinetes; Darío murió poco después a causa de estas heridas, antes de que Alejandro lo encontrara[370].

---

369 Unos 72 km.

370 En la *Vulgata,* sin embargo, los macedonios encontraron a Darío aún con vida. Lo cierto, como dice TARN, *Alexander,* I, pág. 58, es que fue una suerte para Alejandro no encontrar a Darío con vida, pues así «he was saved the embarrassment of dealing with his rival».

Semblanza de Darío

22 Envió Alejandro el cuerpo de Darío a Persépolis, para que recibiera sepultura en el panteón real, al igual que los reyes que le habían precedido[371]. Designó sátrapa de los partos e hircanios al partio Aminapes. Era éste uno de los que junto a Mázaco había conseguido la rendición de Egipto para Alejandro[372]. Tlepólemo, el hijo de Pitófanes, uno de los Compañeros, fue nombrado junto a él para supervisar los asuntos de Partia e Hircania.

2 Éste fue el final de Darío, ocurrido durante el arcontado de Aristófonte en Atenas[373], siendo el mes hecatombeón. Fue un hombre, más que ningún otro, débil y poco prudente en los asuntos militares; por lo demás, no hizo nada por intransigencia (tal vez porque le faltó oportunidad para ello), ya que el momento de su ascensión al trono coincidió con el ataque de los macedonios y griegos. Ni aun queriendo, por tanto, le hubiera sido posible tener un trato despótico con sus súbditos, por hallarse él en mayor situación de peligro
3 que aquéllos. Su vida fue una sucesión ininterrumpida de desgracias sin resuello, desde que subió al poder. Ocurrió primero el desastre de la caballería de sus sátrapas en Gránico; en seguida Jonia y la región eolia cayeron en manos enemigas, así como ambas Frigias, Lidia y los carios, excepción hecha de Halicarnaso, aunque esta ciudad cayó poco después, y más tarde
4 toda la zona costera de Cilicia. Después de estos desastres tuvo lugar su derrota en Iso, donde tuvo que contemplar cómo su madre, su mujer y sus hijos eran hechos prisioneros. Más tarde se perdió Fenicia y todo

---

371 Cf. VI 29.
372 Con ligeras variaciones, Q. Curcio, VI 4, 25.
373 Corresponde a julio del 330.

Egipto, y él mismo en persona el primero tuvo que emprender la vergonzosa huida en Arbela, perdiendo el ejército más numeroso de toda la raza de los bárbaros. Como fugitivo por sus propios dominios, an- 5
duvo errante y terminó por ser traicionado por sus propios hombres, y abandonado a la peor suerte; en su vida fue rey y prisionero privado de todo honor y derecho, para acabar asesinado en una conjura de sus hombres más cercanos. Tal fue la desgraciada existencia de Darío; pero a su muerte tuvo unas exequias 6
reales[374], y sus hijos disfrutaron de una educación, por deseo de Alejandro, cual si él hubiera seguido ocupando el trono, pasando una de sus hijas a ser mujer de Alejandro[375]. Tendría a su muerte unos cincuenta años.

A las orillas del Caspio

Continuó Alejandro su marcha 23
hacia Hircania, al frente del ejército que había quedado un poco rezagado en la persecución de Darío. A esta región de Hircania, que se halla a la izquierda del camino que conduce hasta Bactria, cierra el paso por un lado una alta cadena de montes recubiertos de arbolado, aunque luego su llanura se abre hasta llegar al Gran Mar[376]. Se enteró Alejandro de que los mercenarios de Darío habían huido a los montes tapurios, por lo que emprendió el camino en su persecución, con vistas además a someter a los tapurios. Dividió su ejército en tres cuer- 2
pos, y poniéndose al frente de las tropas más numerosas y ligeramente armadas enfiló la ruta más corta y difícil, y despachó a Crátero al frente del batallón real, del de Amintas, algunos arqueros y unos pocos

[374] Sobre la tumba de los reyes persas, cf. Diodoro, XVII 71, 2.

[375] Barsine, llamada también Estatira, que moriría, a su vez, por odio de Roxana. Cf. VII 4, 4.

[376] El mar Caspio.

jinetes contra los tapurios. A Erigio le encargó que se pusiera en marcha por el camino más transitable y largo con las tropas mercenarias y el resto de la caballería, los carros, la impedimenta y demás clase de tropa.

3 Atravesó Alejandro los primeros montes y acampó allí su ejército; acto seguido reunió a los hipaspistas y la infantería ligera de la falange macedonia y algunos arqueros, y emprendió la marcha por un camino intransitable y difícil, no sin antes haber dejado centinelas en los caminos que a él le parecieron peligrosos, a fin de evitar que los bárbaros que ocupaban las alturas pudieran caer sobre las fuerzas que seguían a
4 este destacamento. Cruzó él el primero el paso, acompañado de los arqueros, e instaló un campamento en la llanura junto a un pequeño río. Estando allí, se pasaron a su bando Nabarzanes, el quiliarco de Darío; Fratafernes, el sátrapa de Hircania y Partia, y otros
5 nobles persas que acompañaron a Darío. Su estancia allí duró cuatro días, al cabo de los cuales reunió a los que venían más retrasados en el camino, algunos de los cuales ya habían conseguido atravesar el paso sin daño alguno; en cambio, a los agrianes encargados de vigilar la retaguardia les habían hecho frente los bárbaros que habitan las alturas, aunque éstos llevaron la peor parte en las escaramuzas y se retiraron.

6 Emprendiendo de nuevo la marcha, continuó hacia Hircania y su capital, Zadracarta[377]. Se unieron a él ahora las tropas de Crátero, que aunque no se habían encontrado con los mercenarios de Darío habían conseguido hacerse los dueños de todo el territorio que habían atravesado, en parte imponiéndose por la fuerza de sus armas, en parte porque sus habitantes se
7 entregaron sin ofrecer resistencia. También se presentó

377 La actual Asterabad.

Erigio con la impedimenta y los carromatos. Al poco
tiempo llegó Artábazo con sus hijos Cofén, Ariobar-
zanes y Arsames; además Autofrádates, el sátrapa de
los tapurios, junto con unos embajadores mercenarios
que estuvieron a las órdenes de Darío. Alejandro
volvió a asignar la satrapía a Autofrádates, y retuvo
consigo a Artábazo y sus hijos en puestos de influen-
cia y prestigio, porque eran de la nobleza persa y por
su lealtad para con Darío. Había llegado también una 8
representación de griegos venidos a interceder por
todo el ejército mercenario; Alejandro les contestó que
no habría para ellos ninguna concesión de su parte, ya
que se trataba de gente que se había enrolado con los
bárbaros para combatir contra Grecia y contra los
principios de los griegos, y esto era una falta muy gra-
ve. Les ordenó que se reunieran todos y, o se entre-
garan para que él decidiera servirse de ellos como qui-
siera, o buscaran como quisieran otro medio de
salvación. Admitieron ellos rendirse todos a Alejan- 9
dro y le solicitaron que designara a alguien que los
acompañara, a fin de garantizarles su seguridad, hasta
su campamento. Según se dice, éstos debían ser unos
mil quinientos. Alejandro determinó que los acompa-
ñara Andronio, hijo de Aguerro, y Artábazo.

Continuó Alejandro en su camino contra los mar- 24
dos[378], al frente de los hipaspistas, arqueros, agrianes,
el batallón de Ceno y el de Amintas, la mitad de la
caballería de los Compañeros y el cuerpo de lanzado-
res de dardos a caballo[379], que entonces formaban un
batallón. Recorrió la mayor parte de la región de los 2
mardos, dando muerte a muchos de ellos cuando huían,

---

[378] Pueblo que habita la llanura vecina al S. del mar Caspio o Hircanio. Cf. ESTRABÓN, XI 8, 8, y 13, 3. Más detalles, como casi siempre, en Q. CURCIO, IV 5, 11, y DIODORO, XVII 76, 3.

[379] Traducimos así el término *hippacontistês*.

y a otros que se habían atrevido a hacerle frente. También hizo muchos prisioneros. No hay quien haya penetrado por mucho tiempo en este territorio en son de guerra, y ello tanto por la dificultad del lugar, como porque los mardos son un pueblo pobre y extrema-
3 damente combativo. Nunca creyeron que Alejandro llegara a atacarles, especialmente porque ya se había alejado considerablemente de ellos, razón por la cual fueron sorprendidos con la guardia baja. Muchos de ellos se refugiaron en los montes de su región, que son extremadamente altos y cortados a pico, en la idea de que Alejandro no se llegaría hasta allí. Pero al hacer acto de presencia Alejandro, los mardos enviaron una embajada aceptando su rendición y la de su territorio, mas Alejandro los dejó en libertad y designó a Autofrádates sátrapa de esta zona, que ya lo era también de los tapurios.

4 Regresó Alejandro al campamento desde el que había emprendido esta escaramuza al territorio de los mardos, y encontró que ya habían vuelto los mercenarios griegos con los embajadores lacedemonios que componían el contingente enviado a Darío, a saber: Calistrátidas, Pausipo, Mónimo, Onomas y el ateniense Dropides. Arrestó a todos y los mantuvo en prisión, concediendo la libertad a los de Sínope[380], ya que esta ciudad no era miembro de la Liga griega, sino que estaba aliada a los persas, razón por la cual le pareció normal a Alejandro que hubieran enviado un contin-
5 gente de soldados al rey Darío. Dejó también en libertad a cuantos griegos se contrataron como mercena-

[380] Se trata de nuevo de un acto de clemencia por parte de Alejandro, en razón de que la alianza de Sínope con los persas se debió a razones de fuerza mayor. En otras ocasiones su clemencia obedece a motivos de su propio interés; cf. III 6, 2, donde reconoce como un gesto de prudencia política la liberación de los atenienses.

rios del rey persa antes del acuerdo de paz y alianza firmado entre griegos y macedonios, así como a Heraclides, el enviado calcedonio. Dispuso que el resto de los griegos se unieran a sus tropas con idéntica soldada que hasta ahora recibían. Su jefe sería Andronico, que ya entonces era quien los mandaba, y que había mostrado un enorme interés en salvar las vidas de sus hombres.

Alejandro se adentra en Aria

Tras tomar estas decisiones, 25
Alejandro se puso en camino hacia Zadracarta, la capital de Hircania, donde se hallaba el palacio real. Allí se detuvo por quince días, sacrificando a los dioses según la tradición, y celebrando una competición gimnástica[381]. Acto seguido preparó de nuevo su marcha en dirección a Partia. Luego se adentró hacia la frontera de Aria y Susia, ciudad de Aria, donde se encontró con Satibarzanes, que era el sátrapa de los arios. Confirmó a éste 2
en el cargo[382] y le dejó como refuerzo a Anaxipo, uno de los Compañeros, con unos cuarenta hombres del cuerpo de lanzadores de dardos a caballo, a fin de que tuviera un contingente suficiente de hombres para repartirlos por la región, con objeto de evitar que los arios sufrieran malos tratos al paso del ejército.

Se presentaron a Alejandro algunos persas con 3
noticias de que Beso ahora llevaba la tiara hacia arriba[383], se tocaba con ropaje persa y se hacía llamar Artajerjes en vez de Beso, y se proclamaba rey del

---

381 El relato es estrechamente paralelo a los de Diodoro y Curcio.

382 Prosigue así Alejandro su política, recién iniciada, de reconciliación con los sátrapas locales, a pesar de que con Satibarzanes va a obtener nulo éxito.

383 Esta forma de tocarse con esta prenda era prerrogativa exclusiva del rey (cf. JENOFONTE, *Anábasis* II 5, 23).

Asia. Contaba con los persas que habían conseguido huir a Bactria y otros muchos ciudadanos bactrios; también esperaba que se le sumaran como aliados los
4 escitas. Alejandro se puso ahora en marcha hacia Bactria con todo su ejército, y se reunió con él en el camino Filipo, el hijo de Menelao, que venía de Media con la caballería mercenaria, de la que era su jefe, los voluntarios tesalios que se habían reenganchado en el ejército y los mercenarios de Andrómaco. Por entonces ya había muerto, de enfermedad, Nicanor, hijo de Parmenión, jefe de los hipaspistas.

5 En su marcha hacia Bactria le llegaron noticias a Alejandro de que Satibarzanes, el sátrapa de Aria, había asesinado a Anaxipo y a los componentes del cuerpo de lanzadores de dardos a caballo que con él iban, y que estaba armando a los arios para luego llevarlos a la ciudad de Artacoana, sede del palacio real de los arios. Tenía la intención Satibarzanes, una vez enterado de la marcha de Alejandro, de pasarse con sus fuerzas a Beso, a fin de atacar conjuntamente a los macedonios cuando se presentara la ocasión propicia.
6 Enterado Alejandro de estos pormenores, interrumpió su camino hacia la Bactria, y reuniendo a la caballería de los Compañeros, a los lanzadores de dardos a caballo, arqueros, agrianes y los batallones de Amintas y de Ceno (aunque dejó allí como reserva al resto del ejército bajo las órdenes de Crátero) se lanzó a todo correr contra Satibarzanes y los arios. Al cabo de dos días, en que recorrió seiscientos estadios[384], se presentó
7 a las puertas de Artacoana. Tuvo noticias Satibarzanes de que Alejandro le seguía de cerca, y, estupefacto por la rapidez con que había recorrido el trayecto, emprendió la huida con unos pocos jinetes arios. Sin

[384] Algo más de 100 km., lo que supone un ritmo de marcha poco frecuente.

embargo, poco a poco le iban abandonando sus soldados al enterarse de que Alejandro continuaba persiguiendo a los fugitivos. Alejandro persiguió aquí y allá implacablemente a cuantos supo que habían participado en la revuelta abandonando sus propios pueblos, dio muerte a unos e hizo esclavos a los demás.

Como nuevo sátrapa de Asia nombró a Arsaces, un 8
persa[385]. A continuación se reunió con las fuerzas de Crátero que habían quedado en reserva, poniéndose luego en marcha hacia la región de los Zarangeos, hasta llegar al lugar donde se hallaba el palcio real[386]. Gobernaba por entonces la región Barsaentes, uno de los que habían atacado a Darío cuando éste huía, y al enterarse de que Alejandro se aproximaba emprendió la huida hacia los indios que habitan a este lado del río Indo. Sin embargo, éstos lo detuvieron y lo enviaron a Alejandro, que lo condenó a muerte por haber traicionado a Darío.

La conspiración de Filotas

Fue aquí donde[387] Alejandro 26
tuvo noticias de la conspiración de Filotas[388], el hijo de Parmenión. Tolomeo y Aristobulo dicen que ya Alejandro había tenido información de ella cuando estaba en Egipto[389], pero que entonces no le dio credibilidad por la antigua

---

[385] Es la confirmación de la decidida política de Alejandro a buscar colaboradores indígenas.

[386] La capital de la región suele identificarse con Farah. Cf. discusión de detalles sobre su exacto emplazamiento en W. TARN, *The Greeks in Bactria and India*, Cambridge, 1951, especialmente págs. 14 y sigs.

[387] En Frada, que pasó a llamarse *Prophthasía* (Anticipación), aludiendo con ello al descubrimiento del complot.

[388] Las fuentes antiguas que nos hablan de esta conjura son: este pasaje de ARRIANO; DIODORO, XVII 79-80; PLUTARCO, *Alejandro* 48-49 (donde se condena la muerte de Filotas), y Q. CURCIO, VI 7-VII 2. Bibliografía completa sobre la cuestión

amistad que les unía, por el honor que Parmenión, padre de Filotas, con todo mérito, había recibido de Alejandro, y la propia confianza a que se había hecho
2 acreedor Filotas. Según el relato de Tolomeo, hijo de Lago, se hizo comparecer a Filotas ante los macedonios y Alejandro le hizo la grave acusación de conjura, acusación que Filotas negó. Los autores de la denuncia hicieron acto de presencia, probando con argumentos irrefutables la culpabilidad de Filotas y sus secuaces. Filotas reconoció ahora haber tenido conocimiento de que se estaba preparando una conjura contra Alejandro, y quedó probado igualmente que no había informado de nada a Alejandro, y eso que diariamente pa-
3 saba dos veces a su tienda [390]. Filotas y sus cómplices murieron ajusticiados por las jabalinas macedonias.

Por lo que respecta a Parmenión, ocurrió lo siguiente: Alejandro envió a Polidamante, uno de los Compañeros [391], con un mensaje para los generales desta-

---

puede verse en el libro de SEIBERT, págs. 140-141, al que hay que añadir el más reciente trabajo de W. HECKEL, «The Conspiracy against Philotas», *Phoenix* 31 (1977), 9-21.

[389] Algunos detalles de PLUTARCO, *Alejandro* 48, 3 ss., iluminan esta alusión sobre ciertos rumores antiguos. Según el relato de Curcio, Filotas desaprobó la visita de Alejandro al oráculo de Zeus-Amón en Egipto.

[390] Las pruebas se referían a que Filotas había concertado, aunque sin éxito a última hora, por dos veces una entrevista de un macedonio, de nombre Cebalino, con Alejandro, y que este tal Cebalino tenía el encargo de asesinar a Alejandro. Cf. SCHACHERMEYR, *Alexander*, 266 ss., y más concretamente, E. BADIAN, «The death of Parmenio», *TAPA*, 91 (1960), 324-338.

[391] Era importante que Polidamante cumpliera su encargo de entregar la carta antes de que llegara a Parmenión la noticia de la muerte de su hijo, por lo que tuvo que recorrer a marchas forzadas más de 1.000 km., hasta llegar a Ecbatana, en diez días. Sobre la justificación, mejor no justificación, de la muerte de Parmenión, cf. TARN, *Alexander*, I, pág. 64, matizado luego por E. BADIAN, «The death of Parmenio», *Trans. and Proc. of the Am. Philol. Ass.* 91 (1960), 332 ss.

cados en Media bajo las órdenes de Parmenión, a saber, Cleandro, Sitalces y Menidas. Parmenión murió a ma- 4
nos de estos generales, ya que Alejandro no podía creer que Filotas hubiera tramado la conjura sin que Parmenión, que era su padre, hubiera participado en los planes de su hijo; de otra parte, y aunque no hubiera sido así, estimaba Alejandro que era un enorme riesgo que Parmenión, muerto su hijo, siguiera con vida, teniendo en cuenta la gran consideración de que Parmenión era merecedor ante Alejandro y el resto del ejército, no sólo el macedonio, sino incluso el extranjero, a cuyo frente había cumplido brillantemente servicios en su turno y fuera de su turno por orden de Alejandro[392].

Dicen[393] que también compareció a juicio por aque- 27
llos días Amintas, el hijo de Andrómeno, junto con Polemón, Atalo y Simmias, hermanos de Amintas, por creerse que también habían participado en la conjura contra Alejandro, dada la amistad y compañerismo que les unía a Filotas. Cara al pueblo la conspiración 2
ganó credibilidad, toda vez que Polemón, como hemos dicho uno de los hermanos de Amintas, se pasó al enemigo tan pronto se enteró de la detención de Filotas. Por el contrario, Amintas y sus restantes hermanos aguardaron el día del juicio y presentaron una decidida defensa ante los macedonios[394], logrando ser excul-

---

392 Además de la ejecución de Filotas y Parmenión, hay que señalar que por estas fechas Alejandro estaba muy sensibilizado a posibles conjuras y complots. Recordemos que fue ahora cuando Alejandro Lincesto, que llevaba varios años de arresto acusado de traición, fue sometido a juicio y ejecutado. Cf. J. R. Hamilton, *Alexander the Great*, Londres, 1973, páginas 94-95.

393 Esto es, Tolomeo y Aristobulo.

394 Los procesos por traición se celebraban, efectivamente, ante una asamblea a la que asistían las tropas macedonias.

pados de sus acusaciones. Al verse Amintas libre de cargos, solicitó de la asamblea que se le autorizara a ir en busca de su hermano Polemón para hacerlo comparecer ante Alejandro, petición a la que los macedo-
3 nios accedieron. En ese mismo día regresó con Polemón; con este gesto se reforzó aún más la credibilidad en la inocencia de Amintas.

Encontró Amintas la muerte algo más tarde, durante el asedio a una aldea, alcanzado por un dardo, de suerte que lo único que logró tras ser absuelto de los cargos que se le imputaban fue morir con su honor
4 íntegramente restituido. Alejandro puso al frente de los Compañeros a dos hiparcos, Hefestión, hijo de Amintor, y Clito, hijo de Dropides. Dividió en dos cuerpos el batallón de los Compañeros, por no creer conveniente que una sola persona, ni aunque fuera su más querido amigo[395], estuviera al mando de tantos y tan selectos jinetes, ya que eran reputados en realidad lo mejor de toda la caballería por sus virtudes.

Alcanzó ahora Alejandro la región de los antiguamente llamados ariaspas, y que más tarde se conocieron con el nombre de «Benefactores» por haber socorrido a Ciro, el hijo de Cambises, en su expedición
5 contra los escitas. Alejandro trató con deferencia a este pueblo porque sus antepasados habían servido, como hemos dicho, a Ciro, y porque le habían llegado noticias de que no se regían por sistemas políticos similares a otros pueblos bárbaros, sino que respetaban la justicia como el que más de los pueblos griegos. Permitió que siguieran siendo libres y que se anexionaran el territorio vecino, aunque ellos sólo reclamaban para sí una pequeña parte[396]. Celebró sacrificios

[395] Ni siquiera Hefestión.

[396] Q. Curcio, VII 3, 1.

en honor de Apolo y arrestó a Demetrio[397], uno de su guardia personal, por sospechar que había participado en la conspiración de Filotas. En su lugar nombró guardia personal suyo a Tolomeo, el hijo de Lago.

Beso huye a Sogdiana

Tras arreglar estos asuntos, continuó Alejandro su marcha hacia Bactria, contra Beso, derrotando en el camino a los drangianos y gadrosios. Sometió también a los aracosios, imponiéndoles como sátrapa a Menón. Más tarde se adentró hasta los indios vecinos de los aracosios. Entró en contacto con todos estos pueblos en medio de una gran tempestad de nieve, siendo escaso el alimento y mucha la fatiga de sus soldados. 28

Al enterarse de que se había producido de nuevo 2 un levantamiento entre los arios, por haberse presentado en el país Satibarzanes con una fuerza de dos mil jinetes que le había proporcionado Beso, mandó hacia allí al persa Artabazo, y a dos de los Compañeros, Erigio y Carano. Encargó que se sumara a la expedidición contra los arios también Fratafernes, sátrapa de Partia. Las fuerzas de Erigio y Carano mantuvieron 3 una dura batalla con las de Satibarzanes, sin que los bárbaros la dieran por perdida hasta que Satibarzanes, en combate singular con Erigio, cayó herido en la cabeza por la lanza de Erigio, de resultas de lo cual murió. Fue entonces cuando los bárbaros se batieron en retirada desordenadamente[398].

Mientras tanto, Alejandro llegó al monte Cáucaso, 4 donde fundó una nueva ciudad a la que llamó Alejan-

---

397 Según Curcio, murió ajusticiado junto con Filotas. Cf., al respecto, E. BADIAN, «The death of Parmenio»..., 334 ss.

398 En Diodoro y Curcio el relato es más detallado y elaborado literariamente.

dría [399], ofreció los tradicionales sacrificios a los dioses y atravesó el Cáucaso, dejando como sátrapa de la región a Proexes, un persa, y a Nilóxeno, hijo de Sátiro, uno de los Compañeros, como supervisor de sus tro-
5 pas. Al decir de Aristobulo, el monte Cáucaso es el más alto de todo el Asia [400]; en gran medida carece de vegetación, al menos por este lado. Efectivamente, el Cáucaso es una larga cadena montañosa que comprende, según dicen, hasta el monte Tauro, que separa Cilicia de Panfilia, alcanzando incluso a otros grandes montes, a los que en cada país se les asigna un nom-
6 bre. En esta parte del Cáucaso no crece otra planta que el terebinto [401] y el silfio [402], según Aristobulo, pero

399 Lo localización exacta es discutida (cf. W. Tarn, *The Greeks in Bactria...*, págs. 470 y sigs., y M. Wheeler, *Flames over Persepolis*, Londres, 1968, págs. 65 y sigs., quien pretende ubicarla en la actual Kandalar).

400 Es frecuente este tipo de confusiones geográficas en el relato. El Cáucaso se extiende, en realidad, oblicuamente desde el mar Euxino a las orillas del Caspio o Mar Hircano. Arriano se refiere aquí con el nombre de Cáucaso al Hindu-Kush, cadena montañosa del Afganistán.

401 Leemos en el Doctor Fernández Laguna, *Materia Médica de P. Dioscórides Anazarbeo*, Madrid, 1968, a propósito del terebinto: «El terebinto es árbol muy conocido. Sus hojas, fruto y corteza restriñen y aprovechan a todas aquellas cosas a las cuales se aplica el lentisco, preparadas y tomadas en la misma manera... Traemos su resina de la Arabia Petea. Nace también en Judea, en Siria, Chipre, en Africa y en las islas llamadas Cíclades... Produce el terebinto —dice a continuación la "nota" de Laguna— las flores rojas, y las hojas como las del laurel. Demás de esto, hace ciertas vejigas, ni más ni menos que el olmo, gruesas a manera de nueces, dentro de las cuales se recoge un licor pegajoso... la corteza, las hojas y el fruto del terebinto calientan en el orden segundo y manifiestamente desecan.»

402 También, a propósito del silfio, queremos dejar constancia de las noticias que nos da Dioscórides (cf. *op. cit.* en nota anterior): «El laserpitio (silfio) nace en Siria, Armenia, en Media y en Libia... aplicado con vino y pimienta y vinagre sana

aun así son numerosos los pueblos que lo habitan, y ricos los rebaños y ganados que en él pacen, por ser el silfio muy grato a los rebaños, hasta el punto de que si los animales huelen el silfio de lejos, corren hasta él mordisqueando sus flores y desentierran y comen hasta sus raíces. Por esta razón en Cirene los pastores conducen sus ganados a los lugares más 7
apartados, donde el silfio crece. Hay incluso quienes vallan sus campos para que, aunque el ganado se acerque, no pueda penetrar en él; tanta es la estima en que los de Cirene tienen al silfio.

Beso estaba acompañado por los persas que ha- 8
bían participado con él en la detención de Darío, por unos siete mil bactrios, y los dahos, que son los habitantes de este lado del río Tanais[403]. Se dedicaba a arrasar la falda del Cáucaso, a fin de que el territorio entre Alejandro y él quedara desabastecido de provisiones, impidiendo así que Alejandro continuara su avance. No detuvo por ello Alejandro su marcha, sino 9
que la continuó aun a duras penas, debido también a

las alopecias, mezclado con miel clarifica la vista y resuelve el principio de las cataratas si se alcoholan con él. Metido en los dientes horadados o mascado con incienso en un pañico de lienzo les quita el dolor, y lo mismo hace cocido en agua y vinagre con hisopo y con higos si se enjuagan con su cocimiento. Metido dentro de las mismas heridas socorre a los mordidos de alguna fiera rabiosa.» Comenta Laguna en su «nota»: «Llámase el laserpitio silfio en griego, y el benjuí en latín; Ben Iudaicum, según algunos escritores modernos, por cuanto la primera vez fue descubierto en Judea.»

403 El Tanais es el río Don. Ocurre, sin embargo, que los historiadores de Alejandro erróneamente creyeron que el verdadero Tanais (actual Don, que desemboca en el mar de Azov) era el mismo río Jaxartes (que, en realidad, nada tiene que ver con él, pues dista cientos de kilómetros de él y desemboca en el lago Araal). Estrabón considera deliberado este error, dando a entender que con ello se pretende «demostrar» que Alejandro conquistó toda el Asia.

la gran tormenta de nieve y por la penuria de provisiones. Al tener Beso noticias de que Alejandro no estaba lejos, atravesó el río Oxo[404], prendió fuego a sus barcos después de haberlo cruzado, y se retiró hacia Nautaca, ciudad de la Sogdiana. Le seguían los soldados de Espitámenes y Oxiartes, así como la caballería sogdiana y los dahos de las riberas del Tanais. En cambio, la caballería bactriana, al enterarse de que Beso tenía el propósito de continuar la huida, le abandonó, marchándose cada cual a su tierra[405].

Alejandro llega a Bactria

29 Alejandro llegó a Drapsaco, donde concedió un descanso a sus tropas para luego dirigirse a Aornos y Bactra, que son las principales ciudades de la región bactriana. Tomó estas ciudades al primer intento y dejó una guarnición en la acrópolis de Aornos a las órdenes de Arquelao, el hijo de Androcles, uno de los Compañeros. Los demás bactrianos se pusieron pronto de su parte, y Alejandro nombró sátrapa al persa Artabazo.

2 Acto seguido se puso en marcha hacia el río Oxo, que fluye del monte Cáucaso y es el mayor de cuantos Alejandro y sus tropas cruzaron en el Asia, excepción hecha de los ríos de la India, ya que éstos son de todos
3 los mayores. El río Oxo desemboca en el Gran Mar de Hircania[406]. Al intentar cruzarlo le pareció a Ale-

---

404 El actual Amu-Darya.

405 Q. Curcio, VII 3, 22-4, 25.

406 El río Oxo desemboca en el lago Araal, por lo que la afirmación de que desagua en el Gran Mar de Hircania (Caspio) (cf. VII 16, 4) parece basarse en vestigios muy antiguos, pues hoy se cree que el Oxo desembocaba efectivamente en el mar Caspio en alguna época remota. Cf. J. O. Thomson, *History of Ancient Geography*, págs. 128 y sigs., y, con otras opiniones, J. R. Hamilton, «Alexander and the Aral», *Class. Quarterly* 21 (1971), 110 ss. Para más extensa bibliografía, cf. J. Sei-

jandro que sería imposible hacerlo por ningún punto, ya que su anchura era de unos seis estadios[407], pero su profundidad era desproporcionada a su anchura, extremadamente hondo, arenado a trozos y de fuerte corriente, de suerte que unos pilares que habían sido clavados fueron arrancados de su base por la corriente en un momento por no estar firmemente fijados a tierra. Ocurría además y entre otras penalidades que la 4
madera era allí escasa, y se calculaba excesiva la demora que ocuparía el traerla en suficiente cantidad para poder tender un puente sobre el río. Mandó, pues, que se reunieran las pieles con que los soldados levantaban sus tiendas y que las fueran rellenando de paja seca, atarlas y coserlas cuidadosamente hasta hacerlas por completo impermeables al agua. Una vez hechas estas operaciones fueron capaces con ellas de trasladar al otro lado del río todo el ejército en cinco días.

Antes de cruzar el río, Alejandro separó a los más 5
viejos macedonios, casi inútiles ya para la guerra, a los voluntarios tesalios que con él habían seguido hasta ahora, y los mandó de regreso a la patria. También despachó a Estasanor, uno de los Compañeros, al territorio de los arios, con órdenes de detener a Arsaces, el sátrapa de Aria, a quien Alejandro acusaba de traidor a su persona, y quedarse él en su lugar como sátrapa de los arios. Atravesando, pues, el río Oxo, marchó a toda prisa adonde según sus informaciones se encontraba Beso. En este momento se presentó una 6
embajada de Espitámenes y Datafernes, comunicándole que ellos, si les mandaba un pequeño número de soldados con su jefe al frente, detendrían y pondrían

---

BERT, «Die Topographie des Alexanderfeldzuges in Indien», en *Alexander der Grosse*, págs. 150-153.

407 180 × 6 = 1.080 m.

a Beso en manos de Alejandro, pues tenían ahora a Beso bajo estrecha vigilancia, aunque en libertad. Informado Alejandro de estas nuevas, continuó su avance, dando a su ejército un mayor descanso y relajamiento que antes. Envió, sin embargo, a Tolomeo, el hijo de Lago, al frente de tres hiparquías de Compañeros, todos los del cuerpo de lanzadores de dardos a caballo, el batallón de infantería de Filotas, una quiliarquía de hipaspistas, todos los agrianes y la mitad de los arqueros, con órdenes de dirigirse a marchas forzadas hacia donde estaban Espitámenes y Datafernes. Conforme a lo ordenado, Tolomeo recorrió en cuatro días lo que eran diez días de marcha, y se plantó en el campamento donde habían pasado la noche anterior Espitámenes y sus hombres.

30 Comprendió, entonces, Tolomeo que la decisión de Espitámenes y Datafernes de entregar a Beso no era firme. Encargó por ello a la infantería que le siguiera en formación, mientras él se adelantaba con la caballería hasta llegar a una aldea donde estaba Beso con
2 unos pocos soldados. Para entonces, Espitámenes y sus hombres la habían abandonado, avergonzados de haber traicionado así a Beso. Tolomeo rodeó con su caballería la aldea (a su alrededor había una especie de muro y en él algunas puertas) y dio a conocer a los bárbaros de la aldea que si entregaban a Beso, podrían salir indemnes de allí. Los bárbaros les abrieron sus puertas a Tolomeo y sus hombres, que detuvieron a Beso y emprendieron el camino de regreso.
3 Envió Tolomeo por delante un mensajero a preguntar a Alejandro cómo debía presentarse Beso. La orden de Alejandro fue que compareciera desnudo y encadenado[408]; así lo puso Tolomeo a la derecha del ca-

[408] Entre casi todos los pueblos bárbaros sin excepción, ser contemplado desnudo supone una vejación, hasta para un hombre. Cf. Heródoto, I 10, 3.

mino por donde iba a pasar Alejandro con su ejército,
cumpliendo las órdenes de éste. Al divisar Alejandro 4
a Beso hizo detener su carro y le preguntó por qué
había detenido, hecho prisionero y dado posterior muer-
te a Darío, su rey, además de pariente y benefactor
suyo. Contestó Beso que había hecho lo que le parecía
no a él, sino a cuantos con Darío estaban, y todo ello
sólo por encontrar seguridad para sí mismo ante Ale-
jandro. Ante esta respuesta, Alejandro ordenó se le azo- 5
tara y se pregonaran los crímenes que Alejandro había
imputado a Beso en su interrogatorio. Beso recibió por
ahora este castigo, y luego fue enviado a Bactra, para
allí ser ajusticiado. Esto es lo que Tolomeo nos cuenta
de Beso[409]. Aristobulo, en cambio[410], narra que fueron
los hombres de Epistámenes y Datafernes los que con-
dujeron a Beso ante Tolomeo y lo entregaron a Ale-
jandro desnudo y encadenado.

Alejandro completó su caballería con jinetes de los 6
pueblos vecinos, pues había perdido muchos caballos
al pasar el Cáucaso y al cruzar en ambos sentidos el
río Oxo; luego se puso en camino hacia Maracanda,
donde está la residencia real de Sogdiana. De aquí 7
marchó hacia el río Tanais[411]. Las fuentes de este río
que, según Aristobulo, recibe el nombre de Jaxartes[412]

---

409 Beso fue ajusticiado por el asesinato de Darío, y no por haberse *tocado con* la *tiara recta*. Cf. E. Badian, «The eunuchus Bagoas: A Study in Method», *Class. Quarterly* 8 (1958), 144-157, y, contrariamente, W. Tarn, *Alexander*, I, pág. 70.

410 La ligera discordancia entre ambos apunta a que Arriano parece no haber leído a Tolomeo, o bien que prefiere corregir en este punto su versión.

411 Cf. n. 403.

412 Los manuscritos leen Orxantes, que es la forma más claramente atestiguada (aunque, en VII 16, 3, aparece Oxyartes); también es frecuente, sin embargo, la forma Jaxartes, de ahí que los editores muestren ciertas vacilaciones o dudas entre ambas.

por los habitantes de sus riberas, fluyen del monte
8 Cáucaso y su corriente baja hasta el mar hircanio. Distinto es el río Tanais que Heródoto el logógrafo describe como el octavo de los ríos escitas, y que surge y fluye de un gran lago y desemboca en otro mayor llamado Meótide. Algunos hacen a este río Tanais la
9 frontera entre Europa y Asia. Según éstos, a partir del extremo del Ponto Euxino, la laguna Meótide y este río Tanais que en ella desemboca separan Asia de Europa, al igual que el mar entre Cádiz y los nómadas libios de enfrente a Cádiz separa Libia de Europa[413]. Bajo su punto de vista, Libia está separada del resto del Asia por el río Nilo.

10 Se habían alejado algunos macedonios a por forraje, cuando fueron interceptados por unos bárbaros. Serían éstos unos treinta mil, y después de haber atacado el contingente macedonio se refugiaron en un monte muy escabroso y de difícil acceso por todas partes. Alejandro condujo contra ellos a los soldados de infantesía más ligeramente armados, con los que
11 intentó repetidos ataques contra el monte. Al principio se impusieron los enemigos al ser alcanzados los macedonios por los proyectiles de los bárbaros, resultando muchos de ellos heridos, entre otros el propio Alejandro, a quien una flecha le atravesó la pierna y le quebró el peroné. Aun así, se apoderó del territorio y los macedonios dieron muerte allí a buen número de bárbaros, aunque la mayor parte de ellos murieron despeñados por los riscos, de suerte que de los treinta mil no se salvaron más de ocho mil.

---

413 Arriano, como otros historiadores antiguos, creía que Libia es una parte de Asia.

TABLA CRONOLÓGICA DE LOS ACONTECIMIENTOS PRINCIPALES DURANTE LA VIDA DE ALEJANDRO

(LIBROS I-III)

357? Boda de Filipo y Olimpíade, padres de Alejandro.

356. (20 julio?) Nacimiento de Alejandro en Pela.

353-352. Victorias de Filipo en Tesalia.

352? Filipo es nombrado arconte vitalicio de Tesalia.

350? Publicación primera *Filípica* de DEMÓSTENES.

348. Olinto cae en manos de Filipo.

346. Final de la 3.ª Guerra Sagrada.
ISÓCRATES incita en su *Filipo* al caudillo macedonio a encabezar la lucha contra los persas.

343-342. Aristóteles pasa a la corte como preceptor de Alejandro.

342. Tracia se convierte en provincia de Macedonia.
Alejandro, el hermano de Olimpíade, pasa como rey al Epiro.

340. Atenas declara expresamente la guerra a Macedonia. Expediciones de Filipo fuera de su patria, mientras en Pela queda Alejandro como regente.

339. Filipo continúa sus campañas, ahora en Escitia.

338. Batalla de Queronea. Alejandro formó parte del contingente que aniquiló al «batallón sagrado» tebano.
Muere Artajerjes III.

337. Primera reunión del Consejo de la Liga de Corinto. Filipo es elegido *stratēgós autokrátōr*.

Boda de Filipo con Cleopatra. Alejandro y su madre Olimpíade parten al exilio.

336. Darío III accede al trono persa.

Boda de Alejandro el Epirota con Cleopatra, hija de Filipo.

Filipo es asesinado por Pausanias.

Alejandro es nombrado rey, como Alejandro III. Se hace denominar *stratēgós autokrátōr,* como su padre, de la Liga.

335. Comienzan, propiamente, las hazañas de Alejandro narradas por ARRIANO.

Derrotas de los tribalos, ilirios. Masacre en Tebas.

334. En primavera, Alejandro cruza el Asia Menor, quedando Antípatro encargado de los asuntos de Macedonia y Grecia.

Batalla y derrota de los persas en Gránico. Las ciudades de Asia Menor comienzan a ponerse de parte de Alejandro.

Alejandro despide, prematuramente, a su flota.

334-333. Alejandro en Gordio. Leyenda del carro y su nudo.

333. Alejandro llega a Tarso.

Batalla de Iso.

332. Asedio de Tiro y Gaza.

Agis continúa preparando la campaña antimacedónica.

Egipto cae en manos de Alejandro, que es coronado faraón en Menfis.

331. Expedición al santuario de Siwah en Egipto.

Fundación de la ciudad de Alejandría en el delta del Nilo.

Noticias de la revuelta del espartano Agis.

Batalla de Gaugamela, nueva victoria de Alejandro.

Los macedonios llegan a Babilonia y Susa.

330. Saqueo de Persépolis. Alejandro persigue a Darío.

Darío es hecho prisionero y muerto por Beso.

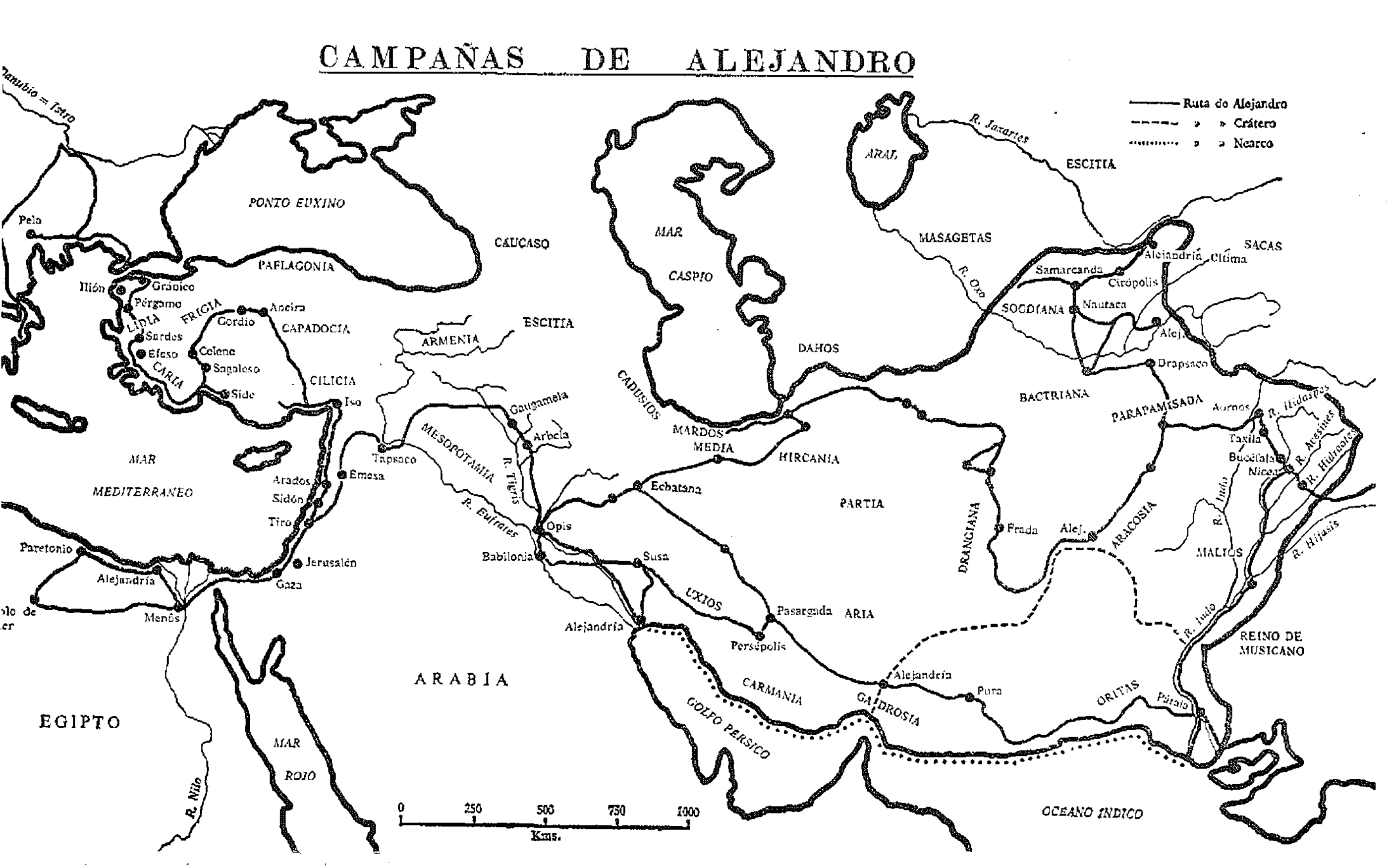
Conspiración de Filotas. Parmenión es asesinado.

329. Alejandro se adentra por el Hindu-Kush hacia Bactria.

Llegan al río Oxo. Beso es capturado por los macedonios.

Alejandro en Maracanda. Revuelta de Espitamenes.

CAMPAÑAS DE ALEJANDRO



ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

Por razones obvias de limitación y por la propia naturaleza de la obra quedan excluidos del presente índice aquellos nombres de tercera o cuarta categoría que aparecen citados por ARRIANO sólo accidentalmente.

ÍNDICE GENERAL